

P L A N E T A S
I N V I S I B L E S

ANTOLOGÍA DE CIENCIA FICCIÓN CHINA
CONTEMPORÁNEA EDITADA POR
KEN LIU

看 不 见
的 星 球

Lectulandia

Trece visiones del futuro. Trece historias poderosas que dan una idea de la variedad de voces, temas y técnicas de los autores chinos de ciencia ficción: las hay inquietantes, irónicas, distópicas, emotivas... Algunas han recibido premios y elogios de la crítica, otras han aparecido seleccionadas en distintas antologías y otras son simplemente favoritas de Ken Liu. Completan la colección varios ensayos de los propios autores sobre la ciencia ficción china y la introducción de Ken Liu.

Incluye «*Entre los pliegues de Pekín*», de Hao Jingfang, premio Hugo 2016, y tres relatos del premio Hugo 2015 Liu Cixin.

Lectulandia

AA. VV.

Planetas Invisibles

Trece visiones del futuro

ePub r1.0

Watcher 12-03-2018

Título original: *Invisible Planets*

AA. VV., 2016

Traducción: Manuel de los Reyes & David Tejera Expósito

Editor digital: Watcher

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

看不见 的星球

PLANETAS
INVISIBLES

Para mis autores, que me confiaron sus sueños.

INTRODUCCIÓN

Sueños de China

KEN LIU

Esta antología reúne parte de la ficción breve especulativa procedente de China que he traducido a lo largo de varios años y recopilado en este volumen. Algunos de los relatos han ganado premios en Estados Unidos, otros se han seleccionado para antologías de lo mejor del año, otros han recibido reseñas favorables por parte de críticos y lectores, y otros tan solo son mis favoritos.

China tiene una cultura muy dinámica y variada en lo que a ciencia-ficción se refiere, pero apenas se traducen unas pocas historias, lo que impide que los lectores que no conocen el idioma sean capaces de apreciarlas. Espero que esta antología sirva de punto de partida para los lectores de todo el mundo.

La expresión «Sueños de China» es un juego de palabras con el eslogan «Sueños chinos» que el presidente Xi Jinping^[1] usó para referirse al desarrollo del país. La ciencia-ficción es la literatura de los sueños, y los textos oníricos siempre nos dicen algo acerca del soñador, del que interpreta los sueños y de la audiencia.

Siempre que sale a relucir la ciencia-ficción china, los lectores anglófonos me preguntan lo mismo: «¿En qué se diferencia la ciencia-ficción china de la que se escribe en inglés?».

Suelo decepcionarlos y responder que la pregunta no está bien planteada. Cualquier clasificación literaria relacionada con una cultura (sobre todo, si se trata de una cultura tan cambiante y convulsa como la de China en la actualidad) tiene que englobar todas las complejidades y contradicciones de dicha cultura. Responder algo así de manera concisa solo puede dar lugar a generalizaciones de poco valor o a estereotipos que reafirman prejuicios ya existentes.

Para empezar, no creo que la expresión «ciencia-ficción escrita en inglés» sea una categoría válida para comparar (las ficciones escritas en Singapur, Reino Unido o Estados Unidos son muy diferentes entre sí, y hay más divisiones entre ellas y dentro de dichas fronteras geográficas), por lo que se podría decir que ni siquiera tenemos un punto de referencia con el que comparar la llamada «ciencia-ficción china».

Además, imaginad qué pasaría si les pidierais a un centenar de autores y críticos de Estados Unidos que definieran la «ciencia-ficción estadounidense»: habría un centenar de respuestas diferentes. Lo mismo pasaría con los autores y críticos de ciencia-ficción china.

Dentro de la selección tan limitada que contiene esta antología, encontraréis la «ciencia-ficción realista» de Chen Qiufan, el «batiburrillo de ciencia-ficción» de Xia Jia, las metáforas políticas directas e irónicas de Ma Boyong, el simbolismo

surrealista y la lógica metafórica de Tang Fei, la intensa y exquisita imaginería lingüística de Cheng Jingbo, las fábulas y la especulación sociológica de Hao Jingfang, y la ciencia-ficción dura y grandilocuente de Liu Cixin. Esto debería daros una idea de lo variada que es la ciencia-ficción que se escribe en China. Ante una variedad así, creo que es mucho más útil e interesante estudiar a los autores de manera individual y tratar su obra de forma independiente antes que tratar de imponer unas expectativas preconcebidas porque ha dado la casualidad de que todos son chinos.

Esto no es más que un rodeo para decir que opino que cualquiera que afirme con seguridad que la «ciencia-ficción china» se puede encasillar es: a) un extranjero que no sabe de lo que habla o b) una persona que sí sabe pero que olvida de forma deliberada la naturaleza controvertida del término y expone su opinión como un hecho irrefutable.

Por ello, prefiero dejar claro que yo mismo no me considero un experto en ciencia-ficción china. Sé lo suficiente como para llegar a la conclusión de que no sé demasiado. Lo suficiente para darme cuenta de que tengo que estudiar más, mucho más. Y bastante para saber que no hay una respuesta sencilla^[2].

China está viviendo una enorme transformación social, cultural y tecnológica que afecta a miles de millones de personas de diferentes etnias, culturas, clases sociales e ideologías. Por eso, nadie (y eso incluye a quienes están viviendo dicha transformación) puede considerarse en disposición de conocer el panorama general. Conocer China a través de las noticias sesgadas de los medios occidentales o asegurar que se «entiende» el país por ser inmigrante o haber sido turista es lo mismo que vislumbrar una mancha borrosa a través de una pajita y afirmar que se trata de un leopardo. La ficción que se produce en China es un reflejo de la complejidad de dicho entorno.

La realidad política del país y su complicada relación con Occidente hace que a los lectores occidentales les parezca normal interpretar la ciencia-ficción china bajo el prisma de sus sueños, esperanzas y fantasías occidentales sobre la política china. La «subversión», desde un punto de vista occidental, puede no ser más que un matiz interpretativo. Por ejemplo, es tentador leer «La ciudad del silencio», de Ma Boyong, como un ataque directo al aparato censor de China, o «El Año de la Rata», de Chen Qiufan, únicamente como una crítica al sistema educativo y al mercado laboral del país. O incluso reducir «Cientos de fantasmas desfilan esta noche», de Xia Jia, a una metáfora velada de las políticas agresivas al servicio de un desarrollo controlado por el Estado.

Me gustaría que el lector de esta antología evitara caer en dicha tentación. Dar por hecho que las preocupaciones políticas de los autores chinos son las mismas que las que los lectores occidentales esperan de ellos es, como mínimo, arrogante y, lo que es peor, peligroso. El mensaje que los escritores chinos intentan comunicar es universal, se refiere no solo a China sino también a la humanidad en su conjunto, y creo que

tratar de comprender su obra en estos términos producirá un acercamiento mucho más gratificante.

Es cierto que en China existe desde hace tiempo la tradición de usar la metáfora literaria como vehículo para expresar críticas y desacuerdos, pero ese no deja de ser uno de los motivos por los que los autores escriben y los lectores leen. Como el resto de escritores de cualquier parte del mundo, los autores contemporáneos chinos están interesados en el humanismo, la globalización, los avances tecnológicos, la tradición y la modernidad, las desigualdades en riqueza y privilegios, la mejora y conservación del medio ambiente, la historia, los derechos, la libertad y la justicia, el amor y la familia, lo hermoso de expresar sentimientos a través de las palabras, jugar con el lenguaje, la grandeza de la ciencia, la emoción de los descubrimientos o el significado de la vida misma. Flaco favor le hacemos a la obra si no nos centramos en estas cosas sino en la geopolítica.

A pesar de la diversidad de enfoques, temáticas y estilos, los autores y las obras reunidos en esta antología apenas representan una pequeña parte del panorama de la ciencia-ficción china contemporánea. He intentado hacer una selección lo más equilibrada posible para cubrir casi todos los puntos de vista, pero soy consciente de mis limitaciones. La mayoría de los autores aquí presentes (a excepción de Liu Cixin) pertenecen a la nueva generación de «estrellas emergentes» en lugar de a la generación de figuras ya establecidas, que incluye al propio Liu Cixin, Han Song o Wang Jinkang. Casi todos son licenciados por las universidades más prestigiosas del país y desempeñan puestos de trabajo muy bien valorados. Además, me he centrado en autores e historias premiados, en detrimento de la ficción más popular que se publica en internet, y he dado prioridad a las obras que, en mi opinión, son más fáciles de traducir y requieren menos conocimientos de la historia y la cultura de China. Este sesgo y estas carencias son necesarios, pero no es la situación ideal, por lo que los lectores deberían ser precavidos al extraer conclusiones y no dar por hecho que estos relatos son «representativos». Deseo de corazón que cada una de las historias que aquí presentamos sirva a los lectores para añadir otro nivel más a su percepción e interpretación de una tradición literaria que difiere de aquellas a las que están acostumbrados.

Para completar la antología y aportar una visión más amplia de la ciencia-ficción china, he incluido al final del libro tres ensayos de autores y académicos chinos. El de Liu Cixin, «El peor de todos los universos posibles y la mejor de todas las Tierras posibles», aporta contexto histórico al género en China y contextualiza la importancia de su carrera como el principal autor de ciencia-ficción china. «La generación dividida», de Chen Qiufan, aporta la perspectiva de una generación más joven de autores que intenta adaptarse al revuelo de las transformaciones que están teniendo lugar. Por último, «¿Qué hace que la ciencia-ficción china sea china?», de Xia Jia, quien cuenta con el primer doctorado especializado en el estudio de ciencia-ficción china, es un buen punto de partida para un análisis académico sobre la materia.

El célebre traductor William Weaver comparó el oficio con el arte de la interpretación. Es una metáfora que me gusta. Cuando traduzco, realizo una interpretación lingüística y cultural, intento recrear un artefacto en un medio diferente. Es una experiencia aleccionadora y fascinante. Me siento muy privilegiado por haber tenido la oportunidad de trabajar con los autores de esta antología. Se podría decir que lo que comenzó como una colaboración profesional ha terminado por convertirse en amistad. He aprendido muchas cosas de ellos, no solo sobre traducción, sino también sobre cómo escribir ficción y sobre la vida desde otro punto de vista lingüístico y cultural. Les estoy muy agradecido por haberme confiado su trabajo. Espero que disfrutéis del resultado.

CHEN QIUFAN

Chen Qiufan es escritor, guionista y columnista, y también trabaja como gerente de marketing para Baidu, el importantísimo buscador web de China. También conocido como Stanley Chan, el autor ha publicado ficción en medios como *Science Fiction World*, *Esquire*, *Chutzpah!* y *ZUI Found*. Liu Cixin, el autor de ciencia-ficción más famoso de China, ha dicho sobre *The Waste Tide* (2013), la primera novela de Chen, que es «la obra cumbre de la ciencia-ficción de futuro cercano». Chen ha sido galardonado con muchos premios literarios, entre ellos el Dragon Fantasy Award de Taiwán o los equivalentes en China al premio Galaxy (el Yinhe) y el Nebula (el Xingyun). En lo que se refiere a traducciones al inglés, el autor ha aparecido en revistas como *Clarkesworld*, *Lightspeed*, *Interzone* y *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*. «El pez de Lijiang» ganó el Science Fiction and Fantasy Translation Award en 2012 y «El Año de la Rata» apareció en la antología *The Year's Best Weird Fiction: Volume One*, seleccionada por Laird Barron.

Las tres historias recogidas a continuación, «El Año de la Rata», «El pez de Lijiang» y «La flor de Shazui», son buenos reflejos de la estética incomparable de Chen, que aúna una sensibilidad universal posciberpunk con el intrincado legado histórico y las tradiciones de China. Cínico, optimista e inquieto, Chen consigue capturar el *Zeitgeist* de la China contemporánea, una cultura inmersa en una transformación y una transición muy traumáticas. Quienes deseen ahondar en la manera en que la ciencia-ficción china refleja dicho cariz de las costumbres del país pueden leer un ensayo de Chen, «La generación dividida», al final del libro.

Chen es oriundo de la provincia de Cantón, licenciado por la Universidad de Pekín, una de las más prestigiosas del país, y habla el topolecto de Shantou, así como cantonés, mandarín e inglés (la versión occidentalizada de su nombre, Chan, refleja la pronunciación cantonesa). Es un virtuoso de la lengua que ha escrito relatos de ficción especulativa en chino clásico (una proeza equivalente a que un autor inglés escriba una historia en la lengua de Chaucer), así como en cantonés y mandarín estándar. Las divisiones lingüísticas y la diversidad presentes en su región de origen sirven como metáfora y telón de fondo para su novela *The Waste Tide*, que yo mismo he traducido al inglés. «La flor de Shazui» está ambientado en el mismo universo que *The Waste Tide* y nos ofrece un atisbo de ese mundo.

El Año de la Rata

Oscurece de nuevo. Llevamos dos días en este cuchitril y no hemos visto ni un mísero pelo de rata.

Mis calcetines parecen bayetas grasientas. Es tan irritante que me dan ganas de pegar a alguien. El estómago me da punzadas de hambre. Aun así, me obligo a seguir adelante. Unas hojas empapadas me golpean la cara como si me abofetearan. Duele.

Me gustaría devolverle a Guisante el libro de biología que tengo en la mochila y decirle: «Este maldito libro tiene ochocientas setenta y dos páginas». También me gustaría devolverle sus gafas, aunque no pesen, nada de nada.

Guisante está muerto.

El instructor dijo que la compañía de seguros les pagaría algo de dinero a sus padres. No dijo cuánto.

Seguro que los padres de Guisante quieren alguna pertenencia suya para recordarlo. Por eso le he quitado las gafas del bolsillo y ese maldito libro de su mochila impermeable. Quizá así sus padres recuerden lo buen estudiante que era su hijo, a diferencia de nosotros.

El verdadero nombre de Guisante es Meng Xian, pero todos lo llamábamos «Guisante», en primer lugar, porque era flaco y bajito como un brote de guisante y, en segundo lugar, porque siempre bromeaba con que el monje que experimentaba con guisantes, Gregor *Meng-De-Er* Mendel, era su antepasado.

Esto es lo que se dice que ocurrió: cuando el pelotón marchaba por la parte alta de la presa del embalse abandonado, Guisante vio una extraña planta que crecía en las grietas del hormigón embarrado de los bordes de la presa. Rompió la formación para cogerla.

Quizá se debiera a su miopía, o quizá a que el pesado libro le hizo perder el equilibrio. Sea como fuere, lo último que vimos fue que Guisante hacía algo propio de un guisante verde: rodaba y rebotaba cuesta abajo por la presa hasta detenerse de improviso, empalado en una rama afilada que sobresalía del agua.

El instructor nos obligó a recuperar el cuerpo y meterlo en una bolsa para cadáveres. Vi cómo los labios del hombre se movieron durante unos instantes, para luego detenerse. Sabía lo que había intentado decir (lo escuchábamos decirlo a menudo), pero en aquel momento se contuvo. La verdad es que me habría gustado escucharlo.

Los estudiantes sois idiotas. No sabéis ni cómo manteneros con vida.

Tenía razón.

Alguien me toca el hombro. Es Cañón Negro. Me sonrío, como pidiendo disculpas.

—Hora de comer.

Me sorprende lo amigable que es conmigo. Quizá sea porque, cuando Guisante murió, Cañón Negro era quien se encontraba a su lado y ahora se siente mal por no haberlo agarrado a tiempo.

Me siento junto a la fogata para poner a secar los calcetines. El arroz sabe a rayos al mezclarse con el olor de los calcetines mojados que también están al fuego.

Maldita sea. Estoy llorando.

La primera vez que hablé con Guisante fue a finales del año pasado, en la reunión para preparar la movilización en la universidad. Había una deslumbrante pancarta roja delante del auditorio: «Es un honor amar tu país y apoyar a tu ejército. Es un orgullo proteger a la gente y matar a las ratas». Un sinnúmero de directivos de la universidad se turnaban para subir al púlpito y dar sus discursos.

Me senté junto a Guisante por casualidad. Me estaba sacando la licenciatura en Literatura China, y él cursaba estudios de posgrado en la Facultad de Biología. Lo único que teníamos en común era que no íbamos a encontrar trabajo después de licenciarnos. Nuestros expedientes permanecerían en la universidad mientras nosotros nos quedábamos colgados un año, o quizá más.

En mi caso, había suspendido a propósito el examen de Chino Clásico para poder quedarme en la facultad. Odiaba el hecho de tener que buscar trabajo, alquilar un apartamento, levantarme para entrar al trabajo a las nueve de la mañana y salir a las cinco de la tarde, tener que enfrentarme al ambiente de una oficina... Todo eso. La universidad era mucho más agradable: podía descargar música y películas gratis, la cafetería era barata (con diez yuanes te llenabas el estómago), dormía siempre hasta mediodía y luego jugaba un poco al baloncesto. También había chicas guapas por todas partes, claro. Aunque solo podía mirar, nada de tocar.

Para ser sincero, tal y como estaba el mercado laboral y dadas mis escasas aptitudes para trabajar, no se podía decir que me hubiera quedado en la facultad por elección propia. Pero tampoco iba a admitir algo así delante de mis padres.

Guisante, en cambio, no había conseguido el visado a causa de la guerra comercial con la Alianza Occidental. Un estudiante de biología que no puede dejar el país no tiene expectativas laborales en las empresas locales, sobre todo si es de aquellos a quienes se les da mejor leer libros que engañar a los demás.

A mí no me interesaba nada apuntarme en la Patrulla de Control de Roedores. Mientras la propaganda continuaba en el escenario, le murmuré:

—¿Por qué no envían al ejército?

Y Guisante se giró hacia mí y me echó un sermón:

—¿No sabes lo tensa que está la situación en la frontera en estos momentos? La misión del ejército no es cazar ratas, sino proteger el país contra las hostilidades de las naciones extranjeras.

¿Quién habla así? Decidí trollearle un poco.

—Entonces, ¿por qué no enviamos a los campesinos?

—¿Tampoco sabes que vamos muy justos de suministros de cereales? La misión de los campesinos no es cazar ratas, sino plantar comida.

—¿Y por qué no usamos veneno para roedores? Es más fácil y barato.

—No son ratas normales, son neorratas[®]. Los venenos comunes no sirven de nada.

—Pues se podría crear un arma genética, un veneno que matase a esas ratas dentro de algunas generaciones.

—¿No sabes que las armas genéticas son carísimas? Su misión no es cazar ratas, sino servir de medida disuasoria contra las hostilidades de las naciones extranjeras.

Suspiré. Aquel tipo parecía uno de esos contestadores telefónicos programados para repetir siempre las mismas frases. Hacerme el listillo con alguien así no era divertido.

—Entonces, según tú, ¿la misión de los licenciados sí que es cazar ratas? —pregunté, con una sonrisa en la cara.

Guisante hizo un amago de ahogarse y se le puso la cara roja. Por unos instantes, no consiguió articular respuesta. Luego me respondió con clichés del tipo «el destino de un país está en manos de cada uno de sus habitantes». Pero luego terminó por darme una razón de peso:

—Los miembros de la Patrulla de Control de Roedores tienen cama y comida gratis, además de trabajo asegurado después de su cese.

El pelotón ha vuelto al pueblo para reabastecerse.

Para evitar los desertores, se destina a todos los estudiantes de la Patrulla de Control de Roedores a unidades que operan lejos de su hogar. Tan lejos que no entendemos los dialectos y nos vemos forzados a hablar en mandarín estándar.

Envío el libro y las gafas de Guisante por correo a sus padres. Intento escribir una carta emotiva, pero no encuentro las palabras adecuadas. Al cabo, me limito a escribir: «Les acompaño en el sentimiento».

Pero la postal que dirijo a Xiaoxia está llena de caracteres pequeños y amontonados. Pienso en sus larguísimas piernas. Tal vez sea la vigesimotercera carta que le envío.

Llego a una tienda donde puedo recargar el teléfono y mandar un mensaje a casa de mis padres. Cuando estamos de misión, casi nunca hay cobertura.

El propietario de la tienda me cobra un yuan y me sonrío. Es posible que los habitantes de este pueblo nunca hayan visto a tantos licenciados juntos (aunque en ese momento estemos cubiertos de barro y no demos muy buena impresión). Varios ancianos y ancianas nos sonrían y levantan el pulgar, pero quizá solo lo hagan porque creen que somos una fuente de dinero adicional para la economía del pueblo. El caso

es que cuando pienso en Guisante me dan ganas de levantar el dedo corazón.

Cuando el instructor termina con los preparativos para el funeral de Guisante, nos lleva a un restaurante barato.

—Tan solo llevamos un veinticuatro por ciento de la cuota que habíamos pactado —dice.

Nadie responde. Todos estamos muy ocupados llevándonos arroz a la boca como si se acabara el mundo.

—Trabajad duro. Vamos a intentar ganar el premio Gato Dorado.

Sigue sin haber respuesta. Todos sabemos que dicho premio supone una prima para el instructor.

El instructor golpea la mesa y se levanta.

—¿Acaso queréis ser un hatajo de vagos el resto de vuestras vidas, o qué?

Agarro el cuenco de arroz, por si le da por tirar la mesa. Pero no lo hace.

Un instante después se sienta y sigue comiendo.

Alguien susurra:

—¿Creéis que se ha roto el detector?

En ese momento, todo el mundo empieza a hablar. Parece que todos están de acuerdo con la afirmación. Alguien comenta un rumor que asegura que un pelotón consiguió usar el detector para encontrar depósitos de metales y bolsas de gas poco comunes. Dejaron de cazar ratas y se pasaron a la industria de la minería, lo que solucionó el problema de desempleo de aquel pelotón de una tacada.

—Menuda estupidez —suelta el instructor—. El detector sigue el rastro de los marcadores que hay en la sangre de las ratas. ¿Cómo va a encontrar bolsas de gas? —Hace una pausa y luego añade—: Estoy seguro de que las encontraremos si seguimos las corrientes de agua.

La primera vez que vi al instructor, supe que quería pegarle.

Nos encontrábamos en fila en el campo de entrenamiento, y el hombre deambulaba por delante de nosotros, adusto.

—¿Alguien sabría decirme para qué estáis aquí? —preguntó.

Un instante después, Guisante alzó la mano, dubitativo.

—¿Sí?

—Para proteger la patria —respondió Guisante. Todo el mundo estalló en carcajadas. Yo era el único que sabía que lo había dicho en serio.

El instructor se mantuvo impassible.

—¿Te parece divertido? Pues te has ganado diez flexiones.

Rieron aún más alto.

—¡Cien flexiones para el resto!

El instructor paseaba a nuestro alrededor corrigiéndonos la postura con una porra mientras resoplábamos para intentar terminar la tarea.

—¡Estáis aquí porque sois unos fracasados! Habéis vivido en la residencia universitaria que pagan los contribuyentes, comido el arroz que cultivan los campesinos y disfrutado de todos los privilegios que el país podía daros. Vuestros padres se han gastado el dinero de su entierro en vuestra matrícula y, aun así, no habéis sido capaces de encontrar trabajo. No sois capaces ni de sobrevivir por vuestra cuenta. ¡Solo servís para cazar ratas! De hecho, valéis menos que las ratas. Al menos, las ratas se pueden intercambiar por dinero extranjero, pero ¿de qué servís vosotros? ¿Os habéis parado a pensar en vuestra nauseabunda existencia? ¿Qué sabéis hacer? Veamos: seducir chicas, jugar a videojuegos, copiar en los exámenes... ¡Más flexiones! No os llevaréis nada a la boca hasta que hayáis terminado.

Apreté los dientes a ritmo de cada una de las flexiones y se me ocurrió que si a alguno de nosotros le daba por rebelarse, seguro que entre todos podríamos darle una paliza al instructor.

El resto pensó justo lo mismo que yo, así que no ocurrió nada.

Más tarde, durante la comida, no dejaba de escuchar el traqueteo de los palillos contra los cuencos, porque no podíamos evitar que nos temblaran las manos y los brazos. Un recluta, tan moreno que parecía que tenía la piel hecha de cuero negro, no fue capaz de sostenerlos y dejó caer al suelo un pedazo de carne.

—Cógelo y cómetelo —espetó el instructor.

Pero el recluta era testarudo. Se quedó mirando al instructor y no se movió.

—¿De dónde crees que viene la comida? Déjame que te cuente algo: el presupuesto para alimentación se desvía del de defensa. Cada grano de arroz y cada pedazo de carne que os coméis hacen que un soldado de verdad pase hambre.

—¿Y a quién le importa? —murmuró el recluta.

¡Pa-la! El instructor volcó la mesa en la que yo estaba comiendo. Nos quedamos cubiertos de sopa, verduras y arroz.

—¡Pues si no os importa, os quedáis todos sin comer!

El instructor se marchó de la habitación.

Y así fue como empezamos a llamar Cañón Negro a aquel recluta.

Al día siguiente, enviaron al «poli bueno», el administrador principal del distrito. Empezó con un sermón político, una cita del *Libro de las odas*, del siglo x antes de Cristo («Rata, rata, no te comas mi maíz»), para luego repasar tres mil años de historia y hacer hincapié en los peligros que las plagas de ratas le plantean a la gente corriente. Luego esbozó los avances recientes y a gran escala en materia política y económica y analizó la amenaza tan particular que supone la plaga actual y la necesidad de erradicarla por completo. Por último, nos brindó un ejemplo de la fe y la esperanza que el pueblo había depositado en nosotros:

—Es un honor amar la patria y apoyar el ejército. Es glorioso proteger a la gente y cazar ratas.

Ese día comimos bien. Después de comentarle el incidente que se había producido el día anterior, el administrador criticó al instructor. Afirmó que los

licenciados eran «lo mejor de lo mejor y los próximos líderes del país» y que el entrenamiento debería ser «justo, civilizado y cordial» y servir para mejorar la «técnica», y no basarse en la «simple violencia».

Para terminar, el administrador se quiso sacar unas fotos con nosotros. Nos alineamos formando una única fila y desfilamos haciendo el paso de la oca. El administrador levantó una cuerda para mostrarnos hasta dónde teníamos que llegar con la punta de los pies de modo que desfiláramos con la disciplina adecuada.

Seguimos la corriente de agua. El instructor tiene razón. Hay rastros de agua y huellas de patas.

El frío arrecia. Tenemos suerte de encontrarnos al sur. No me puedo ni imaginar cómo será acampar al norte, con temperaturas bajo cero. Las noticias son muy halagüeñas: las Patrullas de Control de Roedores de varios distritos han sido cesadas con honores y han recibido buenos trabajos en varias empresas públicas, pero no conozco ninguno de los nombres que aparecen en el boletín de noticias. Nadie del pelotón reconoce nombre alguno, de hecho.

El instructor levanta el puño derecho. *Alto*. Luego abre la mano. Nos separamos y empezamos el reconocimiento.

—Preparaos para la batalla.

En ese momento me doy cuenta de lo ridículo que parece todo. Qué ridículo es que una carnicería como esta (que parece más bien el juego del gato y el ratón) pueda llegar a definirse como una «batalla», que alguien sin ambición como yo, que más bien parece un perrito faldero, pueda llegar a considerarse un «héroe».

Una sombra gris verduzca se agita en los arbustos. Las neorratas están modificadas genéticamente para caminar a dos patas, por lo que son más lentas que las ratas corrientes. Bromeamos entre nosotros; decimos que, al menos, no las hicieron parecidas a Jerry, el de *Tom y Jerry*.

Pero esta neorrata va a cuatro patas. Tiene el vientre hinchado, lo que limita aún más sus movimientos. ¿Estará preña...? No, veo cómo le cuelga el pene.

Esto comienza a tomar el cariz de una comedia. Un hatajo de hombres con armas de acero que persiguen a una rata barriguda. Nos desplazamos muy despacio y en silencio por el terreno. De improviso, la rata da un salto hacia delante, rueda colina abajo y desaparece.

Soltamos un improperio al unísono y corremos detrás de ella.

Hay un agujero en el suelo de la base de la colina. Dentro de ese hueco hay unas treinta o cuarenta ratas barrigudas. La mayoría están muertas. La que acaba de entrar respira con dificultad y mueve mucho el pecho.

—¿Una plaga? —pregunta el instructor. Nadie responde. Me acuerdo de Guisante. Si estuviera aquí, sabría qué ocurre.

Chi. Una lanza atraviesa el vientre de la rata moribunda. Es la de Cañón Negro.

Sonríe mientras la recupera y le abre la panza al animal como si fuera una sandía madura.

Todos resoplamos. Dentro del vientre de esta rata macho hay más de una docena de fetos: sonrosados y hechos un ovillo, como un cóctel de gambas alrededor de los intestinos. Escucho arcadas. Cañón Negro no deja de sonreír mientras vuelve a levantar la lanza.

—Alto —espeta el instructor.

Cañón Negro la retira mientras ríe y no deja de darle vueltas al arma.

Las neorratas se crearon con fertilidad limitada, a escala de un macho recién nacido por cada nuevo macho adulto. La idea era controlar la población para que mantuviera su valor en el mercado.

Pero parece que las medidas han empezado a fallar. Los machos que tenemos delante han muerto debido a que la cavidad abdominal no basta para sustentar los fetos. La pregunta es cómo podían estar preñadas. No cabe duda de que los genes han intentado hacer caso omiso de las limitaciones de la modificación genética.

Recuerdo otra posible explicación, algo que Xiaoxia me contó hace mucho tiempo.

Aunque tenía el número de teléfono de Li Xiaoxia en la agenda desde hacía cuatro años, nunca la había llamado. Cada vez que lo veía, perdía el arrojo de pulsar el botón de llamada.

Aquel día me encontraba haciendo la maleta para el campo de entrenamiento y, de improviso, escuché la voz queda de Xiaoxia, como si viniera de algún lugar lejano. Pensé que alucinaba, pero vi que la había llamado sin querer. Cogí el teléfono, presa del pánico.

—¿Qué tal? —saludó ella.

—Pues...

—Me han dicho que estás a punto de ir a cazar ratas.

—Sí, es que no encuentro trabajo...

—¿Por qué no vamos a cenar? Me hace sentir mal que hayamos sido compañeros de clase durante cuatro años y apenas nos conozcamos. Será una cena de despedida.

Los rumores aseguraban que debajo de su habitación de la residencia siempre había coches de lujo aparcados, esperándola. Decían que había probado la misma cantidad de hombres que de vestidos.

Aquella noche, nos sentamos uno enfrente del otro y comimos cuencos de arroz frito con ternera. No acudió maquillada. En aquel momento lo comprendí, comprendí que era capaz de embaucar el alma de un hombre.

Vagamos por el campus. Nos cruzamos con gatos callejeros, aulas, bancos vacíos. Todo aquello consiguió que echara de menos la universidad, que echara de menos los recuerdos que me habría gustado tener con ella en aquel lugar.

—Mi padre cría ratas, y tú vas a ir a cazar ratas —afirmó—. Vas a cazar ratas el Año de la Rata. Qué gracia.

—¿Trabajarás con tu padre después de licenciarte? —pregunté.

Aquello no le hizo mucha gracia. Su mirada indicaba que el oficio de criar ratas no era muy diferente del de trabajar de asalariado en una cadena de montaje o en una fábrica de camisas. Todavía no podemos controlar las tecnologías más importantes. Hay que importar los embriones. Luego hay granjeros que las crían y pasan un control de calidad muy estricto. Las aptas se exportan, en el extranjero se les implantan unos patrones de conducta concretos y luego se venden a los ricos como mascotas de lujo.

Lo único que podía ofrecer nuestro país, la fábrica del mundo, era mano de obra barata en las fases del procedimiento que menos dependían de la tecnología.

—He oído que han experimentado con los genes de las ratas que se escaparon —dijo Li Xiaoxia.

Explicó que, de la misma manera que algunos fabricantes subcontratados habían intentado fabricar iPhones *shanzhai* con ingeniería inversa o trasteando con el software, algunos de los propietarios de las ratas de granja intentaron realizar ingeniería inversa para experimentar con los genes de los animales. Su objetivo era aumentar la proporción de especímenes hembra y la tasa de supervivencia de las crías porque sus beneficios eran muy bajos.

—Aseguraron que las ratas no se iban a escapar —continuó—, pero fueron los propios granjeros los que las soltaron. Pretendían ejercer presión sobre algunas agencias gubernamentales, de modo que la industria recibiera más ayudas.

No supe qué decir. Me sentí muy ignorante.

—Pero esos solo son algunos de los rumores —prosiguió—. Otros aseguran que la Alianza Occidental preparó la fuga masiva para ejercer presión sobre los acuerdos comerciales con nuestro país. No está nada claro.

Miré a la joven que tenía delante: era guapa e inteligente. Demasiado para mí.

—Envíame una postal —dijo. Su risilla me sacó de la duermevela.

—¿Cómo?

—Quiero saber que estás bien. No infravalores a las ratas. He visto cómo...

No terminó la frase.

En ocasiones siento unos ojos resplandecientes ocultos en las sombras que nos observan y nos escudriñan. De día o de noche. Creo que me estoy volviendo loco.

Descubrimos dieciocho nidos en la orilla del río: unas estructuras pequeñas y cilíndricas de unos dos metros de diámetro. Varios alumnos de física se acuclillan junto a una de ellas para discutir sobre la fiabilidad estructural del entresijo de ramas. En la parte superior hay una capa gruesa de hojas, como si los arquitectos se hubieran querido aprovechar de la superficie resbaladiza de las hojas para evitar que entrara

agua.

—He visto construcciones así en algunas aldeas tribales primitivas. En el Discovery Channel —dice uno de los hombres. Todos lo miramos, extrañados.

—No tiene sentido —comento. Me acuclillo y observo los rastros de pequeñas huellas que conectan los nidos y el río, como si me enfrentara a un paisaje insondable. *¿Las ratas saben lo que es la agricultura? ¿Necesitan construir asentamientos? ¿Por qué los han abandonado?*

Cañón Negro suelta una risotada apática.

—Tenéis que dejar de compararlas con personas.

Tiene razón. Las ratas no son personas. Ni siquiera son ratas de verdad. No son más que productos muy bien diseñados. Bueno, productos que no han superado el control de calidad.

Me doy cuenta de que hay algo extraño en las huellas. Muchas de ellas son más pequeñas de lo normal y van en dirección contraria a la de los nidos. Además, delante de cada nido hay unas más profundas y de mayor zancada, con marcas de arrastre más largas en la parte central. Esas huellas más grandes no salen de los nidos, solo van en dirección a estos.

—Son... —intento contener el titubeo de mi voz—. Son salas de partos.

—¡Señor! —farfulla un hombre—. Tiene que ver esto.

Lo seguimos hasta un árbol. En la base hay una torre de rocas apilada con esmero. Las formas y los colores de la estructura tienen un equilibrio y unas proporciones muy cuidados. Del árbol cuelgan dieciocho cadáveres de ratas macho, con el vientre abierto como un saco.

Alrededor del árbol hay un manto de arena blanca diseminado de manera regular. En la arena, una incontable cantidad de pequeñas huellas que se alejan en círculos. Imagino una procesión ceremonial y rituales místicos.

Debe de haber sido una estampa tan grandiosa como cuando se alza la bandera en la plaza de Tiananmén durante el Día Nacional.

—¡Venga ya! Estamos en el siglo XXI. ¡Hasta hemos llegado a la Luna! ¿Por qué tenemos que usar esta chatarra? —protestó Guisante mientras se levantaba. Tenía la cabeza rapada, por lo que se parecía aún más a un guisante.

—¡Es cierto! —afirmé—. ¿Acaso el gobierno no dice siempre que hay que modernizar la defensa? Deberíamos tener juguetitos de tecnología punta.

Algunos más de los que se encontraban en los barracones también protestaron.

—A-TEN-CIÓN.

Se hizo el silencio.

—¿Juguetitos de tecnología punta? —preguntó el instructor—. ¿Para los de vuestra calaña? Los estudiantes no sabéis ni agarrar bien los palillos. ¡Si os diera un arma, lo primero que haríais sería volaros la sesera! Haced las maletas, venga. Dentro

de cinco minutos tenemos que estar preparados para una caminata de veinte kilómetros.

Nos dieron un paquete que incluía lo siguiente: una lanza corta plegable (la punta podía desacoplarse y usarse de daga), un cuchillo militar de hoja aserrada, un cinturón de herramientas, una brújula, cerillas impermeables, raciones y una cantimplora. El instructor no creía que pudiéramos apanarnos con cosas más modernas.

Para darle aún más la razón, cuando terminamos la caminata de entrenamiento, tres de nosotros resultamos heridos. Uno se cayó sobre la hoja del cuchillo, fue el primero a quien expulsaron del pelotón. No creo que lo hiciera a propósito, habría requerido demasiada habilidad.

A medida que se acercaba el final del periodo de entrenamiento, veía la ansiedad cada vez más patente en los ojos de mis compañeros. Guisante no podía dormir: se pasaba la noche dando vueltas y la cama no dejaba de crujir. Para entonces, ya me había acostumbrado a vivir sin televisión, sin internet y sin supermercados, pero cada vez que pensaba en atravesar un cuerpo caliente vivo y coleando con una lanza de fibra de carbono se me revolvía el estómago.

Había excepciones, claro.

Cuando cualquiera de nosotros pasaba por la habitación de entrenamiento, veíamos la figura sudorosa de Cañón Negro practicando con la lanza. Se obligaba a sí mismo a hacer más ejercicios y no dejaba de afilar el cuchillo con una piedra. Un antiguo conocido suyo nos aseguró que en la universidad era un chico tranquilo, de los que sufren abusos. Ahora parecía un carnicero sanguinario.

Seis semanas después tuvo lugar nuestra primera batalla, que duró un total de seis minutos y catorce segundos.

El instructor nos hizo rodear una pequeña arboleda. Luego nos dio orden de cargar. Cañón Negro fue delante. Guisante y yo nos miramos, dubitativos, y cargamos desde la retaguardia. Cuando llegamos al lugar, solo quedaban un charco de sangre y algunos miembros desperdigados. Nos dijeron que Cañón Negro había causado ocho bajas él solo. Se quedó uno de los cadáveres.

En la reunión posterior, el instructor halagó a Cañón Negro y criticó a «ciertos tipos vagos».

Cañón Negro despellejó su trofeo, pero no curtió bien la piel y esta empezó a pudrirse, oler mal y llenarse de gusanos. Un día en que él no estaba presente, su compañero de litera terminó por quemarla.

La moral está baja.

No se sabe muy bien qué es peor: que las ratas hayan descubierto cómo hacer caso omiso de los límites artificiales que se impusieron a su capacidad reproductiva o que hayan dado señales de inteligencia, que sean capaces de construir estructuras,

tengan una sociedad jerárquica y hasta ceremonias religiosas.

Cada vez estoy más paranoico. El bosque me mira y escucho susurros entre las briznas de hierba.

Es de noche. No puedo dormir, me doy por vencido y salgo de la tienda.

Estamos a principios del invierno y el firmamento se ve tan claro que tengo la impresión de poder observar los confines del universo. El sonido de un insecto rompe el silencio. Una melancolía indescriptible hace que se me encoja el corazón.

¡*Sha!* Me giro al escucharlo. Hay una rata erguida sobre las patas traseras a unos cinco metros, como si se tratara de otro soldado que echa de menos su hogar.

Me agacho para sacar el cuchillo de la funda de la bota. La rata también se agacha. En el instante en que lo toco, el animal se da la vuelta y se pierde en el bosque. Cojo el cuchillo y la sigo.

Debería poder cazarla en unos treinta segundos, pero esta noche no soy capaz de acortar la distancia que nos separa. De vez en cuando, hasta se da la vuelta para comprobar que sigo detrás. Eso me enfada mucho.

El aire tiene un deje dulzón y putrefacto. Tomo aliento en un pequeño claro. Me siento mareado. A mi alrededor, los árboles se mecen y se agitan, refulgen de forma peculiar a la luz de las estrellas.

Guisante aparece entre ellos. Lleva puestas las gafas, que deberían estar en manos de sus padres a miles de kilómetros. Está ileso, sin ese agujero en el pecho que le abrió aquella rama.

Me doy la vuelta y veo a mis padres. Mi padre lleva su viejo traje, y mi madre su vestido liso. Sonríen. Parecen más jóvenes, sin canas.

Las lágrimas me resbalan por las mejillas. No necesito la lógica. No necesito pensar con claridad.

El instructor me encuentra antes de que muera a causa de la hipotermia. Me dice que tengo en la cara tantas lágrimas y mocos que podría llenar la cantimplora.

Guisante terminó por decir algo significativo:

—Vivir es tan...

No concluyó la frase. ¿Cansado? ¿Magnífico? ¿Estúpido? Se podría completar con cualquier cosa. Por eso dije que era significativo. Comparado con cómo hablaba antes, ahora lo hacía de manera contundente y directa, y dejaba mucho lugar a la imaginación. Debo admitir que he aprendido algo de las clases de crítica literaria.

Para mí, vivir era algo... increíble. Hace medio año nunca me habría imaginado que solo podría bañarme una vez a la semana, que dormiría en el barro entre los piojos, que me pelearía con gente de mi edad por unas galletas *wowotou* correosas, ni que temblaría, emocionado, al ver sangre.

Los seres humanos nos adaptamos a todo mucho mejor de lo que nos imaginamos.

Si no me hubiera apuntado a la Patrulla de Control de Roedores, ¿qué sería ahora de mi vida? Tal vez me pasara todo el día perdiendo el tiempo en internet. O quizá estaría viviendo en casa de mis padres y volviéndolos locos. O quizá me pasara el día de juerga y haciendo locuras con una banda de inadaptados sociales.

Pero aquel día, cuando el instructor dio la orden, estaba ahí, agitando mi lanza como un auténtico cazador, persiguiendo ratas de pelajes de diferentes colores. Las ratas andaban a trompicones con sus patas traseras, diseñadas más para ser bonitas que funcionales, y gritaban desesperadas. Había oído que las ratas aptas para la exportación tenían modificaciones quirúrgicas para vocalizar mejor. Las imaginé gritando: «¡No!» o «¡Eso no!» mientras miraban hacia abajo y veían cómo la lanza les atravesaba el vientre.

El pelotón terminó por desarrollar unas reglas no escritas. Después de una batalla, todos le dábamos al instructor las colas de las ratas que habíamos matado para hacer la cuenta. Se suponía que aquel registro influía en la calidad de los trabajos a los que nos destinaban al terminar.

Sabían cómo motivarnos. Era igual que cuando colgaban las notas de los exámenes finales.

Cañón Negro fue el que consiguió la mejor recomendación. Su cifra de muertes rondaría los cuatro dígitos, mucho más que la de ningún otro. La mía estaba por debajo de la media, un aprobado raspado, muy diferente a la de la universidad. Guisante estaba al final de la lista. Si no lo hubiera ayudado dándole algunas colas de vez en cuando, no habría conseguido ninguna muerte.

El instructor me llevó a un lado.

—Mira, tú eres amigo de Guisante. Tienes que animarlo.

Encontré a Guisante detrás de una pila de hojas. Hice mucho ruido para darle tiempo de esconder las fotos de sus padres y enjugarse las lágrimas y los mocos de la cara.

—¿Nostalgia?

Asintió y apartó la mirada para que no le viera los ojos hinchados.

Saqué una fotografía de mi bolsillo interior.

—Yo también recuerdo a los míos.

Guisante se puso las gafas y miró la foto.

—Qué jóvenes son tus padres.

—La foto es de hace años. —Miré el traje de mi padre y el vestido de mi madre. Estaban como nuevos—. Supongo que no soy muy buen hijo. Lo único que he hecho estos años es preocuparlos. Nunca les he ayudado a sacarse una foto nueva. —Me empezó a picar la nariz.

—¿Sabes lo que hacen los macacos? —preguntó Guisante. Era imposible seguirle la corriente. Su mente era como un revoltijo de alambres y las ideas se movían por él a trompicones—. Los científicos descubrieron que sus cerebros también tenían neuronas espejo, por lo que, al igual que los humanos, también son capaces de

comprender los sentimientos y las ideas de otros monos. Esas neuronas los ayudan a ser empáticos. ¿Entiendes?

No entendía.

—Empatía. Siempre consigues decir algo que ayuda mucho. Creo que es porque tienes un exceso de esas neuronas espejo.

Le di un golpetazo.

—¿Me acabas de llamar mono?

No se rio.

—Quiero volver a casa.

—No seas tonto. El instructor no te va a dar permiso. Además, quedará fatal en tu expediente. ¿Cómo conseguirías trabajo?

—No puedo hacerlo. —Guisante me miraba mientras hablaba despacio—. Las ratas no han hecho nada malo. Son como nosotros: hacen lo que pueden para sobrevivir. Pero nuestra misión es perseguirlas, y la suya, ser perseguidas. Creo que no cambiaría nada en caso de que intercambiáramos papeles.

No se me ocurrió nada que decir, así que me limité a ponerle la mano en el hombro.

Cuando volvía al campamento, me topé con Cañón Negro. Me sonrió.

—¿Haciendo de psicólogo para la nenaza?

Le hice una peineta.

—Ten cuidado de que no te vayas a ahogar con él —dijo, desafiante.

Intenté usar mis neuronas espejo para comprender los sentimientos y las ideas de Cañón Negro. No lo conseguí.

El instructor mira el mapa y el detector, pensativo.

El detector indica que hay una gran manada de ratas que avanza hacia la frontera de nuestro distrito. Al paso que vamos, deberíamos alcanzarlas en unas doce horas. Si las cazamos, habremos completado nuestra cuota. Nos cesarán con honores. Tendremos trabajo. Llegaremos a casa a tiempo para el Año Nuevo.

Pero hay un problema. El reglamento dice que las Patrullas de Control de Roedores no pueden atravesar las fronteras de los distritos para cazar. Se hace para evitar la competición y que se roben ejemplares entre patrullas.

El instructor se gira hacia Cañón Negro:

—¿Crees que podremos controlar la batalla para que se libere dentro de nuestro distrito?

Cañón Negro asiente.

—Se lo garantizo. Si en algún momento cruzamos la frontera, podéis quedaros todos con mis colas.

Reímos.

—Bien. Pues estad listos para partir a las 18:00 horas.

Encuentro un teléfono público en una tienda. Llamo primero a mi madre. Cuando le digo que volveré pronto a casa, se pone tan feliz que se queda sin habla. Cuelgo poco después porque no quiero que empiece a llorar. Luego, sin poder evitarlo, marco otro número.

El de Li Xiaoxia.

No tiene ni idea de quién soy. Impávido, le cuento toda nuestra historia hasta que se acuerda.

Ahora trabaja para la filial china de una empresa extranjera. Horario de oficina, mucho dinero. Es posible que el año que viene la envíen al extranjero para unos cursos. Todo pagado por la empresa. Parece distraída.

—¿Has recibido mis postales?

—Sí, claro. —Duda—. Bueno, las primeras. Después me mudé.

—Ya casi he terminado —afirmo.

—Bien. Qué bien. Ya me irás contando.

Me niego a rendirme.

—¿Recuerdas que cuando me fui dijiste que tuviera cuidado con las ratas? Dijiste que las habías visto. ¿Qué fue lo que viste?

Se hace un silencio largo y muy incómodo. Contengo la respiración, tanto que casi me desmayo.

—No lo recuerdo —responde—. Nada importante.

Me arrepiento de haberme gastado el dinero en esa llamada.

Apático, miro los rótulos en la parte baja de la televisión llena de estática que hay en la tienda: «El control de roedores marcha a buen ritmo». «La Alianza Occidental ha aceptado que tengan lugar conversaciones diplomáticas para tratar la tensión cada vez mayor con nuestro país». «Aumentan las oportunidades laborales para los nuevos licenciados universitarios».

Aunque las ratas han aprendido a obviar los controles que limitaban su reproducción, nuestra cuota no ha variado en consonancia. No tiene sentido, pero no me importa. Al parecer, tendremos trabajo y aumentarán las exportaciones. No da la impresión de que lo que hacemos aquí sea de importancia.

Se parece a lo que decía Xiaoxia: «Dicen que...», «se comenta que...». No son más que rumores o suposiciones. ¿Quién sabe realmente lo que sucede de puertas adentro?

Los hechos descontextualizados no implican nada, hay que observar el panorama general. Hay demasiadas relaciones, demasiadas oportunidades ocultas de las que aprovecharse, demasiada competencia. Es la partida de ajedrez más complicada del mundo. La Gran Partida.

Pero lo que más me importa es que me han roto el corazón.

Durante los últimos días, Guisante se iba a hacer sus necesidades con más frecuencia

de la habitual.

Lo seguí en secreto. Vi que llevaba una pequeña lata de metal con pequeños agujeros en la tapa. La abrió con cuidado, soltó dentro unas galletas y murmuró algo.

Lo sorprendí y levanté una mano.

—Es que era muy bonita —dijo—. ¡Mira qué ojos! —Intentaba apelar a mis neuronas espejo.

—¡Va en contra de las normas!

—Deja que me la quede unos días —suplicó—. Luego la soltaré.

Los ojos se parecían mucho a los de la cría de rata. Eran muy brillantes.

A una persona tan nerviosa y descuidada como Guisante no se le daba bien guardar un secreto. Cuando me encontré con el instructor y Cañón Negro, sabía que aquel juego había terminado.

—¡Estáis protegiendo prisioneros de guerra! —gritó Cañón Negro. Me dieron ganas de reír, y Guisante ya lo hacía a carcajadas.

—Silencio —imprecó el instructor. Todos lo miramos, atentos—. Si me dais una explicación razonable, os trataré de la misma manera.

Supuse que no tenía nada que perder, así que se me ocurrió una «explicación» sobre la marcha. Al oírla, Cañón Negro se puso tan furioso que pensé que se le iba a quedar el ceño fruncido para siempre.

Guisante y yo trabajamos juntos toda la tarde para cavar un hoyo de unos dos metros de profundidad en la ladera de una colina. Lo cubrimos con un toldo lubricado. A Guisante no le gustaba mi plan, pero le dije que era la única manera de evitar que nos castigasen.

—Es muy inteligente —afirmó Guisante—. Hasta imita mis gestos. —Hizo una demostración. Era cierto, aquella pequeña rata era una buena imitadora. Intenté que me imitara a mí, pero no lo conseguí.

—Genial —dije—. Su CI ya es parecido al tuyo.

—Intento verla como un producto muy bien desarrollado —dijo Guisante—. Un hatajo de ADN modificado, pero es algo que no puedo aceptar a nivel emocional.

Nos escondimos a barlovento del hoyo. Guisante sostenía una cuerda. El cabo opuesto estaba atado a la pata de la cría de rata en el fondo del agujero. Tuve que recordarle de vez en cuando a Guisante que tirara de la cuerda para que la rata gimoteara de manera conmovedora. Le temblaban las manos. Odiaba hacerlo, pero lo obligué. Nuestros futuros estaban en juego.

Mi idea se basaba en suposiciones. ¿Cómo saber si aquellas criaturas artificiales respondían a los lazos familiares? ¿Responderían las ratas adultas a los instintos de crianza? ¿Cómo afectaría su nueva realidad reproductiva, esa en la que una rata hembra se apareaba con varios machos y los dejaba preñados?

Apareció una rata macho. Olisqueó cerca del agujero, como si intentara reconocer el olor. Luego cayó dentro. Escuché el sonido de las garras al intentar arañar el toldo lubricado. Me reí. Ahora teníamos dos ratas para usar como cebo.

El macho adulto era mucho más ruidoso que la cría. Si era cierto que tenían un buen CI, quizá estuviera avisando a sus compañeros.

Me equivocaba. Apareció otra rata macho. Se colocó junto a la trampa y dio la impresión de que mantenía una conversación con las ratas del interior. Luego cayó dentro.

Aparecieron una tercera, una cuarta, una quinta... Cuando ya había diecisiete ratas allí dentro, me empecé a preocupar de que el agujero no tuviera la profundidad adecuada.

Di la señal. Un instante después, varios hombres con lanzas rodeaban la trampa.

Las ratas habían empezado a construir una pirámide. La base estaba formada por siete ratas que se apoyaban contra los laterales de la trampa. Había cinco ratas sobre sus hombros que formaban el siguiente piso. Luego tres. Dos ratas más cargaban con la cría e intentaban subir.

—¡Un momento! —gritó Guisante. Tiró de la cuerda con cuidado para separar a la cría del resto de ratas adultas que cargaban con ella. Cuando la pequeña se separó de las demás, las que quedaban en la trampa se pusieron a chillar. La pena era patente a juzgar por los gritos. La pirámide se derrumbó al recibir el impacto de las lanzas. La sangre salpicó contra el plástico y resbaló despacio.

Las ratas habían decidido sacrificarse para rescatar a aquella pequeña con la que no tenían una relación directa. Nos habíamos aprovechado de algo así para cazarlas.

Sentí escalofríos.

Guisante atrajo la cría de rata hacia él. Cuando aquel viaje de pesadilla estaba a punto de terminar, apareció una bota de la nada y aplastó al animal contra el suelo.

Cañón Negro.

Guisante se abalanzó contra él. Puños en ristre.

Aquello pilló desprevenido a Cañón Negro, y la sangre le resbaló por las comisuras de los labios. Luego rio, agarró a Guisante y levantó el enjuto cuerpo del chico por encima de la cabeza. Se acercó a la trampa, llena de sangre y vísceras, e hizo ademán de lanzar dentro a Guisante.

—Creo que la nenaza quiere estar con sus nauseabundos amigos.

—¡Suéltalo! —espetó el instructor, que apareció y terminó con aquella locura.

Como la idea había sido mía, recibí una mención especial. El instructor mencionó la «educación universitaria» tres veces a lo largo de su discurso, ninguna de ellas con tono sarcástico. Impresioné hasta a Cañón Negro. Cuando estábamos solos, me dijo que deberían darme todas las colas que se habían conseguido en la batalla. Las acepté y luego se las di a Guisante.

Pero ya sabía que nada podía sustituir lo que le había arrebatado a mi compañero.

Granjas, árboles, colinas, estanques, carreteras... Los cruzamos como espectros en la noche.

Durante uno de los descansos, Cañón Negro sugiere al instructor que dividamos el pelotón en dos grupos. Los mejores guerreros irán en cabeza, mientras el resto los sigue en la retaguardia. Mira a su alrededor y luego añade, con tono trascendental:

—Si no lo hacemos, quizá no podamos cumplir la misión.

—No —respondo. El instructor y Cañón Negro me miran—. Un ejército es más fuerte cuando sus miembros están juntos. Avanzamos juntos y nos retiramos juntos. No sobra nadie. Y nadie es más importante que los demás.

Hago una pausa y miro fijamente a Cañón Negro, que está muy enfadado.

—De lo contrario, no seríamos muy diferentes de las ratas.

—Bien —dice el instructor al tiempo que se aparta un cigarrillo de la boca—. Permaneceremos juntos. Seguimos.

Cañón Negro camina a mi lado. Baja la voz para que solo yo pueda oírlo.

—Debería haber dejado que rodaras por la presa como la nenaza.

Me planto en el sitio.

Mientras se aleja, Cañón Negro mira hacia atrás y me sonrío. Lo he visto hacer una mueca con los labios como aquella en otras ocasiones: cuando me avisó para que no me ahogara con Guisante, cuando aplastó a la cría de rata, cuando levantó a Guisante en vilo o cuando rajó los vientres de las ratas macho.

Aquella tarde, Cañón Negro se encontraba junto a Guisante. Dijeron que Guisante había abandonado el sendero porque había visto una planta extraña, pero cuando no llevaba las gafas puestas el chico no veía prácticamente nada.

No debí haberme creído aquellas mentiras.

Los recuerdos se suceden uno tras otro mientras veo cómo Cañón Negro se aleja. Este es el viaje más difícil al que me he enfrentado jamás.

—Preparaos para la batalla —dice el instructor.

Sus palabras me sacan de aquella ensoñación. Llevamos diez horas de caminata.

La única batalla que me importa es la que me enfrenta a Cañón Negro.

Vuelve a amanecer. El campo de batalla es un bosque frondoso ubicado en un valle. Las paredes del acantilado que lo rodea son lisas y escarpadas. El plan del instructor es sencillo: un escuadrón avanzará para interponerse en el camino de la manada de ratas mientras atraviesa el valle y el resto de escuadrones irán detrás para cazar a todas las ratas que se topen a su paso. Fin de la partida.

Me escabullo entre los árboles para unirme al escuadrón de Cañón Negro. No tengo ningún plan, lo único que sé es que no quiero perderlo de vista. El bosque es denso y no hay mucha visibilidad. Una leve tonalidad azulada impregna la atmósfera. Cañón Negro nos hace marchar a paso rápido y serpenteamos entre los árboles y la niebla, como fantasmas.

Se detiene de improviso. Seguimos el dedo con el que señala y vemos varias ratas andando a unos metros. Hace un gesto para que nos separemos y las rodeemos, pero, cuando nos acercamos, todas las ratas han desaparecido. Nos damos la vuelta y vemos que se vuelven a encontrar a unos metros.

Nos ocurre varias veces más. Nos asustamos mucho.

La atmósfera se vuelve un poco más cargada y un extraño olor inunda el ambiente. Me suda la frente y el sudor me irrita los ojos. Agarro la lanza con más fuerza e intento mantener el paso del escuadrón. Pero me fallan las piernas. Vuelvo a experimentar la paranoia. Hay *cosas* que me observan entre las briznas de hierba. Susurros en el aire.

Estoy solo. Me rodea una niebla espesa. Doy vueltas. Siento el peligro en cualquier dirección. La desesperación me nubla el juicio.

De repente, escucho un grito duradero y pronunciado que viene de una de las direcciones. Me giro rápido hacia allí, pero no veo nada. Siento cómo algo grande pasa a toda velocidad detrás de mí. Luego, otro grito duradero y pronunciado. Después escucho el repiqueteo del metal al entrec chocar, el sonido de la carne al desgarrarse, una respiración pesada.

Luego, silencio. El más absoluto de los silencios.

Lo tengo detrás. Siento cómo me taladra con la mirada.

Me doy la vuelta y se abalanza sobre mí a través de la niebla. En un instante, se me viene encima una neorrata del tamaño de un humano, con garras de las que gotea sangre. Le empujo las patas contra el pecho con la lanza y forcejamos hasta que ambos caemos al suelo. Sus mandíbulas, llenas de dientes afilados, se cierran con fuerza a escasos centímetros de mi oreja; el aliento fétido que emana de su boca me impide respirar. Intento apartarla con las piernas, pero me tiene bien clavado en el suelo.

Indefenso, contemplo cómo acerca las garras a mi pecho. Gruño, rabioso, pero resuena como un grito de desesperación exagerado.

La garra gélida me rasga el uniforme. Puedo sentir su tacto en el pecho. Luego, un dolor abrasador que me desgarrar la piel y los músculos. La garra no deja de descender, milímetro a milímetro, hacia el corazón.

Levanto la vista y lo miro a la cara. Ríe. En su boca, una sonrisa cruel, que me es muy familiar.

Bang. La rata se estremece. Las garras se detienen. Gira la cabeza, confundida, como si intentara descubrir el origen del ruido. Hago acopio de todas mis fuerzas, aparto las garras y la golpeo con la lanza en el cráneo.

Se escucha un golpe quedo. Cae al suelo.

Miro detrás de ella y veo una rata más grande y más alta que se dirige hacia mí. Lleva un arma en las manos.

Cierro los ojos.

—Esta noche podréis tomaros una bebida de verdad —había dicho el instructor. Colocó varias latas de cerveza junto a la fogata.

—¿Qué celebramos? —preguntó Guisante, contento. Cogió un muslo de pollo de

un cuenco grande y le dio un mordisco.

—Creo que es el cumpleaños de alguien.

Guisante se quedó de piedra por un instante. Luego sonrió y siguió masticando el muslo de pollo. Me pareció ver sus ojos inundados en lágrimas a la luz de la fogata.

El instructor estaba de buen humor.

—Oye, Guisante —llamó al tiempo que le pasaba otra cerveza—, eres sagitario, así que deberías tener buena puntería. ¿Por qué se te da tan mal disparar a las ratas? Seguro que usas esa buena puntería para otras cosas, ¿no?

Reímos hasta que nos dolió el estómago. El instructor acababa de mostrar una cara que nunca habíamos visto.

El chico que cumplía años se comió sus fideos de regalo y pidió un deseo.

—¿Qué has pedido? —preguntó el instructor.

—Que nos cesen a todos lo más pronto posible para volver a casa, tener un trabajo y pasar tiempo con nuestros padres.

Todos nos quedamos en silencio y pensamos que el instructor se iba a enfadar mucho. Pero aplaudió, rio y dijo:

—Muy bien. Tus padres no han desperdiciado el dinero contigo.

En aquel momento, todos empezamos a hablar al unísono. Algunos decían que querían ganar mucho dinero para comprarse una casa grande. Otros, que querían acostarse con una mujer guapa de cada continente. Uno aseguró que quería ser presidente.

—Si tú vas para presidente —añadió otro—, yo voy para comandante en jefe de la Vía Láctea.

Vi que el instructor ponía un gesto un tanto extraño.

—¿Usted qué quiere ser, señor?

Todos nos quedamos en silencio.

El instructor avivaba el fuego con una rama.

—Mi aldea natal es pobre. Todos los que nacimos allí somos estúpidos y no se nos dan bien los estudios, al contrario que a vosotros. De joven, no quería trabajar en el campo ni ir a la ciudad para ser obrero. Me parecía absurdo. Fue entonces cuando alguien me dijo: «Alístate en el ejército, así al menos protegerás el país. Si lo haces bien, quizá te conviertas en un héroe y puedas volver a casa después de haber honrado a tus ancestros». Siempre me gustaron las películas bélicas y me emocionaban los uniformes, así que me alisté.

»Lo único que sabemos hacer los niños pobres como yo es trabajar duro. Entrené a diario, era el que le dedicaba más tiempo y el que practicaba más. Si alguna de las tareas era peligrosa, me ofrecía voluntario. Si había que realizar algún trabajo sucio, era el que se encargaba. ¿Por qué? Porque quería tener la oportunidad de convertirme en un héroe en el campo de batalla. Era la única oportunidad que tendría jamás de hacer algo útil con mi vida, ¿sabéis? De haber muerto, habría valido la pena.

El instructor hizo una pausa y luego suspiró. No dejaba de avivar el fuego con la

rama. Aquel silencio duró mucho.

Luego miró hacia arriba y sonrió.

—¿Por qué estáis tan callados? Perdón por haber estropeado el ambiente. —Tiró la rama—. Lo siento. Voy a cantar algo para arreglarlo. Es una vieja canción. La primera vez que la escuché ni habíais nacido.

No cantaba bien, pero lo hizo con toda su alma. Había lágrimas en sus ojos.

... Este cascarón es lo único que me queda. Recuerda aquellos días de gloria en que éramos libres ante la adversidad. Siempre creímos que podríamos cambiar el futuro, pero ¿quién ha sido capaz de hacerlo...?

Mientras cantaba, las sombras fluctuantes de las llamas hacían que pareciera aún más alto, como un gran héroe. Le dedicamos un aplauso que resonó en el vacío de la espesura.

—Quiero deciros algo —anunció Guisante. Se inclinó hacia delante, sin dejar de beber de una botella—. Vivir... vivir es un sueño.

Me despierto con el ruido atronador de un motor.

Abro los ojos y veo que el instructor mueve los labios. El ruido no me deja oírlo.

Intento ponerme en pie, pero un dolor agudo en el pecho hace que me vuelva a tumbar. Me encuentro bajo un techo curvado y metálico. En ese momento, el mundo empieza a vibrar y a temblar, y noto un peso que me empuja contra el suelo. Estoy en un helicóptero.

—No te muevas —grita el instructor, que se ha acercado a mi oreja—. Vamos a llevarte al hospital.

Mis recuerdos son poco más que un batiburrillo de escenas aleatorias de aquella terrorífica batalla. Luego recuerdo lo último que vi.

—El arma... ¿Era usted?

—Era tranquilizante.

Creo que empiezo a entenderlo.

—¿Y qué le pasó a Cañón Negro?

El instructor se queda en silencio un rato.

—Tenía una herida muy grave en la cabeza. Es muy posible que se quede en estado vegetativo de por vida.

Recuerdo esa noche que no pude dormir. Recuerdo a Guisante, a mis padres y...

—¿Qué vio? —le pregunto al instructor, desesperado—. ¿Qué vio en el campo de batalla?

—No lo sé —responde. Luego me mira—. Pero es mejor que tú tampoco lo sepas.

Pienso en ello. Si las ratas son capaces de manipular químicamente nuestra percepción, de crear ilusiones y hacer que nos ataquemos entre nosotros, la guerra durará muchísimo tiempo. Recuerdo los gritos y el sonido que hacía la carne cuando las lanzas la desgarraban.

—¡Mira! —El instructor me ayuda a levantar la cabeza para que pueda ver a través de la cabina del piloto.

Ratas, millones de ratas caminan por los campos, bosques, colinas, aldeas. Sí, caminan. Erguidas y a paso tranquilo, como si se tratara del mayor grupo de turistas del mundo. Las que están dispersas confluyen en un flujo de arroyos, ríos y mares. El pelaje multicolor conforma un estampado magnífico. Como si hubiera en ello un sentido estético y de la proporción. Ese océano de ratas se mece entre el marchito y árido paisaje invernal y los edificios idénticos y aburridos construidos por los humanos, se mece como una nueva fuerza vital recién llegada al universo, fluye poco a poco.

—Hemos perdido —afirmo.

—No, hemos ganado —responde el instructor—. Pronto te darás cuenta.

Aterrizamos en un hospital militar. Me reciben entre ramos de flores y una silla de ruedas. Una enfermera guapa me empuja adentro. Me diagnostican y luego me dan un baño. Pasa mucho tiempo antes de que el agua caiga transparente. Luego toca alimentarme. Como tan rápido que vomito. La enfermera me da palmaditas amables en la espalda, con un gesto lleno de comprensión.

La televisión de la cafetería muestra un canal de noticias.

—Nuestro país ha llegado a un acuerdo preliminar por las disputas comerciales con la Alianza Occidental. Ambas partes lo han descrito como un logro favorable...

En la televisión se ven las imágenes de la migración masiva de ratas que vi antes desde el helicóptero.

—Después de trece meses de enfrentamiento heroico y sin descanso por parte de toda la nación, ¡al fin hemos conseguido eliminar la amenaza de roedores!

La imagen da paso a otra que muestra el océano. Una enorme alfombra multicolor se mueve poco a poco hacia el agua. Cuando toca el mar, se convierte en millones de partículas que se disuelven.

La cámara se acerca y las neorratas parecen soldados en el fragor de la batalla. Dementes que atacan todo y a todos los que les rodean. No hay bandos, no hay organización alguna, no hay estrategia ni táctica. Cada neorrata lucha por sí misma y desgarrar los cuerpos de sus congéneres, los muerde con crueldad, mastica las cabezas del resto. Como si una mano invisible hubiera pulsado un interruptor genético y el civismo cada vez mayor del que hacían gala hubiera dado paso en un instante a los instintos más primarios. Chocan unas contra otras, se golpean, la alfombra de cuerpos se retuerce y forma un río de sangre que discurre hacia el mar.

—¿Ves? Te lo dije —comenta el instructor.

Pero la victoria no tiene nada que ver con nosotros. Es algo que estaba planeado desde un principio. Los encargados de programar a las neorratas para que se escaparan también crearon las instrucciones para librarse de ellas cuando hubieran logrado su objetivo.

Li Xiaoxia tenía razón. Guisante tenía razón. El instructor también tenía razón.

No somos más que ratas, peones, guijarros, fichas en el tablero de la Gran Partida. Solo alcanzamos a ver unas pocas de las casillas que tenemos ante nosotros. Nos tenemos que limitar a seguir los movimientos que marcan las reglas del juego, a mover el cañón de la octava a la quinta fila, el caballo de la segunda a la tercera. Pero nadie conoce las implicaciones de esos movimientos ni sabe cuándo la mano enorme que se cierne sobre nosotros descenderá para usarnos.

Pero cuando los dos jugadores, los dos bandos, han cumplido con su misión, cualquier sacrificio está justificado, ya se sacrifiquen neorratas o a nosotros. Vuelvo a recordar a Cañón Negro en el bosque y me estremezco.

—No menciones lo que viste —dice el instructor.

Sé que se refiere a los rituales de las ratas, a la sonrisa de Cañón Negro, a la muerte de Guisante. Nada de eso formará parte de la historia oficial. Son hechos que quedarán en el olvido.

—¿La migración de ratas pasará por esta ciudad? —le pregunto a la enfermera.

—En una media hora. Debería poder verse desde el parque que está delante del hospital.

Le pido que me lleve allí. Quiero despedirme del enemigo, del enemigo que nunca existió.

El pez de Lijiang

Tengo dos puños delante de mí. La luz del sol se refleja en los dorsos de ambas manos.

—¿Izquierda o derecha?

Dubitativo, veo cómo extendiendo un dedo pequeño, como el de un niño, y señalo el de la izquierda. El puño se da la vuelta y se abre. Vacío.

Los puños desaparecen y vuelven a aparecer.

—Otra oportunidad. ¿Izquierda o derecha?

Señalo el de la derecha.

—¿Seguro? ¿No quieres cambiar de opinión?

El dedo titubea en el aire. Pasa a la izquierda y luego a la derecha, como un pez que fluctúa en el agua.

—¿Cuál es tu decisión? Tres..., dos..., uno...

Mi dedo se detiene en el de la izquierda.

El puño se da la vuelta y se abre. En su interior solo resplandece la luz del sol. La mano está vacía.

¿Un sueño?

Abro los ojos. El sol brilla blanco y me hace daño a la vista. A saber cuánto tiempo llevo echando la siesta en este patio de estilo naxi^[3]. Hace mucho que no me siento tan cómodo. «Qué cielo tan azul, joder». Me estiro hasta que me crujen los huesos.

Han pasado diez años y todo ha cambiado por aquí. Lo único que sigue igual es el color del cielo.

Lijiang^[4], he vuelto. Pero ahora estoy enfermo.

Hace veinticuatro horas tenía múltiples identidades: un robot de oficina con una rutina muy estricta, el dueño de un Ford gris, el futuro propietario de un decrepito apartamento en un rincón olvidado de la ciudad, un parásito arruinado por las deudas...

Ahora no soy más que un paciente. Un paciente que necesita rehabilitación.

La culpa de todo la tiene ese maldito reconocimiento médico obligatorio. En la última página del informe se podía leer: «DNFP II (Desorden Neuro-Funcional Psicogénico II)». Traducido para que lo entienda todo el mundo, eso significaba que estaba jodido y que tenía que pasar dos semanas en rehabilitación.

Me ruboricé y le pregunté a mi jefe si me daba permiso para marcharme. *Sentí* que todos los presentes en la oficina me clavaban la mirada en la nuca. *Schadenfreude*. Se alegraban de que la «mascota del jefe» por fin hubiera dado señales de ser humano, que fuera de mentalidad débil y se derrumbara a causa del estrés.

Me estremecí. Esa es la vida en la oficina.

El jefe respondió despacio, de forma metódica.

—¿Crees que quiero hacerlo? ¡Tengo que pagarte unas vacaciones obligatorias! Hay gente que trabaja en otras empresas y no puede ir a rehabilitación aunque lo necesite, pero la nueva legislación laboral nos obliga. Nuestra empresa es legal y de ámbito internacional, tenemos que dar ejemplo... Da igual: si empeoras, tu enfermedad podría degenerar en una neurosífilis y nos infectarías a todos. Mejor será que te marches ya, ¿de acuerdo?

Abandoné el despacho del jefe, avergonzado, y fui a recoger mi escritorio. Hice caso omiso de las miradas. *Seguid mirando, gilipollas neurosifilíticos. Volveré en dos semanas y veremos quién se hace con la plaza de subgerente a final de año.*

No me pude dormir en el avión porque a mi alrededor no dejaba de escuchar ronquidos. Llevaba más de un mes con problemas de insomnio. Con muchos problemas, en realidad: malestar estomacal, amnesia, dolores de cabeza, fatiga, depresión, pérdida de libido... Quizá sí que fuera un buen momento para pararme a descansar.

Hojeé la revista del avión. Las fotografías de los lugares turísticos de Lijiang eran tan maravillosas que parecían de mentira.

Hace diez años no tenía nada, ni preocupaciones siquiera. Hace diez años, Lijiang era un paraíso para todos aquellos a los que les gustaba vivir exiliados de la civilización. (O, para no sonar tan pretencioso, era un lugar al que la gente joven que se consideraba «artista» iba a tener relaciones). Hace diez años también podía cargar con todas mis pertenencias a la espalda: en aquella época todavía estaba en forma. Con el mapa de la ciudad vieja en el bolsillo, deambulaba entre sus calles hasta medianoche, hablaba con todas las mujeres a las que veía solas y caía rendido entre canciones y alcohol.

He vuelto. Ahora tengo un coche, una casa y todo aquello que un hombre debería tener, por ejemplo, disfunción eréctil e insomnio. Si hiciera una gráfica de mi vida con la felicidad y el tiempo como ejes, la curva ya habría alcanzado su punto más alto y se encontraría en un descenso inexorable hacia la zona más baja.

Me quedo quieto, sin pensar en nada. La luz del sol desciende desde la parte alta de los muros del patio, que huele a caoba china. No sé cuánto tiempo ha pasado. El personal del centro de rehabilitación me quitó el reloj, el móvil y cualquier otro dispositivo en el que poder consultar la hora.

En la ciudad vieja no hay ordenadores ni televisión, pero algunos de los habitantes han decidido alquilar el espacio de sus frentes o sus pechos. Tienen pequeñas pantallas de cristal líquido incrustadas en la piel, en las que se emiten todo tipo de anuncios durante las veinticuatro horas del día. Como he dicho, este lugar no es la Lijiang que conocí.

Aunque suene raro, mis ganas de recuperarme lo más pronto posible para volver a la oficina se desvanecen como la luz del ocaso, como el débil aroma de la caoba china.

Me ruge el estómago y decido ir a por algo de comer. El hambre parece ser la única manera que me queda de medir el paso del tiempo... Bueno, y también la vejiga y la iluminación del cielo cambiante.

Hay algunos peatones en las calzadas de pizarra de las calles. Esta parte de la ciudad está reservada para los pacientes de rehabilitación. También hay muchos perros callejeros: gordos, flacos y de todo tipo.

Mientras volaba hacia aquí escuché un chiste. A los delincuentes económicos que hayan cometido delitos graves, además de la pena de muerte y la cadena perpetua, ahora también les puede caer un tercer tipo de condena: convertirse en sujetos experimentales para operaciones de transferencia de conciencia en Lijiang y transformarse en perros. Es un tipo de experimento que no suele tener voluntarios porque a veces falla, pero la oportunidad de vivir en Lijiang es tan atractiva (aunque sea en forma de perro) que muchos la han aprovechado.

He comprobado que los perros son muy agradables con las chicas guapas y se ponen muy nerviosos con los inspectores que recorren la ciudad, así que incluso he pensado que el chiste cuenta la verdad.

Me termino un cuenco de pollo a la soja, voy a una cafetería y me siento con un café solo. Paso las páginas de algunos de los libros que siempre quiero leer (y que no acabaré nunca) y pienso en el «significado de la vida».

¿Así es como uno mejora? ¿Sin terapia física ni meditación ni una dieta específica ni yoga ni equilibrio entre el yin y el yang ni ningún tipo de cuidados profesionales? ¿Se refieren a eso con la expresión «*Mens sana in corpore sano*» que me he encontrado por todo el centro de rehabilitación?

Lo admito: tengo mucho apetito, duermo bien, estoy relajado y hasta me siento mejor que hace diez años.

Hasta la nariz, que llevaba semanas congestionada, empieza a captar la fragancia de las bolsitas de la cafetería. *Un momento. ¿Bolsitas?*

Levanto la cabeza. Enfrente de mí se sienta una chica con un vestido verde oscuro. Sostiene una bebida de aroma delicioso y me mira con una sonrisa de oreja a oreja. Diría que se parece al cartel de una película francesa. O quizá a un sueño, que lo mismo podría ser agradable que terrorífico.

—Entonces ¿te dedicas al marketing?

Camino junto a la mujer a la luz del sol del atardecer. El suelo pavimentado

reluce en tonos dorados. De las cafeterías sale un olor muy agradable.

—Claro. Aunque se puede decir que soy comercial. ¿Y tú? ¿Trabajas en una oficina? ¿Eres empleada pública? ¿Policía? ¿Profesora? —Luego añado, para adularla un poco—: ¿Actriz?

—¡Ja! No has dado una. —Parece disfrutar de mis intentos por hacerla reír—. Soy enfermera de cuidados especiales. ¿Sorprendido?

—Vaya, no sabía que las enfermeras también se ponían enfermas y necesitaban rehabilitación.

Después de cenar, vamos a un bar. Le decepciona lo que ha decaído la calidad de los servicios en Lijiang.

—¿Dónde está toda la gente simpática que se encargaba antes del local?

Una de las camareras nos comenta que ahora el comercio pertenece a Industrias Lijiang (código bursátil #203845), una empresa financiada por varios conglomerados muy ricos. Los propietarios locales que conocía la mujer habían vendido el lugar porque o bien no podían seguir permitiéndose su mantenimiento o bien no podían renovar la licencia. En la actualidad todo es mucho más caro, pero las acciones de Industrias Lijiang están muy cotizadas.

De noche, el espíritu del consumismo posee a la ciudad vieja, pero no damos con un lugar al que nos apetezca ir. No está interesada en escuchar música folclórica naxi interpretada por una orquesta de robots.

—Suena parecido a los rebuznos de un burro castrado.

A mí no me apetece ver una muestra de danza folclórica a la luz de una fogata.

—Se parece a una barbacoa humana.

Terminamos por tumbarnos bocabajo en uno de los laterales de la calle para observar los peces del canal.

En los canales de Lijiang hay bancos de carpas doradas. Ya sea durante el amanecer, el anochecer o la medianoche, merodean por las aguas, todos en la misma dirección, como soldados formando filas que esperan inspección en la plaza de armas. Pero, de cerca, se puede observar que no están quietos del todo. Que luchan contra la corriente para poder mantenerse en esa posición. Cada cierto tiempo, hay uno o dos que se cansan, y la corriente les hace romper filas. Pero no tardan en mover las aletas y pelear para volver a su lugar.

Han pasado diez años desde la última vez que los vi. Al menos, ellos no han cambiado.

—Nada, nada, nada. Antes de que te des cuenta, la vida se habrá terminado.

Repito las mismas palabras que pronuncié hace diez años.

—Son como nosotros —añade ella.

—Es el sentido oculto de la vida —continúo—. Al menos podemos elegir cómo vivirla.

Me dan ganas de reír por lo pretencioso que suena.

—Pero la realidad es que yo no te elegí a ti, y tú no me elegiste a mí.

El corazón me da un vuelco. La miro. No he pensado ni en invitarla a volver conmigo al hotel. Mi libido sigue sin reaccionar. Tiene que ser un error.

Rompe en carcajadas.

—Era de una canción. ¿No la conoces? Bueno, no canto muy bien. ¿Quieres que nos veamos mañana? Eres divertido.

—Pero ¿cómo nos encontramos?

De repente me doy cuenta de que no tengo móvil.

—Me alojo aquí. —Me pasa la tarjeta de un hotel—. Si eres muy vago para caminar hasta allí, busca un perro.

—¿Un perro?

—¿De verdad no sabes nada? Cualquier perro callejero te servirá. Escribe en un pedazo de papel la hora y el lugar en que quieres que nos veamos y cuélgala del collar de un perro. Luego pasa la tarjeta del hotel por el collar.

—¿No es una broma?

—Tienes que leerte la guía de Lijiang.

No sé cuánto tiempo he pasado durmiendo.

Para mí es la tarde del segundo día, pero la posición del sol indica que es por la mañana. En realidad, no tengo manera de asegurarme de que sea la mañana del tercer día, el cuarto o cualquier mañana después de un sueño que ha durado lo que dura una eternidad.

Quizá ese sea el truco de una buena rehabilitación: dejar de soñar con los informes y la cara rechoncha del jefe.

Busco un perro. Los perros del lugar tienen buen olfato, son capaces de olisquear el fracaso que me rodea y huir de mí. Tengo que comprar un paquete de cecina de yak. Doy de comer a un perro (menudo cabrón) hasta que se queda saciado y por fin consigo que envíe el mensaje. Firmo la nota con «el pez de anoche», por si se ha olvidado de mí.

Deambulo por las calles. Disfruto del sol y de no tener nada que hacer. En este lugar, la gente no tiene sentido del tiempo, por lo que podría aparecer en cualquier momento.

Veo un anciano sentado en una esquina con un halcón. El halcón y el hombre destilan energía. Me acerco a ellos con la cámara.

—¡No quiero fotos! —grita el hombre.

—¡Cinco yuanes! ¡Un dólar! —grita el halcón en una mezcla de inglés y mandarín de Sichuan.

¡Joder!

Son robots. Ya no queda nada auténtico en la ciudad. Me doy la vuelta, enfadado.

—¿Quieres saber por qué el cielo de Lijiang es tan azul? ¿Quieres oír la leyenda de la montaña Nevada del Dragón de Jade? —Al ver que me he girado para

marcharme, el hombre cambia el tono de voz y hasta el acento. Ahora suena como un hombre más urbanita de Suzhou—. Lo sé todo sobre Lijiang. La información cuesta un yuan.

¿Por qué no?

Solo quiero pasar el rato. Y quizá escuchar sus mentiras. Saco una moneda y la meto en el pico del halcón. *¡Clic!* Se abre un panel en el pecho del animal y queda al descubierto un teclado que emite un brillo rosado.

—Si quiere escuchar por qué el cielo de Lijiang es tan azul, pulse uno. Si quiere escuchar la leyenda de la Montaña Nevada del Dragón de Jade, pulse dos...

Suficiente. Pulso uno.

La Lijiang moderna depende del control de la condensación y la estandarización de todo tipo de indicadores. Mediante la tecnología es posible mantener la probabilidad de días soleados en más de un noventa y cinco coma cuatro dos seis por ciento. Unos microajustes en el contenido de partículas de la atmósfera permiten que la tonalidad del cielo se mantenga en un color Pantone 2975 C y 3035 C.

El diseñador del sistema...

Maldición. Esto me pone triste. Incluso el cielo, bonito como al principio de los tiempos, es falso.

—¿Andas buscando ovnis? —pregunta la mujer mientras me pone las manos en los hombros.

—¿Sabes si hay algo real en todo esto? —murmuro.

—Claro. Tú. Yo. Nosotros somos de verdad.

—Unos enfermos de verdad —la corrijo.

—Cuéntame algo sobre ti. Me encanta conocer a la gente.

Hemos vuelto al bar. A través de la ventana se ven los peces en el canal de debajo. Nadan, nadan hacia ninguna parte.

—Vamos a jugar a un juego —dice la mujer—. Nos turnaremos para averiguar cosas de la otra persona. Si uno adivina algo, el otro tendrá que dar un trago. Si no, el que falla bebe.

—Claro. Veremos quién se emborracha primero.

—Empiezo yo. Trabajas para una gran empresa, ¿verdad?

—Ja. La frase favorita de mi jefe es: «Nuestra empresa es legal, de ámbito internacional, moderna y grande». —Bajo la voz—. «Nuestra fábrica».

La mujer suelta una risita.

No recuerdo si le había contado algo sobre mi empresa alguna vez. No obstante, echo un trago.

—Tus pacientes —continúo— son todas personas importantes, ¿verdad?

La mujer bebe.

—Eres un hombre importante para tu empresa —afirma ella.

Bebo.

—Preguntaré algo más interesante —afirmo—. Has tenido pacientes que te han tirado los tejos, ¿verdad?

Se ruboriza y bebe.

—Tú debes de haber tenido muchas novias —afirma ella.

Dudo por un instante. Luego bebo. «*Tenido*» es una forma de «*tener*».

—No estás casada —afirmo.

Sonríe. No responde.

Me encojo de hombros y bebo.

Cuando termino el trago, la mujer levanta el vaso y bebe.

—¡Mentirosa! Me has engañado —impreco. Pero me alegra.

—Culpa tuya por ser tan impaciente.

—Vale, pues voy a lanzarme y decir que padeces insomnio, ansiedad, arritmias, periodos irregulares...

Sé que he bebido demasiado rápido. Me voy a arrepentir, pero no puedo parar de hablar.

Me mira y bebe. Luego añade:

—Tú tienes tus síntomas. Yo tengo los míos.

—Por eso estamos aquí, ¿o no?

Niega con la cabeza.

—Tú crees que nada tiene sentido.

—Eso era antes de conocerte —respondo, intentando poner el tono más seductor que puedo. Luego me avergüenzo.

No me hace caso.

—La sensación de que el tiempo se te escapa te causa ansiedad. El mundo cambia cada día. Y cada día te haces más viejo. Pero hay muchas cosas que no has hecho. Quieres sostener un puñado de arena, pero cuanto más fuerte lo aprietas, más rápido se derrama entre tus dedos. Hasta que no queda nada.

Si me lo hubiera dicho cualquier otra persona, esto habría sonado a psicología de mercadillo, pseudointelectualismo y espiritualidad barata. Pero el que ella dijera esas palabras hizo que sonaran ciertas. Cada palabra es como un directo al corazón que me hace estremecer.

Bebo, en silencio. Su sonrisa empieza a ensancharse. El doble, el triple, cuatro veces más... Me gustaría decir algo, pero la lengua no me obedece.

Parece avergonzada. Me susurra:

—Estás borracho. Te llevo a casa.

Ha vuelto a salir mal.

Me cuesta mucho recordar dónde estoy.

Mientras pienso en ello, el sol se va moviendo a lo largo de seis paneles

diferentes de la ventana. Recorre tres más antes de que consiga quitarme de encima el olor a alcohol y vómito en el baño.

Supongo que la señorita enfermera no se ha ocupado muy bien de su paciente. Tengo un dolor de cabeza terrible.

No quiero enviar un perro a buscarla. De hecho, tengo miedo de verla de nuevo. ¿Será telépata? Tiene sentido que una enfermera de cuidados especiales sea telépata, ¿no? Sobre todo, si el paciente ya no puede hablar.

Da auténtico pavor pensar que hay gente que puede descubrir tus miedos más profundos.

Un shar pei entra en la habitación y me ladra. Cojo el papel que le han dejado en el collar.

La mujer quiere que la acompañe a escuchar cómo los robots tocan música folclórica naxi, que ella misma ha descrito como el rebuzno de un burro castrado. La firma de la nota reza: «No soy telépata».

¡Que te den, zorra burguesa! Le doy una patada al shar pei. Gimotea.

La curiosidad termina por sobreponerse al miedo. Me lavo, me visto y voy a la sala de conciertos. Me la encuentro vestida toda ella de amarillo. Saludo con la cabeza.

Pero desprecia mi intento de permanecer distante. Camina directa hacia mí, me coge las manos y me lleva dentro.

—Deja de fingir —me susurra a la oreja. Tengo que concentrarme para evitar que repare en lo excitado que estoy.

Comienza la música. Es cierto que suena como un burro castrado. Un insulto para la verdadera música naxi que había escuchado diez años antes.

Los robots se mueven de un lado a otro y hacen como si tocaran todo tipo de instrumentos de los naxi. Mientras tanto, de los altavoces de los asientos sale un flujo de música grabada. No cabe duda de que los robots se han fabricado en China: tienen movimientos ridículos y bruscos, un repertorio de gestos limitado y expresiones monótonas. El único que está fabricado con atención al detalle es el robot Xuan Ke^[5]. De vez en cuando hasta actúa como si estuviera absorto del todo por la interpretación. Me preocupa que se llegue a mover con tanta fuerza que se le caiga la cabeza.

—Pensé que no te gustaban los rebuznos —le susurro a la mujer en la oreja. Me envuelve la fragancia de su aroma.

—Es parte de tu rehabilitación.

—Bien. Cierto.

Intento besarla, pero me esquivo y mis labios se encuentran con sus dedos.

—En la oficina, sobre tu escritorio, tienes un pequeño reloj despertador gris. Tiene forma de seta y se suele adelantar.

Ella habla con tono tranquilo, pero yo estoy estupefacto. El reloj fue un regalo de la empresa cuando gané el título de Empleado del Mes. ¿Cómo lo ha sabido?

Perdí en el juego de beber y quizá fuera casualidad, pero esto...

No dejo de mirar su perfil. Los rebuznos de la música rompen contra mi cuerpo como si se tratara de un maremoto. Me da la impresión de que yo también me he convertido en un músico robot. Me esfuerzo por interpretar una melodía seductora y absurda, pero ella descubre mis intenciones sin el menor esfuerzo. En mi pecho no hay más que un corazón mecánico forjado en hierro.

Terminamos en la cama.

Ella actúa como si esto no fuera especial. Todo lo contrario que yo. Los humanos son animales extraños: expresan miedo y deseo mediante el mismo órgano. El miedo, perdiendo el control de dicho órgano y orinándose encima; el deseo, perdiendo el control de dicho órgano y llenándolo de sangre.

Me imagino que le pregunto «¿Esto también forma parte de nuestra rehabilitación?» con tono socarrón. No lo hago, porque me temo cuál será la respuesta.

—¿Quién eres en realidad?

No he podido evitarlo.

La voz de la mujer suena queda, indiferente.

—Soy enfermera. El tiempo es mi paciente.

Termina por contarme su historia.

Trabaja en un lugar llamado «Unidad de Cuidados Temporales». Un lugar que solo acoge a los hombres más importantes del mundo de los negocios.

Los ancianos parecen momias, con el cuerpo lleno de cables y tubos. Necesitan cuidados y vigilancia las veinticuatro horas. Cada día, va a visitarlos todo tipo de gente. Llevan biotrajés esterilizados y se colocan alrededor de las camas, entran en comunión con los ancianos, les informan y reciben información, todo en silencio.

Los ancianos nunca se mueven. Cada una de sus respiraciones dura horas. Cada cierto tiempo, uno de ellos gimotea como un bebé y alguien lo graba. Los signos vitales indican que deberían estar muertos. Los números que se muestran en las máquinas no cambian nunca, pero ellos llevan años, décadas, en ese lugar.

La mujer dice que se llama «terapia de dilatación del sentido temporal». Los llama «muertos vivientes».

La terapia comenzó hace unos veinte años. En aquellos tiempos, los científicos descubrieron que, al controlar el reloj biológico de un organismo, era posible reducir la producción de radicales libres y retrasar el envejecimiento. Pero no se puede detener ni revertir el deterioro y posterior fallecimiento de la mente.

Luego alguien hizo otro descubrimiento: el envejecimiento de la mente estaba muy conectado con el sentido del paso del tiempo. Al manipular ciertos receptores de la glándula pineal era posible retrasar el sentido del tiempo, dilatarlo. Para el cuerpo de una persona que recibe la terapia de dilatación del sentido temporal, el tiempo discurre de manera normal, pero su mente lo experimenta cientos o miles de veces

más despacio que los demás.

—Pero ¿eso qué tiene que ver contigo? —pregunto.

—¿Sabías que las mujeres que viven juntas sincronizan su ritmo biológico, sus ciclos menstruales?

Asiento.

—Pues ocurre lo mismo con las enfermeras que nos encargamos de los muertos vivientes todos los días. Una vez al año tengo que venir a hacer rehabilitación en Lijiang para librarme de los efectos que la dilatación temporal causa en mi cuerpo.

Me siento mareado. Esos hombres usan la dilatación del sentido temporal porque necesitan controlar el precio de las acciones o evitar luchas por el poder entre sus sucesores. Pero ¿qué ocurre cuando una persona normal experimenta dicha dilatación? Intento imaginar cómo sería vivir cientos de años en un segundo, pero no tengo tanta imaginación. Estirar el tiempo hasta el infinito es casi como retrasarlo hasta que prácticamente deja de transcurrir. ¿Una mente así de dilatada no sería inmortal? ¿Para qué necesitaría un cuerpo percedero?

—¿Recuerdas lo que te dije? Ni yo te elegí a ti, ni tú me elegiste a mí —dice, con una sonrisa que casi parece de arrepentimiento.

Empiezo a sentir ansiedad, como si entre mis dedos hubiera un puñado de arena que se va derramando.

—Eres mi otra mitad, atravesados por el rayo de Zeus.

Esas palabras me parecen una maldición.

Se marcha.

Me cuenta que se ha terminado su periodo de rehabilitación.

Estamos sentados en la oscuridad. Tenemos delante la mole imponente de la Montaña Nevada del Dragón de Jade; la luz de la luna se refleja, argéntea, en sus cumbres nevadas. No decimos nada.

No dejo de escuchar en bucle en mi cabeza los rebuznos de esas melodías.

—¿Recuerdas ese reloj despertador de tu escritorio? —pregunta.

Aunque la terapia de dilatación del sentido temporal es muy cara, la terapia contraria (la compresión del sentido temporal) no lo es. El procedimiento es tan barato que se ha podido comercializar. Algunos grandes conglomerados han invertido en él y se han aprovechado de ciertos vacíos legales de la legislación laboral china (con la complicidad del gobierno) para llevar a cabo pruebas secretas con empleados chinos de compañías de ámbito internacional.

Dicho reloj despertador es el prototipo de un compresor del sentido temporal.

—Así que todos somos ratas de laboratorio.

Recuerdo que me burlé de mí mismo cuando la mujer me reveló aquello. Hasta mi jefe es una de esas ratas, ya que también tiene uno de esos relojes en el escritorio.

—No importa que sepas la verdad —dice—. No hay base teórica para la

compresión del sentido temporal.

—¿No hay base teórica?

—La física teórica afirma que es imposible, así que ha tenido que basarse en la filosofía de Henri Bergson. Se centra en la intuición.

—¿De qué hablas?

—No lo sé —ríe—. Quizá sean tonterías.

—¿Dices que mi enfermedad, el DNFP II o como se llame, se debe a la compresión del sentido temporal?

No responde.

Pero tiene sentido. En mi cabeza, el tiempo pasa más rápido que en el mundo real. Acabo los días agotado. Siempre hago horas extra. En veinticuatro horas saco más trabajo que ningún otro. No me extraña que la empresa me tenga por un empleado modélico.

Las nubes se desplazan y cubren la luna, lo que apaga el reflejo plateado de las cumbres nevadas. Todo se oscurece, como cuando se apagan las luces en el teatro.

Un rayo láser rojo y resplandeciente se posa en la pared nevada de los acantilados (a cinco mil seiscientos metros sobre el nivel del mar), que parece que van a usar como pantalla gigante. El láser crea patrones animados con los que se ilustra un cuento: la creación del mundo. Un mito que siempre se ha censurado en el entretenimiento dirigido al gran público. No estoy de humor para apreciarlo. Las luces danzantes solo consiguen alterar los latidos de mi corazón.

La compresión del sentido temporal es una herramienta maravillosa para mejorar la productividad y el PIB, pero tiene muchos efectos secundarios. La disparidad entre el tiempo subjetivo y el físico causa problemas metabólicos que se acumulan y revierten en síntomas graves.

Los conglomerados que invirtieron en la tecnología crearon centros de rehabilitación en China y presionaron para cambiar la legislación laboral y, de ese modo, institucionalizar la idea de «rehabilitación», que les permitiría ocultar la verdad.

Descubrieron que quienes sufren los efectos secundarios de la dilatación del sentido temporal y quienes sufren los de la compresión del sentido temporal se pueden ayudar entre ellos, pueden curarse unos a otros.

—Te refieres a que soy el yang de tu yin, ¿no?

Resulta que solo le intereso como recurso médico. Todo un golpe bajo para mi amor propio de varón de mediana edad.

—Bueno, se podría decir que sí.

Al menos usa un tono indulgente.

—¿Y a qué venían esos rebuznos melódicos?

—Es una manera de armonizar nuestros biorritmos.

Espero a que me diga algo para recuperar la autoestima, como que, comparado con sus anteriores parejas de rehabilitación, soy más guapo, más interesante o más

especial. Pero no dice nada al respecto.

—¿Y los perros? —Se me empiezan a acabar las preguntas antes de que se marche.

—Al principio eran perros normales, pero sus estructuras cerebrales han cambiado al estar expuestos a tantos pacientes con sentidos temporales desincronizados.

—Tengo un último deseo. —La miro fijamente a los ojos, que resplandecen en la oscuridad—. Vente conmigo a ver los peces de los canales. Quizá sean las únicas criaturas de este mundo que viven de verdad.

Relucen las luciérnagas. Me toca la cara con ternura.

—En realidad...

Le pongo los dedos en los labios para que no diga nada. Niego con la cabeza. Lo he conseguido. No hacía falta que dijera lo que iba a decir, las palabras más incómodas del mundo.

Pero me aparta la mano con cuidado y dice tres palabras. Otras palabras.

—No seas estúpido.

Estoy solo en el canal y miro los peces.

Se ha marchado y no me ha dejado ninguna manera de ponerme en contacto con ella. La arena me deja marcas en las palmas de las manos. Da igual la fuerza con la que apriete: siempre se escurre.

Pececitos, pececitos, sois los únicos que me seguís haciendo compañía.

De improviso siento mucha envidia de los peces. Tienen una vida tan sencilla y pura... Solo tienen que nadar en una dirección: contra la corriente. No titubean ante una infinidad de elecciones. Aunque si tuviera una vida así, tal vez me quejara de todos modos. Los humanos nunca estamos satisfechos con lo que tenemos.

Me entran unas ganas irrefrenables de escupirme a mí mismo por mi vanidad, mi autocompasión y mi obsesión conmigo mismo. Todo gira en torno a mí. Pero al final no hago nada.

Me quedo mirando un pez: la corriente lo ha separado del banco. Una vez, dos veces, tres veces. Se queda atrás y no deja de mover las aletas, desesperado, hasta que vuelve a su posición.

Joder. Qué incansable.

Un momento.

¿Por qué siempre le pasa lo mismo al mismo pez? ¿Por qué la trayectoria y los movimientos son exactamente iguales?

Espero. Sin parpadear.

Dos minutos después, el mismo pez vuelve a separarse del banco y a mover las aletas, desesperado, hasta que recupera a su posición.

Levanto la piedra que tengo en la mano.

La piedra atraviesa el pez holográfico y se hunde en el fondo del canal.
Tengo las manos vacías. No queda en ellas ni un mísero grano de arena.

Se termina mi rehabilitación y me encuentro en el vuelo de vuelta, con mi mente no tan saludable y mi cuerpo no tan feliz. El avión no ha despegado, pero ya puedo escuchar los ronquidos a mi alrededor.

Supongo que al menos algunas de las personas se han curado del todo.

En ese momento, la idea de volver a esa jungla de asfalto para enfrentarme a mis compañeros con el tiempo comprimido no me gusta en absoluto.

El avión despegamos. Ciudades, carreteras, montañas, ríos..., todo mengua hasta convertirse en un pequeño tablero de ajedrez formado por casillas de muchos colores. En una de las casillas, el tiempo fluye de manera diferente. El gentío se apiña como en un hormiguero, controlado por una mano invisible, dividido en varios grupos, hacinado en casillas diferentes. El tiempo vuela para los trabajadores, para los pobres, para el «Tercer Mundo»; va muy despacio para los ricos, para los ociosos, para el «mundo desarrollado»; se detiene para los que están al mando, para los ídolos, para los dioses...

Sin previo aviso, aparecen delante de mí las dos manos rechonchas de un niño, cerradas en un puño una junto a la otra, como si sostuvieran el mundo entero.

—¿Izquierda o derecha?

Miro la izquierda, y luego, la derecha. Estoy asustado. No sé cuál elegir.

Una risa se burla de mí.

Me abalanzo hacia ellas, agarro ambos puños y hago fuerza para abrir los dedos. Ambas están vacías, ambas son mentira.

—¡Señor, señor!

Una azafata muy guapa me despierta. Por fin recuerdo el origen de aquel sueño. Era mi primo, que me atormentaba de pequeño. Su juego favorito consistía en obligarme a adivinar en qué mano había escondido las chucherías que me robaba. Le encantaba burlarse de mí porque siempre dudaba, siempre he tenido problemas para tomar decisiones.

—Señor, ¿desea un refresco, café, té u otra cosa?

—A ti.

Se ruboriza.

Sonrío.

—Quiero café. Solo.

Es la única elección de verdad que aún puedo tomar.

La flor de Shazui

Los veranos duran diez meses en la bahía de Shenzhen. El lugar está rodeado de manglares, parecidos a sangre coagulada. Año tras año, encogen y se pudren, como una noche de tonos ocres que esconde una multitud de crímenes.

Al este de los manglares, o lo que es lo mismo, al norte del puerto de Huanggang, entre Shenzhen y Hong Kong, se encuentra el pueblo de Shazui, lugar donde me hospedo en estos momentos.

Llevo medio año ocultándome aquí. El sol subtropical es inclemente, pero hasta estoy más pálido. Los cinco pueblos urbanos, Shazui, Shatou, Shawei, Changshá y Xiasha (o, literalmente, «Boca de arena», «Cola de arena», «Cabeza de arena», «Arena superior» y «Arena inferior»), forman una jungla de hormigón grande y densa en el corazón del distrito de Futuán. Los nombres de los pueblos suelen darle a uno la impresión de vivir dentro de un monstruo gigante y mitológico llamado Arena que vive a pesar de estar decapitado.

La gran hermana Shen me asegura que el lugar era un tranquilo pueblo de pescadores, pero que, debido a las reformas económicas y la apertura de China, la urbanización ha llegado a todas partes. Para recibir más compensaciones cuando el gobierno comenzó a ejercer el control, los pueblerinos no dudaron en construir altas torres en sus tierras para maximizar los metros cuadrados de espacio residencial. Pero antes de que lo cobraran, los precios de los bienes inmuebles aumentaron tanto que el gobierno ya no se podía permitir el pago de dicha ayuda. Y esos edificios construidos con tanta prisa han quedado como ruinas históricas, testigos del paso del tiempo.

—Los pueblerinos construían un piso cada tres días —dice la mujer—. Menuda zona económica especial más rápida.

Me imagino cómo los edificios crecían a la velocidad de una metástasis hasta adquirir la forma que tienen hoy en día. Dentro de los apartamentos no llega la luz del sol porque hay tan poco espacio entre edificios que los propietarios pueden hasta estrecharse las manos de ventana a ventana. Los callejones son estrechos como capilares sanguíneos y no siguen ningún patrón preestablecido. El hedor a podredumbre y descomposición lo envuelve todo y se filtra entre los poros de todo el mundo. El alquiler es barato, por lo que el lugar está lleno de inmigrantes que intentan cumplir el sueño de Shenzhen: alta tecnología, sueldos copiosos, alta resolución, vida de postín, una Shenzhen opulenta.

Pero a mí me gusta más esta versión más barata. Me hace sentir más seguro.

La gran hermana Shen es una buena persona. Es oriunda del noroeste. Hace años, le compró el edificio a una familia del lugar que se mudaba al extranjero. Ahora la mujer vive feliz como propietaria. El alquiler sube a diario y ya debe de tener

ahorrados decenas de millones, pero aún vive aquí. Me aceptó a pesar de que carezco de identificación y me proporcionó una pequeña caseta en la que hacer mis negocios. Hasta me falsificó los papeles por si la policía venía en algún momento. Nunca me pregunta sobre mi pasado. Le estoy muy agradecido e intento hacerle algún que otro favor para compensar.

En la caseta, que se encuentra junto a la puerta de una tienda de remedios chinos, vendo una mezcla de películas corporales y versiones mejoradas de software de realidad aumentada. Las películas corporales se aplican en la piel y hacen que aparezcan palabras o imágenes gracias a las señales eléctricas del cuerpo. En Estados Unidos usan la tecnología como herramienta de diagnóstico, para monitorizar las señales fisiológicas de los pacientes. Pero aquí ya forma parte de la cultura urbana. A los trabajadores, los mafiosos o las putas les encanta usar las películas en lugares importantes u ocultos de su cuerpo para que, en respuesta a los cambios de tensión muscular o temperatura de la piel, muestren varias imágenes relacionadas con la personalidad, la osadía o el atractivo sexual del portador.

Aún recuerdo la primera vez que hablé con Loto de Nieve.

Loto de Nieve nació en la húmeda y subtropical Hunan, pero decidió ponerse ese nombre de flor alpina. Su pálida piel reluce como la porcelana hasta en la oscuridad de la noche. Algunos dicen que es el «fénix acogido» más famoso de Shazui, una alusión a una prostituta que trabaja fuera de casa. La suelo ver andando y de la mano de hombres diferentes, pero siempre tiene una expresión serena, como si aquello no fuera algo nauseabundo. De hecho, rezuma tal capacidad de seducción que es imposible apartar la mirada.

El pueblo de Shazui es hogar de miles de prostitutas de todas las tarifas imaginables. Proporciona a los hombres de clase media y baja de Shenzhen y Hong Kong una amplia variedad de servicios sexuales baratos. Los cuerpos de esas mujeres son como paraísos en los que las almas masculinas de los agotados, sucios y frágiles buscan un refugio pasajero. O quizá sean comparables a un chupito de placebo, un instante de regocijo después del que los hombres rejuvenecen su espíritu y pueden regresar al campo de batalla que es la vida real.

Loto de Nieve no es como las otras. Es una buena amiga de la gran hermana Shen y viene a comprar a menudo a la tienda de remedios chinos. Cada vez que pasa junto a mi caseta, su aroma hace que me dé un vuelco el corazón. Siempre intento evitar seguirla con la mirada, pero es inútil.

Un día, Loto de Nieve me tocó el hombro con suavidad desde atrás.

—¿Puedes ayudarme a arreglar mi película corporal? No funciona —dijo.

—Puedo echarle un vistazo. —Tuve problemas para ocultar el pánico que me

inundaba.

—Sígueme —susurró.

Las escaleras eran estrechas como tripas. Su apartamento no tenía nada que ver con lo que había imaginado. Tenía tonos de color amarillo claro y estaba decorado con detalles hogareños y acogedores. Tenía hasta un balcón desde el que se podía ver el cielo. Aquello era todo un lujo en Shazui.

Me llevó hasta su habitación, me dio la espalda y se bajó los vaqueros hasta las rodillas, lo que dejó al descubierto parte de sus muslos blancos y deslumbrantes y su ropa interior de encaje negro.

Se me enfriaron las manos y los pies. Tragué con dificultad e intenté humedecer mi garganta reseca.

Loto de Nieve señaló la ropa interior con un dedo elegante. No estaba preparado. Mi corazón latía aterrorizado.

—No funciona —dijo. No se había quitado la ropa interior. Tan solo señalaba la película de forma octogonal que imitaba a un *pa kua* y que tenía justo encima del coxis.

Intenté disimular mi decepción. Examiné con cuidado la película con mis herramientas de diagnóstico e hice lo que pude para no prestar atención a su piel suave y sedosa. Cambié un poco la curva de reacción termal del detector de capacitancia.

—Ya debería funcionar. Pruébalo.

Dejé escapar el aire. Llevaba mucho reteniéndolo.

En aquel momento, Loto de Nieve comenzó a reír. Los pelillos casi invisibles de la piel suave de debajo de la cadera se le erizaron como juncos en miniatura.

—¿Y cómo quieres que lo pruebe?

Se giró hacia mí, con tono provocador.

No creo que exista hombre heterosexual capaz de resistir aquella mirada, pero en ese momento me sentí insultado. Me trataba como a un cliente más, un consumidor que intercambiaba dinero por el derecho a usar su cuerpo. ¿Quizá la mujer pensara que aquel era pago suficiente por mis servicios? No sé a qué vino mi reacción rabiosa e infantil; pero, sin mediar palabra, saqué una almohadilla eléctrica y la apreté contra su cadera. Treinta segundos después, el símbolo del yin y el yang se iluminó en el interior del *pa kua* y apareció el carácter «Este», que brilló con un tono azulado.

—¿Este? —pregunté. No entendía nada.

—Así es como se llama mi hombre. —La expresión de Loto de Nieve volvía a ser tranquila y serena. Se subió los vaqueros, se dio la vuelta y vio mi gesto inquisitivo—. ¿Acaso crees que una prostituta no puede tener un hombre?

»Le gusta darme por detrás. Me puse ahí la película para que todos los clientes vieran que, aunque pueden montarme si tienen dinero suficiente, hay algunas cosas que no se compran con dinero. —Encendió un cigarrillo—. ¿Cuánto te debo?

Sentí una repentina e inexplicable sensación de alivio.

Aquel hombre llamado Este es el marido de Loto de Nieve, y también su proxeneta. Se dedica a viajar entre Shenzhen y Hong Kong y traficar con bienes digitales. Hay quien me ha dicho que es ludópata. Se gasta en las mesas de juego la mayor parte de las ganancias de Loto de Nieve. En ocasiones incluso la obliga a trabajar para clientes ancianos de Hong Kong que tienen... gustos particulares. Pero, a pesar de todo, la mujer lleva su nombre en la cadera, como muestra de que le pertenece.

Es tan tópico que me recuerda a muchas películas antiguas sobre la mafia de Hong Kong. Pero es algo que forma parte de la vida cotidiana de Shazui.

Loto de Nieve es infeliz. Por eso acude tan a menudo a pedir ayuda a la gran hermana Shen.

La gran hermana Shen también tiene varios trabajos, como muchos de los habitantes de Shazui. Uno de ellos es el de chamana.

Asegura que es manchú, que sus ancestros también eran chamanes y que ha heredado algunos de sus poderes mágicos, que le permiten hablar con los espíritus y predecir el futuro.

En una ocasión que estaba algo borracha y habladora, describió los desiertos grandes y deshabitados del lejano norte, donde el aliento se transforma en hielo y sus ancestros habían realizado ceremonias mágicas vestidos con máscaras feroces, habían bailado y se habían retorcido entre tormentas de nieve, tocado instrumentos y cantado, todo para que los espíritus poseyeran sus cuerpos. Aunque aquel día era caluroso, con una temperatura que rondaba los cuarenta grados, todos los que se encontraban en la habitación habían temblado de frío al oír su historia.

La gran hermana Shen nunca me deja entrar en la habitación donde realiza su magia. Dice que es porque no anhelo nada, porque mi corazón no es puro y dañaría la atmósfera para los espíritus.

Un flujo constante de clientes solicita sus servicios. Todos aseguran que de verdad tiene poderes, que con una mirada lo puede saber todo sobre ti. Me he fijado en la gente que abandona dicha habitación después de las sesiones de magia: tienen una mirada llena de ilusión y satisfacción.

He visto ese gesto muchas veces: en mujeres jóvenes con sus bolsos Speedy de Louis Vuitton, en urbanitas adinerados a la caza de mujeres guapas en el V Bar del Venetian, en políticos que salen en televisión todas las noches en las noticias de Shenzhen de las seis y media. Todos tienen la misma expresión en la cara, una típica de Shenzhen.

Son como los clientes de las prostitutas que vienen a Shazui todos los días. Entran en la tienda de remedios chinos en busca de un afrodisiaco que les proporcione más energía y salen de allí con una sonrisa llena de confianza. Sé que lo único que contienen los afrodisiacos es fibra y que el único efecto que producen es ir al baño de manera regular.

Todo el mundo necesita un placebo en esta ciudad.

Loto de Nieve viene a ver a la gran hermana Shen una y otra vez. Se marcha siempre con la cara iluminada, pero vuelve pronto, abrumada por la tristeza. Puedo llegar a imaginar la clase de problemas a los que se tiene que enfrentar una persona como ella, pero no puedo evitar tener curiosidad. Hay muchas maneras de satisfacer dicha curiosidad, pero todas pasan por entrar en la habitación de la gran hermana Shen. Sé que la única manera es convertirme en su cliente.

—Necesito la ayuda de los espíritus —le digo a la gran hermana Shen. No miento.

—Entra.

La gran hermana Shen ha tratado con muchos hombres. Se le da muy bien reconocer a un mentiroso.

La habitación no es grande y no está muy iluminada. En una pared hay pinturas de espíritus chamanísticos, pinceladas caóticas que es probable que hayan salido de una mente nublada por las drogas. La gran hermana Shen se encuentra sentada delante de un altar cuadrado cubierto por una tela de franela roja. Sobre el altar hay una máscara, un tambor de cuero, una baqueta, un espejo y una campana de bronce y otras herramientas para rituales. Una máquina eléctrica de oraciones empieza a recitar *sutras*. La mujer se pone la máscara y, a través de aquellos espantosos huecos para los ojos, veo en su mirada una calidez remota y extraña.

—El Gran Espíritu escucha —dice. Tiene la voz grave y ronca; hay en ella una dignidad irrefutable.

No me puedo resistir a su poder. En los rincones más oscuros de mi mente guardo una historia que nunca ha dejado de atormentarme. El pecado es como un vino: cuanto más lo ocultas de la luz, más fermenta y más fuerte se hace.

Me despierto de improviso. Mi subconsciente me ha jugado una mala pasada. Lo que ha hecho que entre en la habitación no es la curiosidad que tengo sobre Loto de Nieve, sino el recóndito deseo de buscar ayuda para librarme de esa represión.

—Soy de fuera de la Cerca. Era ingeniero.

Intento controlar la respiración, que no me titubee la voz.

Soy de fuera de la Cerca. Era ingeniero.

En 1983, antes de que naciera, se construyó una cerca de alambre de espino de ochenta y cuatro kilómetros de largo y dos coma ocho metros de alto que dividía Shenzhen en dos partes. Dentro de la Cerca se encontraba una zona económica especial de trescientos veintisiete coma cinco kilómetros cuadrados; fuera de ella, una zona salvaje de mil seiscientos kilómetros cuadrados. Se dice que el propósito de dicha Cerca era aliviar la carga de trabajo en el punto de control de la frontera entre Hong Kong y Shenzhen. Antes de 1997, cuando Hong Kong aún pertenecía al Reino

Unido, muchas personas cruzaban la frontera de manera ilegal.

El Muro de Berlín nunca llegó a caer del todo.

La Cerca y sus nueve puntos de control no solo separaban el tráfico y las personas, sino que también delimitaban diferencias legales, de prestaciones sociales, beneficios en impuestos, infraestructuras e identidad. La zona que se encontraba fuera de la Cerca se convirtió en la «criada» de Shenzhen. La proximidad a la zona económica especial y la enorme extensión de tierras sin explotar atrajo la atención de industrias que requerían mucho trabajo pero de poco valor añadido. Cada vez que se nombraba la zona de fuera de la Cerca, los habitantes de Shenzhen pensaban en un desierto como el de las películas del Oeste de Hollywood: un lugar pobre y atrasado en el que siempre había carreteras en construcción, en el que se podía montar un burdel sin consecuencias y en el que los criminales campaban a sus anchas y la ley no tenía poder alguno.

Pero ya sabemos que la historia siempre se repite. Shenzhen también tuvo su propia versión de la conquista del Oeste.

En 2014, el gobierno se topó con una oposición sin precedentes al tomar al fin la decisión de retirar la Cerca. Los habitantes de Shenzhen que vivían en el interior creyeron que sufrirían ataques de los emigrantes del exterior y que aumentaría la criminalidad, pero los que vivían fuera de la Cerca se opusieron aún más. Se habían sentido abandonados por los que vivían en el interior cuando tuvo lugar el crecimiento de la zona económica especial, y ahora que el crecimiento había llegado a un tope debido a que ya no tenían más espacio para desarrollarse, pretendían explotar el único recurso que les quedaba: la tierra. Si no se oponían a ello, la subida del precio de los alquileres y del coste de vida obligaría a la población pobre a abandonar sus casas. Los jóvenes llegaron a vestirse como nativos americanos y se ataron a la Cerca para evitar que la destruyeran.

Una de las empresas del sector electrónico a las que afectó dicho cambio fue la fábrica en la que trabajaba. Cada año ganábamos dinero en moneda extranjera gracias a los pedidos de componentes de realidad aumentada que nos llegaban desde Europa, Estados Unidos y Japón. Ya teníamos pocos beneficios debido al descenso del valor del dólar contra el yuan. Si encima aumentaban los alquileres y los sueldos, la empresa se quedaría sin beneficios. En una reunión general, el propietario anunció que todos los empleados nos prepararíamos para los despidos.

Era ingeniero de moldes. Antes de que me echaran quería fabricar algo con lo que conseguir mucho dinero. Todos pensaban como yo.

Nuestros clientes nos daban prototipos de productos que no habían salido al mercado para que fabricáramos los moldes antes de que comenzara la producción. Los acuerdos de confidencialidad y los procedimientos de seguridad obligaban a integrar en los prototipos unos chips de identificación por radiofrecuencia que enviaban señales a cuatrocientos treinta y tres megahercios y se comunicaban con receptores dedicados mediante un protocolo inalámbrico registrado. Si un prototipo

abandonaba la zona que tenía designada, hacía sonar una alarma automática. Si dicho prototipo no se encontraba en la zona designada en menos de trescientos segundos, la máquina activaba un mecanismo de autodestrucción. Algo así podía hacer que la fábrica perdiera toda credibilidad frente a los clientes internacionales, que la metieran en una lista negra y dejase de recibir encargos.

En el delta del río de las Perlas, compradores taimados y con mucha experiencia estaban dispuestos a pagar mucho dinero por esos prototipos secretos. Ponerles las manos encima a esos prototipos y realizar ingeniería inversa permitiría a esas empresas de electrónica *shanzhai* ganar decenas de millones de beneficio. En aquella época, hacerse rico de manera poco ética era más sencillo que sacar adelante un negocio honrado.

Lo había preparado todo: tenía un comprador, un precio, una manera de pasarle la mercancía y una ruta de escape. Solo me faltaba una cosa: alguien que me ayudara, que captara la atención de las masas y despistara a los guardias de seguridad. Chen Gan, que también era de mi pueblo natal, era el más adecuado que se me ocurrió para un trabajo así.

Entendía a Chen Gan. Era joven y tímido. Su esposa acababa de dar a luz a su segunda hija y le preocupaba no poder pagar la matrícula de la escuela de la primera. Como era emigrante, no podía empadronarse en Shenzhen y tenía que pagar una tarifa extra para que su hija fuera a una escuela normal. Sin ese dinero, habría tenido que enviar a su hija a una escuela diferente, a un lugar de baja calidad al que iban los niños de los emigrantes. Solía decir que no quería que su hija siguiera su camino mientras miraba una foto de la pequeña.

Le hice una transferencia a la cuenta bancaria: no mucho, solo lo suficiente para cubrir esa tarifa adicional que le pedía la escuela.

«Lo hago por mis hijos» es una razón de mucho peso para alguien de China.

Cuando llegó el momento que habíamos acordado, oí el sonido de los altavoces fuera del edificio. Sabía que Chen Gan había hecho su parte. Se roció con gasolina en medio del patio y sostuvo un mechero encendido. Afirmó que si el propietario no le pagaba una buena indemnización por el despido, se prendería fuego. Mientras los guardias de seguridad corrían desesperados hacia el patio con los extintores, nadie prestó atención al hecho de que yo subía a la azotea por las escaleras de emergencia con el prototipo robado.

Era una de las cinco personas de la fábrica que tenían autorización para tocar el prototipo. Me había aprovechado de las oportunidades que me ofrecía mi puesto de trabajo y había podido probar varias veces el mecanismo de identificación por radiofrecuencia. Al parecer, en los archivos solo quedaban registradas la latitud y la longitud del dispositivo, pero no la altitud. Este error me permitió desarrollar un método efectivo de entrega al comprador.

En la azotea, el viento soplaba frío y con fuerza, como si estuviera a punto de llover. Casi todos los trabajadores de la fábrica se habían reunido en el patio para ver

cómo terminaba aquella trágica inmolación. Si el propietario cedía a las demandas de Chen Gan, al día siguiente tendría a cien personas esperándolo rociadas con gasolina.

Pero conocía al propietario desde hacía tres años. Era del tipo de persona que alentaría a Chen Gan para usar el mechero y luego se encendería un cigarrillo con la pila aún humeante de cenizas.

Un helicóptero por control remoto que tenía un aspecto parecido al de una libélula se acercó zumbando desde la lejanía y aterrizó en la azotea. Seguí las instrucciones y até el prototipo en la parte baja del helicóptero. Empezó a ascender, vacilante. Miré, preocupado, aquella máquina tan frágil de la que dependían las vidas de dos hombres, o incluso de más.

La distancia máxima de comunicación entre el chip de identificación por radiofrecuencia y el receptor era de unos veinte metros. La azotea ya rozaba el límite.

El helicóptero flotaba en el aire, como si esperara órdenes. No sabía lo que los compradores pensaban hacer con el mecanismo de autodestrucción, ni si iban a piratear el protocolo de comunicaciones para sustituir la señal por una falsa y engañar al dispositivo. Aquello ya quedaba fuera de mi alcance.

Pensé por un instante que el helicóptero no se iría nunca. Pero, al cabo, se marchó de la azotea y se perdió en el cielo plomizo.

Bajé, tranquilo, en el ascensor y me agolpé contra la multitud. Me aseguré de que Chen Gan me hubiera visto. Asintió de manera casi imperceptible, me dedicó aquella sonrisa tímida tan suya y soltó el mechero.

Los guardias de seguridad se abalanzaron sobre él de inmediato y lo tiraron al suelo.

Pensé que ya era hora de marcharme.

Me subí al autobús interurbano que iba en dirección a Dongguan, pero antes siquiera de que hubiera arrancado el motor, mi teléfono comenzó a vibrar con insistencia. Teniendo en cuenta lo que sabía del propietario, me imaginaba que no tendría mucho tiempo. Pero tampoco esperaba que me pillaran tan rápido.

Quizá se debió al circuito cerrado de cámaras o quizá Chen Gan se había chivado. No me importaba. Lo único que quería es que le fuera bien y que viviera lo suficiente para ver a su hija acudir a la escuela.

Tiré el teléfono, me bajé del autobús y me subí en otro que iba en sentido contrario: hacia el interior de la Cerca, a Shenzhen. Algo me decía que allí estaría más seguro.

Así fue como llegué al pueblo de Shazui.

Durante los seis meses siguientes intenté tener noticias de Chen Gan por todos los medios posibles; sin resultados. Pensé que mi indiferencia me permitiría sobreponerme, una indiferencia tal que podría ignorar mi improductiva conciencia. Pero me despertaba muchas veces en medio de la noche, asfixiado. En mis sueños veía cómo Chen Gan, que me sonreía con su particular timidez, se quemaba y quedaba reducido a un montón de cenizas. A veces también soñaba con sus dos hijas,

que lloraban mientras se quemaban a su lado y también se convertían en cenizas.

Sabía que no podía escapar de mí mismo.

—Por favor, dígame si está bien.

Tenía la cara llena de lágrimas, aunque no recordaba haber llorado.

La máscara de madera de chamán me miraba con aquellos ojos redondos y una luz anaranjada se reflejaba en la superficie. Era la cara de una diosa furiosa. Detrás de la máscara se veía un extraño brillo en los ojos de la mujer: un ligero resplandor azulado que parpadeaba con mucha frecuencia.

En aquel momento lo entendí todo. La máscara no era más que un puto disfraz bien pensado para ocultar unas gafas de realidad aumentada.

Siempre había pensado que la gran hermana Shen no era más que un fraude que se hacía pasar por médium para robarles el dinero a sus clientes a cambio de contarles lo que querían escuchar. Siendo conservador, era lógico pensar que tuviera privilegios de nivel IIA o superior, lo que le permitía acceder a información privada personal mediante el reconocimiento facial.

Aun así, sin un programa de filtro de datos profesional, ¿cómo era capaz de deducir en tan poco tiempo cuál era la información importante entre tal cantidad de datos? Era poco menos que encontrar una aguja en un pajar. Aquello solo podía deberse a su genética chamanística, como cuando Dustin Hoffman adivinaba en *Rain Man* la cantidad de cerillas que había en una caja con apenas un vistazo.

Las luces que brillaban detrás de los ojos de la máscara relucieron a más velocidad. Se le aceleró el corazón.

—Le va bien.

La esperanza volvió a inundar mi pecho.

—Al menos, allí no necesita preocuparse por el dinero. —La gran hermana Shen señaló hacia el cielo. Luego añadió—: Mi más sentido pésame.

Respiré muy hondo. A pesar de que era lo que esperaba, ahora que aquel temor se había hecho realidad, sentí la mayor de las impotencias. Me dio la impresión de que todo carecía ya de sentido y que ya no podía confiar en nada.

Sé que nada más puedo hacer una cosa para resarcir el daño que he causado, aunque solo consiga un alivio vano para mi conciencia.

—Me gustaría saber el número de cuenta bancaria de la familia de Chen Gan.

El dinero se había convertido en un placebo para mí. Pero ya no lo necesitaba.

Salgo de la habitación de la gran hermana Shen. Ya ha oscurecido. Echo un vistazo a Shazui y veo a través de las ventanas que la gente empieza a encender las luces. El mundo rezuma energía y el aire está lleno de esperanza. Pero mi corazón no late, inerte como un remanso de agua. Abro la mano. Vacía.

Mi subconsciente me ha jugado otra mala pasada. He colocado el micrófono debajo del borde del altar. Pensé que había entrado por Chen Gan, pero al final no pude olvidarme de Loto de Nieve.

Sonrío. Una sonrisa típica de Shenzhen.

Loto de Nieve no se encuentra bien.

Tiene la cara pálida. Lleva unas gafas de sol que le cubren los ojos y media cara. Sin decir nada a nadie, se dirige directa hacia la habitación de la gran hermana Shen.

Me pongo los auriculares y enciendo el receptor. Después de un instante en el que solo se oye estática, escucho el sonido de la máquina eléctrica de oraciones.

—Me ha vuelto a pegar. —Loto de Nieve tiene la voz quebrada—. Dice que no he conseguido clientes suficientes, que necesita más dinero.

—Es tu vida.

La gran hermana Shen suena tranquila, como si estuviera acostumbrada a la situación.

—Debería marcharme con ese hombre de negocios de Hong Kong.

—Pero no quieres dejarlo.

—¡Llevamos juntos diez años! ¡Diez años! Antes era una niña que no tenía ni idea de nada, y ahora... ¡ahora no soy más que una puta barata!

—¿Quieres pasar otros diez años igual?

—Gran hermana... Estoy embarazada.

La gran hermana se queda un momento en silencio.

—¿Es suyo?

—Sí.

—Pues díselo. Dile que el hijo es suyo. Tienes que dejar la prostitución.

—Me dirá que aborte. No es la primera vez. Gran hermana, ya estoy mayor. Quiero tenerlo.

—Pues tenlo.

—Me matará. Sin duda.

—No lo hará —afirmo.

Escuchar mi propia voz en el aire y los auriculares al mismo tiempo me resulta muy extraño. Estoy en pie en la puerta que da a la habitación y veo cómo Loto de Nieve se gira hacia mí, sorprendida. Tiene la cara tersa como la porcelana, a excepción del moratón del ojo derecho. Cierro los puños con tanta fuerza que las uñas se me clavan en la piel.

Tengo un plan. Aunque va en contra de mi objetivo original, debo admitir que tiene muchas probabilidades de salir bien.

Su marido es ludópata, por lo que, al igual que todos los ludópatas, será

supersticioso. Tenemos que conseguir que relacione a su hijo con la buena suerte. Que lo haga «por su hijo». Siento una punzada de amargura en el corazón.

Cada mañana, Loto de Nieve murmurará, como si hablara en sueños, una ristra de números sin sentido.

El obseso de su marido suele buscar la inspiración para sus apuestas en cualquier parte, ya sea en el color de los Teletubbies o en los números de teléfono que aparecen en los anuncios. Se dará cuenta de que lo que murmura su mujer es la combinación de la lotería ganadora del día anterior.

Loto de Nieve le dirá que ha tenido un sueño muy raro: que una preciosa nube del color del arcoíris se acercó flotando desde el este hacia su vientre.

Siete días después empezará lo mejor.

Por fin podré usar mis habilidades profesionales. Le pondré a Loto de Nieve unos auriculares inalámbricos y unas lentillas de realidad aumentada. Pero la clave serán las mallas negras de cuerpo entero. A simple vista, parecen ropa interior larga, pero tienen unas fibras especiales que se deformarán y endurecerán al reaccionar a las cargas eléctricas, lo que hace que se formen zonas concretas con la tensión y la resistencia suficientes para detener una bala.

Si añado una batería de electrodos y un chip de comunicaciones, puedo convertir esas mallas en un traje de control que me permita obligar al portador a adoptar cualquier posición.

—¿Por qué quieres ayudarme? —pregunta Loto de Nieve. Aún cree que a los hombres solo les interesa su cuerpo.

—Por el karma —rio. Es la respuesta que la gran hermana Shen suele darles a sus clientes. Con el control remoto, hago que las mallas obliguen a Loto de Nieve a adoptar distintas posturas eróticas.

—Se me da mejor posar sin ropa.

Bajo la cabeza, como si no hubiera escuchado nada. Continúo probando los controles. De improviso, como si se tratara de una nube caliente, unos brazos me atenazan desde atrás. Escucho su voz contra mi espalda, mi pecho, mi corazón, mis pulmones. Escucho cómo asciende desde la columna hasta los tímpanos. Me da la impresión de que surge desde las profundidades de mi corazón y, al mismo tiempo, desde un lugar muy lejano.

—Gracias —dice Loto de Nieve.

Me gustaría responder, pero me limito a no decir nada.

La gran hermana Shen y yo vemos lo mismo que ve Loto de Nieve.

Después de las escaleras sombrías, llegamos al apartamento de color amarillo pálido. El hombre que se llama Este se encuentra sentado delante de la televisión y ve carreras de caballos de Hong Kong sin dejar de soltar improperios. Loto de Nieve entra en la cocina y se dispone a preparar la cena.

La imagen se detiene sin previo aviso. Luego se ve cómo el hombre tiene los brazos alrededor de los pechos de la mujer, en la misma posición en la que ella me había agarrado antes.

—No lo hagas —dice.

El hombre no responde. La imagen tiembla, y ahora se ve la cara de la mujer cerca del grifo, con la cabeza agachada en el fregadero. El agua corre y empieza a cubrir las verduras y las frutas, para luego desaparecer por el desagüe al tiempo que se forman pequeñas burbujas. La imagen empieza a temblar de manera rítmica. Luego se escucha una respiración fuerte y algún gemido ocasional.

Podría apagar el vídeo y el sonido, pero no lo hago. Observo todo aquello abatido, con una amalgama de ira, envidia y repulsión que se entremezcla despacio en el fondo del estómago hasta convertirse en una única sensación. Me esfuerzo por intentar comprender cómo se debe de sentir Loto de Nieve, sobre todo porque me doy cuenta de que no hace ningún ruido y sabe que todo eso ocurre bajo la atenta mirada de dos desconocidos.

Cuando termina, consigue relajarse. Cierra los ojos.

En la penumbra, se ven unas pequeñas luces titilantes debajo de los párpados. Una mano se posa en mi hombro. Es la de la gran hermana Shen. Lo ve y lo sabe todo.

Esperamos hasta la medianoche. Escucho los ronquidos rítmicos que vienen de al lado de Loto de Nieve. Levanto su mano izquierda para indicar que estoy listo. Carraspea a modo de respuesta.

Ahora es cuando empieza la sesión de espiritismo falsa.

Manipulo el traje de control para levantarle las piernas y luego pongo rígido el torso para bajarlas y usar el movimiento de palanca para levantar de la cama la parte superior de su cuerpo. Luego lo dejo caer y las piernas suben aún más. Al variar entre energía potencial y cinética, el cuerpo rígido de Loto de Nieve empieza a comportarse como una moneda al caer al suelo, rebota rápido y empieza a menear la cama.

—¿Qué coño te pasa? ¡Es de madrugada!

El hombre que se llama Este se despierta con brusquedad de un sueño ligero, busca a tientas la lámpara de la mesilla de noche y la enciende. Luego se escucha otro golpetazo y Este cae de la cama al suelo.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

Estas quejas denotan miedo y conmoción.

Mientras bota, el cuerpo de Loto de Nieve parece hacer caso omiso de la gravedad. Se parece a una marioneta de la que tiran unas cuerdas invisibles. Rebota en el colchón: arriba, abajo, arriba otra vez. Por un instante, parece quedar flotando en el aire. El techo amarillo se encuentra más y más cerca, hasta que se aleja, como si se tratara de una membrana respiratoria. Cuando dicha membrana se relaja,

empezamos a ver por la cámara la distorsión de barril.

—Suficiente.

La gran hermana Shen detiene mi locura. Nuestro objetivo no es asustar a aquel hombre.

Tengo que admitir que controlar el cuerpo de Loto de Nieve es adictivo, de forma subconsciente me hace sentir bien.

Se reduce la amplitud de los rebotes. El cuerpo de Loto de Nieve vuelve a estar quieto en la cama. Aflojo las fibras del traje de control. Ahora está despatarrada y maleable, como un cadáver.

Arranca a llorar, tal y como habíamos planeado. Balbucea incoherencias entre las que describe la pesadilla y las extrañas noticias.

—Ha dicho que... que si lo cuidamos nos recompensará, como cuando me dio esos números de lotería...

—¿Quién?

—Tu hijo.

El hombre se levanta del suelo. Tiene la cara rígida, como si esa fuera demasiada información que procesar. Tiene en la mano un cuchillo para la fruta que ha cogido de alguna parte. Se acerca a Loto de Nieve y le acaricia el vientre con cuidado. Luego levanta la cabeza para mirarla a la cara. A la luz acogedora de la lámpara, parece una escena feliz digna de una serie de televisión. Ahora es cuando le promete que sus vidas van a cambiar y le da un beso largo y romántico.

Pero el brillo de los bonitos ojos del hombre se convierte de improviso en una mirada fría y sombría, inerte como un remanso de agua.

—El doctor me aseguró que mi esperma no era bueno. —Frota despacio la hoja del cuchillo contra el vientre de la mujer—. Dime quién es el cabrón del padre. Lo mataré.

—Es tuyo.

La respiración de Loto de Nieve se acelera. La voz se le quiebra como si estuviera al borde de las lágrimas.

—¿Acaso te crees que eres la Virgen María? ¡Pedazo de puta!

Le da una torta. La imagen vibra. En el espejo del armario se ven dos siluetas. La imagen es perfecta a la luz tenue.

—Es tuyo —repite la mujer, con voz frágil.

Tiene el cuchillo a la altura de la cara. El filo delgado y cortante de la hoja brilla con un una luz fría. No puedo quedarme sentado mientras ocurre. Levanto las manos de Loto de Nieve, agarro las muñecas del hombre y el mango del cuchillo y le doy la vuelta a la hoja. No está preparado para una fuerza y una velocidad así. No sabe cómo reaccionar.

El cuerpo entero de Loto de Nieve se inclina hacia delante y empuja la punta del cuchillo contra el pecho de su marido.

—¡Detente! —grita la gran hermana Shen. Pero yo no estoy haciendo nada. Es

Loto de Nieve. Ni siquiera me ha dado tiempo de hacerla parar.

El cuchillo, impulsado por todo el peso de Loto de Nieve, se clava en la piel del hombre, atraviesa músculos, costillas y el corazón. Un líquido carmesí supura de la herida y se desperdiga como flores silvestres. El hombre levanta la cabeza hacia Loto de Nieve, con la mirada perdida, como si su conciencia fuera algo lejano e incierto, hasta que el último rastro de vida desaparece de sus ojos.

La imagen se detiene por un rato. Estamos aturridos por la manera en que se han desarrollado los acontecimientos y no sabemos qué hacer. Loto de Nieve empieza a correr de repente. Todo se agita con violencia. Corre hacia el balcón, hacia el cielo abierto de la noche.

Esta vez no fallo. Consigo detenerla antes de que se lance hacia la nada. Loto de Nieve se queda quieta como una flor helada y cae al suelo, inerte y pesada. Grita enfadada, forcejea y aúlla, presa de la desesperación.

La muerte es el mejor placebo.

En casos así, estoy de acuerdo con dicha afirmación.

Las sirenas hienden el amanecer del pueblo de Shazui. Acompañados por la policía, la gran hermana Shen y yo atravesamos la multitud y nos metemos en un coche patrulla. Loto de Nieve se encuentra en la parte trasera de otro de los coches, esposada. De perfil, sus mejillas de porcelana reflejan la alternancia de las luces rojas y azules. No levanta la cabeza.

Tiene la cabeza gacha, el rugido del motor le atraviesa los tímpanos y su silueta tiembla, se vuelve borrosa y desaparece a lo lejos.

Recuerdo la primera vez que hablé con Loto de Nieve y empiezo a recorrer la alargada senda del arrepentimiento.

XIA JIA

Xia Jia estudió Ciencias de la Atmósfera en la Universidad de Pekín. Luego estudió Cinematografía en la Universidad de Comunicación de China, lugar donde realizó su trabajo de fin de máster: *Un estudio de la figura femenina en las películas de ciencia-ficción*. Hace poco se ha doctorado en Literatura Comparada y Literatura Universal en la Universidad de Pekín, con la tesis *Miedo y esperanza en la era de la globalización. Ciencia-ficción china contemporánea y su política cultural (1991-2012)*. En la actualidad es profesora en la Universidad de Xi'an Jiaotong.

Ha publicado ficción desde que era estudiante universitaria en varias publicaciones, entre las que se encuentran *Science Fiction World* y *Jiuzhou Fantasy*. Algunos de sus relatos han ganado los premios Yinhe (Galaxy) y el Xingyun (Nebula), los más prestigiosos de China en el campo de la ciencia-ficción. Sus traducciones al inglés se han publicado en *Clarkesworld* y *Upgraded*, ambas editadas por Neil Clarke. «Cientos de fantasmas desfilan esta noche» recibió una mención de honor en los Science Fiction and Fantasy Translation Awards de 2013 y el editor Rich Horton lo seleccionó para una antología de «lo mejor del año».

Xia Jia describe su estilo como «batiburrillo de ciencia-ficción», en contraste con esa discusión interminable (y, en mi opinión, inútil) que distingue entre «ciencia-ficción dura» y «ciencia-ficción blanda». (El significado de estos términos difiere entre la comunidad china de ciencia-ficción y la anglófona. En China, la «ciencia-ficción dura» suele referirse a la inclusión de más elementos técnicos). Las historias presentes en esta antología, «Cientos de fantasmas desfilan esta noche», «El verano de Tongtong» y «El paseo nocturno del dragón equino», son buenas muestras de su amplitud de registros. La crítica Lois Tilton dijo de «Cientos de fantasmas...» que era «ciencia-ficción literaria [...] en la que una prosa excepcional se mezcla como los tropos de la ciencia-ficción y la fantasía para hacernos ver que tales distinciones no son tan importantes»^[6]. «El paseo nocturno del dragón equino» es un relato inédito que no se había publicado antes en ningún otro idioma.

Además de escribir ficción, Xia Jia también es una magnífica traductora del inglés al chino. Sus traducciones, al igual que su ficción, son lúcidas, elegantes y refinadas. Su traducción de mi novela corta «El hombre que puso fin a la Historia» mejora en muchos sentidos el original.

En 2014, Xia Jia se convirtió en la primera doctora de China especializada en ciencia-ficción. Su trabajo académico relacionado con la ciencia-ficción china ha recibido elogios por su carácter revolucionario. Ha presentado sus conclusiones tanto en China como en el extranjero. El ensayo crítico presente al final de este libro intenta abordar la cuestión de qué es lo que hace que la ciencia-ficción china sea

china. (La mayor parte de su trabajo académico lo ha publicado con el nombre Wang Yao, ya que Xia Jia es el pseudónimo que usa principalmente para publicar ficción).

Xia Jia también es directora de cine, actriz, pintora y cantante.

Cientos de fantasmas desfilan esta noche

DESPERTAR DE LOS INSECTOS, TERCER PERIODO SOLAR:

La calle Fantasma es larga pero estrecha, parecida a un lazo añil. Se puede ir de lado a lado en once pasos, pero ir de principio a fin llevaría toda una hora.

Al final de la parte occidental se encuentra el templo Lanruo, que ahora está en ruinas. Dentro del templo hay un gran jardín lleno de frutales y zonas con verduras, así como una arboleda de bambú y un estanque con flores de loto. En el estanque hay peces, gambas, lochas dojo y caracoles amarillos. Tengo comida para un año entero.

Es por la tarde y me encuentro sentado a la puerta de la sala principal, leyendo un ejemplar del *Huainanzi*, la colección de ensayos de la dinastía Han. En ese momento aparece Yan Chixia, el gran héroe, exterminador de demonios y destructor de espíritus malvados. Lleva una cesta apoyada en el hueco del hombro y tiene las perneras de los pantalones recogidas hasta arriba, lo que deja a la vista unas canillas llenas de barro. No puedo evitar reírme ante esa imagen.

Mi instructor, el Monje, me oye, sale muy despacio de una esquina oscura de la sala y me golpea en la cabeza con la férula.

Me toco la cabeza, dolorido, y miro al Monje con rabia. Pero su cara de acero muestra un gesto impasible, como las estatuas de Buda que hay en la sala principal. Tiro el libro y corro hacia fuera mientras el Monje me persigue. Sus articulaciones no paran de hacer un ruido metálico y chirriar. Están tan oxidadas que se mueve a paso de caracol.

Me detengo ante Yan y veo que en la cesta hay varios brotes de bambú que acaba de recoger de la tierra.

—Quiero comer carne —digo al tiempo que ladeo la cara para mirar hacia él—. ¿No puedes cazar algún gorrión azul con la honda?

—Los gorriones azules es mejor comerlos en otoño, que están más gordos —responde Yan—. Ahora se encuentran en época de cría. Si los matamos, el año que viene no habrá gorriones azules que comer.

—Solo uno, por favooooor. —Le tiro de la manga y pongo cara de niño bueno. Niega con la cabeza, decidido, y me pasa la cesta. Se quita el sombrero cónico de juncia y se enjuga el sudor de la cara.

Vuelvo a reír al verlo. Tiene la cabeza lisa como un huevo, a excepción de unos mechones de pelo negro y rizado, como malas hierbas que un jardinero hubiera olvidado arrancar. La leyenda dice que tenía el pelo y la barba muy espesos, pero siempre jugaba a arrancarle algunos. Después de todos estos años, esos son los que le quedan.

—Seguro que en tu vida anterior moriste de hambre —dice Yan al tiempo que se cubre la cara con la palma de una mano enorme—. Toda la comida del jardín es para ti. No tienes que pelearte por ella con nadie.

Le dedico un gesto de burla y cojo la cesta de comida.

Todavía no ha escampado; se escucha el alboroto de los insectos en la tierra húmeda. En unos meses, los saltamontes verdes ya estarán saltando por todas partes. Se podrán coger, atar a una ramita y asar en el fuego mientras gotea en las llamas esa grasa de olor dulzón.

Al imaginármelo, mi estómago vacío empieza a rugir a pesar de que ya está lleno de insectos cantarines. Empiezo a correr.

La luz pajiza del sol del ocaso rocía los adoquines de pizarra de la calle vacía y prolonga mi sombra hasta convertirla en una línea muy alargada.

Corro de vuelta a casa, donde Xiao Qian se peina en la oscuridad. En casa no hay espejos, así que siempre se arranca la cabeza y la pone entre las rodillas para peinarse. Tiene el pelo del color del pergamino y tan largo que los mechones cubren toda la habitación.

Me siento tranquilo a su lado y espero a que termine de peinarse, se lo recoja en un moño perfectamente redondo y lo asegure con un pasador de ébano engarzado de cuentas de coral rojo. Luego levanta la cabeza, se la vuelve a colocar en el cuello y me pregunta si la ha puesto bien. No entiendo por qué le importa tanto. Aunque se la atara a la cintura con una faja, todo el mundo seguiría pensando que es hermosa.

Pero la miro, con gesto serio, y asiento.

—Muy guapa —afirmo.

La verdad es que no la veo muy bien. Al contrario que los fantasmas, no puedo ver en la oscuridad.

Xiao Qian parece satisfecha con mi afirmación. Coge la cesta que he traído y la lleva a la cocina para ponerse a cocinar. Me siento a su lado mientras avivo las llamas y le cuento qué tal me ha ido el día. Cuando llego al momento en que el Monje me golpeó en la cabeza con la férula, Xiao Qian estira la mano y me acaricia con cuidado en el lugar exacto. Tiene la mano fría y pálida, como un trozo de jade.

—Tienes que estudiar más y respetar a tu profesor —dice Xiao Qian—. Llegará el día en que te marches y tengas que enfrentarte al mundo real. Necesitas ser sabio y competente.

Su voz es sedosa como el algodón de azúcar, y la hinchazón de la cabeza deja de

dolerme.

Xiao Qian me cuenta que Yan Chixia me encontró en los escalones del templo cuando era un bebé. Lloraba mucho, porque tenía mucha hambre. Yan Chixia ya no sabía qué hacer, pero cuando me metió en la boca un puñado de plantas y sorbí el agua de la hierba, dejé de llorar.

Nadie sabe quiénes son mis verdaderos padres.

Ya en aquella época, las cosas no iban muy bien en la calle Fantasma. No había turistas desde hacía tiempo. La cosa no había cambiado. Xiao Qian me dice que la causa más probable sea que la gente ha inventado otras atracciones más novedosas y originales, y se hayan olvidado de las viejas. No es la primera vez que ve que ocurre algo así.

Xiao Qian me cuenta que, antes de convertirse en fantasma, su vida era plena. Se casó dos veces, tuvo siete hijos y los crio a todos ellos.

Luego sus siete hijos enfermaron, uno detrás de otro. Con la intención de conseguir el dinero que necesitaban para pagar a los doctores, Xiao Qian vendió su cuerpo por partes: los dientes, los ojos, los pechos, el corazón, el hígado, la médula ósea y, al final, el alma. El alma se la vendió a la calle Fantasma, donde quedó encerrada en el cuerpo de una mujer fantasma. A pesar de todo, sus hijos murieron.

Ahora tiene la piel blanca y el pelo negro. Su piel es sensible a la luz: si le diera directa la del sol, se prendería fuego.

Después de encontrarme, Yan Chixia paseó de un lado a otro por toda la calle Fantasma hasta que decidió pedirle a Xiao Qian que me criara.

He visto una foto de Xiao Qian cuando estaba viva. La encontré oculta en la esquina de un cajón de su cómoda. La mujer de la foto tenía las cejas pobladas, los ojos grandes y la cara arrugada, mucho más fea que la que tiene ahora. No obstante, la veo llorar a menudo mientras la mira. Sus lágrimas son de un rosado pastel. Cuando le caen en el vestido blanco, la tela se humedece, y se extienden como un melocotonero en flor.

Todos los fantasmas tienen historias de cuando estaban vivos. Han incinerado sus cuerpos, y dispersado las cenizas sobre la tierra, pero dichas historias perduran. Durante el día, cuando la calle Fantasma duerme, las historias se convierten en sueños que circundan bajo las sombras de los aleros de las casas como golondrinas huérfanas. Soy la única persona presente en esos momentos, la única que camina por las calles y la única que las ve y oye la melodía de sus zumbidos.

Soy la única persona viva de la calle Fantasma.

Xiao Qian dice que este no es mi lugar. Que, cuando crezca, me marcharé.

El aroma a buena comida inunda la habitación. Los insectos cantarines de mi

estómago chacharean con más fuerza.

Ceno yo solo: cerdo en conserva con brotes de bambú salteados, sopa de huevo con pasta de gambas y bolas de arroz con cebolleta, que aún están calientes cuando las cojo. Xiao Qian está sentada y me mira. Los fantasmas no comen. Ninguno de los habitantes de la calle Fantasma, ni siquiera Yan Chixia o el Monje.

Meto la cara en el cuenco y como lo más rápido que puedo. Me pregunto si, cuando me haya marchado, volveré a probar una comida tan sabrosa.

GRAN CALOR, DUODÉCIMO PERIODO SOLAR:

Cuando cae la noche, el mundo cobra vida.

Voy solo al pozo trasero en busca de agua. Giro la rueda y chirría, pero el sonido es diferente del habitual. Miro hacia abajo y veo una fantasma de pelo largo y vestido blanco sentada en el cubo.

La subo y la saco. El pelo húmedo le cubre la cara y me observa con un único ojo a través de un hueco entre los mechones.

—Ning, esta noche es Carnaval. ¿No vas a ir?

—Tengo que sacar agua para el baño de Xiao Qian —respondo—. Iré después.

Me hace una caricia cuidadosa en la cara.

—Niño estúpido.

No tiene piernas, por lo que se arrastra con las manos para desplazarse. El ruido que hace al reptar se oye por todas partes. Hay fuegos fatuos verdes que revolotean como luciérnagas impacientes. Un aroma a flores podridas inunda el ambiente.

Vuelvo a la habitación oscura y echo el agua en la bañera de madera. Xiao Qian se desviste. Veo que tiene un código de barras carmesí en la espalda, similar a una pequeña serpiente. Una luz blanca palpita bajo su piel.

—¿Por qué no te bañas conmigo? —pregunta.

Niego con la cabeza, pero no sé por qué. Xiao Qian suspira.

—Ven.

Y esta vez no me niego.

Nos sentamos en la bañera. El aroma a cedro es agradable. Xiao Qian me frota la espalda con las manos heladas mientras tararea en voz baja. La leyenda dice que cualquier hombre que la escuche cantar se enamorará de ella sin remedio.

¿Me enamoraré de Xiao Qian cuando crezca?, pienso mientras me miro las

pequeñas manos, que ahora están arrugadas como papel de regalo debido al agua.

Después del baño, Xiao Qian me peina y me pone una camisa nueva que ha hecho para mí. Luego me mete en el bolsillo un puñado de monedas de cobre verdosas y deslucidas.

—Ve a divertirte —dice—. Acuérdate de no comer demasiado.

En el exterior, la calle está iluminada con muchísimos faroles; hay tanta luz que no se ven las estrellas que inundan el firmamento en verano.

Demonios, fantasmas y todo tipo de espíritus salen de las grietas de las paredes, de los armarios podridos y de los pozos vacíos. Abandonan sus casas en ruinas. Mano a mano, hombro con hombro, desfilan por la calle Fantasma en ambas direcciones hasta que abarrotan la estrecha calle.

Me interno con dificultad entre la multitud y echo un vistazo alrededor. Las tiendas y los quioscos de ambos lados de la calle inundan el lugar con deliciosos aromas de todo tipo que me hacen cosquillas en la nariz, como si fueran mariposas. Los fantasmas que llevan los puestos me ven y llaman mi atención, la única persona viva del lugar, para que pruebe sus productos.

—¡Ning! ¡Ven! Pasteles de osmanto recién hechos. ¡Aún están calientes!

—¡Castañas garrapiñadas! ¡Huelen muy dulces y saben aún más dulces!

—¡Pasta frita, la mejor pasta frita!

—¡Panecillos de carne humana! ¡Dos panecillos de carne humana por una moneda!

—Ning, chucherías con forma de persona. ¡Se puede jugar con ellos y comérselos luego!

Los «panecillos de carne humana» están rellenos de cerdo, claro. El vendedor dice que solo es para atraer a los turistas y que pasen un poco de miedo.

Pero miro alrededor y no veo a ningún turista.

Como todo lo que puedo llevarme a la boca y acabo tan lleno que tengo que sentarme a un lado de la calle para descansar. Al otro lado han montado un escenario iluminado por un farol muy reluciente de papel blanco. En el escenario, unos fantasmas hacen varios números: tragan espadas, lanzan fuego por la boca y convierten a una chica guapa en un esqueleto. Aquellos trucos ya me aburren. Lo bueno aún está por comenzar.

Un viejo fantasma de piel ocre empuja un carro lleno de máscaras delante de mí.

—Ning, ¿por qué no coges una máscara? Tengo de todo: cabeza de buey, cara de caballo, Wuchang de negro, Wuchang de blanco, asuras, un iaksha, un ráksasa o un pixiu. Hasta Lei Gong, el Duque del Trueno.

Me paso un rato echando un vistazo y me decido por una máscara de ráksasa con el pelo rojo y los ojos verdes. El fantasma de piel ocre me da las gracias, coge la moneda y agacha la cabeza, arqueando muchísimo la espalda.

Me pongo la máscara y sigo caminando orgullosamente. De improviso, atruena música de Carnaval, y todos los fantasmas se detienen y se apartan a los lados de la calle.

Me doy la vuelta y veo un desfile que se acerca por el medio de la calle. Delante hay veintiún sapos verdes de treinta centímetros de alto que forman dos columnas y tañen gongs, tocan tambores, rasgúan huqines y soplan shengs. Detrás de ellos hay veintiún ciempiés fantasma vestidos de negro, que llevan faroles de varios colores y bailan una complicada danza. Más atrás hay veintiuna serpientes fantasma vestidas de amarillo que tiran confeti al aire. Y hay más cosas detrás, pero no alcanzo a verlas.

Entre las dos columnas que desfilan hay sendos cíclopes que llevan túnicas blancas y son tan altos como una casa de tres pisos. Llevan una litera a hombros y, del interior, suena la canción de Xiao Qian, con tanta fuerza que cada nota resuena como las estrellas del firmamento y cae una a una sobre mi cabeza.

Estallan fuegos artificiales de todos los colores: de un carmesí lustroso, de un verde pastel, de un púrpura apagado y de un dorado reluciente. Miro hacia arriba y siento como si el cuerpo me pesara menos y empezara a flotar hacia el cielo.

A medida que el desfile pasa del lado occidental al oriental de la calle, todos los fantasmas de los lados se unen y empiezan a cantar y a bailar. Se dirigen hacia el viejo árbol de osmanto que hay en el fondo oriental de la calle Fantasma, el que tiene un tronco tan ancho que ni tres hombres con los brazos abiertos podrían rodearlo. En el árbol vive una bandada de cuervos capaces de hablar como los humanos. Lo llamamos el Viejo Árbol Fantasma, y se dice que está al mando de toda la calle Fantasma. Aquel que lo complazca prosperará, y el que vaya contra su voluntad no lo hará.

Pero sé que el desfile no va a llegar al Viejo Árbol Fantasma.

Cuando el desfile está a medio camino de la calle, la tierra empieza a temblar y los adoquines de pizarra se resquebrajan. Por las hendiduras aparecen unos huesos blancos, del tamaño de las columnas que sostienen el templo Lanruo. Los huesos se unen hasta formar un esqueleto gigante que reluce como la porcelana blanca bajo la luz de la luna. Un barro oscuro emerge por los pies y sube por el esqueleto a medida que se va convirtiendo en carne. Cuando acaba todo, tenemos delante un iaksha oscuro gigantesco, con un cuerno tan grande que parece que vaya a atravesar el cielo de la noche.

Los dos cíclopes ni siquiera le llegan a las canillas.

El iaksha oscuro inclina la enorme cabeza. Es una parte recurrente en todos los carnavales. Se supone que debería secuestrar a un turista. Las noches en que no hay turistas, vuelve bajo tierra, decepcionado, a la espera de otra oportunidad.

Gira la cabeza hacia mí, despacio, y se concentra en mi presencia. Me quito la máscara y le devuelvo la mirada. Despide calor, tiene los ojos rojos como brasas ardientes.

Xiao Qian se asoma por la litera y de repente suelta un grito que hiende la brisa

nocturna.

—¡Corre, Ning! ¡Corre!

Me doy la vuelta y empiezo a correr lo más rápido que puedo. A mi espalda, oigo los pesados pasos del iaksha oscuro. Las tejas caen de las casas de ambos lados como fruta madura con cada uno de aquellos golpes que hacen retumbar el suelo. Corro como el viento, mis pies desnudos golpean con suavidad los adoquines de pizarra: tap, tap, tap. El corazón me late con fuerza en el pecho: pum, pum, pum. Es el único vivo de toda la calle Fantasma.

Pero tanto los fantasmas como yo sabemos que, en realidad, no estoy en peligro. Un fantasma no le puede hacer daño a una persona de verdad. Es una de las reglas del juego.

Corro hacia la parte occidental, hacia el templo Lanruo. Si llego hasta Yan Chixia antes de que el iaksha me alcance, estaré a salvo. Eso también forma parte del espectáculo. Cada Carnaval, Yan se pone el atuendo de batalla y espera en los escalones de la entrada principal.

A medida que me acerco, empiezo a gritar:

—¡Ayuda! ¡Necesito ayuda! ¡Héroe Yan, sálvame!

Oigo a lo lejos un bramido persistente, y veo cómo su silueta salta por encima del muro del templo y aterriza en medio de la calle. En la mano izquierda tiene un amuleto taoísta: un carácter rojo escrito sobre fondo amarillo. Extiende la mano derecha hacia la espalda y desenvaina su espada: la Exterminadora de Demonios.

Se yergue en toda su altura y le grita al firmamento nocturno:

—¡Demonio insolente! ¿Cómo te atreves a hacer daño a los inocentes? ¡Yo, Yan Chixia, seré quien hoy imparta justicia!

Pero esta noche ha olvidado el sombrero de juncia. Su cabeza de huevo resplandece a la luz de los miles de faroles de la calle Fantasma, con unos pocos mechones que se rizan como signos de interrogación en una página en blanco. Esta imagen tan absurda contrasta con lo majestuoso de su semblante, y no puedo evitar reír mientras corro. Me ahogo y me es imposible recuperar el aliento, por lo que caigo en los fríos adoquines de pizarra de la calle.

Ese momento es el mejor recuerdo que tengo del verano.

ROCÍO FRÍO, DECIMOSÉPTIMO PERIODO SOLAR:

Una delgada capa de nubes cubre la luna. Estoy agachado junto al estanque de flores de loto del templo Lanruo. Lo único que veo son las sombras de las hojas, que se mecen arriba y abajo, despacio, en el viento.

La noche es tan fría como el agua. Los insectos que se ocultan entre la hierba no dejan de cantar.

Las berenjenas y las judías verdes del jardín ya están maduras. Huelen tan bien que me cuesta mucho resistir la tentación. Me obsesiono con aprovechar la oscuridad de la noche para robar alguna. Quizá Yan Chixia tenía razón y en mi vida anterior morí de hambre.

Espero y espero, pero no escucho los ronquidos de Yan Chixia. En lugar de ello, oigo unos pasos ligeros que cruzan el sendero cubierto de hierba y se detienen delante de la cabaña de Chixia. La puerta se abre, los pasos se internan en ella. Un momento después, se escuchan las voces de un hombre y una mujer que vienen del interior: Yan Chixia y Xiao Qian.

—¿Por qué me has pedido que viniera? —pregunta Qian.

—Ya sabes la razón —responde Yan.

—No puedo marcharme sin ti —afirma Qian.

—¿Por qué no? —pregunta Yan.

—Solo unos años más. Ning aún es muy joven —dice Qian.

—¡Ning, Ning! —La voz de Yan se oye más alta—. Creo que llevas demasiado tiempo siendo fantasma.

Qian suena apesadumbrada:

—Lo he criado durante muchos años. ¿Cómo podría dejarlo así como así?

—Siempre dices que Ning es muy joven y que espere. ¿Sabes cuántos años han pasado?

—No.

—Le coses ropa nueva todos los años. ¿Cómo es que no lo recuerdas? —Yan suelta una risita, un sonido impasible—. Yo lo recuerdo muy bien. Las frutas y las verduras del jardín siempre maduran cuando tienen que hacerlo, una vez al año. Las he visto madurar quince veces. ¡Quince! Pero la apariencia de Ning no ha cambiado desde que cumplió..., ¿cuántos? ¿Siete? ¿Aún crees que está vivo? ¿Que es real?

Xiao Qian se queda en silencio por un instante. Luego la oigo llorar.

Yan suspira.

—Deja de mentirme a ti misma. Es como nosotros, no es más que un juguete. ¿Por qué estás tan triste? No lo merece.

Xiao Qian se limita a seguir llorando.

Yan vuelve a suspirar.

—No debería haberlo recogido y traído aquí.

Xiao Qian resuella bajo las lágrimas.

—¿Adónde iremos si abandonamos la calle Fantasma?

Yan no responde.

El ruido que hace Xiao Qian al llorar me oprime el corazón. Me escabullo en silencio y me marchó del antiguo templo por un agujero de la pared.

La delgada capa de nubes decide dispersarse en ese momento. La gélida luz de la luna se disemina sobre los adoquines de pizarra de la calle y se refleja en las gotas heladas del rocío. Siento escalofríos en todo el cuerpo cuando mis pies desnudos golpean el suelo helado.

Algunas de las tiendas de la calle Fantasma siguen abiertas. Los vendedores me saludan, efusivos, y me piden que pruebe las galletas de judías verdes y el pastel dulce de osmanto. Pero no me apetece. ¿Para qué? Soy como ellos, quizá hasta menos que ellos.

Todos los fantasmas tenían una vida anterior. Sus cuerpos, falsos y mecánicos, albergan almas de verdad. Pero yo soy falso del todo: por dentro y por fuera. Desde que nací, o me crearon, he sido falso. Todos los fantasmas conocen historias de cuando estaban vivos. En cambio, yo no. Todos tuvieron un padre, una madre, una familia, recuerdos del amor que profesaban. Yo no tengo nada de eso.

Xiao Qian me dijo una vez que la decadencia de la calle Fantasma comenzó cuando la gente, la de verdad, descubrió juguetes más emocionantes y originales. Quizá yo sea uno de esos juguetes, fabricado con tecnología tan moderna y avanzada que doy el pego como si fuese alguien de verdad. Puedo llorar, reír, comer, orinar, cagar, caerme, sentir dolor, rezumar sangre, escuchar los latidos de mi corazón, crecer a partir de la imitación de un bebé (aunque dicho crecimiento se detiene a los siete años). Nunca seré adulto.

La calle Fantasma se creó para entretener a los turistas, y todos los fantasmas no eran más que juguetes. Pero yo solo soy el juguete de Xiao Qian.

Fingir que lo falso es real solo sirve para que lo real parezca falso.

Camino despacio hacia el final oriental de la calle y me detengo bajo el Viejo Árbol Fantasma. La fragancia suave a osmanto inunda el ambiente frío, neblinoso y reposado de la noche. Siento unas ganas repentinas de meterme en el árbol para que nadie sea capaz de encontrarme.

El Viejo Árbol Fantasma inclina las ramas hacia abajo para ayudarme.

Me siento, oculto entre las tupidas ramas, y me tranquilizo. Hay cuervos posados a mi alrededor, con ojos vidriosos que reflejan resplandores granates. Uno de ellos se dirige a mí:

—Ning, qué noche tan hermosa. ¿Por qué no estás en el templo Lanruo robando verduras?

El cuervo hace una pregunta cuya respuesta ya conoce. El Viejo Árbol Fantasma sabe todo lo que ocurre en la calle Fantasma. Los cuervos son sus ojos y sus oídos.

—¿Cómo puedo asegurarme de que soy una persona de verdad? —pregunto.

—Puedes probar a cortarte la cabeza —responde el cuervo—. Una persona de

verdad moriría si lo hiciera; un fantasma, no.

—Pero ¿qué ocurriría si me corto la cabeza y muero? Dejaría de existir.

El cuervo se ríe, con un sonido áspero y desagradable. Se acercan otros dos cuervos que llevan en sus picos unos espejos antiguos de bronce. Gracias a la luz de la luna que se filtra entre las hojas, puedo al fin verme en los espejos: cara pequeña, pelo negro y cuello estrecho. Me levanto el pelo de la nuca y, gracias al reflejo doble, veo en la piel un código de barras carmesí, similar a una pequeña serpiente.

Recuerdo las manos frías de Xiao Qian contra mi espalda aquella noche de verano. No dejo de pensar hasta que las lágrimas se me derraman por las mejillas.

SOLSTICIO DE INVIERNO, VIGESIMOSEGUNDO PERIODO SOLAR:

El invierno ha sido seco y frío, pero a menudo escucho el sonido de los truenos en la distancia. Xiao Qian dice que es el Cataclismo Atronador, que solo tiene lugar una vez cada mil años.

El Cataclismo Atronador azota a los demonios, los fantasmas y los espíritus perdidos. Aquellos que escapan a él pueden vivir otros mil años; los que no, arderán hasta que no quede ningún vestigio de ellos.

Sé con certeza que eso que llaman Cataclismo Atronador no existe. Xiao Qian ha sido fantasma tanto tiempo que se ha vuelto un poco loca. Me agarra con sus manos frías y la cara pálida como una hoja de papel. Dice que, para esconderse del Cataclismo, un fantasma tiene que encontrar una persona real de buen corazón y permanecer a su lado. De esa manera, el Duque del Trueno no atacará al fantasma, ya que nadie le tiraría un zapato a una rata que estuviera junto a una vasija cara.

Debido al miedo de Xiao Qian, tengo que retrasar mi plan para marcharme. He conseguido preparar el equipaje en secreto: algunas patatas robadas y unas camisetas viejas. Tampoco es que mi cuerpo vaya a crecer más, por lo que la ropa me servirá durante mucho tiempo. Pero no he cogido ninguna de las viejas monedas de cobre de Xiao Qian. Quizá no se usen en el mundo exterior.

Me gustaría mucho marcharme de la calle Fantasma. Me da igual dónde: lo único que me apetece es ver el mundo. Estar en cualquier otro lugar.

Quiero saber cómo vive la gente de verdad.

Pero aún tengo que quedarme.

Con el solsticio de invierno llega la nieve. Los copos son pequeños, como serrín blanco. Se derriten al momento cuando tocan el suelo. A mediodía solo se ha acumulado una capa muy pequeña.

Recorro la calle a solas, aburrido. En el pasado, habría ido al templo Lanruo para reunirme con Yan Chixia. Haríamos un agujero en el hielo que cubre el estanque de flores de loto para meter por él nuestra caña de pescar improvisada. En invierno, los siluros están muy grandes y saben genial si se cocinan con ajo.

Pero hace mucho tiempo que no veo a Yan Chixia. Me pregunto si le habrán crecido el pelo y la barba.

Un trueno estalla en el cielo; primero, cerca, y luego, más lejos. Mis oídos se quedan zumbando. Camino hasta el Viejo Árbol Fantasma, subo a sus ramas y me siento, quieto. Los copos de nieve caen a mi alrededor, pero no sobre mí. Estoy tranquilo y cálido. Me acurruco y meto la cabeza entre los brazos. Me dejo dormir como un pájaro.

En mis sueños, veo que la calle Fantasma se convierte en una serpiente estrecha y alargada. El Viejo Árbol Fantasma es la cabeza, el templo Lanruo es la cola, y los adoquines de pizarra, las escamas. En cada escama hay dibujada la cara de un pequeño fantasma, sutil y hermosa.

Pero la serpiente no deja de retorcerse, como si sufriera mucho. Miro con más detenimiento y veo que un grupo de termitas y arañas le muerden la cola, como gusanos de seda alimentándose de hojas de morera. Con sus garras y dientes afilados, desgarran las escamas de la serpiente una a una y dejan al descubierto la carne del interior. La serpiente lucha en silencio, pero desaparece poco a poco a causa de los mordiscos de los insectos. Cuando casi se la han comido del todo, suelta un grito agudo y gira hacia mí su cara, desolada.

Ve que es la cara de Xiao Qian.

Me despierto. La brisa fría mece las hojas del Viejo Árbol Fantasma. Todo está muy tranquilo a mi alrededor. No hay ni rastro de los cuervos, excepto uno, muy viejo y feo. Está agazapado delante de mí, y el pico le cuelga como la punta de un poblado bigote.

Lo despierto, nervioso. Tiene cara de preocupación y grazna, con voz mecánica e indiferente:

—Ning, ¿por qué sigues aquí?

—¿Dónde debería estar?

—En cualquier otro sitio —responde—. La calle Fantasma está acabada. Todos estamos acabados.

Saco la cabeza por entre las hojas del Viejo Árbol Fantasma. Debajo de aquel cielo gris plomizo, veo una bandada de cuervos a lo lejos que vuela en círculos alrededor del templo Lanruo, sin dejar de graznar. Nunca había visto nada igual.

Me bajo de un salto. Corro por la estrecha calle y paso junto a puertas y ventanas

oscuras. El graznido de los cuervos ha despertado a muchos fantasmas, pero no se atreven a salir cuando hay luz. Se limitan a observar por las junturas de las puertas, como un puñado de grillos que se esconden debajo de las casas en verano.

Los viejos muros del templo Lanruo, que necesitaban un remiendo desde hacía mucho tiempo, se han derrumbado. Unas arañas mecánicas gigantes hechas de acero reptan por la sala principal y rompen una a una las relucientes tejas de color granate y las tallas de madera, para luego tirarlo todo a la nieve del suelo. Tienen cuerpos achatados, ojos cerúleos y mandíbulas afiladas, lo más horrible que uno se pueda imaginar. Del interior de sus cuerpos emana un zumbido similar al de un trueno.

Los cuervos revolotean a su alrededor, cogen pedazos de las tejas y ladrillos del suelo y los tiran sobre las arañas. Pero son muy débiles y las arañas ni se fijan en ellos. Las tejas golpean contra el cascarón de acero, que emite sonidos quedos y huecos.

El jardín de las verduras ha quedado destruido. Lo único que queda de él es barro y unas raíces de color lechoso. Veo uno de los brazos oxidados del Monje, que sobresale de una pila de ladrillos rotos.

Corro por el jardín sin dejar de llamar a Yan Chixia. Me oye y sale despacio de su cabaña. No se ha quitado el atuendo de batalla: el sombrero de juncia en la cabeza y la Exterminadora de Demonios empuñada. Quiero gritar para indicarle que acabe con las arañas, pero algo me impide hablar. Las palabras tienen un sabor amargo, como una pasta astringente que me atraganta.

Yan Chixia me mira con ojos tristes. Se acerca para cogerme las manos. Las tiene frías, como las de Xiao Qian.

Nos quedamos juntos y vemos cómo hacen añicos la bella e inmensa sala principal, cómo se derrumba y se convierte en una pila de escombros, de tejas, de ladrillos, de madera, de barro. Nada queda en pie.

Han destruido el templo Lanruo: las paredes, la sala principal, el jardín, el estanque de flores de loto, la arboleda de bambú y la cabaña de Yan Chixia. Ha quedado convertido en unas ruinas cenagosas.

Las arañas avanzan hacia el resto de la calle Fantasma. Revolotean entre los adoquines de pizarra y arrasan las casas que se encuentran a ambos lados. Obligan a los fantasmas a salir a la calle. Gritan sin cesar mientras corren y se les quema poco a poco la piel a la débil luz del sol. No se ven llamas, pero sí cómo se les va ennegreciendo la piel; además del olor a plástico quemado que impregna todo.

Me caigo en la nieve. El olor de los fantasmas al arder me da náuseas, pero no tengo nada que vomitar. Así que lloro en las pausas entre arcadas.

De modo que esto era el Cataclismo Atronador.

Los fantasmas, con la cara quemada, no han dejado de gritar, correr y pelear en la nieve. Las huellas se entrecruzan en la nevisca, como los garabatos de un niño. En ese momento, recuerdo a Xiao Qian y vuelvo a correr.

Xiao Qian sigue sentada en su oscuro dormitorio. Se peina mientras canta. La

melodía resuena entre el clamor estrepitoso y atronador de las arañas, tan serena y diáfana como una escena onírica a la luz de la luna.

De su cuerpo emana la fragancia de una infinidad de hierbas y flores, capa sobre capa, como una gasa. Tiene el pelo suspendido en el aire, como una llama que se agita sin cesar. Me quedo a su lado y la oigo cantar, con la cara inundada en lágrimas, hasta que toda la casa empieza a temblar.

Encima del tejado escucho un repiqueteo metálico, objetos romos que se entorchocan, pasos intensos y luego los gritos de Yan Chixia.

El techo se derrumba de improviso, y cae una lluvia de tejas que deja al descubierto el resplandeciente cielo plumizo en el que revolotean copos de nieve. Empujo a Xiao Qian hacia un rincón oscuro donde no le dé la luz.

Corro hacia fuera. Yan Chixia está en pie en la azotea y blande la espada. La brisa helada ondea su túnica, como si se tratara de una bandera gris.

Salta a lomos de una araña y le atraviesa los ojos con la espada. La araña forcejea y se deshace de Yan. Luego lo coge con dos garras afiladas y se lo lleva hacia las mandíbulas metálicas, picudas y demoledoras. Mastica y mastica, como quien come kimchi, hasta que partes del cuerpo de Yan Chixia empiezan a caer por las mandíbulas de la criatura como las tejas del tejado. Una de las partes que cae es la cabeza, que rueda por la azotea como un huevo duro y se detiene junto a mis pies.

La recojo. Me mira con la mirada apagada. No hay lágrimas en sus ojos, solo ira y arrepentimiento. Luego Yan cierra los ojos con su último aliento, como si no soportara seguir mirando.

La araña no ha dejado de masticar y triturar el resto del cuerpo de Yan Chixia. Luego baja de un salto de la azotea y repta hacia mí entre estruendos. Los ojos le brillan con un resplandor añil.

Xiao Qian salta detrás de mí, me agarra por la cintura y me empuja hacia atrás. Me deshago de sus manos y la vuelvo a empujar hacia la habitación oscura. Luego cojo la espada de Yan Chixia y me abalanzo hacia la araña.

Me ciega el resplandor azul de una garra de acero. Mi cabeza golpea el suelo con un golpe quedo. Hay sangre por todas partes.

El mundo está ladeado: las calles, el cielo y la nieve que ahora cae en diagonal. Reúno todas mis fuerzas y muevo los ojos para seguir a la araña. Veo que ahora mastica mi cuerpo. Un fluido granate se derrama por su pico, cálido y burbujeante, gotea y se esparce por la nieve.

La araña mastica cada vez más despacio. Luego deja de moverse. El azul de sus ojos se hace más y más tenue hasta desaparecer.

Como si hubieran recibido una señal, el resto de las arañas también se detienen, una a una. La estridencia de los truenos también desaparece, y el mundo queda sumido en el silencio.

El viento también amaina. Hay nieve pegada a los cuerpos metálicos de las arañas.

Me gustaría reír, pero no puedo. La cabeza se me ha separado del cuerpo, por lo que no tengo pulmones con los que soltar aire hacia las cuerdas vocales. Me esfuerzo por mover los labios hasta que consigo que quede grabada una sonrisa en mi cara.

Las arañas creían que estaba vivo, que era una persona de verdad. Masticaron mi cuerpo, saborearon la carne y vieron la sangre. Pero no se les permite hacerles daño a personas de verdad. En caso de hacerlo, están obligadas a destruirse. Son las normas. Fantasmas o arañas, da igual. Todos tienen que seguir las normas.

Nunca imaginé que las arañas fueran tan estúpidas. Son hasta más fáciles de engañar que los fantasmas.

La imagen que tengo ante mí se empieza a hacer borrosa, como si un velo cayera del cielo y me cubriera la cabeza. Recuerdo las palabras de los cuervos. Es cierto. Cuando te cortan la cabeza, mueres de verdad.

Crecí en esta calle, corrí por ella. Y ahora mis días acaban también aquí; voy a morir en ella, como una persona de verdad.

Unas manos pálidas y frías se extienden hacia mí y me golpean la cara.

Sopla el viento y me cubre la cara con pétalos de color rosado pastel, como los de un melocotonero. Pero sé que no lo son. Sé que son las lágrimas de Xiao Qian, diluidas en la nieve.

El verano de Tongtong

—En unos días, el abuelo se mudará con nosotros —le dijo mamá a Tongtong.

El abuelo vivía solo desde la muerte de la abuela. Mamá le había dicho a Tongtong que, como el abuelo había sido un revolucionario durante toda la vida, no podía quedarse quieto. Aunque tuviera ochenta años, insistía en ir a la clínica todos los días para ver a los pacientes. Unos días antes, por culpa de la lluvia, se había resbalado cuando volvía de la clínica y se había hecho daño en la pierna.

Por suerte había llegado pronto al hospital, donde le pusieron una escayola. Unos días de descanso y rehabilitación le bastaron para recuperarse.

—Tongtong, tu abuelo es mayor y no siempre está de buen humor. Ya tienes edad para ser considerada. Intenta no hacer que se sienta aún peor, ¿vale? —dijo mamá, e hizo hincapié en las palabras.

Tongtong asintió y pensó:

¿Pero no he sido siempre considerada?

La silla de ruedas del abuelo era como un coche eléctrico en miniatura, con una pequeña palanca de control en el reposabrazos. El abuelo solo tenía que moverla un poco, y la silla de ruedas se deslizaba con suavidad en esa dirección. A Tongtong le parecía divertidísimo.

Tongtong siempre le había tenido un poco de miedo al abuelo. Tenía la cara cuadrada y unas cejas pobladas que sobresalían como pinocha. Nunca había visto a nadie con unas cejas tan largas.

También tenía problemas para comprenderlo. El abuelo hablaba mandarín con un acento muy marcado de su topolecto. Durante la cena, cuando mamá le explicó al abuelo que necesitaban contratar a alguien que lo cuidara, él negó con la cabeza con mucho énfasis y no dejó de repetir:

—¡No, no te preocupes!

Eso sí que lo había entendido Tongtong.

Cuando la abuela enfermó, contrató a una cuidadora para ella. Una chica del campo. Era bajita y pequeña, pero muy fuerte. Podía levantar a la abuela (que había engordado) ella sola, bañarla, colocarla en el retrete y cambiarle la ropa. Tongtong había visto con sus propios ojos cómo la cuidadora realizaba aquellas proezas. Luego, la abuela murió y la señora dejó de ir.

Después de la cena, Tongtong encendió la pantalla de pared para jugar a algún juego. *El mundo de los juegos es muy diferente del que me rodea*, pensó. En el juego, la gente se muere sin más. Nadie se pone enfermo, ni tiene que sentarse en una silla

de ruedas. Detrás de ella, mamá y el abuelo no dejaban de discutir sobre el tema del cuidador.

Papá se acercó a ella y dijo:

—Tongtong, apaga eso, por favor. Has jugado mucho. Te vas a hacer daño a la vista.

Tongtong imitó al abuelo, negó con la cabeza y dijo:

—¡No, no te preocupes!

Mamá y papá comenzaron a reírse a carcajadas, pero el abuelo no lo hizo. Se quedó allí sentado, impasible, sin un atisbo de sonrisa en el gesto.

Unos días después, papá volvió a casa con un robot de apariencia estúpida. Tenía la cabeza redonda, los brazos largos y dos manos blancas. En lugar de pies, tenía un par de ruedas que le permitían moverse hacia delante y hacia atrás y girar.

Papá pulsó algo en la parte trasera de la cabeza del robot. El orbe vacío y con forma de huevo parpadeó tres veces con una luz azulada, y la cara de un hombre apareció en la superficie. La resolución era tan buena que parecía una persona de verdad.

—¡Vaya! —exclamó Tongtong—. ¿Eres un robot?

La cara sonrió.

—¿Qué tal? Me llamo Ah Fu.

—¿Puedo tocarte?

—¡Claro!

Tongtong tocó aquella cara tersa y luego pasó la mano por los brazos y las manos del robot. El cuerpo de Ah Fu estaba cubierto por una suave capa de silicona que hacía que su piel tuviera la misma calidez que la de verdad.

Papá le contó a Tongtong que Guokr Technologies Inc. había fabricado a Ah Fu, y que era un prototipo. Su mejor cualidad estribaba en que era tan inteligente como una persona: sabía cómo pelar una manzana, cómo servir una taza de té e incluso cocinar, lavar los platos, bordar, escribir, tocar el piano... Pero la presencia de Ah Fu significaba que el abuelo estaba en buenas manos.

El abuelo se limitó a quedarse sentado, impasible, y sin decir nada.

Después del almuerzo, el abuelo se sentó en el balcón a leer el periódico, y poco después se quedó frito. Ah Fu se acercó a él sin hacer ruido, lo cogió con sus brazos fuertes, se lo llevó a la habitación, lo colocó en la cama con cuidado, lo cubrió con la manta, corrió las cortinas, salió y cerró la puerta, todo sin hacer ruido alguno.

Tongtong siguió a Ah Fu y vio cómo hacía todo aquello.

Ah Fu le dio un golpecito en la cabeza.

—¿Por qué no te echas una siesta tú también?

Tongtong ladeó la cabeza y preguntó:

—¿De verdad eres un robot?

Ah Fu sonrió.

—¿No te lo crees?

Tongtong contempló a Ah Fu con detenimiento y luego dijo, muy seria:

—Estoy segura de que no lo eres.

—¿Por qué?

—Un robot no sonreiría así.

—¿Nunca has visto sonreír a un robot?

—Cuando un robot sonríe, da miedo. Pero tú no, así que no puedes ser un robot.

Ah Fu rio.

—¿Te gustaría ver mi aspecto real?

Tongtong asintió. El corazón le latía con fuerza.

Ah Fu se acercó a la pantalla de pared. Un rayo de luz salió disparado de la parte superior de su cabeza y proyectó una imagen en la pared. En la imagen, Tongtong vio a un hombre sentado en una habitación desordenada.

El hombre de la imagen saludó a Tongtong. Ah Fu también saludó justo al mismo tiempo. Tongtong examinó al de la pantalla. Llevaba unas mallas grises y ajustadas con mangas largas y unos guantes también grises. Los guantes estaban cubiertos de lucecitas. También llevaba unas gafas gigantes. La cara que ocultaban las gafas era pálida, delgada y se parecía a la de Ah Fu.

Tongtong se quedó estupefacta.

—¡Así que tú eres el Ah Fu de verdad!

El hombre de la imagen se rascó la cabeza con desgarmo y dijo, un tanto avergonzado:

—Ah Fu solo es el nombre que le pusimos al robot. Mi nombre de verdad es Wang. Como soy mayor, ¿por qué no me llamas tío Wang?

El tío Wang le dijo a Tongtong que era un estudiante de cuarto curso en la universidad y que estaba haciendo prácticas en el departamento de I+D de Guokr Technologies. Su equipo había desarrollado a Ah Fu.

Explicó que el envejecimiento de la población había creado problemas sociales graves: muchos ancianos no podían vivir solos, pero sus hijos carecían de tiempo suficiente que dedicarles. Los asilos los hacían sentir miserables y apartados de la sociedad, por lo que había mucha demanda de cuidadores profesionales y competentes.

Pero con un Ah Fu en casa, las cosas eran mejores. Cuando no se usaba, Ah Fu se quedaba sentado, sin molestar. Cuando lo necesitaban, se enviaba una petición y un operador se conectaba para ayudar al anciano. Aquello les ahorraba tiempo y dinero del transporte público a los cuidadores normales, y también mejoraba la eficiencia y la calidad de los cuidados.

El Ah Fu que tenía delante era un prototipo de primera generación. Solo había tres mil en todo el país, que estaban en pruebas con tres mil familias.

El tío Wang le había dicho a Tongtong que su abuela también había estado

enferma y habían tenido que dejarla ingresada en el hospital, por lo que ya tenía experiencia con el cuidado de ancianos. Por eso se había prestado voluntario para ayudar a cuidar al abuelo en casa de Tongtong. Además, habían tenido suerte y era de la misma región que el abuelo, por lo que podía comprender su topolecto. Es probable que un robot normal no hubiera podido hacerlo.

El tío Wang adornó aquella explicación con muchos tecnicismos y Tongtong no estaba segura de haberlo entendido todo. Pero pensó que la existencia de Ah Fu era algo espléndido, casi parecía algo sacado de un cuento de ciencia-ficción.

—¿Sabe el abuelo quién eres en realidad?

—Tu madre y tu padre lo saben, pero el abuelo todavía no. No se lo vamos a decir por ahora. Lo haremos en unos días, cuando se haya acostumbrado más a Ah Fu.

Tongtong prometió no decir nada, muy seria.

—¡No, no te preocupes!

El tío Wang y ella rieron juntos.

No había manera de que el abuelo se quedara en casa y se estuviera quieto. Insistió en que Ah Fu saliera con él a pasear. Pero cuando regresaron la primera vez, se quejó de que allí fuera hacía demasiado calor y no le dieron ganas de volver a salir.

Ah Fu le había dicho en secreto a Tongtong que en realidad era porque el abuelo se sentía muy cohibido, pues alguien tenía que llevarlo en silla de ruedas. Sentía que todo el mundo lo miraba.

Pero Tongtong pensó: *Quizá al que miraban era a Ah Fu.*

Como el abuelo no salía, estar encerrado en casa lo ponía de mal humor. Cada vez tenía peor cara y, a veces, le daban pataletas temperamentales. Incluso llegó a gritar fuerte a mamá y papá, pero ninguno le dijo nada. Se limitaron a quedarse ahí, tranquilos mientras aguantaban la bronca.

Pero una vez, Tongtong fue a la cocina y pilló a mamá llorando escondida detrás de la puerta.

El abuelo de ahora no se parecía en nada al que ella recordaba. Todo habría sido mucho mejor si no se hubiera resbalado ni hubiera resultado herido. Tongtong odiaba quedarse en casa. La tensión la agobiaba. Cada mañana, salía corriendo por la puerta y no volvía hasta la hora de la cena.

Papá encontró una solución. Trajo otro aparato fabricado por Guokr Technologies: unas gafas. Se las dio a Tongtong y le dijo que se las pusiera y anduviera por la casa. Todo lo que veía y escuchaba aparecía en la pantalla de pared.

—Tongtong, ¿te gustaría ser los ojos del abuelo?

Tongtong accedió. Cualquier cosa nueva se ganaba su curiosidad.

El verano era la estación favorita de Tongtong. Podía llevar falda, comer sandía y

helados, ir a nadar, buscar mudas de cigarra en la hierba, chapotear en charcos de lluvia con las sandalias, perseguir arcoíris durante las tormentas eléctricas, ducharse con agua fría después de correr y ponerse a sudar, beber sopa helada de ciruelas agrias, cazar renacuajos en los estanques, recolectar uvas e higos, sentarse en el patio por las tardes para admirar las estrellas, cazar grillos por la noche con una linterna... En definitiva, en verano todo era maravilloso.

Tongtong se puso sus gafas nuevas y salió a jugar. Las gafas eran pesadas y no dejaban de escurrírsele por la nariz. Tenía miedo de que se le cayeran.

Desde el comienzo de las vacaciones de verano, ella y una docena de amigos, chicos y chicas, habían jugado juntos todos los días. A su edad, había muchas cosas a las que jugar. Cuando se acababan los juegos antiguos, se inventaban nuevos. Si estaban muy cansados o hacía mucho calor, iban al río y se lanzaban al agua como dumplings a una cazuela. Aunque el sol resplandeciera en el cielo, el agua del río era fresca y agradable. ¡Era el paraíso!

Alguien sugirió que escalaran árboles. Había un árbol de las pagodas muy alto en la ribera del río, con un tronco tan grueso y prominente que parecía un dragón ascendente en dirección al cielo azul.

Pero Tongtong escuchó la voz nerviosa del abuelo en la oreja:

—¡No subas a ese árbol! ¡Es muy peligroso!

Vaya, así que las gafas también funcionaban como teléfono.

—¡No, no te preocupes! —respondió con un grito alegre.

Tongtong era una maestra subiendo árboles. Hasta su padre decía que en una vida anterior debía de haber sido un mono.

Pero el abuelo no la dejaba en paz. Siguió molestando en sus oídos, sin que ella entendiera nada de lo que decía. La estaba empezando a poner de los nervios, por lo que se quitó las gafas y las tiró a la hierba en la base del árbol. También se quitó las sandalias y empezó a escalar, a subir hacia el cielo como una nube.

Aquel árbol era asequible. Tenía ramas muy tupidas que alcanzaba sin problema y con las que podía escalar. Subió sin parar y no tardó en adelantar a sus compañeros. Estaba a punto de llegar a la copa. La brisa silbaba a través de las hojas y la luz del sol se filtraba entre el follaje. El mundo estaba muy tranquilo.

Se detuvo a recuperar el aliento, pero oyó la voz de su padre a lo lejos:

—Tongtong, baja... de... ahí...

Giró la cabeza para mirar hacia abajo. Lo vio muy pequeño a lo lejos, como una hormiga. Era su padre.

De camino a casa, su padre le gritó:

—¿Por qué has sido tan estúpida? Has trepado sola. ¿No ves lo peligroso que es?

Sabía que el abuelo se había chivado. ¿De qué otra manera iba a saber alguien lo que había hecho?

Tongtong estaba muy enfadada. Como él ya no podía volver a trepar por los árboles, ¿ahora no dejaba que los demás lo hicieran? ¡Qué tonto! Y encima le daba

mucha vergüenza que papá hubiera venido a gritarle así.

A la mañana siguiente se volvió a ir temprano de casa, pero en esa ocasión no llevó las gafas.

—El abuelo está preocupado por ti —dijo Ah Fu—. Si te caes y te rompes una pierna, tendrías que sentarte en una silla de ruedas como él, ¿no?

Tongtong hizo pucheros y se negó a decir nada.

Ah Fu le dijo que el abuelo vio que había trepado muy alto gracias a las gafas que había dejado en la base del árbol. Se preocupó mucho, se quedó ronco de gritar y casi se cae de la silla de ruedas.

Pero Tongtong seguía enfadada con el abuelo. ¿Por qué se había preocupado? Había trepado muchos árboles más altos que ese y nunca le había pasado nada.

Como habían dejado de usar las gafas, papá las recogió y devolvió a Guokr. El abuelo volvía a estar encerrado en casa sin nada que hacer, pero de alguna manera encontró un ajedrez chino y obligó a Ah Fu a que jugara con él.

Tongtong no sabía jugar, así que cogió una banqueta y se sentó junto al tablero para aprender. Le gustaba mirar cómo Ah Fu cogía las viejas piezas de madera, de colores gastados por el paso del tiempo, con aquellos dedos delgados y de un blanco lechoso. Le gustaba ver cómo golpeaba la mesa con ellos mientras pensaba el siguiente movimiento. Las manos del robot eran muy bonitas, casi parecían talladas en marfil.

Después de unas cuantas partidas, casi podía afirmar que Ah Fu no le planteaba al abuelo reto alguno. El abuelo tardó solo unos movimientos en capturar otra de las piezas de Ah Fu, con un golpe en el tablero.

—Qué malo eres —murmuró el abuelo.

Para ayudarlo un poco, Tongtong dijo:

—Tú sí que eres malo.

—Un robot de verdad habría jugado mejor —añadió el abuelo. Casi había descubierto la verdad sobre Ah Fu y su operador.

El abuelo siguió ganando y, después de unas cuantas partidas más, estaba de mejor humor. No solo tenía mucho mejor cara, sino que también tarareaba canciones al tiempo que seguía el ritmo con la cabeza. Tongtong también estaba feliz y se le pasó el enfado con el abuelo.

El único que no estaba muy contento era Ah Fu.

—Creo que necesito encontrar un contrincante que esté a su altura.

Cuando Tongtong volvió a casa, casi se le sale el corazón por la boca. ¡El abuelo se había convertido en un monstruo!

Llevaba unas mallas grises y estrechas de mangas largas a juego con unos guantes

grises. En los guantes brillaban muchas lucecitas. También llevabas unas gafas enormes en la cara y movía las manos y gesticulaba.

Había otro hombre en la pantalla de pared que tenía delante, pero no era el tío Wang. Era tan viejo como el abuelo, con una melena de pelo blanco y plateado. No llevaba gafas y tenía delante un tablero de ajedrez chino.

—Tongtong, entra y saluda —dijo el abuelo—. Es el abuelo Zhao.

El abuelo Zhao era amigo del abuelo desde los tiempos en que estaba en el ejército. Le acababan de poner un estent en el corazón. Se aburría, como el abuelo, y su familia también había contratado un Ah Fu. También era un entusiasta del ajedrez chino y no dejaba de quejarse del nivel al que jugaba su Ah Fu.

Al tío Wang se le había ocurrido pedir por correo un equipo de telepresencia para el abuelo, y luego le enseñó a usarlo. En unos días, el abuelo consiguió controlar por control remoto el Ah Fu del abuelo Zhao para jugar al ajedrez con él.

No solo jugaban al ajedrez, sino que también hablaban entre ellos en su topolecto nativo. Al abuelo le gustó, y se emocionó tanto que a Tongtong le dio la impresión de que volvía a ser un crío.

—Mira esto —dijo el abuelo.

Movió la mano despacio y, en la pantalla de pared, el Ah Fu del abuelo Zhao cogió el tablero de ajedrez con firmeza, lo movió con destreza y lo volvió a dejar sobre la mesa sin que se hubiera movido pieza alguna.

Tongtong se fijó en las manos del abuelo sin parpadear.

¿Son las mismas manos torpes que impiden siempre que el abuelo haga cosas?

Parecía cosa de magia.

—¿Puedo probar? —preguntó.

El abuelo se quitó los guantes y ayudó a Tongtong a ponérselos. Los guantes eran elásticos y no quedaban muy sueltos en las pequeñas manos de Tongtong. Agitó los dedos, y el Ah Fu de la imagen imitó sus movimientos. Los guantes contaban con una resistencia interna que conseguía regular y suavizar los movimientos de Tongtong y, por consiguiente, los de Ah Fu.

—Venga, intenta estrecharle la mano al abuelo Zhao —propuso el abuelo.

En la imagen, el abuelo Zhao extendió la mano, sonriente. Tongtong acercó la suya con cuidado y la estrechó. En aquel momento sintió los sutiles cambios de presión del guante, como si le estrechara la mano a una persona de verdad. ¡Hasta sintió el calor! ¡Era maravilloso!

Con los guantes, hizo que Ah Fu tocara el tablero de ajedrez, las piezas y la taza de té humeante que había junto a ellos. Sintió en los dedos el calor repentino de la taza. Se asustó, la soltó, y la taza se rompió al chocar contra el suelo. El tablero de ajedrez se volcó y las piezas se desperdigaron por todas partes.

—¡Hala! Cuidado, Tongtong.

—¡No pasa nada! ¡No pasa nada!

El abuelo Zhao intentó levantarse para coger la escoba y el recogedor, pero el

abuelo le dijo que se quedara quieto.

—¡Cuidado con las manos! —advirtió el abuelo—. Yo me encargo.

Se puso los guantes y usó el Ah Fu del abuelo Zhao para recoger las piezas de ajedrez una a una y barrer luego el suelo.

El abuelo no se había enfadado con Tongtong ni la había amenazado con contarle a papá el accidente que había causado.

—Solo es una niña, un poco impaciente —se disculpó con el abuelo Zhao. Los dos hombres rieron.

Tongtong se sintió aliviada y, al mismo tiempo, un poco confundida.

Mamá y papá habían vuelto a discutir con el abuelo.

La discusión se desarrolló de forma un tanto diferente esa vez. El abuelo no dejaba de repetir «¡No, no te preocupes!», pero mamá se ponía cada vez más seria.

El objetivo de la discusión se volvía cada vez más confuso a medida que Tongtong escuchaba. Lo único que averiguó fue que tenía algo que ver con el estent del abuelo Zhao.

Al final, mamá dijo:

—¿Cómo quieres que no nos preocupemos? ¿Y si tienes otro accidente? ¿Podrías dejar de causar problemas?

El abuelo se enfadó tanto que se encerró en la habitación y no quiso salir, ni siquiera para cenar.

Mamá y papá hicieron una videollamada con el tío Wang. Y, por fin, Tongtong descubrió qué había ocurrido.

El abuelo Zhao jugaba al ajedrez con el abuelo, pero se había puesto tan nervioso que le había fallado el corazón. Al parecer, no le habían puesto bien el estent. Cuando ocurrió, no había nadie en su casa, por lo que el abuelo (que era quien controlaba el Ah Fu en aquel momento) tuvo que hacerle la RCP al abuelo Zhao y también llamar a la ambulancia.

El equipo de emergencias llegó a tiempo para salvarle la vida al abuelo Zhao.

Pero nadie esperaba que el abuelo se ofreciera a ir al hospital a cuidar de él. No se refería a ir en persona, claro, sino a enviar el Ah Fu y controlarlo desde casa.

Pero el abuelo también necesitaba un cuidador. ¿Quién iba a cuidar del cuidador?

Por si fuera poco, al abuelo se le ocurrió que, cuando el abuelo Zhao se recuperara, le enseñaría a usar el equipo de telepresencia. De ese modo, ambos podrían cuidar uno del otro y no necesitarían cuidadores.

El abuelo Zhao pensó que era una gran idea, pero ambas familias pensaron que era un plan absurdo. Hasta el tío Wang se quedó un rato pensando y luego dijo:

—Pues... voy a tener que informar a mis superiores.

Tongtong le dio muchas vueltas al asunto. Jugar al ajedrez con Ah Fu era sencillo, pero ¿usarlo para cuidarse entre ellos? Cuantas más vueltas le daba al asunto, más

complicado le parecía. Entendía la confusión del tío Wang.

Es que el abuelo es como un crío. No les va a hacer caso ni a mamá ni a papá.

A partir de aquel momento, el abuelo dejó de salir de su habitación. Al principio, Tongtong pensó que seguía enfadado con sus padres, pero luego descubrió que la situación había cambiado por completo.

El abuelo estaba muy ocupado. Había vuelto a ver a los pacientes. No, no iba a la clínica, sino que usaba el equipo de telepresencia para controlar a Ah Fu por todo el país y viajar a las residencias de ancianos. Escuchaba sus quejas, empatizaba con ellos, los examinaba y les recetaba medicamentos. También quería realizar tratamientos de acupuntura con los Ah Fu y, para practicar, ¡había usado su propio Ah Fu para clavarse las agujas en su propio cuerpo!

El tío Wang le dijo a Tongtong que las innovaciones que había realizado el abuelo podían llegar a transformar por completo el sistema sanitario. En un futuro, los pacientes quizá no necesitarían ir al hospital y pasar las horas muertas en las salas de espera. Los doctores podrían visitarlos en sus casas gracias a un Ah Fu dispuesto en cada vecindario.

El tío Wang dijo que el departamento de I+D de Guokr había creado un equipo especial para desarrollar un modelo de Ah Fu especializado y mejorado para ese tipo de aplicaciones en telepresencia, y contrataron al abuelo como asesor, por lo que acabó estando más ocupado todavía.

Como las piernas del abuelo no se habían recuperado del todo, el tío Wang tenía que seguir cuidando de él. Pero trabajaban en un sistema web que le permitiera hacerlo a cualquier voluntario que dispusiera de tiempo libre para ayudar a los demás. Los voluntarios podrían conectarse a un Ah Fu en una casa en cualquier parte del país para cuidar de ancianos, niños, pacientes y mascotas, o ayudar con otras cosas.

Si el plan salía bien, sería un paso más para hacer realidad la edad de oro que había concebido Confucio hacía milenios: «Y los hombres cuidarán de todos sus ancianos como si fueran sus propios padres, amarán a todos los niños como si fueran sus propios hijos. Los ancianos se harán mayores y morirán seguros, los jóvenes tendrán oportunidades de contribuir y prosperar, y los niños crecerán bajo la tutela y orientación de todos. Las viudas, los huérfanos, los discapacitados, los enfermos..., todos serán atendidos y amados».

Un plan como aquel entrañaba riesgos, claro: la intimidad y la seguridad, el mal uso de la telepresencia por parte de los criminales, errores de funcionamiento y accidentes... Eso por decir solo algunos. Pero como aquella mejora tecnológica ya se había desarrollado, era más sencillo enfrentarse a las consecuencias y llevarlas hacia cauces más convenientes.

También ocurrieron cosas que nadie esperaba.

El tío Wang le enseñó a Tongtong muchos vídeos de la red en los que se veía

varios Ah Fu haciendo todo tipo de cosas interesantes: cocinar, cuidar niños, arreglar las cañerías y los sistemas eléctricos de las casas, jardinería, conducir, jugar al tenis, incluso enseñar a niños el arte del go, la caligrafía, la talla de sellos, a tocar el *erhu*...

Todos esos Ah Fu estaban operados por ancianos que también necesitaban cuidados. Algunos de ellos ya no podían moverse con facilidad, pero su vista, oído e intelecto seguían en forma. Otros no podían recordar cosas con facilidad, pero aún podían poner en práctica las habilidades que habían perfeccionado en su juventud. Y la mayoría tenían pocos problemas físicos, pero se sentían deprimidos y solos, por lo que los Ah Fu eran una buena medida para que todos estuvieran ocupados haciendo cosas.

Nadie había imaginado que se les pudiera dar semejante uso a los Ah Fu. Nadie había pensado que septuagenarios y octogenarios fueran aún tan creativos e imaginativos.

A Tongtong le impresionaba en particular la música folclórica tradicional que se tocaba con una orquesta de más de una docena de Ah Fu. Se reunían alrededor de un estanque en un parque y tocaban con mucha fuerza y entusiasmo. Según el tío Wang, la orquesta se había hecho famosa en internet. Los operadores de aquellos Ah Fu eran hombres y mujeres que habían perdido la vista, por lo que se hacían llamar «Los Ancianos Ciegos».

—Tongtong —llamó el tío Wang—, tu abuelo ha liderado toda una revolución.

Tongtong recordó que mamá solía mencionar que el abuelo era un viejo revolucionario.

—Es lo que ha hecho toda su vida. Ya es hora de que se tome un descanso.

Pero ¿el abuelo no era doctor? ¿Cuándo había participado en esa supuesta revolución? ¿Y qué significaba exactamente «ser un revolucionario»? ¿Y por qué tenía que hacerlo durante toda su vida?

Tongtong no tenía respuestas para aquellas preguntas, pero llegó a la conclusión de que una «revolución» era algo maravilloso. El abuelo actual era el abuelo que ella siempre había conocido.

El abuelo siempre rebosaba energía y ganas de hacer cosas. Cuando tenía tiempo libre, prefería cantar estrofas de ópera popular tradicional:

*Fuera del campamento, han disparado tres veces ese cañón ensordecedor,
y sale de la Casa de Tianbo la mujer que marcha a proteger su tierra.
Con un casco dorado que cubre su melena blanca,
con una túnica de escamas de acero, que vuelve a cubrir sus hombros.
El estandarte de batalla muestra su nombre con orgullo:
Mu Guiying, ¡tienes cincuenta y tres años y vuelves a la guerra!*

Tongtong rio.

—Pero, abuelo, ¿si tienes ochenta y tres!

El abuelo rio entre dientes. Estaba de pie, posando como si fuera un antiguo general blandiendo una espada y sentado en su corcel de guerra. La cara le resplandecía de la emoción.

En unos días, el abuelo cumpliría ochenta y cuatro.

Tongtong jugaba sola en casa.

Había comida preparada en el frigorífico. Por la noche, Tongtong la sacaba, la calentaba y se la comía, también sola. El aire de la noche estaba húmedo y cargado, y las cigarras cantaban sin cesar.

El pronóstico meteorológico había anunciado que se avecinaban tormentas eléctricas.

Una luz azul refulgió tres veces en un rincón de la habitación. Una figura apareció por una esquina, en silencio: Ah Fu.

—Mamá y papá han llevado al abuelo al hospital. No han vuelto.

Ah Fu asintió.

—Vengo de parte de tu madre. Dice que te acuerdes de cerrar las ventanas antes de que empiece a llover.

El robot y la chica cerraron juntos todas las ventanas de la casa. Cuando arreció la tormenta, las gotas de lluvia golpearon contra los cristales como redobles de tambor. Relámpagos blancos y púrpuras atravesaron las nubes negras, y luego el sonido ensordecedor de un trueno hizo que le zumbaran los oídos a Tongtong.

—¿No te dan miedo los truenos? —preguntó Ah Fu.

—No. ¿Y a ti?

—Tenía miedo cuando era joven, pero ahora no.

A Tongtong se le ocurrió una pregunta importante.

—Ah Fu, ¿crees que es necesario que todo el mundo crezca?

—Yo creo que sí.

—¿Para qué?

—Para hacerse viejos.

—¿Para qué?

Ah Fu no respondió.

Se giraron hacia la pantalla de pared para ver dibujos animados. Era la serie favorita de Tongtong: *La aldea de los osos arcoíris*. No importaba la fuerza con la que lloviese fuera, los ositos de la aldea siempre vivían juntos y felices. Quizá el mundo fuera falso y lo único real fuera la aldea de los ositos.

Los párpados de Tongtong terminaron por volverse muy pesados. El sonido de la lluvia tenía un efecto hipnótico. Se echó sobre Ah Fu. Ah Fu la cogió en sus brazos, la llevó a la habitación, la colocó con cuidado en la cama, la cubrió con una manta y

corrió las cortinas. Las manos del robot parecían de verdad, suaves y cálidas.

Tongtong murmuró:

—¿Por qué no ha vuelto el abuelo?

—Duerme. Cuando despiertes, el abuelo ya habrá vuelto.

El abuelo no volvió.

Mamá y papá sí, cansados y tristes.

Pero estaban muy ocupados. Todos los días salían de casa y se iban a alguna parte. Tongtong se quedaba sola. A veces jugaba a algo, y otras veces veía dibujos animados. Ah Fu acudía en ocasiones para cocinar para ella.

Unos días más tarde, mamá llamó a Tongtong.

—Tengo que hablar contigo.

El abuelo tenía un tumor en la cabeza. Cuando se cayó la última vez fue porque el tumor le había pinzado un nervio.

El doctor sugirió que debían someterlo a una operación de inmediato.

Debido a la edad del abuelo, la operación era muy peligrosa, pero no hacerla habría sido más peligroso aún. Mamá, papá y el abuelo habían ido a varios hospitales en busca de segundas y terceras opiniones y, después de hablar entre ellos varias noches, decidieron que realizarían la operación.

La cirugía duró un día completo. El tumor tenía el tamaño de un huevo.

Después de la operación, el abuelo cayó en coma.

Mamá abrazó a Tongtong y sollozó. El cuerpo le temblaba como un flan.

Tongtong le devolvió el abrazo a mamá; hizo fuerza. Vio cómo en la cabeza de su madre las canas se entremezclaban con los cabellos negros. Todo parecía tan irreal...

Tongtong fue al hospital con mamá.

Hacía mucho calor y el sol brillaba con fuerza. Tongtong y mamá compartieron una sombrilla. En la otra mano, mamá llevaba un termo con un refrescante zumo de frutos rojos que habían cogido del frigorífico.

En la calle había algunos peatones. Las cigarras no habían dejado de cantar. Ya casi había terminado el verano.

Dentro del hospital tenían muy alto el aire acondicionado. Esperaron un poco en el pasillo antes de que una enfermera saliera a decirles que el abuelo estaba despierto. Mamá le dijo a Tongtong que pasara ella primero.

El abuelo estaba irreconocible. Le habían rapado el pelo y tenía la cara hinchada. Tenía un ojo cubierto con una venda de gasa y el otro cerrado. Tongtong le cogió la mano al abuelo, pero tenía miedo. Se acordó de la abuela. Era igual: tenía alrededor muchos tubos y máquinas que no dejaban de pitar.

La enfermera llamó al abuelo por su nombre.

—Su nieta ha venido a verlo.

El abuelo abrió el ojo y miró a Tongtong. Tongtong se movió y el ojo la siguió, pero el hombre no podía hablar ni moverse.

La enfermera suspiró.

—Puedes hablar con tu abuelo. Te oye.

Tongtong no sabía qué decir. Le estrechó con fuerza la mano al abuelo y sintió que él le devolvía el saludo.

¡Abuelo!, dijo con la mente. *¿Me reconoces?*

Los ojos del hombre siguieron a Tongtong.

Por fin pudo articular palabra.

—¡Abuelo!

Las lágrimas inundaron las sábanas blancas. La enfermera intentó consolarla.

—¡No llores! Tu abuelo se pondrá triste si te ve llorar.

Sacaron a Tongtong de la habitación, y lloró. En el pasillo, las lágrimas se derramaron por sus mejillas como si fuera una cría, pero no le importaba que la vieran.

Ah Fu se marchaba. Papá iba a empaquetarlo y devolvérselo por correo a Guokr Technologies.

El tío Wang dijo que quería ir a despedirse en persona de Tongtong y su familia, pero la ciudad donde vivía se encontraba muy lejos. Por lo menos, ahora era fácil comunicarse a largas distancias y podrían hablar por teléfono o videollamada más adelante.

Tongtong estaba dibujando en su habitación. Ah Fu llegó sin hacer ruido. Tongtong había dibujado en el papel muchos ositos que luego había coloreado con lápices de colores de todo tipo. Uno de los osos más grandes tenía todos los colores del arcoíris y un parche negro, por lo que solo se le veía un ojo.

—¿Este quién es? —preguntó Ah Fu.

Tongtong no respondió. Se limitó a seguir coloreando, convencida de que aquel oso debía tener todos los colores existentes.

Ah Fu abrazó a Tongtong desde atrás. El cuerpo le temblaba. Tongtong sabía que Ah Fu estaba llorando.

El tío Wang le envió un mensaje de vídeo a Tongtong.

Tongtong, ¿has recibido el paquete que te mandé?

Dentro del paquete había un oso de peluche. Era de los colores del arcoíris y tenía un parche en el ojo, por lo que solo le quedaba uno al descubierto. Igual que el que había dibujado Tongtong.

El oso tiene un equipo de telepresencia conectado a los instrumentos del hospital:

el ritmo cardiaco de tu abuelo, su respiración, pulso y temperatura corporal. Cuando el oso cierra el ojo, eso quiere decir que tu abuelo está durmiendo. Cuando está despierto, el oso tendrá el ojo abierto.

Todo lo que el oso vea y oiga se proyectará en el techo de la habitación del hospital. Puedes hablar con él, contarle historias o cantar, y tu abuelo lo verá y oirá.

Puede ver y oír. Aunque no pueda mover el cuerpo, está consciente ahí dentro. Tienes que hablar con el oso, jugar con él y hacer que te oiga reír. Así tu abuelo no se sentirá solo.

Tongtong acercó el oído al pecho del oso: pum, pum. Los latidos eran lentos y débiles. El pecho del oso estaba cálido y ascendía y descendía con cada respiración. Dormía profundamente.

Tongtong también tenía sueño. Metió el oso en la cama con ella y lo cubrió con la manta.

Cuando el abuelo se despierte mañana, pensó, iremos a coger sol y trepar por los árboles, iremos al parque a escuchar cómo otros abuelos y abuelas cantan óperas populares. El verano aún no ha terminado. Todavía podemos hacer cosas muy divertidas.

—Abuelo, ¡no, no te preocupes! —susurró.

Cuando despiertes, todo volverá a ir bien.

NOTA DE LA AUTORA

Me gustaría dedicarle esta historia a mi abuelo. La escribí en agosto, en el aniversario de su muerte. Atesoraré por siempre todo el tiempo que pude pasar junto a él.

También les dedico esta historia a todas las abuelas y los abuelos que, cada mañana, van al parque a practicar el taichí, blandir espadas, cantar ópera, bailar, llevar a sus pajaritos, pintar, practicar caligrafía o tocar el acordeón. Gracias a vosotros he comprendido que no hay que tener miedo de vivir siendo consciente de la cercanía de la muerte.

El paseo nocturno del dragón equino

1

La luz de la luna despierta al dragón equino.

Unas gotas heladas de rocío le recorren la frente, y luego serpentean hacia la curva de su nariz de acero.

Clic.

Se esfuerza por abrir los ojos. Los herrumbrosos párpados rechinan contra las pestañas. Un par de motas plateadas se reflejan en las pupilas enormes de color granate. Primero cree que es la luna, pero después de observarlas con detenimiento descubre que es un puñado de flores blancas que han crecido lozanas en las grietas de cemento, irrigadas por la condensación que gotea de su nariz.

No puede evitar tomar aire con fuerza, como si intentara degustar el aroma de las flores, pero no huele nada. Al fin y al cabo, no está hecho de carne y hueso y nunca ha olido nada. El viento sopla a través de sus ollares y silba con fuerza al pasar por los huecos estrechos de sus componentes mecánicos. Siente un ligero zumbido por todo el cuerpo, cómo cada una de las centenares de escamas vibran a una frecuencia diferente. Estornuda, y dos columnas blancas de neblina surgen de su hocico. Las flores blancas se agitan en la niebla; gotas de rocío caen de las puntas de sus pétalos translúcidos.

El dragón equino abre del todo los ojos poco a poco y levanta la cabeza para escrutar el mundo.

El mundo lleva mucho tiempo desolado y ahora luce muy diferente a como lo recordaba. Recuerda que en una ocasión se encontraba en mitad de una sala muy iluminada mientras agitaba la cabeza y meneaba la cola a visitantes chinos y extranjeros, y que a su alrededor escuchaba gritos de júbilo y resuellos de sorpresa. Recuerda noches en las que, después de que se hubieran apagado las luces del museo, los visitantes rezagados murmuraban en extraños idiomas que perturbaban sus sueños.

Ahora la sala está en ruinas, las paredes agrietadas, llenas de brotes de enredaderas que asoman entre las fisuras y las juntas, de hojas que susurran al viento. Los árboles repletos de parras han abierto agujeros grandes y pequeños en el

tragaluz de cristal que tiene encima. Las gotas de rocío, bañadas por la luz de la luna, repican como perlas al caer en una bandeja de jade.

El dragón equino echa un vistazo por la sala principal del museo, que se ha convertido en un patio en ruinas, y ve que el resto de habitantes del lugar ya no están. Se encuentra solo entre los escombros y sueña con siglos remotos. Mira con detenimiento hacia el cielo nocturno a través de los agujeros del tragaluz: el empíreo es de color añil, y las estrellas titilan como flores de un blanco argentado. No recuerda haber visto una imagen así en muchísimo tiempo.

Recuerda su lugar de nacimiento, una pequeña ciudad llamada Nantes que se encuentra en la plácida ribera del Loira, donde las estrellas luminosas salpican y se reflejan en el agua como una pintura al óleo. Pero en aquella ciudad, a miles de kilómetros de Nantes, el cielo siempre cuelga sobre su cabeza, como una membrana densa, cerosa y grisácea de día, y luces multicolor de neón que emborronan la noche.

Esa noche, la luna inmaculada y las estrellas centelleantes le hacen sentir mucha nostalgia de su hogar, del pequeño taller donde nació, en una isla en mitad del río en la que los artesanos dibujaron los diseños con plumas de punta tan fina como un mechón de pelo, repartieron los componentes, los pulieron, los pintaron con pulverizador y los unieron hasta darle su forma actual. Un cuerpo gigante de cuarenta y siete toneladas formado por decenas de miles de componentes.

Se yergue, un panorama aterrador, con su estructura de acero reforzado y sus escamas de madera. Luego, los ejes, engranajes, motores y cables que tiene en el interior colaboran al unísono sin dificultad alguna para crear una sinfonía mecánica que le insufla vida: las cuatro patas con cascos se extienden y flexionan, como si estuvieran hechas de carne; el cuello se curva y se endereza, como el de un ganso salvaje sorprendido; el lomo le serpentea, como el de un dragón inquieto; la cabeza sube y baja, como la de un tigre perezoso; las pisadas son gráciles, como las de un inmortal que baila sobre el agua.

De la parte superior de su cuerpo equino surge el cuello y la cabeza de un dragón, de barba larga, astas de venado y ojos vidriosos de color granate. Cada una de las escamas doradas que cubren su cuerpo tiene inscritos los caracteres chinos «dragón», «caballo», «poema» y «sueño». Caracteres que simbolizan las fantasías románticas sobre antiguas civilizaciones que tenían los ingeniosos artesanos que lo crearon.

Llegó al lugar hace mucho tiempo, durante el Año del Caballo. «Poderoso como un dragón y un caballo», comentaban los habitantes del lugar, unas palabras proféticas. Palabras que inspiraron a sus creadores y lo dotaron de su imagen mitológica actual.

También recuerda haber desfilado por una plaza abarrotada, con la cabeza alta y las patas extendidas. Los niños lo saludaban con ojos curiosos y gritos de júbilo cada vez que los empapaba la niebla que arrojaba por los ollares. Recuerda la encantadora música que inundaba el ambiente, una mezcla de melodías occidentales y música popular china, cómo se movía, bailaba y se mecía llevando el ritmo despacio y con

elegancia. Recuerda las calles y los edificios que se extendían a su alrededor como un tablero de ajedrez, alzándose hacia el cielo plomizo y encapotado. Recuerda a su compañera de función, una araña mecánica que era casi tan grande como él y movía las ocho patas de manera amenazadora. Actuaron durante tres días y tres noches en las que representaron al completo un cuento mitológico.

Nüwa, la diosa de la creación, envió al dragón equino para estudiar el mundo de los mortales. Allí, el dragón equino se encontró con la araña, que había escapado de la corte celestial y se había dedicado a sembrar el caos por todas partes. Se enfrentaron en batalla campal hasta que, como ninguno era capaz de salir victorioso, firmaron la paz sobre la base de la amistad. Los cuatro mares se apaciguaron hasta quedar en calma, e incluso la temperatura se volvió cálida y apacible.

Después del espectáculo, la araña volvió a su lugar de nacimiento y dejó solo al dragón equino, que se convirtió en el guardián de aquellas extrañas tierras.

Pero ¿aquel lugar no era también su lugar de nacimiento? Lo habían creado para conmemorar la amistad imperecedera de dos naciones, y era mestizo desde el momento de su creación. Los sueños y mitos de ese lugar eran el germen de su concepción. Durante eones, habían pasado por las historias de los cuentacuentos. Leyendas, convertidas a lenguas de tierras exóticas, transmitidas a nuevos reinos allende los océanos, a las que se les había insuflado la magia del acero y la electricidad, igual que a esos robots y naves espaciales. Al cabo, volvió a recorrer miles de kilómetros para regresar y convertirse en una nueva leyenda que dejaría su legado a lo largo de los tiempos. La tradición y la modernidad, los mitos y la tecnología, Oriente y Occidente... ¿Cómo distinguir qué país es el atrasado y cuál el moderno?

El dragón equino, incapaz de resolver dicha dicotomía, agacha la pesada cabeza. Lleva demasiado tiempo durmiendo y ahora el mundo entero se ha convertido en un jardín marchito. ¿Quedan lugares habitables para las personas en ese jardín? A la fría luz de la luna, el dragón equino extiende las patas con cuidado y, pisada a pisada, comienza a explorar.

Todas las articulaciones de su cuerpo oxidado chirrían. Se ve reflejado en una pared de cristal llena de grietas que parecen telas de araña. Su cuerpo también ha sufrido aquella decadencia. El tiempo fluye como un río y no se detiene por nadie. Faltan partes de su armadura de escamas, ahora incompleta, como la de un veterano que regresa de la guerra. Pero sus ojos vidriosos aún refulgen con esa luz tenue y familiar.

La amplia avenida por la que antes circulaban coches como una corriente de acero está llena ahora de árboles frondosos que se mecen con el viento. Cuando no se escucha el ulular de las hojas, pájaros e insectos rescatan el silencio con su armoniosa melodía, una imagen que solo consigue que el lugar parezca aún más desolado. El dragón equino echa un vistazo a su alrededor, sin saber muy bien hacia dónde dirigirse.

Como en realidad no importa, elige una dirección al azar y continúa su paseo.

El sonido de los cascos resuena contra el suelo. La luz de la luna alarga la solitaria sombra de la criatura en el camino.

2

El dragón equino no está seguro de cuánto tiempo lleva caminando.

Las estrellas rotan en silencio en la bóveda celeste, y la luna deambula por el firmamento, pero sin relojes no se puede sentir el paso del tiempo.

La avenida donde se encuentra fue la calle más importante de la ciudad en otro tiempo. Ahora era un cañón profundo cuyas paredes escarpadas estaban formadas por una amalgama de ladrillos, acero, hormigón y árboles, la mezcla de lo orgánico con lo inorgánico, de la vida con la decadencia, de la realidad con los sueños, de una ciudad de cristal y acero con los mitos de la Antigüedad.

Recuerda que había cerca una plaza en la que solían brillar luces durante toda la noche, como un sueño milenario. Pero aquellas luces se apagaron y el sueño llegó a su fin. No hay nada en el mundo que pueda sobrevivir al paso del tiempo.

Cuando llega al valle que en otro tiempo fue esa plaza, ve algo imposible: miles y miles de despojos de acero, restos esqueléticos de bestias, agrupados y amontonados en pilas que se alzan hasta donde se pierde la vista. En otro tiempo fueron automóviles de todo tipo y tamaño, pero ahora están tan herrumbrosos que solo quedan las carrocerías. Unas ramas retorcidas surgen de la oscuridad y de las ventanas vacías, hienden el cielo como si atacaran una presa escurridiza. El dragón equino siente un miedo y una pesadumbre indescriptibles. Baja la cabeza y mira sus oxidados miembros delanteros. ¿Qué lo diferencia de esos vehículos? ¿Por qué no cae él también en aquel sueño eterno?

Nadie puede responder aquellas preguntas.

Se le cae una escama del pecho, que rueda hacia los restos de acero y resuena sombría a la luz dispersa de la luna. Los insectos, cerca y en la distancia, se quedan en silencio por un instante antes de continuar aquel coro alegre, saben que el ruido no ha sido más que el de otro guijarro insignificante.

Se asusta aún más y acelera el paso. Continúa su paseo nocturno.

Se escucha un chirrido en un lugar concreto de las ruinas. Es un ruido débil y sombrío, diferente al canto de un pájaro o un insecto. El dragón equino se acerca al lugar de origen y busca entre la tupida hierba con el hocico. De improviso, entre las sombras de una cueva poco profunda, ve un par de ojos pequeños y oscuros.

—¿Quién eres? —pregunta el dragón equino. Lleva tanto tiempo sin oír su voz que ese sonido áspero le suena extraño.

—¿No me reconoces? —responde una vocecilla.

—No estoy seguro.

—Soy una murciélago.

—¿Una murciélago?

—Medio bestia, medio pájaro. Duermo durante el día y salgo por las noches.

El dragón equino examina con detenimiento a su interlocutora: hocico afilado, orejas grandes, cuerpo sedoso cubierto de una fina capa de pelo gris y rizado, y dos alas finas y membranosas que relucen a la luz de la luna.

—¿Y tú quién eres? —pregunta la murciélago.

—¿Quién soy? —repite el dragón equino.

—¿No sabes quién eres?

—Tal vez sí, tal vez no —responde el dragón equino—. Me llamo Dragón Equino, lo que indica que soy, al mismo tiempo, un dragón y un caballo. Yo era una criatura mitológica china, pero nací en Francia. No sé si soy una máquina o una bestia, ni si estoy vivo o muerto: quizá nunca se me haya insuflado vida. Tampoco sé si este paseo nocturno es real o tan solo se trata de un sueño.

—Como los poetas que convierten en sueños sus monturas^[7] —suspira la murciélago.

—¿Qué has dicho?

—Nada, me has hecho recordar un verso de un poema muy antiguo.

—¿Un poema?

La palabra le suena familiar al dragón equino, pero no está seguro de lo que significa.

—Sí, me gustan los poemas —responde la murciélago al tiempo que asiente—. Cuando los poetas ya no están entre nosotros, los poemas se vuelven aún más valiosos.

—¿Los poetas ya no están entre nosotros? —pregunta el dragón equino, preocupado—. ¿Afirmas que ya nadie escribe poemas?

—¿Es que no lo ves? Ya no quedan personas en el mundo.

El dragón equino no se molesta en mirar alrededor. Sabe que la murciélago tiene razón.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta después de un largo silencio.

—Podemos hacer lo que queramos —dice la murciélago—. Puede que ya no haya

humanos, pero la vida sigue su curso. Mira qué luna tan bonita hay esta noche. Canta si quieres cantar. No hagas nada si no quieres. Cuando cantes, el mundo escuchará; cuando calles, oirás la canción de la creación.

—Pero no lo oigo —admite el dragón equino—. Lo único que oigo es el ruido de los insectos entre las ruinas. Me dan miedo.

—Pobre pequeño... No tienes tan buen oído como yo —dice la murciélago, con tono condescendiente—. Pero a mí sí me oíste. Qué raro.

—¿Tan raro es?

—Lo normal es que solo los murciélagos se oigan entre sí, pero el mundo es tan grande que cualquier cosa es posible. —La murciélago hace un gesto de indiferencia—. ¿Hacia dónde te diriges?

—No sé hacia dónde me dirijo —responde el dragón equino. Dice la verdad.

—¿De verdad no has pensado hacia dónde ir?

—Solo doy un paseo. Tampoco sé hacer nada, solo andar.

—Yo tengo un lugar al que ir, pero me he entretenido por el camino. —La voz de la murciélago se vuelve afligida—. Llevaba volando tres días y tres noches, y me empezó a seguir un búho. Casi me arranca las alas.

—¿Estás herida? —pregunta el dragón equino, atento.

—He dicho que casi. ¿Acaso te parezco presa fácil? —responde, indignada, antes de romper a toser.

—¿No comes bien?

—Tengo sed. Volar me reseca la garganta y necesito beber algo, pero el agua de por aquí sabe a óxido. No me gusta nada.

—Yo tengo agua —afirma el dragón equino—. La usaba para mi actuación.

—¿Me darías un poco? Solo un trago.

El dragón equino baja la cabeza y una niebla blanca surge de sus ollares. La niebla empapa el pequeño cuerpo de la murciélago, y unas pequeñas gotas se condensan entre su pelaje. Satisfecha, extiende las alas y las relame.

—Qué bueno eres —responde la murciélago—. Ya me siento mucho mejor.

—Entonces ¿te marchas hacia donde tenías que ir?

—Sí, esta noche tengo que cumplir una misión importante. ¿Y tú?

—No sé. Supongo que me limitaré a seguir caminando.

—¿Puedes llevarme un rato? Sigo cansada y necesito descansar, pero no quiero llegar tarde.

—Pero camino muy despacio —responde el dragón equino—. Mi cuerpo solo está diseñado para caminar a trompicones, paso a paso.

—No me importa.

La murciélago bate las alas un momento y se posa junto a la oreja derecha del dragón equino. Las garras de la criatura se sujetan con cuidado a una de las astas y luego se cuelga bocabajo.

—Mejor así. Ahora podemos hablar mientras caminamos. Nada mejor que una

conversación y un paseo nocturno.

El dragón equino suspira y mueve sus miembros con cuidado. La murciélago es tan ligera que casi no siente su presencia. Solo oye esa vocecilla aflautada que le susurra versos al oído:

—Delante del gran río, me consume el remordimiento. ¿A qué me ha llevado este cansancio...?

3

Atraviesan el cementerio de coches. La carretera es más accidentada e irregular, y la luna se ha ocultado entre volutas de nubes, lo que hace que el camino quede iluminado por partes.

El dragón equino elige la ruta con cuidado, pues tiene miedo de caerse y romperse algo. A cada paso, su cuerpo cruje y chirría. Tuercas y tornillos caen de él (clic, clac) y desaparecen entre los escombros y la hierba.

—¿Te duele? —pregunta la murciélago, curiosa.

—Nunca he sabido qué es el dolor —confiesa el dragón equino.

—Vaya, qué maravilla. Si yo estuviera así, ya me habría muerto del dolor.

—Tampoco sé qué es la muerte. —El dragón equino se queda en silencio. Han vuelto ese miedo y esa pesadumbre indescriptibles. Si se supone que ahora está vivo, ¿la esencia de la vida está dividida entre las decenas de miles de componentes que conforman su cuerpo o concentrada en algún lugar en particular? Si se le caen todos los componentes por el camino, ¿seguirá estando vivo? ¿Cómo podrá sentir todo lo que le rodea?

El tiempo fluye como un río y no se detiene por nadie. No hay nada en el mundo que pueda sobrevivir al paso del tiempo.

—Caminar así es aburrido —dice la murciélago—. ¿Por qué no me cuentas una historia? Como naciste hace tanto tiempo, debes de conocer muchas más historias que yo.

—¿Historia? No sé lo que es una historia, así que no puedo contarte ninguna.

—¡Es fácil! Repite conmigo: hace mucho, mucho tiempo...

—Hace mucho, mucho tiempo...

—¿Qué se te ocurre? ¿Te viene a la mente algo que ya no existe?

Sí que le viene algo a la mente. La rueda del tiempo parece revertir la dirección

ante sus ojos. Los árboles se entierran y unos edificios gigantes crecen de la tierra, a ambos lados, como si se abriera el mismo mar y dejara en medio una amplia avenida.

—Hace mucho, mucho tiempo había una ciudad bulliciosa.

—¿Y había personas en esa ciudad?

—Muchísimas personas.

—¿Las ves con claridad?

La imagen que ve el dragón equino se aclara, como si viera una pintura en un gran pergamino: la expresión de todas las personas que aparecen es auténtica y llena de vida. Ve alegría y tristeza en sus caras, ve encuentros y despedidas, ve la luna que mengua y crece.

—Hace mucho, mucho tiempo había una ciudad bulliciosa. En dicha ciudad vivía una joven...

Comienza a contar la historia de esas personas.

Una joven que nunca antes se había enamorado lo hizo de un extranjero a quien conoció en un programa de contactos de su teléfono móvil, pero luego descubrió que en realidad hablaba con un programa de conversación perfecto. Pero aquel chico digital también la amaba, y vivieron juntos una vida muy feliz. Después de morir, un registro de la vida de la mujer (sus tristezas y alegrías, sus acciones y reacciones) se subió a la nube, y se convirtió en una diosa para las personas y las IA.

Un monje devoto fue a una fábrica para rezar y llevar bendiciones para los trabajadores robot a los que atormentaban errores y cortocircuitos, pero los fantasmas de los robots trabajadores que habían muerto lo acosaban. Cuando estaba a punto de terminar la investigación de aquellos extraños problemas, encontraron muerto al monje en la pequeña habitación de un hotel, con el cuerpo desnudo y embadurnado en la sangre de una mujer. Una autopsia reveló que él también era un robot.

Una actriz se hizo famosa por ser capaz de interpretar un amplio abanico de papeles. Era tan buena que los paparazzi sospechaban que no era más que un programa de simulación, pero cuando consiguieron colarse en su protegida mansión, vieron un cadáver frío que yacía en una cama lujosa. Lo aterrador fue que ya fuera a través de una cámara o sin ella, cada uno vio a una mujer diferente. La actriz continuó apareciendo en las pantallas de cine años después.

Un niño prodigio ciego comenzó a jugar contra un ordenador cuando tenía cinco años. A medida que pasaba el tiempo, mejoraban sus habilidades, y el ordenador que se enfrentaba a él también se hacía más inteligente debido a la competición. Muchos años después, mientras yacía en su lecho de muerte, aquel jugador ciego de go retó a su antiguo contrincante a una última partida. Sin que se diera cuenta, mientras jugaban le habían abierto el cráneo y escaneado su cerebro capa a capa para digitalizar los resultados en módulos informáticos que su oponente digital podía usar para aprender. Pero esta última partida de go se volvió tan complicada que nadie consiguió seguirla.

La murciélago se agitaba de un lado a otro, encantada con las historias que le contaba el dragón equino. Para compensarlo, le graznó otras historias a la oreja:

Una campana que solo tañía una vez cada cien años yacía olvidada en el sótano oscuro de un museo de arte del centro de la ciudad. Pero debido a una resonancia espectacular, cada vez que tañía, la ciudad entera se hacía eco del sonido y lo magnificaba hasta repiquetear y resonar como un conjunto de órganos de tubo, que hacía que todo se paralizara por la impresión.

Un dron manejado por control remoto ascendía a los cielos cada atardecer. Todas las horas en punto bajaba en picado sobre la ciudad para recargar su batería de energía solar. Cuando la primavera se convertía en verano, una bandada de polluelos seguía al dron para practicar el vuelo, como una nube majestuosa.

Pilas de libros de papel que nadie había leído abarrotaban una antigua biblioteca en la que la temperatura siempre era de diecisiete grados. El ordenador principal de la biblioteca era capaz de recitar poemas en cualquier idioma. Si tenías la suerte de encontrar la manera de llegar a ella, se te recibiría con un entusiasmo inimaginable.

Una fuente musical era capaz de componer melodías cada vez que alguien tiraba monedas en ella. Al anochecer, gatos y perros salvajes tiraban a la fuente monedas que encontraban en las ruinas; así, cuando los pájaros y las bestias se bañaban de forma ordenada en sus aguas, también disfrutaban de una música encantadora que nunca se repetía.

«¿Eso es verdad?», se preguntaban siempre uno a otro. «¿Y luego? ¿Qué ocurrió luego?».

Las sombras danzaban a la luz de la luna. Cuanto más andaban, más largo parecía el camino.

En un momento dado, escuchan el borboteo del agua, similar al gorjeo de un arroyo que cae por un cañón profundo. Antes de que se fundara la ciudad, arroyos y riachuelos se entrecruzaban en aquel lugar. Año tras año, los habitantes los cambiaban a su gusto; se convirtieron en lagos, en acequias y en frías y húmedas alcantarillas. Pero ahora, los arroyos volvían a fluir libres, impertérritos se abrían camino entre las irregularidades del terreno, cantando, llenando de vida aquellas tierras.

El dragón equino se detiene. La carretera en la que se encuentra desaparece bajo las aguas de un estanque de flores de loto. El estanque se pierde en la lejanía del horizonte, cubierto por capas y capas de hojas. La brisa las mece y crea ondulaciones en aquel mar de tonos verdioscuros y grisáceos. Las flores de loto rojas y blancas se asoman entre las hojas, como pedazos de hielo hechos de luz de luna, de una belleza que no parece de este mundo.

—Qué maravilla —susurra en voz baja la murciélago—. Es tan bello que hasta

me duele el corazón.

El dragón equino se sorprende porque siente lo mismo, aunque no sabe si tiene corazón.

—¿Seguimos? —pregunta.

—Yo puedo volar sobre el lago —responde la murciélago—. Pero tú ya no puedes seguir. Estás hecho de metal, y es probable que el agua te provoque un cortocircuito.

—Quizá —duda el dragón equino. Nunca se había metido en el agua.

—Pues aquí es donde nos despedimos.

El batir de alas de la murciélago le hace cosquillas en la oreja al dragón equino.

—¿Te marchas?

—Sí, no quiero llegar tarde.

—*Bon voyage!*

—Lo mismo digo. Cuídate... Y gracias por las historias.

—Gracias a ti también.

El dragón equino se queda en la orilla y contempla cómo la sombra de la murciélago mengua hasta que desaparece en la noche.

Vuelve a estar solo. La trémula luna ilumina con delicadeza toda la creación.

4

Mira su reflejo en el agua. Su cuerpo parece más esquelético de lo que recuerda al principio del paseo. Las escamas que lo cubren se han caído casi en su totalidad, e incluso ha perdido una de las astas. A través de los agujeros de su piel, se ven manojos de cables y alambres enrollados alrededor de su oxidado esqueleto.

¿Adónde voy? ¿Debería volver? ¿Regresar adonde comencé?

O quizá debería continuar en la dirección opuesta. La Tierra es redonda. No importa adónde quiera ir: mientras siga caminando, llegaré.

Aunque se plantea dar la vuelta, sin reparar en que ya ha comenzado a caminar hacia delante.

Los cascos delanteros desaparecen bajo las aguas heladas.

Las hojas de loto acarician con suavidad su vientre. Un sinfín de gotas chisporroteantes revolotean por la superficie de las hojas: algunas vuelven a su lugar de origen después de deambular, y otras se unen como gotas de mercurio para luego caer al agua.

El mundo es maravilloso. No me quiero morir.

Aquella reflexión lo asusta.

¿Por qué pienso en la muerte? ¿Me voy a morir?

Pero el interminable estanque de flores de loto no deja de tentarlo. Avanza, paso a paso. Quiere llegar a la otra orilla, a aquel lugar que no ha visto nunca.

El agua asciende y le cubre las extremidades, el vientre, el torso, el lomo, el cuello.

Las patas se le hunden en el barro del fondo del estanque y no es capaz de sacarlas. Le zozobra el cuerpo y está a punto de caer. Se le cae la última de sus escamas.

La escama dorada salpica en el agua como una linterna flotante con forma de loto. Se aleja despacio, a merced de la corriente.

El dragón equino está agotado, pero también siente como si le hubieran quitado un gran peso de encima. Cierra los ojos.

Oye el rugir del agua, como si hubiera regresado a su lugar de nacimiento. Recuerdos que había olvidado hace mucho vuelven a desfilar ante sus ojos. Es como si hubiera regresado al océano y estuviera en un barco de camino a China. Quizá todo lo que ha visto y oído durante estos años no sea más que un sueño de ese largo viaje.

La brisa le mece la barba con un murmullo imperceptible.

El dragón equino abre los ojos. Tiene la pequeña silueta de la murciélago justo delante de su hocico.

—¡Has vuelto! —Siente un júbilo indescriptible—. ¿Llegaste a tiempo?

—Me he perdido —susurra la murciélago—. El estanque es demasiado grande. No he encontrado la otra orilla.

—Es una pena que me haya quedado atrapado en el barro. Ya no puedo llevarte a ningún lado.

—Ojalá tuviéramos fuego.

—¿Fuego?

—Donde hay fuego, hay luz. ¡Me gustaría guiarlos a todos!

—Guiar... ¿a quién?

—Guiar a los dioses en la oscuridad, a los fantasmas solitarios y las almas perdidas, a todo aquel que no sepa adónde ir. Los guiaré a todos.

—¿Necesitas fuego?

—Sí. Pero ¿cómo encontrar fuego entre tanta agua?

—Yo tengo fuego —dice el dragón equino—. No mucho, pero espero que sea suficiente.

—¿Dónde?

—Déjame un poco de espacio.

La murciélago flota hacia una hoja de loto cercana. El dragón equino abre las fauces y saca una lengua negra. De un hueco en la parte inferior de su lengua comienza a fluir queroseno puro, y una chispa de color azul marino surge de la punta

de su lengua y enciende el chorro. Una columna de fuego de un dorado escarlata sale disparada hacia el cielo.

—¡No sabía que tuvieras esos talentos ocultos! —grita la murciélago, sorprendida—. ¡Más, más!

El dragón equino abre la boca y lanza más llamas. El queroseno arde con facilidad, a pesar de todo el tiempo que lleva almacenado. No recuerda cuándo realizó por última vez ese truco con las llamas, pero es posible que no lo hubiera hecho desde su última pelea contra la araña. El fuego es cálido y bello, como un dios que no deja de cambiar de forma.

—Son muchos los que quieren extinguir el fuego, pero yo lo haré llegar hasta los cielos.

El dragón equino escucha con claridad la voz de la murciélago en su oreja, una voz que resuena en todos y cada uno de sus componentes:

*Un fuego maravilloso, una tormenta de flores que cubre la tierra sagrada.
Como los poetas que convierten sus sueños en monturas,
con este fuego sobreviviré a la noche larga y oscura.*

Se siente como una cerilla ardiendo, pero no le duele nada.

A su alrededor, unas luces mortecinas aparecen a lo lejos, se aglomeran como luciérnagas.

¡Menuda colección de espíritus y demonios! De todas las formas y materiales, de todo tipo de siluetas y colores: dioses de las puertas y budas dibujados a mano, grafitis abstractos en paredes de fábricas, pequeños robots del tamaño de un pulgar hechos de componentes informáticos, un Guan Yu mecánico formado por partes de camiones, leones guardianes de piedra estropeados, osos de peluche del tamaño de una casa y capaces de contar historias, perros robot sencillos y burdos, sillas de bebé que pueden cantar hasta hacerlos dormir...

Son como él: creaciones híbridas entre la tradición y la modernidad, entre el mito y la tecnología, entre los sueños y lo real. Son arte, pero también algo natural.

—¡Es la hora! —canturrea la murciélago con alegría—. ¡Únete a nosotros!

—¿Adónde vamos? —pregunta el dragón equino.

—A cualquier parte. Esta noche conseguirás vida eterna y libertad gracias a la poesía y los sueños.

Saca una pequeña garra y la agita en el aire. El dragón equino se transforma en una mariposa aleteante de ojos granates y alas doradas llenas de caracteres chinos. Mira hacia abajo y ve el cuerpo enorme del dragón equino ardiendo en aquel estanque de hojas de loto interminable, como una gloriosa antorcha.

Junto a sus compañeros, vuela hacia el firmamento. El paisaje ondulante de las ruinas desaparece en la distancia. La voz de la murciélago le sigue susurrando en la oreja:

*Si volviera a nacer, mil años después, a la orilla de un río de mi tierra,
volvería a dominar, mil años después, los arrozales de China y las montañas cubiertas de nieve del
rey de los Zhou, donde pastan los caballos alados.*

Hasta siempre. Que te vaya bien.

Suspira. La llama desaparece en la oscuridad.

Vuelan durante mucho tiempo hasta que llegan al fin del mundo.

Miren adonde miren, encuentran melancolía. Solo ven un río gigante y reluciente entre el cielo y la tierra.

El agua azul resplandece como el fuego, como el mercurio, como las estrellas, como los diamantes... Titila, centellea y se diluye en la oscuridad de la noche. Nadie sabe ni lo ancho ni lo largo que es.

Los espíritus baten y agitan las alas, en dirección a la otra orilla. Como la niebla, como una nube, como un arcoíris, como un puente que conecta dos mundos.

—Vamos —dice la murciélago—. Rápido.

—¿Y tú?

—Yo aún tengo cosas que hacer. Cuando salga el sol, tengo que volver al nido para dormir y esperar la noche siguiente.

—¿Nos volvemos a despedir, pues?

—Sí. Pero el mundo es enorme. Estoy segura de que nos volveremos a encontrar.

Se abrazan, se rodean uno a otro con sus pequeñas alas. El espíritu del dragón equino se da la vuelta para marcharse, y la murciélago recita poesía a modo de despedida:

Cabalgo sobre un viejo fénix de cinco mil años y un dragón llamado «caballo», estoy condenado al fracaso.

Pero la poesía usa el sol como arma y, sin duda, triunfará.

Se dirige hacia la otra orilla y no está seguro de cuánto tiempo lleva volando. El río estrellado sigue su curso.

Cerca de la orilla se encuentra el lugar donde nació: la pequeña y tranquila isla de Nantes. Bestias mecánicas han deambulado durante años ignotos: un caballo de carrusel del mundo oceánico de veinticinco metros, un elefante de cincuenta toneladas, un reptil enorme y aterrador, una garza de ocho metros de envergadura capaz de cargar con un hombre, hormigas, cigarras y plantas carnívoras, mecánicas y muy raras...

Ve a su vieja compañera la araña tumbada sobre sus ocho patas tranquilamente a la luz de la luna. El espíritu del dragón equino se posa con cuidado en la frente de la araña y pliega las alas, como una gota de rocío que cae de los cielos.

Cuando cantas, el mundo escucha; cuando callas, oyes la canción de la creación.

La brisa nocturna arrastra los sonidos de la colisión, la percusión y los chirridos y el rechinar del metal contra el metal. Huele el aroma del aceite de la maquinaria y de las chispas eléctricas. Sus amigos han despertado y, para darle la bienvenida, seguro que prepararán un gran banquete.

Pero, antes, cae en un profundo sueño.

NOTA DE LA AUTORA

Quien quiera más información sobre el dragón equino, puede consultar los siguientes vídeos:

- <https://www.youtube.com/watch?v=QQxkVKBp6HY>
- https://www.youtube.com/watch?v=0nj0d_ZJQQw

MA BOYONG

Ma Boyong es un autor, ensayista, profesor, redactor en internet y bloguero muy popular y prolífico. Su trabajo entremezcla la ucronía, la ficción histórica, el *wuxia* (fantasía de artes marciales), las fábulas y otros elementos más característicos de la ciencia ficción y la fantasía.

La obra de Ma es incisiva, divertida y erudita, además de estar llena de acercamientos amenos y sorprendentes a elementos tradicionales de la cultura e historia chinas que pone en contraste con referencias contemporáneas. La facilidad con la que Ma utiliza sus conocimientos enciclopédicos de la historia y tradición de China también hace que sea todo un reto traducir sus trabajos más interesantes. Por ejemplo, ha escrito una historia muy original en la que aplica al café las convenciones de la cultura milenaria que tiene el té en el país. También ha escrito una novela corta *wuxia* en la que aparece Juana de Arco y aplica los tropos y convenciones del género *wuxia* en la Europa medieval. Dichas historias son muy entretenidas para los lectores que tienen el contexto cultural adecuado, y también un claro reflejo de los géneros y recursos que ha usado Ma, pero en un texto traducido sería una lectura indescifrable y llena de largas notas al pie.

«La ciudad del silencio», la que he elegido para esta antología, es diferente a gran parte del trabajo de Ma. Es un cuento distópico en el que hay una censura extrema, y ganó el premio Yihne (el Galaxy chino) en 2005. El cuento que se publicó estaba ambientado en Nueva York y contenía otros cambios que el autor realizó para evitar la censura del régimen. Para la traducción, he trabajado con Ma codo con codo para devolver el texto a su forma original, pero también he realizado cambios adicionales para que la historia funcione mejor para los lectores anglófonos.

Debido al trasfondo político, quizá sea complicado no leer la historia como una sátira descarnada del gobierno chino. Personalmente, creo que es mejor resistirse a esa tentación.

La ciudad del silencio

Año 2046 en la Capital de la Nación.

La Nación no necesita nombre, porque no hay más naciones. Así es como lo anuncia el Ministerio de Propaganda: no hay más nación que la Nación. La Nación es la que es. Siempre ha sido así y siempre lo será.

Cuando sonó el teléfono, Arvardan dormía con la cara sobre el escritorio delante del ordenador. El tono era insistente y agudo. Se frotó los ojos secos y se levantó, a regañadientes. Se sentía torpe y adormilado.

La habitación estaba llena de cosas y tenía el aire viciado. La única ventana estaba bien cerrada. Si hubiera estado abierta tampoco se habría notado gran cosa, ya que el aire de fuera era aún más turbio. La habitación tenía solo treinta metros cuadrados. Había un viejo catre verde militar en una esquina, con el número de serie grabado en color blanco en una pata. Junto al catre había una mesa de ordenador hecha de tablillas de madera fina, y encima de ella, un ordenador de color blanco lechoso.

El teléfono había sonado ya siete veces. Arvardan se dio cuenta de que no le quedaba otra alternativa que contestar la llamada.

—Su Número de Serie de Acceso a la Red, por favor —dijo, con parsimonia, una voz al otro lado de la línea. No había en ella emoción alguna, ya que estaba generada por ordenador.

—ARVARDAN19842015BNKF.

Arvardan recitó de memoria la serie alfanumérica. Al mismo tiempo, sintió cómo se le congestionaba aún más el pecho. No le gustaban nada esas voces electrónicas.

¿No sería mejor si la voz al otro lado de la línea fuera la de una mujer de verdad, suave y melodiosa?, pensaba en ocasiones.

Arvardan sabía que aquella era una fantasía muy improbable. Pero, gracias a ella, se había relajado durante unos segundos.

—Se ha procesado su solicitud del cuatro de octubre en la que pedía una cuenta para participar en los foros de discusión del BBS. Las autoridades pertinentes han verificado que la información que proporcionó era correcta. Por favor, tiene tres días para acudir al centro de procesamiento con su Tarjeta de Identificación Personal, su Permiso de Acceso a la Red, su Tarjeta de Número de Serie de Acceso a la Red y cualquier otra información necesaria. Allí se le proporcionarán el nombre de usuario y la contraseña de su cuenta.

—Entendido. Gracias.

Arvardan eligió las palabras con cuidado e hizo una pausa entre ellas.

Había llegado la hora de ponerse a trabajar. Se sentó delante del ordenador y

movió el ratón. Se escuchó un sonido quedo y electrónico, y se encendió la pantalla. «Por favor, introduzca su nombre y Número de Serie de Acceso a la Red». Arvardan introdujo la información que se le solicitaba. De inmediato, los indicadores LED que había en la parte frontal del ordenador empezaron a parpadear velozmente, acompañados del zumbido sordo de los ventiladores.

Todos los usuarios de la Red tenían un Número de Serie de Acceso a la Red, necesario para acceder a ella. Aquella era la única marca personal del usuario, no se podía cambiar ni borrar. Todos los nombres de la Tarjeta de Identificación Personal y el Número de Serie de Acceso a la Red eran homomórficos, por lo que decir ARVARDAN19842015BNKF era lo mismo que decir Arvardan y decir Arvardan era lo mismo que ARVARDAN19842015BNKF. Arvardan sabía que la gente con mala memoria se imprimía el Número de Serie de Acceso a la Red en la parte trasera de la camisa.

Las autoridades pertinentes explicaron que el Sistema de ID Real de Acceso a la Red estaba diseñado para que la administración de la Red fuera más coherente y racional y eliminaba los serios problemas que causaba el anonimato. Arvardan no tenía claro cuáles eran esos «serios problemas». Nunca había usado la Red de forma anónima, y sabía que nadie lo había hecho: la realidad era que, desde un punto de vista técnico, en la Red era imposible ocultar la identidad. Las autoridades pertinentes lo tenían todo bien pensado.

«Autoridades pertinentes» era una expresión de semántica imprecisa que, al contrario de lo que podría parecer, intimidaba con su poder y autoridad. Era, al mismo tiempo, general y específico, y contenía un amplio abanico de referencias. En ocasiones, podía referirse al Comité de Administración Nacional de la Red, que era el que había enviado a Arvardan su Número de Serie de Acceso a la Red. También podía referirse al servidor que había enviado a Arvardan los últimos anuncios y regulaciones de acceso a la Red. Y, en otras ocasiones, también podía hacer referencia al Departamento de Investigación de la Red del Ministerio de Seguridad Pública. Aunque también a la Agencia de Noticias de la Nación, en otros contextos. Las «autoridades pertinentes» estaban en todas partes y se encargaban de todo. Estaban allí, siempre en el momento indicado, para guiar, supervisar o advertir.

Ahora que la Red estaba presente en casi todas las facetas de la vida, era necesario estar vigilante y no permitir que su acceso se convirtiera en una herramienta para los conspiradores que querían desestabilizar la Nación. O eso era lo que decían las autoridades pertinentes.

El ordenador no había dejado de zumbar. Arvardan sabía que aquello le iba a llevar algo de tiempo. Las autoridades pertinentes le habían proporcionado el equipo, por lo que no tenía claro cuáles eran las especificaciones técnicas ni la configuración de los componentes. La carcasa estaba soldada y no se podía abrir.

Mientras esperaba, Arvardan vio que había una taza de plástico en la montaña de basura que tenía a sus pies y la llenó de agua destilada del grifo que tenía a un lado.

La usó para tragarse unos analgésicos. Notó cómo el agua le bajaba por la garganta y se asentaba en el estómago. Era insípida y le provocaba arcadas.

De improvviso, empezó a sonar el himno nacional en los altavoces del ordenador. Arvardan dejó la taza y volvió a centrarse en la pantalla del ordenador. Aquel sonido indicaba que se había conectado a la Red. Lo primero que apareció en la pantalla fue un mensaje de las autoridades pertinentes: fondo blanco y texto en negro con una fuente de tamaño 14. El mensaje definía el buen uso de la Red y las últimas regulaciones a las que se sometía dicho uso.

El mensaje desapareció rápido, y luego apareció un fondo de escritorio adornado con la consigna «¡Construyamos una Red conveniente y duradera!». Apareció una ventana que contenía varios enlaces: trabajo, ocio, correo electrónico y foros de discusión del BBS. El enlace del BBS estaba en gris, lo que indicaba que la opción aún no estaba disponible para él.

El sistema operativo era sencillo y claro. El navegador no tenía casilla para insertar URL. Solo contaba con un menú de marcadores que no se podía editar y en el que estaban las direcciones de algunas páginas web. La razón era sencilla: todas aquellas webs eran convenientes y positivas. Las que tenían un contenido similar no eran necesarias, por lo que acceder a ellas tampoco lo era. Por otra parte, las que tenían un contenido diferente eran dañinas y vulgares y, como era de esperar, no se debía acceder a ellas.

Algunos decían que fuera de las fronteras de la Nación había otras webs, pero solo eran leyendas urbanas.

Primero, Arvardan hizo clic en TRABAJO. En la pantalla apareció una selección de webs y programas relacionados con el trabajo.

Arvardan era programador y su trabajo diario consistía en escribir programas siguiendo las instrucciones de sus superiores. El trabajo era aburrido, pero le garantizaba un sueldo regular. No sabía para qué se usaba el código que escribía. Sus superiores nunca le facilitaban esa información.

Intentó continuar el trabajo donde lo había dejado el día anterior, pero no tardó en darse cuenta de que no conseguía concentrarse. Trató de entretenerse con algo, pero el enlace que rezaba ENTRETENIMIENTO solo contenía el Buscaminas y el Solitario. Las autoridades pertinentes aseguraban que esos dos juegos eran muy convenientes: no tenían sexo ni violencia, y no incitaban a los jugadores a cometer delitos.

Apareció un aviso del sistema: «Tiene un nuevo correo». Por fin una excusa para hacer una pausa en el trabajo. No tardó en mover el cursor hasta el enlace del correo electrónico, y apareció otra ventana en la pantalla.

Para: ARVARDAN19842015BNKF

De: WANGHENG10045687XHDI

Asunto: Módulo/Ya/Listo, ¿Comenzar/Proyecto/Actual?

WANGHENG10045687XHDI era el Número de Serie de un compañero. El cuerpo del correo electrónico estaba escrito con una serie de palabras individuales y frases hechas separadas por barras inclinadas. Aquel era el formato que sugerían las autoridades pertinentes. Aunque los servidores modernos podían procesar textos digitales escritos de una manera más natural, aquel estilo de escritura era un gesto que salía de los ciudadanos para indicar que tenían la conducta que se esperaba de ellos.

Arvardan suspiró. Cada vez que recibía un nuevo correo electrónico, esperaba que estimulase de alguna manera su sistema nervioso, que cada vez notaba más insensibilizado. En cierta manera, siempre esperaba una decepción, pero creía que mantener la esperanza le garantizaba al menos unos cuantos segundos de emoción. Era como aquel deseo de que la voz telefónica fuera la suave y melodiosa de una mujer de verdad. Si no mantenía aquellos atisbos de remota esperanza, tal vez se volviera loco tarde o temprano.

Arvardan hizo clic en RESPONDER y abrió en otra ventana un archivo de texto que se llamaba «Lista de Palabras Convenientes». El archivo contenía una lista de palabras y expresiones que las autoridades pertinentes obligaban a usar. A la hora de escribir un correo electrónico o usar los foros de discusión, los usuarios tenían que encontrar en la lista las palabras apropiadas para expresarse. Si el programa de filtro descubría a algún usuario de la Red usando alguna palabra que no estaba incluida en la lista, la palabra quedaba bloqueada y se reemplazaba por la frase «Por favor, use un lenguaje conveniente».

«Bloquear» era un término técnico. Estaba prohibido escribir o pronunciar una palabra bloqueada. Era curioso que la palabra «bloqueada» también estuviera bloqueada.

La lista no dejaba de actualizarse. Cada revisión era sinónimo de la desaparición de varias palabras. Aquello obligaba a Arvardan a poner a prueba su cerebro para inventar otras con las que sustituir las que se bloqueaban. Por ejemplo, «movimiento» estuvo permitida, pero las autoridades pertinentes decidieron que era delicada, y Arvardan tuvo que empezar a usar «cambio de posición» para expresar la misma idea.

Echó un vistazo a la lista y no tardó en escribir una respuesta de estilo parecido al correo electrónico que acababa de recibir. La Lista de Palabras Convenientes obligaba a la gente a condensar mucha información en la menor cantidad de palabras posible y a eliminar cualquier floritura y recurso literario. Las oraciones resultantes eran similares a una taza de agua destilada: insípidas. En ocasiones, Arvardan pensaba que un día él mismo se volvería igual de insulso, por escribir correos así y beber esa agua.

Arvardan envió el correo electrónico, pero no guardó una copia. El ordenador no tenía disco duro ni puertos para disqueteras o lectores de CD, ni siquiera uno USB. La tecnología de banda ancha había avanzado hasta el punto en que las aplicaciones se podían almacenar en servidores y los usuarios acceder a ellas sin problemas de

velocidad relacionados con el acceso remoto. Por tanto, no había necesidad de usar discos duros ni almacenamiento local. Todos los programas o documentos que escribía un usuario, e incluso los movimientos del ratón y las teclas que tocaba, quedaban almacenados de inmediato en el servidor público de las autoridades pertinentes. Aquello simplificaba mucho la administración.

Cuando terminó con el correo, Arvardan volvió a sentirse ansioso y apático, esa sensación que no podía expresar porque «cansado», «molesto» y otras palabras negativas eran todas peligrosas. Si alguien escribía un correo electrónico para comentar que se sentía así, el destinatario solo recibiría un mensaje con la frase: «Por favor, use un lenguaje conveniente».

Así era la vida de Arvardan. El día actual era un poco peor que el anterior, pero esperaba que fuera algo mejor que el siguiente. Pero incluso una descripción así era imprecisa, ya que el propio Arvardan dudaba del significado de expresiones como «algo mejor» o «un poco peor». Mejor y peor eran variables, pero su vida era una constante, una constante basada en la represión.

Arvardan dejó a un lado el ratón, ladeó la cabeza y soltó un largo suspiro. (Al menos, los suspiros aún no se habían bloqueado). Quería tararear una canción, pero no podía recordar ninguna. Se limitó a silbar un par de veces, pero sonaba como el ladrido de un perro tísico, y tuvo que parar. Las autoridades pertinentes eran como espectros que inundaban la habitación y no le dejaban espacio. Él mismo tenía la impresión de estar atrapado en un lodazal: si abría la boca se le iba a llenar de barro, así que mejor no gritar para pedir ayuda.

Agitó la cabeza un par de veces para no ceder al cansancio, y terminó por mirar el teléfono. De improviso, recordó que aún tenía que acudir a las autoridades pertinentes para completar la solicitud de permiso del BBS. Le alegraba tener una oportunidad de librarse por un rato de la Red. La Red era poco más que un cúmulo de series de números y «palabras convenientes». Arvardan se puso el abrigo y se cubrió la boca con una máscara con filtro. Dudó un instante, luego cogió el Fisgón y se lo puso en las orejas. Después salió de la habitación.

En las calles de la Capital no había muchos peatones. Ahora que la Red estaba en todas partes, la mayoría de las tareas se podían realizar desde ella. La gente ya no necesitaba salir de casa para las necesidades de la vida diaria, a diferencia de cómo eran las cosas en el pasado primitivo. Las autoridades pertinentes no recomendaban realizar muchas actividades al aire libre, ya que fomentaban que las personas se relacionaran entre ellas, y las consecuencias eran difíciles de controlar.

El Fisgón era un aparato portátil que filtraba el lenguaje y estaba diseñado justo para prevenir ese tipo de cosas. Cuando el portador decía o escuchaba una palabra sin regular, el Fisgón activaba un aviso automático. Antes de salir de casa, todos los ciudadanos debían ponerse el dispositivo para que se pudieran revisar y censurar sus palabras y conversaciones. Cuando la gente reparaba en que se hacía uso del Fisgón, la reacción habitual era guardar silencio. Las autoridades pertinentes intentaban que,

poco a poco, la vida en la Red y la vida en el mundo físico estuvieran en consonancia y fueran igual de convenientes.

Era noviembre, y la brisa helada arrastraba las nubes por un cielo plomizo y asfixiante. En ambos lados de la calle había postes telefónicos que se extendían a lo largo de dos filas como árboles marchitos. Los peatones se cubrían con ahínco con abrigos negros o grises, encogidos de una manera que los hacía parecer puntos negros que se desplazaban rápido. Una fina capa de contaminación cubría la Capital. Respirarla sin un filtro de aire era un problema en potencia.

¿Han pasado de verdad dos meses desde la última vez que estuve fuera de mi habitación?, pensó Arvardan mientras se encontraba junto a la señal de la parada de autobús.

Al lado de Arvardan había un hombre alto ataviado con un uniforme azul. Lo miraba con gesto sospechoso, envuelto en un abrigo negro. El hombre se fue acercando poco a poco, con disimulo, y le preguntó a Arvardan:

—¿Tiene, un, cigarrillo?

Pronunció cada palabra e hizo una pausa de medio segundo entre cada una de ellas. El Fisgón no estaba aún tan avanzado como para ajustarse al ritmo y la entonación de cada persona. Por ello, las autoridades pertinentes obligaban a los ciudadanos a hablar de esa manera, para facilitar la comprobación de que no se usaban palabras sin regular.

Arvardan le echó un vistazo rápido, se humedeció los labios secos y respondió:

—No.

El hombre pareció decepcionado, pero no se rindió y volvió a preguntar:

—¿Tiene, algo, de, beber?

—No.

Hacía mucho tiempo que Arvardan no tenía cigarrillos ni alcohol. Quizá se debiera a la escasez, un problema cada vez más común. No obstante, algo le llamó la atención: el Fisgón de Arvardan no le había enviado ningún aviso. Sabía que cuando había escasez en las reservas de cigarrillos, alcohol u otro artículo de primera necesidad, aquellas palabras se convertían en palabras sin regular que había que bloquear hasta que se recuperaran los suministros.

El hombre parecía agotado. Tenía los ojos rojos e hinchados, algo que en aquellos tiempos era normal debido a las largas horas que había que pasar conectados a la Red. Estaba despeinado, y una barba de varios días le rodeaba la boca. Del cuello de la camisa que tenía debajo del uniforme emanaba un aroma fuerte y mohoso. Era obvio que llevaba días sin salir.

En aquel momento, Arvardan se dio cuenta de que el hombre no llevaba nada en las orejas. No había nada en el lugar donde tendría que estar el Fisgón grisáceo. Arvardan se quedó estupefacto por un instante y dudó entre recordárselo o hacer como que no se había dado cuenta.

Quizá sea mejor informar al respecto a las autoridades pertinentes, pensó.

El hombre se le acercó un poco más, con la mirada llena de anhelo y deseo. A Arvardan se le encogió el corazón y dio un paso atrás de manera inconsciente. ¿Iba a atracarlo? ¿Acaso era un maniaco sexual que llevaba mucho tiempo reprimiéndose? El hombre lo agarró de la manga sin previo aviso. Arvardan hizo un esfuerzo torpe para zafarse, pero no lo consiguió.

El hombre no se volvió a mover, pero gritó y empezó a hablarle muy rápido, algo a lo que Arvardan no estaba acostumbrado.

—Solo quiero hablar, unas pocas palabras nada más. Llevo mucho tiempo sin hablar. Me llamo Hiroshi Watanabe^[8]. Tengo treinta y dos años. Recuerda, treinta y dos. Siempre he soñado con tener una casa junto a un lago, con un pequeño bote y una caña de pescar. Odio la Red. ¡Abajo con los reguladores de la Red! Mi pareja ha sido envenenada por la Red. Solo me llama por mi Número de Serie de la Red. La ciudad entera es un manicomio en el que los residentes más fuertes gobiernan a los débiles y convierten a todas las personas cuerdas en locos como ellos. Que les den a las palabras sin regular. Joder, estoy harto...

Las palabras del hombre salían a borbotones de su boca, como refresco que se derrama de una botella agitada a la que se le ha quitado el tapón. El Fisgón de Arvardan no dejaba de pitar. Lo miró sorprendido, pero no tenía ni idea de cómo responder. Más preocupante era el hecho de que sintió simpatía por aquel hombre, la misma que sentían entre sí los enfermos que compartían síntomas. El hombre había pasado de quejarse a proferir palabrotas, unas palabrotas muy fuertes y explícitas que llevaban mucho tiempo bloqueadas. Arvardan llevaba cinco o seis años sin proferir palabrotas, y unos cuatro desde la última vez que las oyera.

Pero el hombre soltaba aquellos improperios en público, como si se esforzara por pronunciar la mayor cantidad posible de palabras bloqueadas sin tomar aliento. A Arvardan le empezaron a doler los tímpanos debido a los decibelios de los pitidos incesantes del Fisgón.

En ese momento, dos vehículos de la policía aparecieron al final de la calle y se abalanzaron hacia la parada de autobús con las luces encendidas.

El hombre no había dejado de proferir palabrotas, y cinco o seis oficiales con equipo antidisturbios corrieron hacia él, lo tiraron al suelo y empezaron a aporrearlo. El hombre no dejaba de patear mientras las palabrotas se volvían aún más chabacanas. Uno de los oficiales sacó un rollo de cinta y, con un sonido sordo, arrancó un pedazo y se lo puso al hombre en la boca. Justo antes de que se la taparan con la cinta, el hombre consiguió gritarle con fuerza al policía «¡Que os den, hijoputas!». Arvardan sintió cómo su gesto pasaba de ser el de un loco a mostrar una sonrisa de satisfacción, como si se hubiera intoxicado con el placer y la libertad que emanaban de aquellos insultos.

El policía forcejeó para meter al hombre en uno de los coches. Uno de los oficiales se acercó a Arvardan:

—¿Es, tu, amigo?

—No, lo conozco —respondió Arvardan en el mismo tono.

El policía lo miró. Cogió el Fisgón de Arvardan y comprobó las grabaciones. No había registro alguno de Arvardan usando palabras sin regular. Volvió a colocar el Fisgón en la oreja de Arvardan y le advirtió que todo lo que había dicho el otro hombre era extremadamente reaccionario y debía olvidarlo de inmediato. El oficial se dio la vuelta, y se marcharon con el hombre a quien acababan de arrestar.

Arvardan suspiró, aliviado. Por un momento le entraron ganas de gritar con todas sus fuerzas en la calle desierta «¡Que os den, pedazo de hijoputas!».

La calle no tardó en volver a su inactividad habitual. Diez minutos después, un autobús llegó despacio a la parada. Las puertas oxidadas resonaron al abrirse y una voz electrónica y femenina inundó el interior:

—Por favor, pasajeros, presten atención y usen un lenguaje civilizado. En su comunicación, acaten con rigurosidad la Lista de Palabras Convenientes.

Arvardan se envolvió con el abrigo con más fuerza.

El autobús llegó a su destino en cosa de una hora. La brisa fría entraba a través de las ventanas rotas del autobús y hacía que se condensara el aliento de Arvardan. El carbón y la arena que arrastraba el viento se le clavaban en la cara. Se levantó, se sacudió el polvo como un perro mojado al secarse y se bajó del autobús.

Arvardan tenía que acudir a las autoridades pertinentes, el Ministerio de Seguridad de la Red, en este caso, que era el responsable de las solicitudes de permisos del BBS. Se encontraba al otro lado de la calle, frente a la parada de autobús. Era un edificio de cinco plantas, con forma cúbica, de hormigón gris. De no haber sido por las ventanas, el edificio sería indistinguible de un bloque macizo de hormigón: frío y desolador. Hasta los mosquitos y los murciélagos se mantenían alejados.

También era muy difícil conseguir un permiso para usar los foros del BBS. El solicitante tenía que superar unos veinte trámites y aguantar un arduo proceso de investigación antes de obtenerlo. Una vez obtenido, había que esperar tres meses para obtener otro permiso que permitía escribir en algunos foros concretos. Y crear un BBS propio era algo imposible.

A pesar de tantos obstáculos, muchos usaban los foros del BBS porque se trataba del único lugar de la Red en el que se podía mantener una conversación, aunque limitada. Arvardan decidió cumplimentar la solicitud debido a un sentimiento vago pero obcecado de nostalgia. No sabía a qué venía tomarse tantas molestias. Quizá solo fuera por darle algo de emoción a su vida. Quizá para acentuar su vínculo con los viejos tiempos. Quizá fueran ambas cosas.

Arvardan tenía un vago recuerdo de infancia en el que la Red era muy diferente. No es que la tecnología fuera diferente: lo era la cultura. Esperaba que los foros del BBS avivaran los recuerdos de esa época.

Entró caminando en el edificio. por dentro era igual de frío que por fuera, y hasta más oscuro. No había luces en los pasillos. Las paredes estaban pintadas de un blanco

azulado y llenas de regulaciones, políticas y consignas relacionadas con la Red. Arvardan respiró el aire frío y tiritó. Solo había algo de luz alrededor de una puerta situada al fondo del recibidor. En la puerta había un cartel: «Ministerio de Seguridad de la Red: Departamento del BBS».

Arvardan no cayó en la ironía que entrañaba el que para poder solicitar el uso de una funcionalidad virtual de la Red hubiera que presentarse en persona.

Cuando se encontró al otro lado de la puerta, Arvardan sintió de inmediato una ráfaga de aire caliente. En la habitación tenían muy alta la calefacción, y Arvardan sintió un cosquilleo y un picor en las manos, los pies y la cara, que tenía helados. Alargó la mano para rascarse.

Una voz electrónica y femenina resonó de improviso en los altavoces del techo:

—Por favor, ciudadano, no se mueva mientras espera en la cola.

Arvardan bajó la mano como si hubiera recibido una descarga eléctrica y respetó la espera sin moverse. Echó un vistazo a la habitación: era un vestíbulo largo y estrecho dividido en la parte central por un mostrador de mármol que se alzaba como si se tratase de la Gran Muralla. Había una valla hecha de mástiles plateados que conectaban la superficie del mostrador con el techo.

—Por favor, diríjase a la ventanilla número ocho.

El mostrador era tan alto que Arvardan ni siquiera fue capaz de mirar por encima para ver qué había al otro lado. Pero sí que logró escuchar cómo alguien se acercaba y se sentaba.

—Por favor, coloque la documentación necesaria para la solicitud en la bandeja —ordenó el altavoz que había sobre el mostrador.

Le sorprendió que aquella voz fuera diferente. Tenía también aquel tono frío e impasible, pero Arvardan fue capaz de distinguir que no pertenecía a una máquina, sino que era la voz de una mujer de verdad. Intentó levantar la cabeza aún más, pero no vio nada. El mostrador era demasiado alto.

—Por favor, coloque la documentación en la bandeja.

La voz repitió la orden. Había cierta impaciencia en su tono.

Sí, es la voz de una mujer de verdad, pensó Arvardan.

La voz electrónica femenina siempre era educada y no denotaba emoción alguna. Colocó en la bandeja metálica la Tarjeta de Identificación Personal, el Permiso de Acceso a la Red, la Tarjeta de Número de Serie de Acceso a la Red, las grabaciones de palabras no reguladas y otro documento similar. Luego empujó la bandeja por la ranura que había a un lado del mostrador y cerró la tapa. Poco después, escuchó un zumbido quedo. Supuso que la persona que se encontraba al otro lado del mostrador, quizá una mujer, había sacado la bandeja.

—¿Para qué desea utilizar el servicio del BBS?

A través del altavoz, la voz de la mujer sonaba seria y profesional.

—Para, incrementar, mi, eficiencia, profesional, en, la, Red; crear, un, entorno, de, Red, estable, y, conveniente; y, mejorar, la, patria.

Arvardan hizo una pausa entre cada palabra, pero sabía que aquello solo era una formalidad. Lo único que tenía que hacer era dar la respuesta adecuada.

El otro lado del mostrador quedó en silencio. Unos dos minutos después, volvió a sonar el altavoz.

—Ha completado el último de los procedimientos. Ya tiene permiso para acceder a los foros del BBS.

—Muchas, gracias.

La bandeja metálica resonó al volver al otro lado del mostrador. En ella había más documentación de la que Arvardan había hecho pasar al otro lado.

—Las autoridades pertinentes le han proporcionado un nombre de usuario y una contraseña para el servicio del BBS, así como un índice de foros disponibles, una guía de usuario, una copia de las regulaciones aplicables y una versión actualizada de la Lista de Palabras Convenientes. Por favor, revise su correo electrónico.

Arvardan dio un paso al frente, cogió todo lo que había en la bandeja y echó un vistazo. Le decepcionó descubrir que su nombre de usuario del BBS era idéntico a su Número de Serie de Acceso a la Red. Recordó que, cuando era pequeño, era posible elegir el nombre de usuario de los foros del BBS.

Los recuerdos de infancia solían mezclarse con cuentos y fantasías, por lo que era difícil diferenciarlos. La realidad actual era que solo se podía usar el nombre de usuario y la contraseña que te proporcionaban las autoridades pertinentes. La razón era sencilla: los nombres de usuario y las contraseñas también podían incluir palabras no reguladas.

Se guardó los papeles en el bolsillo del abrigo. En realidad, no servían para nada, ya que le acababan de enviar las copias digitales a su correo electrónico, pero las autoridades pertinentes creían que entregar documentación formal en papel ayudaba a que los usuarios sintieran miedo y respeto.

Esperaba que la mujer del mostrador dijera algo más, pero quedó decepcionado cuando escuchó que alguien se levantaba y se marchaba. Por el ritmo de los pasos, Arvardan tuvo aún más claro que la persona que se encontraba al otro lado era una mujer.

La voz frívola, electrónica y femenina volvió a sonar desde el techo:

—Ha completado los trámites necesarios. Por favor, abandone el Ministerio de Seguridad de la Red y vuelva al trabajo.

Arvardan arrugó la nariz, disgustado, y se dio la vuelta para marcharse de aquel cálido vestíbulo y volver al pasillo helado.

De camino a casa, Arvardan se acurrucó en el asiento del autobús sin moverse. El hecho de haber conseguido el permiso para usar el servicio del BBS le daba una falsa sensación de entusiasmo. Con la mano derecha palpaba los documentos que tenía en el bolsillo al tiempo que intentaba recordar el sonido de la misteriosa voz de aquella mujer. *Sería maravilloso volver a oírla.* Al mismo tiempo, rozó con el pulgar el papel que se encontraba en la parte superior del taco que tenía en el bolsillo y se imaginó

que los dedos gráciles, esbeltos y de un blanco marfil también habían tocado aquel documento. Se emocionó tanto que le dieron ganas de gritar «¡Que os den, hijoputas!». Se le había quedado grabado en la cabeza el sonido de los insultos de aquel hombre y, una y otra vez, le venían a la punta de la lengua.

De improviso, sintió algo diferente en el dorso de uno de los documentos. Arvardan miró a su alrededor para asegurarse de que no había más pasajeros, sacó con cuidado el documento y le dio la vuelta. Lo examinó a la luz que entraba por la ventana del autobús.

Se dio cuenta de que habían doblado la esquina superior derecha con una uña. El pliegue era tan leve que si Arvardan no lo hubiera palpado nunca se habría percatado. También era raro: una línea recta que cerca del final tenía otro pliegue muy corto, como si la persona que lo había hecho hubiera querido hacer un punto. Se parecía a un signo de exclamación, o a una *i* si se miraba al revés.

Examinó el resto de papeles y no tardó en descubrir que los otros cuatro documentos también tenían pliegues similares. Todos tenían formas diferentes, pero parecían algún tipo de símbolos. Arvardan recordó el orden en el que la mujer del altavoz le había pedido los documentos y escribió los símbolos de cada uno de ellos en orden en el vaho de la ventana del autobús:

C-E-N-I-T

¿Cenit?

El autobús se detuvo y se subieron algunos pasajeros. Arvardan se movió para tapar con el cuerpo lo que había escrito en la ventana. Luego hizo como que bostezaba, levantó el brazo y borró las letras con la manga.

Cuando llegó a casa, Arvardan se quitó el abrigo, la máscara y el Fisgón. Luego se dejó caer en el catre y enterró la cabeza en las almohadas. Se sentía agotado cada vez que llegaba después de haber estado fuera, en parte por la falta de costumbre y en parte por el estrés que le provocaba el tener que usar el Fisgón.

Cuando se despertó, revisó el correo electrónico. En la bandeja de entrada tenía dos correos de trabajo de compañeros y cinco correos con la copia digital de los documentos del BBS del Ministerio de Seguridad de la Red.

Arvardan abrió el índice de foros del BBS. Todos los foros estaban autorizados de manera oficial. Trataban sobre varios temas, pero la idea general era la de cooperar y responder ante las directivas de la Nación para formar una Red conveniente. Por ejemplo, en uno de los foros de tecnología informática, el tema principal era mejorar la tecnología de bloqueo de las palabras sin regular.

Para su sorpresa, uno de los foros trataba sobre juegos. En él, el tema de discusión principal era un videojuego online que consistía en ayudar a los demás a usar palabras convenientes. Los jugadores controlaban a un chico que patrullaba las calles para vigilar que nadie usara palabras sin regular. Si se hacía, el chico tenía que elegir

entre criticar al responsable o denunciarlo a la policía. Cuantos más responsables se atrapasen, mayor puntuación y mejores recompensas.

Arvardan abrió otros foros al azar. En todos y cada uno de ellos se hablaba con educación y usando un lenguaje muy conveniente, igual que hacía la gente en las calles. No, era incluso peor que la gente de las calles. En la calle, la gente al menos tenía la oportunidad de hacer gestos privados, como cuando Arvardan había escrito en secreto «cenit» en la ventana del autobús. Pero en los foros del BBS se privaba a la gente de su individualidad. Las autoridades pertinentes podían analizar cualquier movimiento del ratón, cualquier tecleo y todo lo que pasaba por los ordenadores. Era imposible esconder nada.

Arvardan sintió una decepción y una sensación de pérdida tremendas. Cerró los ojos y se reclinó. Qué inocente había sido al pensar que los foros del BBS serían un poco más abiertos. Ahora tenía claro que eran más agobiantes que la vida real. Estaba metido en un lodazal digital, y no podía respirar.

Volvió a sentir las palabras en la punta de la lengua: «Que os den, hijoputas». Le dieron tantas ganas de gritar que tuvo que hacer un esfuerzo por contenerse.

De repente, pensó en aquella palabra misteriosa: «cenit». ¿Qué significaba en realidad? Cinco documentos, cinco correos electrónicos. ¿Quizá había algo oculto en ellos? ¿Quizá algo que tuviera que ver con la palabra?

Arvardan volvió a mirar la pantalla y analizó los cinco correos del Ministerio de Seguridad de la Red. Los abrió y vio que cada uno de ellos tenía un título en un tamaño de letra mayor en la parte superior o cenit. Los ordenó en el orden que indicaban las letras de la palabra «cenit», colocando cada título del correo correspondiente a cada documento en el orden de la palabra.

«Navegue/con/cuidado:/su/usuario/y/contraseña».

«A/nuestros/usuarios:/Nuevo/índice/de/foros/disponibles».

«Foro/Protocolo:/Lista/de/Palabras/Convenientes/para/la/Red».

«Educación/en/conveniencia/y/responsabilidad:/Regulaciones/aplicables/en/el/BB

«Usuarios/Guía:/Reglas/para/nuevos/usuarios/del/BBS».

Al unir la primera palabra de cada título se formaba una oración: «Navegue a Foro Educación Usuarios».

Arvardan recordó que había visto un foro que se llamaba «Foro de educación de usuarios». Hizo clic en el enlace de dicho foro, con la esperanza de que no fuera una casualidad.

El foro de educación de usuarios era de carácter administrativo. Todas las entradas consistían en sugerencias o quejas sobre la gestión del BBS. El moderador de dicho foro era alguien llamado MICHEAL19387465LLKQ. Había algún que otro hilo con respuestas, pero el foro tenía poco tráfico. Arvardan abrió el índice de hilos y entró a todos. Las entradas parecían muy aleatorias y no veía en ellas ningún patrón.

Quedó decepcionado. Parecía haber llegado a otro callejón sin salida, pero al menos la emoción no le había durado demasiado. Siguió mirando la pantalla,

obstinado, para que aquella sensación de entusiasmo y descubrimiento durase un poco más aunque fuera ilusoria.

De improviso, se fijó en el nombre de usuario del administrador del foro. Micheal no era la manera correcta de escribir Michael.

Volvió a entrar en los hilos del foro y se dio cuenta de que algunas de las entradas también contenían nombres comunes pero mal escritos.

Usando la misma lógica que antes, cogió las iniciales de los títulos de las entradas realizadas por usuarios con nombres mal escritos y las ordenó atendiendo a la parte numérica de los nombres de usuario de los autores. Formó una nueva oración:

«Todos los domingos en la torre Simpson. Planta quinta. Habitación B».

Aquello tenía que significar algo. Los documentos, los correos y ahora las entradas del foro: las pistas le habían llevado a otras pistas tres veces seguidas. No era una mera casualidad. ¿Quién había ocultado los mensajes en los documentos oficiales de las autoridades pertinentes? ¿Qué pasaba todos los domingos en la torre Simpson, planta quinta, habitación B?

Arvardan había encontrado por fin la emoción que tanto echaba de menos en su vida. La novedad de lo desconocido estimulaba sus nervios, tanto tiempo adormilados. Aún mejor, aquellos juegos de palabras que había encontrado en los documentos oficiales de las autoridades pertinentes eran como un soplo de aire fresco, como si le hubieran hecho agujeros para respirar a la máscara de acero que lo obligaban a llevar.

¡Construyamos una Red conveniente y duradera!

¡Que os den, hijoputas!

Arvardan se quedó mirando el fondo de escritorio mientras articulaba en silencio aquellas palabras malsonantes y levantaba el dedo corazón hacia la pantalla.

Los días siguientes, Arvardan vivió en un estado permanente de emoción sin disimulo. Como un niño que intentaba esconder un puñado de chucherías con una sonrisa inocente y que, cuando los adultos se daban la vuelta, cambiaba a una sonrisa de pillo al disfrutar la sensación de tener un secreto.

Pasaron los días, y la Lista de Palabras Convenientes no dejó de menguar. El aire del exterior se volvió más lóbrego. Así transcurría el día a día. Arvardan había empezado a usar la Lista de Palabras Convenientes como calendario. Cuando se borraban tres palabras, es que habían pasado tres días. Cuando se borraban siete, Arvardan sabía que era domingo.

Arvardan llegó a la torre Simpson a mediodía. La pista que lo había llevado hasta allí no mencionaba una hora concreta. Pensó que lo más lógico era ir sobre el mediodía. Llevó el abrigo de camuflaje, la máscara con filtro y el Fisgón, y el corazón empezó a latirle de manera irregular. Había imaginado muchas veces cómo sería aquel momento, y ahora que el secreto del misterio estaba a punto de ser revelado, estaba nervioso.

No importa lo que pase en este lugar, nada puede ir peor que mi vida actual,

pensó Arvardan.

Entró en el edificio y reparó en que había unas pocas personas. En las habitaciones vacías solo retumbaban sus pasos y el eco que dejaban. El viejo ascensor tenía anuncios que rezaban: «Hagamos que la Red se convierta en un bonito hogar» y un cartel con un hombre al que le brillaba la cara con la luz de la verdad y la justicia. El fondo del cartel era la Bandera, y el hombre señalaba hacia el frente con el dedo índice de la mano derecha. Sobre él había una consigna: «Ciudadano, quiero que use palabras convenientes». Arvardan se dio la vuelta y vio que en el otro lado del ascensor había un cartel justo igual. No tenía lugar en el que esconderse.

Por suerte, en ese momento llegó a la quinta planta. Las puertas del ascensor se abrieron y, al otro lado, vio la puerta de la habitación B. Era verde, tenía la pintura levantada y el marco de la puerta estaba cubierto de manchas de tinta.

Arvardan respiró hondo y pulsó el timbre.

El ritmo de los pasos que oyó al otro lado de la puerta le era familiar, como si lo hubiera oído antes. La puerta se abrió de improviso, entornada, y era una joven la que agarraba el pomo y se asomaba por ella para mirar a Arvardan. Luego dijo, con voz suspicaz:

—¿A, quién, busca?

Era la voz del otro lado del mostrador del Ministerio de Seguridad de la Red, del Departamento del BBS. Era guapa: un suéter verde oscuro, el pelo recogido en un moño tirante a la manera tradicional, la piel muy pálida y los labios rebosantes de vida.

Al mirar a la mujer a los ojos, Arvardan dudó, pero luego levantó la mano derecha.

—Cenit.

Arvardan no dejó de mirarla, nervioso. Si la mujer informaba a la policía de su extraña conducta, lo arrestarían y preguntarían para qué había ido a la casa de un extraño. El delito de «dejarse caer por algún lado a conciencia» era solo un poco menos grave que el de «usar palabras sin regular».

La mujer asintió, casi de forma imperceptible, y le hizo un gesto igual de vago con la mano derecha para invitarlo a entrar. Arvardan estuvo a punto de decir algo, pero la mujer lo miró fijamente, y él se limitó a tragar saliva y seguirla dentro del apartamento.

Una vez dentro, la mujer cerró la puerta de inmediato y corrió una cortina de color gris plomizo detrás de la puerta. Arvardan parpadeó, ansioso, y echó un vistazo alrededor. El apartamento tenía dos habitaciones y un salón. En el salón había un sofá y una mesa de centro con varios ramos de flores de plástico de color rojo y lila. Junto a una de las paredes había un escritorio con un ordenador. Un calendario blanco normal y corriente colgaba de una de las paredes, pero el propietario se había preocupado de cubrir los bordes con papel rosado, para darle un toque más hogareño. Arvardan se dio cuenta de que en el zapatero que había junto a la puerta se veían

cuatro pares de zapatos de diferentes tamaños, lo que significaba que no era el único invitado que se encontraba hoy en el lugar.

Arvardan aún se sentía incómodo. De improvviso, la mujer le dio una palmada en la espalda, para indicarle que continuara hacia el interior. Los dos cruzaron el salón, atravesaron un pequeño pasillo y llegaron a un dormitorio. La puerta tenía delante una cortina de color gris plomizo igual que la anterior. La mujer corrió la cortina y abrió la puerta.

Arvardan vio a tres individuos que sonreían en una habitación decorada con flores frescas. También estaba llena de antigüedades que hasta aquel momento solo existían en sus recuerdos: un cuadro impresionista, una escultura de madera de Uganda y un candelabro de plata. Pero allí no había ningún ordenador.

Mientras dudaba sobre qué hacer, la mujer entró en la habitación. Corrió con cuidado la cortina y cerró la puerta. Se dio la vuelta.

—¡Bienvenido al Club de Charlas!

—¿*El Club de Charlas*?

La fuerza de la costumbre hizo que Arvardan no dijera aquello en voz alta. No tenía claro que fueran palabras convenientes, por lo que se limitó a poner gesto inquisitivo.

—Eres libre para decir cualquier cosa. Ese maldito dispositivo no funciona aquí dentro.

La mujer señaló el Fisgón. No había sonado ningún aviso, por lo que parecía que no había detectado las dos palabras no reguladas que acababa de decir: «libre» y «maldito». Arvardan recordó al hombre con el que se había encontrado la semana pasada en la parada de autobús. ¿Le pasaría lo mismo que a él si se quitaba el Fisgón?

La mujer se percató de sus dudas. Señaló la cortina gris de la puerta.

—No te preocupes. Sirve para bloquear la señal del Fisgón. Nadie lo sabrá.

Arvardan se quitó el aparato. Habló en voz baja. Para él todavía era difícil cambiar la manera de hablar a la que lo habían obligado las autoridades pertinentes.

—¿Quiénes, sois? ¿Qué, es, este, lugar?

—Es el Club de Charlas. Aquí puedes hablar como quieras —respondió otro hombre al tiempo que se levantaba. Era alto y delgado, con gafas sobre una nariz bastante ancha.

Arvardan balbuceó algo, pero no fue capaz de hablar en voz alta. Lo cohibían las miradas de las otras cuatro personas, y se había puesto rojo como un tomate.

La mujer que le había abierto la puerta lo miró, con gesto compasivo.

—Pobre. No estés tan nervioso. A todo el mundo le pasa lo mismo la primera vez. Te acostumbrarás con el tiempo.

Apoyó la mano en el hombro de Arvardan.

—Ya nos conocíamos. Yo te había visto, al menos, aunque tú a mí no. —Mientras hablaba, extendió la mano y se soltó la melena. Los tirabuzones negros le cayeron sobre los hombros y, en aquel momento, Arvardan pensó que era la mujer más bella

que había visto jamás.

Por fin consiguió articular una frase completa, aunque las palabras aún no fluían con normalidad.

—Te... recuerdo. Recuerdo tu voz.

—¿De verdad? —La mujer rio.

Hizo que se sentara en un sofá y le pasó un vaso de agua. Arvardan se dio cuenta de que era un vaso antiguo, con unas flores talladas. El agua tenía un ligero aroma. Arvardan intentó dar un trago. Tenía un sabor dulce que era muy estimulante para una lengua que se había acostumbrado al agua destilada.

—No ha sido fácil conseguirla. Ni nosotros podemos hacernos con ella cada semana. —La mujer se sentó junto a él y lo miró fijamente con sus ojos negros—. ¿Cómo nos has descubierto?

Arvardan explicó el proceso que le había llevado a seguir la secuencia de pistas. Los otros cuatro asintieron con aprobación.

—Eres listo. No se te ha cocido el cerebro —dijo un treintañero con unos kilos de más. Hablaba muy alto.

El hombre de mediana edad que llevaba gafas unió las manos en un gesto aprobatorio.

—Eres digno de ser miembro del Club de Charlas.

—Muy bien —secundó el gordo—. Un aplauso para recibir como se merece al nuevo miembro.

Los otros cuatro aplaudieron, y el sonido de las palmadas inundó el pequeño dormitorio. Arvardan levantó el vaso para agradecerlo, avergonzado. Cuando dejaron de aplaudir, levantó la cabeza con timidez y dijo:

—¿Puedo preguntar algo? ¿Qué es el Club de Charlas exactamente?

La mujer que lo había traído respondió:

—El Club de Charlas es una reunión en la que podemos decir cualquier cosa. No tenemos en cuenta las palabras reguladas ni la conveniencia de la Red. Es un lugar en el que puedes liberar tu alma y relajar el cuerpo.

—Nuestra única norma es: habla —añadió el hombre de mediana edad al tiempo que se ajustaba las gafas.

—Pero ¿que hable de qué?

—De cualquier cosa. Puedes hablar de tus anhelos más profundos. —El hombre de mediana edad sonrió.

Esta reunión es demasiado atrevida. Tiene que ser un delito, pensó Arvardan. Pero, al mismo tiempo, le atraía la idea de cometer aquella clase de crímenes.

—Pero antes hay que aclarar ciertas cosas —advirtió la mujer—. Hablar es peligroso. Todos los miembros corren el peligro de que los arresten las autoridades pertinentes. Los agentes estatales podrían atravesar esa puerta en cualquier momento y capturarnos por los cargos de reunión ilegal y por utilización de palabras ilegales. Tienes derecho a rechazar la invitación y marcharte de inmediato.

Arvardan escuchó la advertencia de la mujer. Dudó. Pero pensó que, si se marchaba en aquel momento, volvería a su vida anterior, a ahogarse en ese lodazal. Hasta aquel momento, Arvardan no se había dado cuenta de cuántas ganas de hablar tenía.

—No me iré. Me uniré a vosotros. Hablaré.

La mujer pareció satisfecha.

—¡Perfecto! ¿Por qué no empezamos por las presentaciones? —Se puso en pie—. Yo primero. Me llamo Artemisa. ¿Mi Número de Serie de Acceso a la Red? Al cuerno con él. ¿Qué más da? Mi nombre es el que es.

Aquellas palabras hicieron que todos se rieran, hasta Arvardan. Luego prosiguió:

—Pero Artemisa no es más que un pseudónimo. Es una diosa de la mitología griega.

—¿Un pseudónimo?

—Sí. No es el nombre que pone en mi Tarjeta de Identificación Personal.

—Pero ¿por qué?

—¿No te has cansado de usar el nombre con el que estás registrado? Quiero ponerme un nombre que me guste, aunque solo lo pueda usar en un lugar. En el Club de Charlas todos tenemos un nombre que hemos elegido nosotros. Es el nombre que usamos aquí.

Arvardan asintió, pensativo. Entendía lo que Artemisa quería decir. Le habría gustado poder elegir un nombre para los foros del BBS, no que se le asignara un nombre de usuario.

Con la presentación de Artemisa, Arvardan supo que trabajaba en el Ministerio de Seguridad de la Red; en concreto, en el Departamento del BBS. Tenía veintitrés años, estaba soltera y odiaba las cucarachas y las arañas. Entre sus aficiones se encontraban la costura y la jardinería, razón por la que había cortado en secreto las flores del dormitorio y las había traído de fuera de la Capital.

A su lado estaba el hombre de mediana edad. Se llamaba Lanzarote. Tenía cuarenta y un años y era ingeniero de la central eléctrica de la Capital. El nombre Lanzarote pertenecía a un leal caballero de las leyendas artúricas. Lanzarote estaba casado y tenía dos hijos: un niño de tres años y una niña de cuatro. Las golosinas que más les gustaban eran las que sabían a limón. Lanzarote esperaba poder llevar a los niños a la próxima reunión del Club. Aún no sabían hablar y quería que aprendieran a hacerlo bien.

El hombre de treinta y tantos años y con sobrepeso se llamaba Wagner y era coordinador de la Red para el Ministerio de Seguridad de la Red. Aquello sorprendió a Arvardan. Siempre le había dado la impresión de que los coordinadores de la Red eran hombres fríos e insensibles, pero el que tenía ante él era corpuscular y meloso, y lucía un bigote con las puntas rizadas hacia arriba. Le gustaban los puros e ir a la ópera, y lo conseguía aprovechándose de los privilegios especiales de los que disfrutaban los coordinadores de la Red.

—Wagner nos consiguió las cortinas que bloquean la señal de los Fisgones — añadió Artemisa.

Wagner saludó con un sombrero imaginario y se inclinó ante ella.

El cuarto miembro del Club de Charlas era una mujer que llevaba un uniforme negro. Acababa de cumplir treinta años. Se llamaba Duras y trabajaba como redactora del *Capital Daily Times*. Era incluso más delgada que Artemisa y tenía unas mejillas prominentes que contrastaban con sus ojos hundidos. No separaba mucho los finos labios al hablar, y nunca mostraba los dientes. Le gustaban los gatos y los perros, aunque ya no tenía mascotas.

—Te toca —le dijo Artemisa a Arvardan.

Arvardan se lo pensó durante un buen rato y luego se presentó al grupo, sin dejar de tartamudear. Cuando intentó hablar de sus aficiones, pasó un momento sin que se le ocurriera ninguna. Nunca había pensado en sus aficiones.

Artemisa le volvió a poner la mano en el hombro e intentó ayudarlo.

—Venga, tiene que haber algo que te guste mucho hacer.

—¿De verdad puede ser cualquier cosa?

—Cualquiera. Aquí no hay restricciones.

Arvardan se dio cuenta de que, por fin, había llegado el momento. Carraspeó, se rascó la cabeza y soltó un alarido agudo y tajante.

—¡Que os den, hijoputas!

Todos quedaron estupefactos. Wagner fue el primero en recuperarse. Tenía un puro entre los dientes y aplaudía con ganas. Luego, cogió el puro y exclamó:

—¡Maravilloso! Ese debería ser nuestro juramento para los nuevos miembros.

Artemisa y Duras soltaron unas risitas nerviosas. Arvardan pensó que, además de la novedad de poder hablar en el Club, también apreciaba la sensación de poder despreciar a las autoridades pertinentes con aquella ristra de palabras malsonantes.

Artemisa ladeó la cabeza y le preguntó:

—¿Cómo quieres llamarte?

—Esto... Wang Er —dijo Arvardan.

Era un nombre chino. Una vez tuvo un amigo chino al que le encantaba contar historias. El protagonista de dichas historias se llamaba Wang Er^[9].

El ambiente en el dormitorio pasó a ser amistoso y tranquilo, y la conversación se volvió más natural. Todos se pusieron cómodos. Artemisa usaba un hervidor de vez en cuando para rellenarles las tazas. Arvardan se sentía relajado, más de lo que había estado nunca.

Artemisa les volvió a llenar las tazas con aquella agua tan dulce.

—No podemos hablar con libertad en nuestras vidas diarias. Necesitamos este espacio. Pero no podemos hablar abiertamente de nuestra afiliación, es demasiado arriesgado encontrar nuevos miembros a través del contacto físico. Por ello, Lanzarote diseñó un sistema de pistas y señales, y Wagner y yo nos valimos de nuestros privilegios de acceso al sistema para dejarlas en varios lugares. Solo

aquellos que las descubren y las resuelven consiguen dar con el Club.

—No solo he diseñado el sistema por seguridad —continuó Lanzarote. Se quitó las gafas y las limpió con cuidado—. También es un examen de acceso para los nuevos miembros. Los miembros del Club de Charlas deber tener inteligencia, sabiduría, pasión y ansias de libertad.

Wagner, que sostenía el puro entre dos dedos, sacudió la ceniza en un cenicero y luego dijo en voz alta:

—La experiencia me dice que la mayoría de los que solicitan permiso para acceder al servicio del BBS son nostálgicos o personas que anhelan algo nuevo y original en sus vidas. Creen que los foros del BBS supondrán algo diferente para su día a día, aunque en realidad no sea así, ya que el control de la Nación en dichos foros era incluso más estricto que el del correo electrónico. No obstante, es un indicador de que ansían libertad, por lo que escondemos pistas en los documentos del BBS para que quienes puedan encontrarlas soliciten acceso. Entre ellos, solo los que son más observadores y astutos las encuentran y son capaces de llegar hasta aquí.

—Eres la segunda persona que encuentra el Club de Charlas. La primera fue la señorita Duras —le dijo Artemisa a Arvardan.

Arvardan observó a Duras con admiración.

Duras dijo en voz baja:

—No me fue difícil. Me dedico a jugar con las palabras.

Arvardan recordó al loco con el que se había topado en la parada de autobús la semana anterior. Le contó la historia al resto y, al terminar, Lanzarote negó con la cabeza y suspiró.

—No es la primera vez que me topo con algo así. Le pasó a un compañero. No hace sino reforzar la necesidad de una válvula de escape como el Club de Charlas. Vivir día a día con las restricciones que imponen las palabras no reguladas vuelve loca a la gente, que no puede pensar ni expresarse.

Wagner movió a un lado su pesado cuerpo.

—Eso es justo lo que quieren las autoridades pertinentes, que solo sobrevivan los estúpidos. Quieren una sociedad estable llena de estúpidos.

—Usted también es miembro de las autoridades pertinentes, señor Wagner —se recochineó Artemisa mientras rellenaba la taza de Wagner.

—Señorita Artemisa, yo solo soy un hombre como cualquier otro, con la única ventaja de que se me permite decir algunas palabras más sin regular.

Todos rieron. Arvardan nunca había oído hablar tanto a tanta gente. Le sorprendió lo rápido que se sintió como en casa entre ellos. La distancia y la sensación de desconfianza desaparecieron enseguida. También lo hicieron los mareos y la opresión en el pecho, problemas a los que se había acostumbrado.

El tema de conversación derivó del Club de Charlas a otros más generales. Artemisa cantó una canción, Lanzarote contó algunos chistes, Duras contó cosas de las costumbres de las provincias meridionales de la Nación, y Wagner se lanzó a

cantar un aria de una ópera. Aunque Arvardan no entendió una palabra de aquella última contribución, no pudo reprimir un aplauso. En un rincón protegido de la Capital, cinco individuos reticentes al silencio disfrutaban de un lujo muy valioso: una charla.

—Wang Er, ¿conoces *1984*? —le preguntó Artemisa. Se sentó junto a Arvardan. Arvardan negó con la cabeza.

—El único 1984 que conozco son los dígitos de mi Número de Serie de Acceso a la Red.

—Es un libro.

—¿Un libro?

Era una palabra antigua. Ahora que la tecnología digital había alcanzado un punto en el que toda la información podía guardarse en la Red, cualquiera podía entrar en una biblioteca digital y adquirir las ediciones digitales de cualquier publicación. Las autoridades pertinentes aseguraban que los libros en formato físico eran un desperdicio, por lo que habían terminado por desaparecer.

Wagner añadió:

—Es comprensible que las autoridades pertinentes prefieran los libros digitales. Así solo tienen que buscar y reemplazar todas las palabras sin regular de un libro y sanearlo. Pero corregir y revisar libros en formato físico sería un trabajo interminable.

—*1984* es un libro genial. Es una predicción de los filósofos de antaño sobre cómo sería nuestro mundo moderno —explicó Artemisa con gesto serio—. Hace mucho tiempo, el libro anticipó la lucha entre el control y la libertad sobre el cuerpo y el alma. Es un punto clave para la fundación del Club de Charlas.

—¿Se puede leer el libro? —preguntó Arvardan, mirando a los ojos negros de Artemisa.

—No hemos dado con una copia en papel, y es obvio que no se encuentra en el catálogo de la biblioteca digital. —Lanzarote negó con la cabeza y luego volvió a sonreír. Hizo un gesto con la mano izquierda hacia Duras—. Pero la señorita Duras, aquí presente, debería estar muy orgullosa de su memoria. Por suerte leyó el libro cuando era joven y lo recuerda casi todo.

—¡Maravilloso! Entonces lo habrá escrito, ¿verdad?

—Eso sería demasiado peligroso. En estos momentos, la posesión de libros en formato físico es un delito grave y pondría en peligro el Club de Charlas. En lugar de ello, cada vez que hay una reunión del Club de Charlas, le pedimos a Duras que recite alguna parte.

Todos quedaron en silencio. Duras se puso en pie y se colocó en el centro de la estancia. Arvardan colocó el brazo por encima de los hombros de Artemisa, con gesto informal, y ella se inclinó hacia él. El pelo de la mujer ondeaba entre ambos. Penetró en sus fosas nasales una ligera fragancia femenina que hizo que el corazón le diera un vuelco.

Duras no habló en voz alta, pero sí de forma clara y enérgica. Tenía una memoria

increíble: no solo recordaba la trama, sino también muchos detalles, y hasta pudo citar textualmente pasajes enteros. Duras llegó hasta la parte en la que Julia fingía caerse y le pasaba a Winston una nota con el mensaje «Te quiero». El relato de Duras era tan vívido que cautivó a todos los presentes. Artemisa, ensimismada con la historia, no reparó en que Arvardan no le había quitado ojo.

Wagner aportó su opinión cuando Duras hizo una pausa para beber agua.

—El autor de *1984* predijo el auge de los gobiernos totalitarios, pero no fue capaz de predecir el progreso de la tecnología.

Arvardan se dio cuenta de que la apariencia de Wagner contradecía su agudeza mental: era un tecnócrata muy avisado.

—En Oceanía aún era posible pasarse notas secretas y expresar pensamientos ocultos, pero ahora las cosas son diferentes. Las autoridades pertinentes nos han forzado a vivir en la Red, donde los coordinadores de la Red se darían cuenta si nos pasáramos esas notas secretas. No hay lugar donde esconderse. ¿La vida real? Aún tenemos que lidiar con el Fisgón. —Wagner se dio golpes en la pierna con el puro—. Por resumir: la tecnología es neutral, pero su progreso hace que un mundo libre sea más libre y uno totalitario sea aún más represivo.

—Parece el aforismo de un filósofo —dijo Artemisa, guiñándole un ojo a Arvardan. Sacó unas galletas de un cajón y las pasó a los demás.

—Los bits no son más que unos y ceros, pero algunas personas los convierten en herramientas útiles, y otras, en virus maliciosos, ¿verdad? —preguntó Arvardan.

Wagner chasqueó los dedos con alegría.

—Muy bien, Wang Er. Justo eso. Eres un genio entre los programadores.

Duras miró el reloj que colgaba de la pared y le recordó al resto que se les había acabado el tiempo. El Club de Charlas no podía reunirse durante demasiado tiempo seguido. Cuanto más tiempo permanecían los Fisgones bloqueados y fuera de conexión, mayor era la probabilidad de que los descubrieran.

—Muy bien. Usemos la última media hora para completar las actividades de hoy.

Artemisa recogió las tazas vacías de la mesa, y Lanzarote y Wagner estiraron los hombros y la espalda, que les dolían de todo el tiempo que llevaban sentados. La única que se quedó sentada sin moverse fue Duras.

—¿Actividades? ¿Qué actividades? —preguntó Arvardan—. *¿Qué más se puede hacer en el Club de Charlas además de hablar?*

—Bueno, sí. Tenemos otras actividades. —Artemisa se echó el fleco a un lado y le dedicó una sonrisa seductora—. Nos queda la parte de los intercambios sinceros entre nosotros.

—¿Intercambios sinceros?

—Sí. Follar, hablando en plata.

Arvardan se quedó pálido y se le aceleró la respiración. Sintió como si alguien le hubiera llenado el estómago de aire a treinta grados bajo cero. No podía creer lo que acababa de oír.

Las autoridades pertinentes permitían las relaciones sexuales, claro, pero solo en el matrimonio. Y también había que seguir una serie compleja de algoritmos que determinaban la legalidad de la frecuencia y la duración del coito basándose en la edad, la condición física, el nivel de renta, las profesiones, el medio ambiente, el clima y el registro de actividades ilegales de la pareja. Los individuos que no estaban casados, como Arvardan, tenían terminantemente prohibido realizar cualquier tipo de actividad sexual (incluida la masturbación) e incluso ver o leer cualquier material relacionado con el sexo. Asimismo, se habían eliminado todas las palabras inmorales de la Lista de Palabras Convenientes.

—En el Club de Charlas hay libertad para hablar, y también para acostarse con cualquiera —dijo Artemisa sin un atisbo de vergüenza—. Hablamos entre nosotros y luego elegimos con quién queremos hacer el amor, de la misma manera que tenemos libertad para pronunciar las palabras que nos apetezcan.

Lanzarote vio la expresión de incomodidad de Arvardan. Se acercó a él y le dio un ligero golpe en los hombros. Luego añadió, con voz tranquila:

—Pero no obligamos a nadie. Somos adultos y tenemos que dar nuestro consentimiento. Yo tengo que marcharme pronto a recoger a mis hijos. Si me voy, os quedáis dos y dos.

Arvardan se puso muy rojo. Sintió mucho calor, como su ordenador en verano. No podía siquiera levantar los ojos para mirar a Artemisa. Llevaba mucho tiempo anhelando compañía femenina, pero aquella era la primera vez que estaba tan cerca de conseguirlo.

Lanzarote se despidió de todo el mundo. Artemisa les dejó la habitación a Wagner y Duras, cogió de la mano a Arvardan, que estaba a punto de sufrir un ataque de pánico, y se lo llevó a otro dormitorio. Sin duda, aquella era su habitación. Los muebles eran sencillos y estaba muy limpia y ordenada.

Artemisa tomó la iniciativa. Bajo sus seductoras órdenes, Arvardan se dejó llevar hasta que sacó a relucir las pasiones primitivas que albergaba en el fondo de su alma. Llevaba mucho tiempo esperando una liberación de su sosa y limitada vida, e imaginar la voz suave y melodiosa de una mujer era un sueño que se había hecho realidad. Arvardan ignoraba qué diferencia había entre su deseo por aquella mujer y el de decir «Que os den, hijoputas», pero no era el momento más adecuado para ponerse a pensar en ello.

Cuando despertó, vio que Artemisa yacía a su lado. Su cuerpo desnudo parecía una estatua de jade. Incluso dormida tenía una hermosa postura. Se incorporó y bostezó, y luego Artemisa abrió los ojos.

—Qué bien sienta, ¿verdad?

—Sí... —Arvardan no supo qué más decir. Hizo una pausa y luego preguntó, dubitativo—: ¿Has hecho antes... con Lanzarote y Wagner...? Me refiero a si... has hecho con ellos lo que acabamos de hacer.

—Sí —respondió Artemisa, con tranquilidad. Se incorporó y el pelo le cayó por

los hombros y le cubrió el pecho. Aquella franqueza descolocó a Arvardan. Un silencio incómodo recorrió la habitación, y luego Artemisa rompió el hielo.

—¿Recuerdas la historia de hoy? La mujer de la historia le pasaba al hombre una nota que decía «Te quiero».

—Sí —respondió Arvardan.

—La palabra «amor» no figura en la Lista de Palabras Convenientes de las autoridades pertinentes.

Los ojos de Artemisa estaban llenos de pena y arrepentimiento.

—Te quiero —dijo Arvardan, sin pensar. Sabía que en aquella habitación podía decir lo que le viniera en gana.

—Gracias. —Artemisa le dedicó una sonrisa superficial. Se puso la ropa y urgió a Arvardan para que hiciera lo mismo. Arvardan quedó un poco decepcionado. La mujer no le había respondido con el entusiasmo que esperaba, pero lo que le acababa de decir no era tan importante.

Duras y Wagner ya se habían marchado. Artemisa caminó hacia la puerta, le pasó el Fisgón y dijo:

—Recuerda: cuando estés fuera, no le hables a nadie del Club de Charlas ni de sus integrantes. Cuando no estamos aquí dentro, no nos conocemos.

—Entendido —respondió Arvardan. Se dio la vuelta para marcharse.

—Wang Er.

Arvardan se volvió a dar la vuelta al oírla. Antes de que pudiera reaccionar, unos labios suaves se posaron en los suyos y una voz le susurró al oído:

—Gracias. Yo también te quiero.

Arvardan notó que se le humedecían los ojos. Se puso el Fisgón, abrió la puerta y regresó a aquel mundo agobiante. Su estado de ánimo era ahora muy diferente de cuando había entrado allí.

Después de aquello, la salud mental de Arvardan mejoró mucho. Atesoró la ilusión que le daba tener un club secreto. Los cinco miembros se reunían cada semana, o cada dos. Hablaban, cantaban o escuchaban a Duras recitar la historia de 1984. Arvardan disfrutó algunas veces más de los intercambios sinceros con Artemisa y, de vez en cuando, con Duras. Ahora tenía dos personalidades: el Arvardan que existía en la vida real y en la Red, y Wang Er, miembro del Club de Charlas.

En una reunión, Arvardan preguntó:

—¿Somos los únicos de toda la Nación que nos reunimos para hablar en privado?

—Dicen que hay algunos lugares de la Nación, lejos de la Capital y ocultos en las montañas, donde los radicales de verdad no solo se reúnen para hablar, sino también para organizarse y cometer actos violentos. Gritan mientras se abalanzan contra los agentes de la Nación e incluso han llegado a insultar a los pelotones de fusilamiento mientras los ejecutaban —respondió Wagner.

—¿Nos podemos unir a ellos? —preguntó Arvardan.

—Solo si estás dispuesto a abandonar la seguridad y comodidad de las que aún gozas. Los radicales viven en lugares tan desolados que lo único que tienen es la posibilidad de hablar con libertad. No cuentan con agua limpia siquiera —respondió Wagner, con voz impasible.

Arvardan se estremeció y decidió no hablar más del tema. Sin duda le apetecía hablar, pero no tanto como para abandonar todo lo que tenía, por poco que fuera. Beber agua destilada era mejor que no beberla. El Club de Charlas le bastaba para alimentar la cáscara reseca que era su espíritu. Al fin y al cabo, no era una persona exigente.

Otra de las reuniones versó en torno a las palabras no reguladas. Arvardan recordó que hacía mucho tiempo (cada vez le costaba más recordarlo), las autoridades pertinentes habían publicado una Lista de Palabras sin Regular. A los encargados de gestionar las páginas de la Red los obligaban en secreto a tenerla en cuenta. No estaba seguro de cómo aquel sistema había conducido a la situación actual. Aquel día, Wagner llevó una botella de vino para la ocasión y estaba de buen humor. Les contó la historia del bloqueo del sistema, ya que, como coordinador de la Red, tenía acceso a los documentos históricos de aquel proceso.

Al principio, la Nación solo había bloqueado ciertas palabras, pero no se tardó en descubrir que era una medida inútil. Muchos usuarios se limitaban a usar caracteres especiales, o números, o a escribirlas mal para saltarse el sistema de rastreo. La respuesta de las autoridades pertinentes fue bloquear algunas de esas variantes, pero todo el mundo sabía que las combinaciones de caracteres diferentes para crear palabras distintas pero de significados análogos eran casi ilimitadas. Con algo de imaginación, era posible inventarse una combinación nueva que expresara el mismo significado. Por ejemplo, la palabra «política» podía escribirse «pol/tica», «política\$» o «polític4». Algo así.

Después de que las autoridades pertinentes descubrieran la raíz del problema, llevaron a cabo una nueva táctica. Ya que no era posible filtrar todas las combinaciones posibles de caracteres con los que deletrear una palabra, la solución pasaba por prohibir el uso de todas las palabras excepto las que figuraban en el diccionario. Este procedimiento resultó ser muy exitoso al principio. El número de infractores descendió de forma drástica, pero la gente no tardó en descubrir que era posible usar juegos de palabras, homónimos o jerga que rimara para expresar las mismas ideas peligrosas. Aunque las autoridades pertinentes filtraron todas las palabras no reguladas y todos los homónimos posibles y juegos de palabras que se podían hacer con ellas, también fue inútil. Los ciudadanos más imaginativos dieron rienda suelta a la creatividad para usar metáforas, metonimias, analogías, etimologías, jerga que rimara y otros trucos lingüísticos para sustituir las palabras no reguladas por palabras reguladas. La mente humana era mucho más creativa que los ordenadores. Con la informática se podía bloquear un camino, pero también se podían abrir otros.

En apariencia, parecía que el enfrentamiento no afectaba para nada a las personas.

Pero fue entonces cuando apareció un hombre capaz de pensar con originalidad. No estaba claro quién era: hubo quien dijo que era el administrador jefe de las autoridades pertinentes; otros, que era un hombre peligroso a quien habían detenido por usar muchas palabras sin regular. Fue el causante del cambio de rumbo en la batalla entre la Nación y el pueblo.

Sugirió a las autoridades pertinentes que las regulaciones debían dejar de indicar lo que estaba prohibido. Lo que debían hacer era lo contrario: indicar lo que estaba permitido y la manera de decirlo. Las autoridades pertinentes aceptaron el consejo de inmediato y publicaron nuevas reglas. Sustituyeron la Lista de Palabras sin Regular por la Lista de Palabras Convenientes.

De esa manera, el pueblo quedó en una posición mucho peor. En el pasado había disfrutado de la sensación de jugar al gato y el ratón con las autoridades pertinentes, tanto en la Red como en la vida diaria. Pero las autoridades pertinentes habían conseguido arrinconar por fin a los ciudadanos, ya que tenían bajo control los cimientos y la estructura del lenguaje.

Aun así, el pueblo se resistió a darse por vencido. Empezó a elegir palabras de la Lista de Palabras Convenientes y a usarlas combinadas para expresar significados que estaban prohibidos. Por ejemplo, escribir «estabilizar» dos veces seguidas significaba «derrocar», «estabilizar» y «prosperidad» significaba «bloqueo». Las autoridades pertinentes debieron tener en cuenta esta nueva moda y, día a día, fueron eliminando más y más palabras de la Lista de Palabras Convenientes para evitar que se usaran de aquella manera.

—Mientras haya dos palabras o incluso dos letras en el mundo, será posible continuar intercambiando ideas. ¿Sabes código Morse?

Wagner hizo una pausa, se terminó la taza y eructó, satisfecho.

—Pero el precio de la batalla es la pérdida del lenguaje. Nuestra habilidad para expresarnos no deja de menguar y se ha vuelto anodina y banal. Cada vez más personas eligen el silencio, lo cual es positivo para las autoridades pertinentes. —Lanzarote hablaba con gesto preocupado y daba golpes rítmicos en el escritorio—. Si piensas en ello, el ansia de libertad de la gente es la causa de que el lenguaje se encuentre al borde del desastre. ¿No es irónico? Las autoridades pertinentes serán las que rían las últimas.

—No, no. Seguro que no entenderían la emoción que conlleva la risa —dijo Wagner.

—En realidad, creo que las autoridades pertinentes siempre han actuado en función del miedo. Les asusta mucho que los ciudadanos usen tantas palabras para expresar todo lo que piensan, así son más difíciles de controlar. —Artemisa puso esa expresión fría y adusta que usaba en el trabajo e imitó la manera de hablar más común—. ¡Construyamos una Red conveniente y duradera!

Duras, Lanzarote y Wagner rompieron en carcajadas. El único que no rio fue Arvardan. Se había quedado pensando en lo último que había dicho Lanzarote: el

resultado final de la batalla entre la gente y las autoridades pertinentes era la muerte del lenguaje. Por lo tanto, el Club de Charlas no era más que una oportunidad de disfrutar de aquel final con la ventaja de la tranquilidad que aportaba correr las cortinas mientras el tren en el que se encontraban aceleraba hacia el borde del abismo.

Duras no podía asistir al intercambio sincero del Club de Charlas de aquella semana porque tenía la regla, así que se marchó antes. Artemisa lavó las tazas y sonrió a los tres hombres.

—¿Probamos un tres contra uno?

Lanzarote le dio un golpecillo en el hombro a Arvardan.

—Tengo cosas que hablar con Wang Er. Nos quedaremos un rato más por aquí.

Artemisa se llevó a Wagner al otro dormitorio. Arvardan se quedó confuso. No sabía qué quería Lanzarote.

Lanzarote se volvió a sentar en el sofá. El ingeniero puso gesto serio.

—¿Te ha contado Wagner lo de las organizaciones radicales?

Arvardan asintió.

—¿Qué opinas?

—Las admiro. Pero no estoy seguro de que sea necesario llegar tan lejos. La humanidad no puede vivir solo de palabras.

Aunque Arvardan no había estado en las montañas, había oído hablar mucho de lo desolador del paisaje.

Lanzarote rio con amargura y se terminó la taza de café que tenía ante sí.

—Yo era miembro de los radicales. Pero ahora soy un desertor.

Arvardan lo miró fijamente.

—Al principio, tenía muchos ideales. Fui a las montañas y me uní a ellos, pero cuando se me pasó la euforia de la libertad, lo único que me quedó fue el sufrimiento y las penurias. Dudé y al final decidí abandonar a mis amigos y volver a hurtadillas a la Capital. Y ahora me oculto en el dormitorio de una mujer para hablar, follar, beber café y decir que estoy satisfecho con mi vida.

—¿Te arrepientes de haberlos dejado?

—Lo importante no es de lo que me arrepienta. —Lanzarote le pasó a Arvardan un trozo de papel. El papel era delgado, ligero y solo tenía escrita una dirección—. Memorízala y trágate el papel —dijo Lanzarote—. Es la manera de llegar a las montañas y ponerte en contacto con ellos. Si cambias de opinión respecto a tu vida, puedes ir allí en cualquier momento.

—¿También se la has pasado a los demás?

—No. Para los demás el Club de Charlas es suficiente, pero tú tienes algo diferente. Me recuerdas a cuando era joven. Aunque pareces tranquilo, hay una chispa muy peligrosa en tu interior. Yo ya he perdido la ambición y la voluntad de cambiar el mundo, pero no quiero que el resto acabe como yo.

—Pero...

—No tienes que prometerme nada. No es más que una opción. Nada más.

Al volver a casa del Club de Charlas, Arvardan se tumbó en el catre con las manos detrás de la cabeza y se puso a pensar. Estaba colado por Artemisa y no podía hacer nada por evitarlo. Arvardan envidiaba al personaje de Winston del que hablaba Duras cuando les contaba *1984*. Winston y Julia tenían una habitación para ellos, un mundo que les pertenecía.

(Arvardan también pensó en lo que le había dicho Lanzarote sobre los radicales, pero no le dio demasiadas vueltas. La imagen de los radicales escondiéndose en las montañas era mucho menos atractiva que el cuerpo de Artemisa).

En una ocasión en la que se encontraba realizando un «intercambio sincero» con Artemisa, se le declaró. Ella no le respondió directamente, pero se limitó a decir que la relación que tenían no iba a llegar más lejos, que era lo máximo que se podían permitir. Las autoridades pertinentes terminarían por descubrirlos.

—Tenemos que limitar nuestras vidas sentimentales al Club de Charlas. Ya es todo un lujo —dijo Artemisa mientras le acariciaba con cariño el pecho—. En el Club de Charlas somos Artemisa y Wang Er, pero en cualquier otro lugar eres ARVARDAN19842015BNKF y yo ALICE19387465BJHD.

Arvardan respondió con un suspiro. No debería haberle pedido más.

Sus sentimientos cambiaron, al igual que la Red. Desde que se unió al Club de Charlas, Arvardan había empezado a darse cuenta de algunos aspectos ocultos de la Red. Como había dicho Wagner, la batalla entre las personas y las autoridades pertinentes no tenía fin. Las ideas y las palabras se filtran por cualquier resquicio.

Arvardan se dio cuenta de que los correos electrónicos y los hilos de los foros del BSS eran muy predecibles y escondían muchos detalles a los que tenía que prestar atención, cosas parecidas a lo de «cenit». Había todo tipo de códigos y mensajes ocultos. Los rompecabezas eran cosa de personas diferentes, y el formato y la técnica para descifrarlos también variaban con cada uno. Arvardan no sabía lo que escondían algunos de aquellos códigos, pero sí tenía clara una cosa: el Club de Charlas no era la única reunión clandestina. Wagner tenía razón: la gente siempre intentaba usar palabras «convenientes» para expresar ideas «poco convenientes».

Antes, Arvardan solo tenía una ligera idea de que lo estaban reprimiendo, pero ahora podía ver con claridad los latidos de las venas y las arterias del sistema, podía ver cómo se la jugaban las autoridades pertinentes. La libertad de la que disfrutaba en el Club de Charlas solo había conseguido hacerlo más consciente de la falta de libertad que tenía en el resto de su vida.

—¡Que os den, hijoputas!

En todas las reuniones, los tres hombres del grupo gritaban aquel insulto en voz alta. Sabían muy bien que no servía de nada de cara a las autoridades pertinentes, pero les encantaba la sensación de hacerlo.

Una semana, Arvardan estuvo muy ocupado. Habían bloqueado a su compañero por razones desconocidas. Eso significaba que se tenía que hacer cargo de todo el

trabajo del proyecto. Parte de dicho proyecto consistía en diseñar para las autoridades pertinentes un programa que se usaría para controlar la distribución de energía de un nuevo Fisgón activo de alto rendimiento. (No era normal que a Arvardan le contaran tanto, pero como su compañero ya no estaba, sus superiores tuvieron que darle información más concreta). El programa era complicado y tenía que pasarse trabajando delante del ordenador más de doce horas al día. Solo hacía pausas para comer, beber agua destilada o descansar un poco en el catre cuando su cuerpo ya no daba para más. Su habitación olía a camisas y calcetines sudados.

Para colmo, se estropeó la calefacción. Los radiadores grises se pusieron fríos como el hielo y ya no circulaba por ellos agua caliente. Arvardan los examinó y llegó a la conclusión de que el problema no eran las cañerías. Sus vecinos también tenían el mismo problema, por lo que se trataba de algo general. Lo positivo del fallo era que así su habitación no olería tan mal. Pero lo negativo era que se convirtió en un sótano helado. Las bajas temperaturas cubrieron la habitación, que ya era incómoda de por sí, con una capa de escarcha. La única fuente de calor del lugar era el ordenador. Arvardan se puso toda la ropa de invierno, se metió en la cama y giró hacia él los ventiladores del ordenador.

Las autoridades pertinentes tomaron la decisión temporal de convertir «calor» y «caldera» en palabras sin regular, por lo que Arvardan no tuvo manera de enviar una queja a las empresas de calefacción. Lo único que pudo hacer fue esperar pacientemente. La única parte del cuerpo que movía era los dedos en el teclado; del resto, se quedó muy quieto para conservar el calor corporal.

El cuarto día después de que se estropeará el sistema de calefacción, los radiadores al fin empezaron a traquetear cuando el agua caliente comenzó a circular por ellos. La habitación volvió a calentarse, y «calor», «caldera» y palabras similares volvieron a formar parte de la Lista de Palabras Convenientes. Los correos electrónicos y los foros del BBS se llenaron de opiniones como: «¡Agradecemos a las autoridades pertinentes el haber restaurado tan rápido la calefacción y devuelto el calor a la gente necesitada!» o «¡El gobierno cuida de la gente!». Ese tipo de cosas.

Pero era demasiado tarde para Arvardan. Había cogido un resfriado, un resfriado terrible. Le dolía tanto la cabeza que parecía como si alguien le hubiera disparado en el cráneo con munición expansiva. Lo único que podía hacer era tumbarse en la cama y esperar a que fuera a visitarlo el doctor.

El doctor llegó a su casa, le colocó una intravenosa, le dio unas píldoras y le dijo que descansara. Aquella enfermedad duró varios días y tuvo que perderse la reunión del Club de Charlas de esa semana. Tenía muy mal cuerpo y pensó que iba a morir.

Arvardan estaba tumbado en la cama lleno de remordimientos. El Club de Charlas era la única alegría de su vida y ni siquiera podía acudir. Se cubrió la cabeza con la manta y pensó: *¿Llevará Wagner algo especial a la siguiente reunión? ¿Irás Lanzarote acompañado de sus dos hijos? Y Artemisa... Como Arvardan no estaba..., ¿tendría intercambios sinceros con Wagner o con Lanzarote?*

También pensó en Duras. En la reunión anterior, Duras había llegado al momento de la historia en el que Winston le decía a Julia en la habitación secreta: «Nosotros somos los muertos», Julia le respondía: «Nosotros somos los muertos» y una tercera voz también decía: «Vosotros sois los muertos».

Duras se detuvo al llegar a aquel momento. Arvardan tenía muchísimas ganas de saber qué ocurría a continuación. ¿A quién pertenecía aquella tercera voz? ¿Sería del Partido? ¿Arrestarían a Winston y a Julia? ¿Qué les iba a ocurrir?

—Vamos a quedarnos con la incógnita —les dijo Artemisa—. Así nos pasaremos toda la semana con la emoción de saber qué ocurre.

Después de aquello, Artemisa y él habían pasado a disfrutar de un intercambio sincero.

La enfermedad de Arvardan duró diez días. Lo primero que hizo cuando se sintió mejor fue levantarse y mirar el calendario. Era domingo, día de reunión del Club de Charlas. Arvardan se había perdido una y se sintió como alguien que moría de inanición. Hasta en sueños se veía hablando en el Club de Charlas.

Arvardan se lavó la cara y se afeitó la barba incipiente con una cuchilla oxidada. Se lavó los dientes y se peinó con una toalla y agua caliente. Debido a su enfermedad, las autoridades pertinentes le habían proporcionado suministros adicionales, entre los que se encontraban dos cruasanes, dos cervezas de jengibre y un paquete de azúcar refinada. Lo metió todo con cuidado en una bolsa de plástico, la puso dentro del bolsillo de su abrigo y la llevó al Club de Charlas para compartirlo con los demás.

Arvardan se bajó del autobús sin dejar de comprobar que lo tenía todo a buen recaudo bajo su abrigo y caminó hacia la torre Simpson. Cuando estaba a medio camino, levantó la cabeza y lo atenazó un escalofrío que lo obligó a detenerse en seco.

Algo iba muy mal.

Miró hacia el quinto piso. Antes, la ventana del apartamento de Artemisa que daba a la calle estaba cubierta por unas cortinas rosadas, pero en aquella ocasión las cortinas estaban a un lado, y la ventana, abierta de par en par. Los días en que había reunión del Club de Charlas, Artemisa nunca dejaba abiertas las cortinas, y mucho menos las ventanas. Aquello era rarísimo. El ambiente de la Capital era turbio hasta la náusea. Nadie dejaba la ventana abierta para que corriera «aire fresco».

Aquel día no había Club de Charlas. Había pasado algo. Arvardan miró hacia la ventana, y el corazón empezó a latirle con fuerza. Se sacó la mano del bolsillo, se puso un cigarrillo en la boca y se apoyó en un poste telefónico mientras intentaba calmarse y no levantar sospechas entre los viandantes. En aquel momento, vio algo que casi lo hizo desmayarse.

Solo tenía una cosa en la cabeza.

—No hay reunión del Club de Charlas esta semana. No volverá a haber reunión nunca más —murmuraba con gesto ceniciento.

Vio un aparato parecido a un plato de radar oculto en una esquina en aquel lado

de la calle. Arvardan sabía muy bien lo que era. Era el aparato para el que había diseñado aquel programa: el nuevo Fisgón activo de alto rendimiento. El dispositivo era capaz de enviar ondas electromagnéticas y recibir a distancia las vibraciones de las voces en las paredes y las ventanas para examinarlas en busca de palabras no reguladas.

Si había un dispositivo así instalado cerca de la casa de Artemisa, eso solo podía significar que las autoridades pertinentes habían descubierto el Club de Charlas. Las ondas penetrantes del Fisgón activo podían atravesar sin problema las cortinas de plomo y transmitir las palabras textuales de los integrantes del Club a las autoridades pertinentes.

Aquel invento daba paso a una nueva era. Las autoridades pertinentes ya no tenían que esperar a los avisos. Ahora podían investigar de manera activa las conversaciones de la gente. Arvardan imaginó sin mucho esfuerzo lo que había pasado a continuación. Las autoridades pertinentes habían grabado lo que Artemisa y los demás habían dicho. Luego, la policía había irrumpido en el apartamento y arrestado a todos los miembros presentes del Club de Charlas. Después habrían realizado una búsqueda por el lugar y dejado la habitación y las ventanas vacías.

Arvardan sintió que le retorcían un puñal en el corazón. No pensó en la suerte que tenía por haber escapado. Se le revolvió el estómago y sintió el sabor a bilis que le subía por la garganta. Le dieron ganas de vomitar, pero no pudo. De hecho, «vómito» era una palabra sin regular. Su cuerpo se acababa de recuperar de la enfermedad y no fue capaz de soportar aquello. Empezó a temblar y sintió escalofríos.

No se atrevió a continuar. Se dio la vuelta, entró en otro autobús y cerró la boca con más fuerza. Cuando Arvardan llegó a su edificio vio cómo instalaban otro Fisgón activo en las cercanías. Aquella antena oscura se elevaba hacia los cielos y, junto al resto de antenas de la Capital, tejía en las alturas una red gigante e invisible que lo cubría todo.

No se atrevió a pararse para mirar. Continuó con la cabeza gacha, pasó junto al Fisgón activo y volvió a casa sin detenerse. Luego enterró la cabeza en la almohada, pero no se atrevió a llorar a viva voz. Ni siquiera podía decir «Que os den, hijoputas».

Después de aquello, Arvardan volvió a su vida normal, a la vida de antes: estancada, reprimida, desapasionada, regulada y sin ninguna alegría mundana. Lanzarote había dicho que las consecuencias de aquella batalla eran que el ansia de libertad de la gente pondría el lenguaje al borde del desastre. La desaparición del Club de Charlas había desembocado en la desaparición de «charla», «ópera», «sincero» e «intercambio» de la Lista de Palabras Convenientes.

Aunque aún era posible usar los números, 1984 había quedado bloqueado. Una mañana, sin previo aviso, Arvardan recibió un nuevo Número de Serie de Acceso a la Red que ya no contenía aquel número. A partir de aquel momento, los programadores como Arvardan debieron tener en cuenta que el código que escribían tampoco incluyera números ilegales, lo que desembocó en más carga de trabajo y acentuó el

cansancio de Arvardan.

Arvardan se quedó sin saber cómo terminaba *1984*. Duras, la única que lo sabía, había desaparecido por completo, por lo que nunca sabría lo que les había pasado a Winston y a Julia, ni tampoco el destino de Lanzarote, Wagner, Duras o Artemisa.

La que más le preocupaba era Artemisa. Cada vez que pensaba en aquel nombre, Arvardan no podía contener la tristeza que lo embargaba. ¿Qué le habría ocurrido? ¿La habrían bloqueado por completo? Si aquel era el caso, lo único que quedaba de ella en el mundo era su pseudónimo en los recuerdos de un programador.

Tres semanas después de la desaparición del Club de Charlas, todo seguía en calma. Nadie había perseguido a Arvardan. Quizá era porque los demás se habían negado a dar cualquier información sobre él. O quizá porque no sabían a ciencia cierta quién era, ya que solo sabían de él que era un programador llamado Wang Er. Había miles de programadores en la Capital, y Wang Er no era más que un pseudónimo.

La vida siguió su curso, apacible. En realidad, no: para ser más exactos, se podía decir que había una diferencia. La diferencia estaba en la Lista de Palabras Convenientes: desaparecieron más palabras y cada vez a más velocidad. Las palabras desaparecían de ella cada hora y cada minuto. A medida que la revisión de la lista se hacía más constante, los correos electrónicos y los foros del BBS se volvían más banales e insulsos. Como la gente tenía que usar un número de palabras muy limitado para expresar sentimientos que, con ellas, eran inexpresables, cada vez eran más los que preferían quedarse en silencio. Los códigos secretos y las pistas ocultas también empezaron a disminuir.

Un día, Arvardan levantó la cabeza del ordenador. Miró hacia el cielo plomizo y nuboso que había al otro lado de la ventana y se le encogió el pecho. El dolor le hizo toser y tuvo que beberse de un trago el agua destilada que tenía en la taza. Tiró aquel recipiente de plástico desechable a la papelera de reciclaje, que también era de plástico. El sonido quedo del entrecuchar del plástico le hizo reflexionar sobre el hecho que su mente también era poco más que una pila de basura. Se tocó el cráneo con los nudillos e hizo aquel mismo sonido hueco y quedo.

Se puso el abrigo y la máscara con filtro y salió por la puerta. No llevó el Fisgón portátil porque ya no era necesario. La Capital estaba llena de Fisgones activos, siempre atentos por si alguien pronunciaba palabras sin regular. Ahora toda la Capital era como la Red: estable y conveniente.

Arvardan tenía una excusa para salir. Había decidido devolver su permiso para usar el servicio del BBS. Ya no era necesario. El correo electrónico, los foros del BBS y las páginas de la Red ahora eran iguales. Todos.

El calendario aseguraba que era primavera, pero fuera aún hacía mucho frío. Los edificios altos y grises se alzaban como un bosque de piedra congelado en el cero absoluto. Rachas de viento que transportaban arena gualda y la polución de los tubos de escape soplaban entre ellos y corrían por todas partes, lo que hacía imposible

evitar su agobiante presencia. Arvardan metió las manos en los bolsillos, se ciñó aún más el abrigo y caminó hacia el edificio para acudir al Ministerio de Seguridad de la Red.

Se detuvo de improviso, los pies se le clavaron al suelo y no pudo dar ni un paso más. Vio a Artemisa en pie junto a una farola cercana, ataviada con un abrigo negro. ¡Menudo cambio había dado! De perfil, parecía diez años mayor y tenía la cara llena de arrugas. No quedaba en ella rastro alguno de aquella vitalidad juvenil.

Artemisa escuchó los pasos de Arvardan a su espalda y se dio la vuelta. Sus ojos oscuros no tenían expresión. Observaba a Arvardan desde la distancia, con la mirada perdida.

Arvardan no había esperado encontrarse con ella en aquel lugar y en aquel momento. Sintió cómo una chispa volvía a brillar en su corazón, que llevaba mucho tiempo adormilado. Pero sus nervios fatigados y apocados no eran capaces de sentir emoción alguna.

Se quedaron mirándose durante un tiempo. Fue él el que al fin decidió acercarse a ella y mover los labios como si quisiera decir algo. Pero cuando abrió la Lista de Palabras Convenientes más actualizada que le habían pasado aquella mañana, descubrió que estaba vacía. Que las autoridades pertinentes habían bloqueado todas las palabras.

En ese momento recordó una dirección. Por suerte, la tecnología aún no era capaz de bloquear la mente. Quizá había llegado el momento de hacer un viaje a las montañas. Ya no tenía nada que perder.

Alguien tiene que hacerlo.

Y por ese motivo Arvardan se mantuvo en silencio. Pasó junto a Artemisa, inexpresivo, y continuó su camino hacia el progreso. La silueta del hombre se confundió entre la multitud gris y silenciosa.

La ciudad entera estaba en silencio.

HAO JINGFANG

Hao Jingfang es autora de varias novelas, un libro de ensayos sobre viajes y numerosos relatos. Algunos de estos, galardonados con premios de reconocido prestigio como el Galaxy (*Yinhe*) o el Nebula (*Xingyun*), han aparecido en publicaciones tan diversas como *Science Fiction World*, *Mengya*, *New Science Fiction* y *ZUI Found*. Tras cursar estudios de física en la Universidad de Tsinghua y licenciarse en el Centro de Astrofísica de la misma localidad, recientemente ha obtenido el doctorado en Economía y Administración de Empresas. En la actualidad forma parte de un comité de expertos encargado de desarrollar teorías innovadoras.

La obra de Hao no se circunscribe en exclusiva a la literatura «de género». Su última novela, por ejemplo, *Born in 1984*, podría calificarse de narrativa contemporánea. Sus relatos, rebosantes de imaginación y tan precisos como un mecanismo de relojería, están planificados con esmero hasta el último detalle. Los dos relatos seleccionados para esta antología («Planetas invisibles», una fábula que bebe de las pautas marcadas por Italo Calvino, y «Entre los pliegues de Pekín», una distopía con trasfondo económico ambientada en un futuro cercano) reflejan la heterogeneidad de los intereses y enfoques literarios que imprime la autora a sus textos. Ambas historias son susceptibles de interpretarse desde un amplio abanico de puntos de vista. «Entre los pliegues de Pekín» se incluyó en las ediciones de 2015 tanto de la antología *The Year's Best Science Fiction & Fantasy*, editada por Rich Horton, como en *The Best Science Fiction of the Year*, con selección de Neil Clarke.

Planetas invisibles

—Háblame de esos planetas tan fascinantes que has visitado —dices—. Pero no quiero escuchar ninguna crueldad ni nada desagradable.

Por supuesto. Asiento con la cabeza y sonrío para mis adentros. *Claro que sí. Encantado.*

CHICHI RAHA

Chichi Raha es un lugar asombroso, repleto de flores y lagos inolvidables para todos los que recalán en él. No se ve ni un palmo de tierra desnuda, puesto que la superficie entera está cubierta por un manto de vegetación: la hierba *anua*, tan delicada como el hilo de seda; el árbol *kuqin*, tan alto que araña las nubes; y multitud de variedades de frutos impronunciados, inimaginablemente exóticos, que exudan seductoras fragancias.

Los chichirahanos nunca se han tenido que preocupar por ganarse el sustento. Su esperanza de vida es tan elevada como lento su metabolismo, y carecen de depredadores naturales. Se llenan la barriga con una dieta consistente en distintas clases de fruta y habitan en el interior de unos árboles inmensos, con el tronco hueco. El diámetro de estas columnas le permite a cualquier chichirahano adulto tumbarse con comodidad. Si el tiempo es apacible, las ramas cuelgan como lianas sin vida, pero cuando llueve se alzan para que el dosel de su follaje forme un paraguas.

Quienes visitan Chichi Raha por vez primera no se explican cómo es posible que en semejante mundo haya podido prosperar la civilización. Desde un punto de vista foráneo, los habitantes de este escenario carente de amenazas y competencia deberían ser capaces de sobrevivir perfectamente sin necesidad de desarrollar una inteligencia excepcional. Pero sí que existe una civilización aquí, bella, vigorosa y rebosante de creatividad.

No son pocos los visitantes que se imaginan que les gustaría retirarse aquí. Muchos creen que la mayor de sus preocupaciones sería la dieta, de modo que, entre nerviosos y desconfiados, se dedican a probar todas las variedades de frutas

autóctonas. Conforme se prolonga su estancia, sin embargo, tras haber asistido al número suficiente de banquetes, descubren (para su relativa sorpresa) que, si bien les gusta la comida, lo que no soportan es la vida en sí aquí, sobre todo quienes tienen ya cierta edad.

Resulta que los chichirahanos son unos embusteros consumados desde su más tierna infancia. A todos los efectos, mentir constituye la más importante de sus ocupaciones. Dedicán la totalidad de su existencia a urdir historias relacionadas tanto con hechos reales como ficticios. Las escriben, las pintan y las cantan, pero son incapaces de recordarlas. Les trae sin cuidado que entre sus palabras y los hechos medie el menor ápice de coherencia, el único rasero que les importa se mide por lo interesante que sea el relato. Si se les pregunta por la historia de Chichi Raha, entonarían mil versiones distintas; todo ello sin que a nadie se le ocurra contradecir las ajenas con la propia, pues, de todas maneras, cada elemento de esta conforma una tremenda contradicción a su vez.

En este planeta todos dicen «sí, enseguida lo hago» a todas horas, pero nunca nadie hace nada. Nadie se toma los compromisos en serio, si bien es cierto que las promesas le dan aliciente a la vida. Solo en circunstancias extraordinarias cumplirá un habitante de Chichi Raha con su palabra, ocasiones dignas de celebración. Por ejemplo, si dos de ellos habían acordado una cita y resulta que ambos acuden a ella, es sumamente probable que pasen a formar pareja de inmediato y se vayan a vivir juntos. Estas excepciones, por supuesto, escasean. La mayoría de los chichirahanos viven solos hasta el fin de sus días, a pesar de lo cual no se sienten insatisfechos. Al contrario, cuando oyen hablar de los problemas de superpoblación que padecen otros planetas, se reafirman en su opinión de que el suyo es el único que ha descubierto el secreto de la felicidad.

Así las cosas, Chichi Raha constituye una fuente inagotable de arte, historia y literatura, razón por la cual se ha convertido en uno de los destinos predilectos para los turistas más sofisticados. Muchos visitantes acuden con la esperanza de escuchar a algún nativo declamando anécdotas familiares, tendido en la hierba, bajo la copa de uno de sus árboles-casa.

Hubo en tiempos quienes cuestionaban, no obstante, que en un planeta con estas características pudiera desarrollarse una civilización estable. Pensaban que Chichi Raha era un sitio caótico e ingobernable con el que nadie podría establecer lazos comerciales jamás. Pero se equivocaban, pues no solo goza el planeta de una cultura política muy avanzada, sino que hace siglos que la exportación frutícola prospera sin interrupción. Su costumbre de mentir a todas horas no ha supuesto nunca el menor obstáculo para este tipo de avances; antes bien, se diría incluso que ha contribuido a impulsarlos. Lo único que brilla por su ausencia en Chichi Raha es la ciencia. Todas y cada una de las mentes racionales que habitan aquí conocen un fragmento de los secretos del universo, pero el conjunto no tiene la menor oportunidad de ensamblarse.

PIMACEH

He aquí otro planeta cuya historia se caracteriza por los numerosos interrogantes que la rodean. Conforme pasees por sus museos, restaurantes y hoteles, llegarán a tus oídos distintas teorías sobre el pasado de Pimaceh. A la larga resulta inevitable sentirse atrapado en un miasma de confusión, pues la expresión de cada uno de tus interlocutores será tan sincera que no podrás por menos de creerte lo que te diga, a pesar de lo cual es de todo punto imposible reconciliar las distintas versiones.

La configuración de este mundo es legendaria. Estrictamente hablando, Pimaceh ni siquiera es esférico. La elevación del hemisferio sur es muy inferior a la de su contrapartida septentrional, y un acantilado casi perpendicular que se extiende a lo largo de todo el ecuador divide el planeta en dos mitades bien diferenciadas. Por encima del acantilado: hielo y nieve; por debajo: un océano ilimitado. La ciudad de Pimaceh está construida encima de este acantilado que rodea el planeta. Desde el cielo hasta el mar, las casas parcialmente en suspensión y las avenidas delineadas, que forman una cuadrícula perfecta, parecen elementos plasmados en un lienzo gigante.

Nadie sabe cómo se construyó este lugar. Solo se conocen las románticas conjeturas que cuentan los pobladores actuales. Historias cargadas de emoción, todas ellas: algunas nos hablan de leyendas heroicas; otras son parcas y trágicas; algunas giran en torno a amores abocados al fracaso. El efecto en particular que logre surtir cada una de ellas en quien las escuche dependerá del narrador, aunque lo cierto es que nadie es capaz de ofrecer una versión que satisfaga a todo el mundo. Y así, a medida que su historia va cambiando de manos, Pimaceh se vuelve todavía más misterioso y arrebatador.

Muchos recién llegados, fascinados por las espectaculares vistas e historias, dilatan su estancia hasta perder todo el deseo de volver a su hogar. Este es un planeta espacioso y hospitalario en el que todos los extranjeros son recibidos con los brazos abiertos. Los visitantes, convertidos ahora en colonos, establecen sus propias residencias en el acantilado y transmiten a los nuevos visitantes las historias que han escuchado. Satisfechos, se convierten paulatinamente en nativos.

Su felicidad se prolongará hasta el día en que descubran la verdad sobre sí mismos y se den cuenta de que las pistas que apuntaban a la auténtica historia de Pimaceh eran innumerables desde el principio: en este planeta, todos son visitantes. Los nativos no existen.

Cierto, hubo un tiempo en el que también Pimaceh gozó de una historia majestuosa, pero, por algún motivo, ha quedado relegada al olvido. Sus habitantes originales se marcharon por razones desconocidas, dejando atrás una pintoresca ciudad fantasma que maravilló a los viajeros interestelares que tropezaron con ella. También dejaron los fragmentos de un idioma indescifrable, como metáforas que

rellenaban los huecos que mediaban entre los edificios. Estas metáforas arraigaron en la mente de los nuevos visitantes y eclosionaron en forma de suntuosos y bellos pasados imaginarios para el planeta.

Nadie sabía quién había sido el primero en descubrir este mundo deshabitado. También la historia de los visitantes se había desvanecido, de forma consciente o no, conforme se transmitía de generación en generación. A todos los nuevos colonos les gusta considerarse los pobladores de Pimaceh. Protegen su planeta y se arrojan con fervor el papel de anfitriones, hasta que, un buen día, comienzan a creer que esta es su tierra natal, la misma en la que habrán de acabar enterrados.

El secreto de Pimaceh no está al alcance de prácticamente nadie, salvo tal vez de ese puñado de errantes natos que realmente han estado en todos los rincones del universo. Quizá ellos sean capaces de detectar el sutil énfasis que ponen los habitantes de este lugar en autodenominarse los *Pobladores de Pimaceh*. En aquellos planetas cuyos habitantes originales han estado al mando de la situación desde el principio, esta es una de las cosas que antes se olvida.

BINGWAUGH

Dejando Pimaceh al margen, tal vez haya que irse hasta Bingwaugh para encontrar tanta variedad de especies distintas, procedentes de todos los rincones del vasto océano estelar, cada una de ellas con su propia cultura y civilización en sempiterno conflicto, fuente inagotable de chispas sus roces constantes.

Bingwaugh no es ni demasiado grande ni demasiado pequeño. Sus estaciones son indistinguibles unas de otras, y su clima es apacible. La superficie del planeta se compone en su mayor parte de planicies, con escasas montañas y poca diferencia de elevación. El horizonte forma una curva delicada, sin altibajos. Contiene todo cuanto debería poseer un planeta, pero nada más: un suelo razonablemente fértil, unos depósitos minerales pasables, fauna y flora variadas e incluso esa especie de campos circulares rodeados de arbustos bajos en los que a los turistas les gusta congregarse para cantar y bailar. Nada extraordinario en absoluto.

Sus habitantes son igualmente insulsos: mamíferos, no demasiado grandes; buena gente, cabal; fácil de satisfacer. La organización social no es muy estricta y todo el mundo convive en armonía.

Si hubiera que escoger un rasgo que los distinguiera del resto, sería su

predisposición a la complacencia. Rara vez se los encontrará uno discutiendo, ni entre ellos ni con la diversidad de visitantes interestelares que reciben. Se les da de maravilla escuchar. Adultos y niños por igual ponen los ojos como platos y se quedan arrobados mientras les sueltas cualquier sermón, asintiendo a menudo con la cabeza y adoptando expresiones que denotan el embeleso que les infunde la sabiduría que estás impartiendo.

Tras descubrir esta peculiaridad de Bingwaugh, los aventureros más ambiciosos del universo acudieron en tromba para sacarle partido, pues ¿quién no querría reinar sobre semejante pueblo y lugar? Recursos en abundancia, un entorno acogedor y una ubicación privilegiada, en la intersección de numerosas rutas comerciales.

Así las cosas, aparecieron educadores y misioneros, políticos, revolucionarios y reporteros, todos los cuales se dedicaron a impartir a los nativos su visión particular de los cielos o a enumerarles las virtudes de sus ideales; una y otra vez los habitantes de Bingwaugh asintieron con la cabeza, exhalaban hondos suspiros de sentida admiración y aceptaron aquellos innovadores preceptos filosóficos. Hubo planetas remotos que llegaron incluso a enviar «supervisores» encargados de gobernar a estos nuevos conversos. Los nativos no opusieron nunca la menor objeción, ni rechistaron siquiera.

Tras este inicialmente triunfal desarrollo de los acontecimientos, sin embargo, todos los huéspedes interestelares terminaron sintiéndose defraudados. Cuanto más tiempo pasaban en Bingwaugh, de hecho, mayor era la desilusión que los embargaba.

El caso es que estos nativos no han aceptado nunca ninguna propaganda alienígena. Aunque acepten la instauración de un nuevo credo, después no acatan nunca sus mandamientos. El mismo entusiasmo volcado en admirar los ignotos sistemas legislativos que se les presentan lo emplean acto seguido en desobedecer todas y cada una de las nuevas normas foráneas.

Frente a esta actitud de los nativos no hay nada que los ambiciosos colonizadores puedan hacer, pues saben que el contraste entre las palabras y los actos de los habitantes de Bingwaugh no se debe a ninguna conspiración oculta, sino que obedece a una mera cuestión de costumbres. Si se les interroga directamente al respecto, responderán, perplejos: «Sí, lo que dices parece verdad, pero el mundo está repleto de verdades. Así que, ¿qué más da que tú tengas una de ellas?».

Algunos planetas, incapaces de tolerar esta situación, han intentado conquistar Bingwaugh por la fuerza, lo que ha suscitado la intervención inmediata de otros mundos. El equilibrio de poder es tan delicado que cualquier posible conflicto se resuelve siempre fuera de los límites de la atmósfera de Bingwaugh.

De resultas de todo ello, aunque sea este un lugar en el que convergen multitud de extranjeros, también es uno de los planetas que mejor ha conservado su cultura original.

¿Te gustan estas historias?

—Sí... pero no. ¿Por qué están llenos todos estos planetas de visitantes de otras estrellas? Eso no me gusta. Es como si estuviéramos hablando de zoos.

Tienes razón. A mí tampoco me gusta. De este modo, a la larga, se diluye la exclusividad de cada planeta, como una huella borrada por el paso del tiempo. De acuerdo, escuchemos un par de historias sobre nativos de verdad.

AMIYACHI Y AIHUOWU

Déjame que te hable de dos mundos gobernados aún por sus habitantes originales. En cada uno de ellos conviven dos especies inteligentes distintas; en ambos casos, sin embargo, cada una de dichas especies cree ser la única líder de su respectivo planeta.

Amiyachi orbita alrededor de una estrella doble compuesta por una gigante azul, deslumbrante, y una enana blanca cuyo brillo palidece en comparación. Aunque las dos poseen una masa parecida, difieren tremendamente tanto en volumen como en el tipo de radiación que emiten. La órbita de Amiyachi, por consiguiente, que tiene forma de calabaza irregular, danza un vals a lo largo del paraboloide hiperbólico que dibujan los campos gravitacionales de ambas estrellas.

Amiyachi entra en un largo verano cuando está cerca de la gigante azul, pero al aproximarse a la enana blanca comienza un invierno igual de prolongado. El verano es la estación en la que la flora del planeta se multiplica, crece y extiende sus tallos como una posesa. En invierno, la mayoría de las plantas se aletargan y solo un puñado de maleza obstinada florece discretamente sobre la superficie desierta.

Verano e invierno. En cada una de estas estaciones gobierna en Amiyachi una especie distinta: una danza en los frondosos bosques del estío; la otra desfila, solitaria, por los páramos helados. Los amiyachianos del verano viven en casas hechas de enredaderas entretejidas que, al bajar las temperaturas, se marchitan y mueren. Los amiyachianos del invierno viven en cuevas excavadas en las recias montañas; conforme aumenta el calor, los accesos a estas moradas quedan ocultos tras densos macizos de hierba y helechos, sin dejar ningún rastro visible.

Cuando los amiyachianos del verano se preparan para hibernar, segregan un líquido protector que los recubre antes de hundirse en el suelo. El líquido estimula el

apareamiento de una especie de insecto conocida como *wususu*. Al reproducirse, los *wususu* dan vida al *aludon*, un tipo de arbusto resistente a las heladas. El florecimiento de esta planta, de aspecto anodino, presagia el largo y paulatino despertar de los amiyachianos del invierno.

Estos dan a luz al aproximarse el fin de su periplo estacional. Los bebés recién nacidos, protegidos por una dura membrana, se desarrollan bajo tierra. Las reacciones iónicas de su evolución alteran el pH del suelo y propician la germinación y el crecimiento de otras variedades de plantas, augurando así tanto el comienzo del verano del planeta como el reinado de los amiyachianos del verano.

De este modo, las dos especies inteligentes que conviven en Amiyachi se desconocen la una a la otra. Ambas ignoran que la conservación de sus respectivas culturas depende de la existencia de sus contrapartidas, caras distintas de la misma moneda. Las dos especies han creado obras que ensalzan a esas deidades que, en su omnisciente sabiduría, les permiten renacer con cada nuevo despertar de su letargo, sin sospechar aún que ambas son tanto descendientes de la divinidad como dioses la una para la otra.

En cuanto a Aihuowu, la situación es radicalmente distinta. Las dos especies inteligentes que comparten la superficie de este planeta son muy conscientes de la existencia de sus distintas civilizaciones, aunque ninguna sospecha que la otra es igual que ella, poseedora de sus propios sentimientos, lógica y doctrina moral.

La razón es sencilla: cada una de estas especies existe en un marco temporal distinto.

El movimiento de traslación del planeta Aihuowu podría calificarse de singular, pues no solo el ángulo que forman su eje de rotación y el plano de la órbita es diminuto, sino que el eje de rotación en sí experimenta además una sutil precesión. Así, la superficie del planeta se puede dividir en cuatro regiones: la estrecha franja cerca del ecuador tiene día y noche en consonancia con la rotación del planeta, mientras que las regiones polares poseen sus propios periodos de claridad y oscuridad según la precesión del eje de rotación. Un día cerca del polo dura cien veces más que un día cerca del ecuador, por lo que las criaturas nacidas en cada una de estas regiones experimentan el tiempo en una proporción de cientos de unidades de diferencia.

Para los aihuowuanos que viven cerca del ecuador, los polos constituyen regiones misteriosas en las que los días y las noches dan la impresión de ser interminables. Para los aihuowuanos polares, por su parte, el ecuador pasa de la luz a la oscuridad a una velocidad extraordinaria, como destellos estroboscópicos. Los aihuowuanos ecuatoriales, ágiles y delicados, viven en densas colonias formadas por cientos de miles de individuos. Los polares, por su parte, hacen gala de un metabolismo tan pausado como sus largos días y noches, y su fisionomía parece diseñada a escala, magnificada, para no desentonar con la percepción que tienen del tiempo.

En ocasiones, los aihuowuanos ecuatoriales exploran los polos en busca de

aventuras. Siempre se pierden en aquellos bosques laberínticos, repletos de árboles gigantescos, y toman por riscos inexpugnables los hogares con los que se tropiezan a veces. Cuando los aihuowuanos polares se aproximan al ecuador, en cambio, a menudo pasan por alto los detalles que delatan la presencia de los ecuatoriales y arrasan sin darse cuenta sus casas y sus cultivos. Comparten el mismo planeta, pero viven en dos mundos completamente distintos.

A veces surgen entre los aihuowuanos ecuatoriales teorías que especulan con el posible raciocinio de las gigantescas criaturas que pueblan los casquetes polares. En su fuero interno, sin embargo, el consenso generalizado es que si esas criaturas tan lentas, las cuales pueden llegar a tardar el equivalente a cien de sus años en desplazarse tan solo unos pasos, poseyeran algún tipo de inteligencia, esta sería mínima y rudimentaria. Los aihuowuanos polares abrigan sospechas por el estilo acerca de la inteligencia de sus contrapartidas ecuatoriales, pero siempre terminan sacudiendo la cabeza con un suspiro, pues saben que esas criaturas tan diminutas cuyo ciclo vital no abarca más que un solo día serían incapaces de construir algo parecido a una civilización de verdad.

Y así, las dos especies inteligentes que conviven en Aihuowu experimentan los mismos procesos de aprendizaje, trabajo, amor y guerra; sus respectivas historias se desarrollan en dos escalas temporales distintas, reflejo la una de la otra; pero se tratan con indiferencia, sin saber que, cuando del tiempo se trata, todos medimos el universo según el baremo de nuestra propia longevidad.

—Espera un momento —interrumpo—. ¿Cómo es posible que conozcas tantas civilizaciones? ¿Cuándo has estado tú en Amiyachi? ¿Y qué escala temporal empleaste para explorar la vida en Aihuowu?

Las conozco. Ya lo creo que sí. Y si tú hubieras estado allí, también las conocerías. Esto es lo que distingue a los visitantes de los nativos. Esta es la razón que justifica al viajero.

—¿Sí? ¿Por eso viajas tú tanto?

Sí y no. Si realmente te interesa conocer mis motivos, deja que te hable de un planeta consagrado a viajar.

Los habitantes de Lunaji construyen los autocares, embarcaciones, aeronaves y catapultas de pasajeros más bellos del mundo. La complejidad y el refinamiento de estos vehículos superan con creces todo lo que pudieran imaginar los visitantes de otros planetas, al igual que exceden los niveles tecnológicos de cualquier otra industria existente en el planeta.

Quienes se dejen engañar por las apariencias podrían llegar a la precipitada conclusión de que el hecho de viajar posee un significado especial para los lunajianos, pero pocos acertarían a discernir el verdadero motivo, mucho más profundo que eso. No es fácil imaginarse por qué tantos seres inteligentes querrían dedicar toda su vida a los preparativos del viaje y a estar en constante movimiento de un sitio a otro en vez de acometer tareas más gratificantes. La razón oculta tras este trasiego, aparentemente irracional, solo está al alcance de quienes conocen el ciclo vital de los lunajianos.

En Lunaji hay una cuenca de grandes dimensiones donde la concentración de oxígeno es más elevada que en ninguna otra parte. El suelo es húmedo y fértil, pequeñas cascadas vierten sus aguas en un lago límpido y cristalino, las plantas florecen a lo largo de todas las estaciones del año y los árboles, cargados de frutos esféricos, rodean aterciopeladas praderas salpicadas de hongos que lucen todos los colores del arcoíris. Aquí es donde pasan su infancia los lunajianos, sin saber cómo han llegado a este mundo. Desde el momento en que abren los ojos, esta cuenca es lo único que conocen.

Tarde o temprano, siempre hay quien sucumbe al deseo de desentrañar el origen secreto de su existencia o buscar el hogar de los dioses. Es entonces cuando comienzan a crecer hasta alcanzar el tamaño que les permitirá trepar por las rocas que delimitan las suaves pendientes que bordean su hogar. Tras internarse en el bosque, denso y laberíntico, escalan las laderas que los separan del mundo que se extiende más allá de la cuenca. Ignoran su propia edad, pues el momento en el que cada uno de ellos alcanza la madurez es distinto.

Una vez fuera de la cuenca siguen caminando, errando, explorando... sin encontrar nada. Conocen a otros que salieron de la cuenca antes que ellos, pero también estos prosiguen aún con su búsqueda, todavía continúan viajando, desconcertados por el misterio de su propia existencia. La vida de los lunajianos, por tanto, consiste en una migración interminable que los lleva de un lugar a otro sin descanso, sin asentarse jamás. Construyen barcos, coches y aviones con el único objetivo de acelerar sus desplazamientos y cubrir hasta el último milímetro cuadrado del planeta, hasta tocar los confines del cielo.

En ocasiones, por casualidad, hay quienes se adentran por una senda sin señalizar que desemboca en un calvero oculto entre la espesura. Crece allí una flor plateada, hermosísima, cuyos pétalos desprenden una fragancia embriagadora. Estos efluvios surten un efecto desorientador en todos los lunajianos, al tiempo que concita en su

pecho la aparición de un afecto sin precedentes. Y así, por primera vez en sus vidas, se sienten atraídos unos por otros y se abrazan, se funden, proveen y reciben para, por último, dar a luz en las márgenes de un arroyo cuyas aguas transportarán a sus recién nacidos hasta la cuenca que se extiende al pie de las cataratas.

¿Los progenitores? Percen y se hunden en el légamo.

Este ciclo tan elemental es todo cuanto hay detrás de los viajes sin descanso de los lunajianos.

YANYANNI

Ya que estamos hablando de crecer, me gustaría contarte un par de historias más. La primera va de Yanyanni.

Basta con echarle un vistazo a un yanyanniano para saber qué edad tiene. Al igual que los árboles, no dejan de crecer nunca. Todos los años son un poco más altos que el anterior. Los adultos miden lo mismo que varios niños colocados unos encima de otros, y los jóvenes son varios palmos más bajos que los mayores. Los hombros y la cabeza del más anciano despuntan siempre en medio de la multitud que lo rodea, convirtiéndolo en una torre solitaria.

Así pues, en el mundo de los yanyannianos, el concepto de amistad capaz de soslayar cualquier diferencia de edad es inexistente. Incluso el mero hecho de hablar con alguien perteneciente a otra generación requiere un esfuerzo. Si la conversación se prolonga, ambos interlocutores terminarán con el cuello dolorido, obligado el más joven a mirar hacia arriba constantemente mientras que el mayor debe hacerlo hacia abajo. Así pues, no es de extrañar que las personas de edades muy dispares no suelen relacionarse entre sí. Sus hogares tienen distintas alturas, e incluso las baldas de los establecimientos en los que hacen sus compras son diferentes. Solo pueden ver el cinturón de los demás, y ninguno sabe qué expresión tiene el otro.

No es del todo exacto, sin embargo, afirmar que el crecimiento de los yanyannianos carezca de límites. Tarde o temprano, un buen día todos despiertan para descubrir que su tamaño no se ha incrementado. Es entonces cuando saben que la muerte está próxima. Su reacción nunca es triste: crecer es un proceso agotador. Muchos terminan rendidos por el camino y, sencillamente, buscan cualquier excusa para detenerse. Los yanyannianos tardan mucho en morir, aunque nadie sabría precisar cuánto. Nunca ha podido medirse con exactitud. A fin de simplificar las

cosas, el día en que dejan de crecer señala la edad de su defunción. A sus ojos, el paso del tiempo es una medida de cambio. Cuando cesa el crecimiento, el tiempo se detiene.

La casa más alta de Yanyanni se construyó hace más de un siglo. Por aquel entonces vivía un anciano que, año tras año, crecía cada vez más, hasta que su cabeza chocó con el techo del edificio más alto que existía en su época. Así pues, sus vecinos le erigieron una torre diseñada para albergar a un solo hombre. El pie del edificio ocupaba la superficie de un parque entero. A la muerte del hombre, nadie más consiguió batir su récord de longevidad, por lo que la torre se dividió en dos plantas y fue convertida en museo.

Cuenta la leyenda que el anciano había dejado un diario junto a cada una de las ventanas de la torre, en el que se contaba cómo era su vida durante los años en los que su altura se correspondía con esa ventana en cuestión. Más adelante hubo quienes se valieron de escalerillas para recuperar aquellos diarios y leerlos, pero, con el paso del tiempo, terminaron perdiéndose.

Ahora los visitantes pasean frente a esas ventanas vacías e intentan imaginarse cómo se las apañaría para alimentarse o lavarse los dientes alguien que era capaz de cruzar un río de un solo paso.

TISU ATI Y LUTIKAWULU

Tisu Ati y Lutikawulu forman una pareja de opuestos. Estos dos planetas, separados por cien mil años luz de distancia, son como los extremos de un dipolo: se anulan mutuamente y, al mismo tiempo, se definen el uno al otro.

Los tisuatianos son mucho más pequeños que los habitantes de otros planetas. Su piel es especialmente suave, y sus cuerpos pueden cambiar de forma con rapidez. En este mundo lamarckiano, el desarrollo de la expresión génica ha alcanzado... no, rebasado... todos sus límites. El conjunto de la evolución se comprime en la vida efímera de cada individuo.

Los tisuatianos pueden alterar su fisionomía a su antojo. Quienes practican la escalada de alta montaña desarrollan unos brazos cada vez más largos, hasta superar la extensión de sus cuerpos. Quienes manejan maquinaria pesada desarrollan cinco o seis apéndices extra, de modo que un solo individuo puede controlar la apertura y el cierre de múltiples válvulas simultáneamente. En la calle no hay dos tisuatianos

iguales. Por todas partes pueden verse bocas tan grandes como para ocultar la mitad de una cara, talles tan finos como fideos o esferas recubiertas por una capa de escamas a modo de blindaje. Estas alteraciones son únicas para cada individuo, y resulta imposible detectar la ascendencia de alguien basándose tan solo en su aspecto. Incluso a un progenitor, transcurrido el tiempo suficiente, le costaría distinguir a su prole entre el gentío.

Aunque quizá «a su antojo» no sea la expresión más exacta. No es del todo cierto que cada tisuatiano pueda desarrollar la apariencia que tenga en mente. La mayor parte del tiempo, la imagen que poseen de sí mismos es vaga e imprecisa. Solo al dar un paso más grande de lo normal o chocarse con algo se da cuenta uno de que sus piernas se han estirado un treinta por ciento o de que ahora tiene otra hilera de púas en el espinazo. Esa persona, ni que decir tiene, en cuestión de unos años se habrá convertido en un zancudo capaz de subir todo un tramo de escaleras de un solo paso, o en un guerrero cuyo cuerpo estará protegido por puntiagudas y recias espinas.

Los tisuatianos, por tanto, tienden a ser mucho más cautos que los habitantes de otros planetas. Miden tanto sus palabras como sus movimientos. Les aterra la posibilidad de que, en un descuido, cualquier gesto extraño que hayan podido hacer al acostarse pase de ser algo fortuito a un rictus permanente, una especie de tumor inextirpable.

En las bulliciosas calles de Lutikawulu basta con echarle un somero vistazo a alguien para conocer los pormenores de su actividad profesional y su rutina diaria. Quizá sea este el único punto en común que compartan Tisu Ati y Lutikawulu.

Los lutikawuluanos son también muy distintos entre sí: atletas, cantantes, escultores, intelectuales, etcétera. Los rasgos que los distinguen son fáciles de discernir por lo que respecta a musculatura, forma, tamaño y facciones, al igual que en Tisu Ati.

El periplo vital en ambos planetas, sin embargo, es radicalmente opuesto. A diferencia de Tisu Ati, Lutikawulu es un mundo darwiniano en el que todos sostienen que cualquier esfuerzo dirigido a reorientar la senda de la evolución es estéril. Los lutikawuluanos poseen unos genomas estables que evolucionan muy despacio, en consonancia con los preceptos de la variación al azar y la selección natural. Como la reproducción de los lutikawuluanos es asexual, no obstante, las alteraciones genéticas de las células somáticas continúan expresándose a lo largo de sus respectivos linajes. Estas células, conforme se dividen y cambian, se transmiten a sus adaptaciones sin reservas, de generación en generación. Y así, los hijos heredan las alteraciones de sus padres.

De resultas de esta particularidad suya, el descendiente de un herrero será más fuerte que los demás niños, del mismo modo que la hija de un relojero hará gala de una vista extraordinaria y una mayor agilidad con los dedos. Estas diferencias, acumuladas a lo largo de miles de años, propician la aparición paulatina de un nuevo nivel de especiación. Todas las categorías profesionales han desarrollado su propia

especie independiente. Incluso a pesar de que algunas ocupaciones hayan desaparecido ya, los rasgos que se asocian a ellas continúan expresándose y evolucionando.

Todas estas especies distintas están unidas por el idioma. Solo gracias a la lengua que tienen en común y al número idéntico de cromosomas que comparten pueden reconocerse como poseedoras de un mismo origen. Por lo demás, no tienen nada en común. Nadie siente celos del trabajo de los demás, igual que un simio no sentiría celos de un dinosaurio. Como reza el proverbio: «a las aves les está dado el cielo, mientras que los peces gobiernan en el mar». Conviven en las mismas ciudades y se cruzan por la calle, pero es como si se miraran sin verse realmente.

Aunque los tisuatianos hayan reproducido la evolución cien millones de veces, siempre han rechazado la auténtica evolución. Da igual cuánto alteren su aspecto: sus hijos comenzarán siempre en la misma casilla de salida, conservando la misma forma original primitiva. Los lutikawuluanos simbolizan el caso contrario: ningún individuo experimentará jamás ningún cambio, pero, vistos a través de la lente de los eones, cada uno de ellos marca un punto distinto a lo largo de infinidad de curvas divergentes.

—Mentira —protestas con un mohín enfurruñado—. ¿Cómo puede regirse el mismo universo por dos conjuntos de leyes opuestos?

¿Por qué no? Cariño, nada es imposible. Múltiples pasos, cada uno de ellos carente de sentido por sí solo, al combinarse forman una norma, un principio. Quizá en este momento te rías, o frunzas el ceño, y con ese gesto el futuro esté bifurcándose en dos sendas distintas, dos conjuntos de leyes. Pero ¿cómo podrías saberlo tú ahora, en este preciso momento?

—¿Es eso cierto? —preguntas, ladeando la cabeza, antes de guardar silencio durante unos instantes.

Te miro y me río por lo bajo. El columpio en el que te sientas se mece adelante y atrás, y la brisa les imprime un delicado aleteo a tus cabellos a la altura de las orejas. La clave de la cuestión estriba en el método reproductivo, naturalmente, pero esa respuesta sería demasiado árida. No me apetece desembrollar ahora esa madeja.

¿Sabes una cosa? Lo verdaderamente importante no es si lo que yo estoy contándote es cierto, sino si tú te lo crees. De principio a fin, no es la lengua lo que dicta el rumbo de la narración, sino el oído.

CHINCATO

La lengua y el oído poseen un significado especial en Chincato, pues para los habitantes de este planeta, hablar no es un mero pasatiempo, sino requisito indispensable para su existencia.

Chincato no tiene nada de especial, salvo su atmósfera, tan densa que resulta impenetrable para la luz. La superficie del planeta está sumida en las tinieblas. La vida en Chincato nace gracias a las cálidas corrientes de las profundidades marinas, espesas y repletas de materiales orgánicos, caldeadas por la lava borboteante, y recibe su energía del calor que anida en el corazón del planeta. Para los chincatoanos, el cráter ebulliscente del volcán subacuático representa su sol, la morada de los dioses, fuente de sabiduría y vigor. Fuera del cráter encuentran los azúcares orgánicos que constituyen su alimento, los cimientos de su existencia.

Los chincatoanos carecen de ojos y órganos fotosensibles. Dependen del sonido para localizarse unos a otros. Sus orejas sirven tanto para escuchar como para observar. En realidad, para ser precisos, no tienen orejas. Escuchan con todo su cuerpo. La mitad superior está recubierta de diafragmas trapezoidales, cada uno de ellos erizado de miles de barbas de longitud variable, capaces de resonar con una frecuencia en particular. De este modo, gracias al lapso transcurrido entre el momento en que uno de estos diafragmas trapezoidales detecta un sonido y su posición, el cerebro de los chincatoanos es capaz de determinar la ubicación del causante de este, la distancia a la que se encuentra e incluso su forma exacta.

Los chincatoanos, por consiguiente, hablan y escuchan sin pausa. Emiten sonidos tanto para percibir la presencia de otros como para anunciar la propia a los demás. No pueden guardar silencio. El silencio es peligroso y los aterra. Solo hablando de manera continuada pueden establecer su posición, comprobar que todavía siguen con vida. Compiten entre sí por ver quién habla más alto, pues únicamente así pueden destacar sobre los demás, llamar la atención de los otros.

Algunos nacen con defectos en sus órganos vocales. Estas criaturas casi nunca consiguen sobrevivir. Corren el peligro constante de sucumbir arrolladas por los que son más grandes y veloces que ellas. A su muerte, prácticamente nadie sospecharía siquiera que esos infantes pudieron llegar a existir.

—Qué triste. Tus historias son cada vez más cortas, pero ¿por qué han tenido que volverse también cada vez más tristes?

¿Triste? ¿Qué es más triste, la historia que yo te cuento o la que tú estás escuchando?

—¿Cuál es la diferencia?

La diferencia es inmensa. He estado en un planeta cuyos habitantes, pese a ser

capaces de emitir sonidos en diez mil frecuencias distintas, adolecen de una percepción acústica muy limitada. La sensibilidad de sus oídos no está a la altura de la versatilidad de sus cuerdas vocales, por lo que nunca escuchan todo lo que se dicen. Pero lo más interesante es que el rango de frecuencias que puede oír cada uno de ellos es diferente. Aunque todos crean estar escuchando la misma canción, mil individuos distintos oirán en realidad mil versiones distintas de ella, aunque ninguno lo sepa.

—Ya estás inventándote cosas otra vez. ¿Cómo podría existir semejante lugar? — Te muerdes los labios y abres mucho los ojos—. Empiezo a sospechar que no has estado en ninguno de esos planetas de los que me hablas. ¿Te lo has inventado todo para entretenerme?

Cariño, empezando por la Odisea, todo caballero errante ha narrado romances ambientados en tierras lejanas para cortejar a las damiselas de las que están enamorados. ¿Sabrías distinguir las historias reales de las que no lo son? He vagado por todos estos planetas igual que vagó Marco Polo por las ciudades de Oriente, como Kublai Kan cabalgando de un extremo a otro de su reino inconmensurable: todo sucede en un abrir y cerrar de ojos. Tanto podría decirse que realmente he estado en esos lugares como que no me he ido nunca. Aunque los planetas de los que te hablo se encuentran diseminados por todos los rincones del universo, a veces confluyen en el mismo lugar, como si hubieran sido uno solo desde el principio.

Se te escapa una risita al oír esto.

—Ahora lo entiendo. Estos lugares se reúnen en tus historias, y si me las estás contando ahora es para que las pueda guardar todas juntas en mi cabeza. ¿No es eso?

Exhalo un suspiro mientras contemplo tus facciones radiantes. El sonido es inaudible, por lo que no detectas nada extraño en mi sonrisa. ¿Cómo podría explicártelo? ¿Cómo conseguir que lo entiendas? No puede reunirse ningún conjunto de historias cuando el destino de estas no es otro que la separación.

Sí, respondo en voz baja. *Nos hemos pasado toda la tarde aquí sentados, contando historias, y juntos poseemos un universo. Pero estas historias no son algo que yo esté contándote a ti. Esta tarde, los dos somos narradores y público al mismo tiempo.*

JINJIALIN

Jinjialin es el último planeta del que te hablaré hoy. Es una historia muy breve. Terminaré enseguida.

El cuerpo de los jinjialinos no se parece al de los habitantes de ningún otro planeta: son como globos de blanda textura, o quizá como medusas flotando en el aire, flácidas y transparentes. Su superficie es membranosa, similar a la capa externa de una célula. Al tocarse dos de ellas, se funden en una.

Cuando dos jinjialinos se encuentran, distintas partes de sus cuerpos convergen por un instante y combinan los materiales de su interior. Al separarse, dichos materiales se redistribuyen. Esto propicia que no le presten mucha atención a su aspecto físico, ya que resulta imposible saber hasta qué punto el cuerpo que poseen en un momento determinado proviene de los desconocidos que hayan ido tropezándose por el camino. Consideran que siguen siendo ellos mismos, y no le conceden mayor importancia al hecho de intercambiar unos cuantos materiales de vez en cuando.

Lo que ignoran es que este concepto del «yo» no es más que una ilusión. En el momento en que dos de ellos convergen, las dos mitades originales dejan de existir. Se convierten en un ente combinado, y al separarse este, en dos personas distintas. Ninguna de ellas sabe nada de lo que tuvo lugar antes de su encuentro y ambas piensan que su yo actual sigue siendo igual que su yo anterior, inmutable.

¿Lo entiendes? Cuando haya terminado de contarte estas historias, cuando hayas terminado de escuchar estas historias, ni yo seguiré siendo yo, ni tú seguirás siendo tú. Esta tarde, por espacio de un breve instante, nos hemos fundido en un solo ser. Después de esto portarás siempre en tu interior una parte de mí, al igual que yo habré de portar para siempre una parte de ti en el mío, incluso después de que a ambos se nos haya olvidado esta conversación.

—¿Insinúas que Jinjialin es nuestro mundo?

¿Nuestro mundo? ¿Cuál de todos? ¿Existe alguno que nos pertenezca? ¿Pertenece acaso nosotros a un solo lugar?

No me preguntes por las coordenadas de estos planetas. Encontrarás las cifras que buscas en los proverbios más antiguos del universo. Son el aire que se escurre entre tus dedos. Puedes cerrar el puño en un intento por atraparlos, pero cuando abras la mano de nuevo, estará vacía. Tú y yo hemos coincidido un momento, pero nuestro destino dicta que volvamos a separarnos. Somos simples viajeros que, tarareando canciones de enigmático significado, deambulamos a oscuras por el firmamento. Nada más. Cantamos al viento, eso lo sabes; cantamos al viento de una patria lejana.

Entre los pliegues de Pekín

1

A las cinco menos diez de la mañana, Lao Dao cruzó la bulliciosa avenida peatonal camino de su cita con Peng Li.

Al finalizar su turno en la planta de tratamiento de residuos, Lao Dao se había ido a casa para ducharse y cambiarse de ropa. Llevaba puesta una camisa blanca y pantalones marrones, el único atuendo decente que poseía. Puesto que la camisa tenía rozaduras en los puños, se la remangó hasta los codos. Lao Dao contaba cuarenta y ocho años de edad, estaba soltero y hacía mucho que había dejado atrás la edad en la que aún le preocupaba su aspecto. Puesto que no tenía a nadie que lo importunara con minucias domésticas, hacía años que conservaba este conjunto. Cada vez que se la ponía, volvía después a casa, se quitaba la camisa y los pantalones, doblaba todo pulcramente y volvía a guardarlo. Su trabajo en la planta de tratamiento de residuos le brindaba escasas ocasiones de arreglarse, salvo para asistir muy de vez en cuando a la boda del hijo o la hija de algún amigo.

Hoy, sin embargo, le producía desazón la idea de encontrarse con desconocidos sin ofrecer una apariencia respetable, cuando menos. Tras cinco horas en la planta, recelaba también del olor que se pudiera estar desprendiendo de él.

La carretera estaba atestada de gente que acababa de salir del trabajo. Hombres y mujeres por igual se agolpaban alrededor de todos los vendedores ambulantes, seleccionando comestibles de la región y regateando los precios a voz en cuello. Las mesas de plástico de los puestos de comida estaban abarrotadas de comensales que, inmersos en el aroma del aceite caliente, devoraban sus platos con avidez, con la nariz enterrada en los cuencos de fideos de arroz con salsa picante y la cabeza oculta entre blancas nubes de vapor. Otros tenderetes ofrecían montañas de azufaias y nueces, así como grandes pedazos de carne en salazón que colgaban sobre las cabezas de los vendedores. Era el momento más ajetreado de la jornada: el trabajo se daba por finalizado, todo el mundo tenía hambre y el estruendo era generalizado.

Lao Dao se embutió en medio de la aglomeración, que ralentizaba su avance. Un camarero cargado de platos avisó de su presencia a gritos y comenzó a abrirse paso a codazos. Lao Dao se apresuró a seguirlo, pisándole los talones.

Peng Li vivía unas pocas manzanas avenida abajo. Lao Dao subió las escaleras hasta su puerta, pero Peng no estaba en casa. Una vecina le dijo que no solía volver antes de que cerrara el mercado, aunque no supo precisar la hora.

Nervioso, Lao Dao consultó su reloj: ya eran casi las cinco de la madrugada.

Regresó abajo para esperar junto a la entrada del edificio de apartamentos. A su alrededor, un grupo de adolescentes famélicos devoraban su comida, en cuclillas. Reconoció a dos de ellos porque recordaba habérselos encontrado un par de veces en casa de Peng Li. Cada uno de los chiquillos tenía una ración de *chow mein* o *chow fun*, y compartían los platos como haría una familia. Las bandejas eran un desastre, y los pares de palillos perseguían sin cesar los elusivos trocitos de carne que se escondían entre el pimiento picado. Lao Dao se olisqueó los antebrazos de nuevo, como si quisiera cerciorarse de que el hedor a basura no había reaparecido por sorpresa. El caótico bullicio cotidiano que lo rodeaba contribuyó a tranquilizarlo con su familiaridad.

—Oye —dijo Li, uno de los muchachos—, ¿sabéis lo que cobran ahí por una ración de cerdo cocinado dos veces?

—¡Joder! Acabo de morder arenilla —exclamó un chico corpulento, llamado Ding, mientras se tapaba la boca con una mano. Tenía las uñas sucísimas—. ¡Deberíamos exigirle al vendedor que nos devuelva el dinero!

—¡Trescientos cuarenta yuanes! —prosiguió Li, sin hacerle ni caso—. ¿Os lo podéis creer? ¡Trescientos cuarenta! ¡Por el cerdo cocinado dos veces! ¿Y por la ternera guisada? ¡Cuatrocientos veinte!

—¿Cómo pueden estar los precios tan por las nubes? —masculló Ding mientras se acariciaba la mejilla—. ¿Qué le echarán a la comida?

Los otros dos jóvenes, a los que no parecía interesarles la conversación lo más mínimo, se afanaban en trasladar la comida de las bandejas a sus bocas como si estuvieran cavando una zanja. Mientras Li los observaba, su mirada anhelante dio la impresión de traspasarlos y concentrarse en algún punto lejano tras ellos.

El estómago de Lao Dao profirió un rugido. Se apresuró a girar la cabeza, pero ya era demasiado tarde. Sus entrañas vacías se habían transformado en un abismo que amenazaba con descoyuntarle todo el cuerpo entre sacudidas. Hacía un mes que no comía nada por la mañana. Antes acostumbraba a gastar alrededor de cien yuanes diarios en el desayuno, lo que se traducía en un despilfarro de tres mil al mes. Si conseguía atenerse a su plan durante un año entero, ahorraría el dinero suficiente para costear la matrícula de dos meses en el cole de Tangtang.

Dejó vagar la mirada por el horizonte, donde los camiones municipales de la limpieza se aproximaban ya con parsimonia.

Se armó de valor. Si Peng Li se retrasaba mucho más, Lao Dao tendría que embarcarse en su aventura sin consultarlo antes con él. Aunque eso aumentaría la dificultad y los peligros del viaje, el tiempo apremiaba y Lao Dao debía partir cuanto antes.

Los estridentes chillidos con los que la mujer que se había materializado junto a él enumeraba las virtudes de sus azufaixas interrumpieron los pensamientos de Lao Dao y le provocaron un dolor de cabeza instantáneo. Los vendedores ambulantes de la otra orilla de la carretera empezaron a recoger sus productos; como los peces de un estanque en el que alguien acabase de introducir un palo, la muchedumbre se dispersó. Nadie sentía el menor interés por enfrentarse a los equipos de limpieza de la ciudad. Los camiones proseguían pacientemente su avance mientras se desmontaban los puestos. No se admitía el tráfico rodado por las avenidas peatonales, por lo general, pero los camiones municipales constituían una excepción. Todos los rezagados acabarían empaquetados por las malas.

Peng Li apareció entonces, por fin, con la camisa abierta y un mondadientes colgando entre los labios, caminando con paso indolente entre eructos ocasionales. Ya sexagenario, Peng se había vuelto holgazán y desaliñado. Le colgaban las mejillas como los carrillos de un *shar pei*, lo que le confería una apariencia de enfurruñamiento perpetuo. Viéndolo ahora, cualquiera podría llevarse la impresión de que era un perdedor cuya máxima ambición en la vida pasaba por llenarse la barriga. Lao Dao, sin embargo, conservaba recuerdos incluso de la infancia en los que su padre ensalzaba las hazañas acometidas por Peng Li cuando era joven.

Lao Dao acudió al encuentro de Peng en la calle.

—No hay tiempo para explicaciones —farfulló de súbito, antes incluso de que Peng Li pudiese saludarle siquiera—, pero tengo que llegar al Primer Espacio. ¿Sabrías decirme cómo?

La expresión de Peng Li denotaba la estupefacción que sentía. Hacía por lo menos diez años que nadie sacaba el tema del Primer Espacio en su presencia. Entre sus dedos languidecía la mitad astillada del palillo; se le había partido entre los dientes sin que él se diera ni cuenta. Se quedó unos segundos sin decir nada, hasta que reparó en la angustia que atenazaba a Lao Dao y se lo llevó a rastras en dirección al edificio de apartamentos.

—Vente a mi casa y hablemos. Tienes que empezar allí, de todas formas, para llegar adonde quieres ir.

Los equipos de limpieza de la ciudad estaban ya prácticamente encima de ellos, y la multitud se esparcía como hojas al viento.

—¡Que todo el mundo se retire a sus hogares! ¡A sus hogares! El Cambio está a punto de comenzar —anunció una voz desde lo alto de uno de los camiones.

Peng Li condujo a Lao Dao escaleras arriba, hasta su apartamento. La decoración de su sencilla unidad de residencia monopersonal era espartana: seis metros cuadrados de superficie equipados con un aseo, un rincón para cocinar, una mesa con su silla y una cama nido con cajones en la parte inferior para guardar la ropa y utensilios diversos. Las paredes, cubiertas de manchas de humedad y pisadas, estaban desnudas, a excepción hecha de un puñado de ganchos distribuidos al azar en los que colgar chaquetas, pantalones y trapos. Una vez dentro, Peng quitó toda la ropa y las

toallas de sus perchas y las guardó en uno de los cajones. Durante el Cambio no debía haber nada sin asegurar.

Lao Dao había vivido en una unidad monopersonal idéntica a esta. Nada más poner el pie dentro aspiró el olor a pasta que flotaba en el aire.

Peng Li le lanzó una mirada asesina.

—No pienso mostrarte el camino a menos que me expliques por qué.

Ya eran las cinco y media. A Lao Dao solo le quedaban otros treinta minutos.

Le resumió los elementos fundamentales de la historia a Peng Li: la botella con un mensaje dentro que se había encontrado; el conducto para la basura en el que se había escondido; la misión en el Segundo Espacio que le había sido asignada; la decisión de pedir ayuda que había tomado, razón por la cual estaba ahora aquí. Disponía de muy poco tiempo, subrayó; debía partir de inmediato.

—¿Te ocultaste en los conductos de la basura anoche para colarte en el Segundo Espacio? —Peng Li frunció el ceño—. ¡Eso significa que tuviste que esperar veinticuatro horas!

—¿A cambio de doscientos mil yuanes? —dijo Lao Dao—. Habría merecido la pena aunque hubiera tenido que pasarme una semana entera escondido.

—No sabía que anduvieras tan escaso de dinero.

Lao Dao guardó silencio un momento.

—Tangtang tendrá edad para empezar en el jardín de infancia dentro de un año. Se me ha agotado el tiempo.

Se había quedado de piedra al empezar a documentarse sobre los precios del cole. Si querían acceder a un centro con algo de reputación, los padres debían acudir con sacos de dormir para hacer cola durante un par de días antes de poder acercarse siquiera a la ventanilla de inscripción. Ambos progenitores tenían que turnarse para que, mientras uno guardaba su lugar en la fila, el otro pudiera ir al baño o a conseguir un bocado para comer. Nada les garantizaba una plaza, ni siquiera después de hacer cola durante más de cuarenta horas. Quienes tenían suficiente dinero habían adquirido ya casi todos los huecos para su prole, por lo que los padres menos privilegiados debían soportar aquella espera interminable con la esperanza de obtener alguna de las poquísimas plazas libres. Y estamos hablando de centros medianamente decentes. ¿Los realmente buenos? Olvídate de hacer cola; todas las plazas estaban ya reservadas para los que tenían dinero.

Lao Dao no quería pecar de poco realista, pero a Tangtang le encantaba la música desde que contaba tan solo dieciocho meses de edad. Cada vez que oía alguna canción por la calle se le iluminaba la cara, contorsionaba el cuerpecito y agitaba los brazos como si estuviera bailando. En esos momentos su aspecto era más tierno que nunca. Lao Dao se quedaba deslumbrado, como si la pequeña estuviera bañada por los focos de un escenario. Costara lo que costase, se había jurado llevar a Tangtang a un jardín de infancia en el que se ofrecieran clases de música y baile.

Peng Li se quitó la camisa y se aseó mientras hablaba con Lao Dao. El «aseo» en

cuestión consistió en salpicarse la cara con unas cuantas gotas de agua, puesto que esta ya la habían cortado y del grifo únicamente salía un fino reguero. Peng Li cogió una toalla mugrienta de la pared y se secó desmañadamente antes de guardarla a su vez en uno de los cajones. Su cabello mojado ofrecía un lustre oleaginoso.

—¿A qué viene todo ese esfuerzo? —preguntó—. Ni que fuera tu hija de verdad.

—No tengo tiempo que perder —repuso Lao Dao—. Indícame cuál es el camino.

Peng Li suspiró.

—Eres consciente de que, si te capturan, no será cuestión de pagar una multa y a correr, ¿verdad? Te encerrarían durante meses.

—Pensaba que tú habías ido ya varias veces.

—Cuatro. A la quinta me pillaron.

—Más que de sobra. Si lo consiguiera hasta en cuatro ocasiones, que me detuvieran al final carecería de toda importancia.

La misión de Lao Dao consistía en entregar un mensaje en el Primer Espacio: el éxito le reportaría cien mil yuanes; si además conseguía regresar con una respuesta, doscientos mil. Cierto, era ilegal, pero no saldría herido nadie y, mientras se atuviera a la ruta y al método indicados, las probabilidades de que lo apresaran tampoco eran excesivamente grandes. Y el dinero... el dinero era real, contante y sonante. No se le ocurría ningún motivo para rechazar la oferta. Le constaba que, cuando Peng Li tenía unos cuantos años menos, se había colado en el Primer Espacio más de una vez para amasar una pequeña fortuna como contrabandista. Era factible.

Las seis menos cuarto. Lao Dao se tenía que ir. Ya.

Peng Li exhaló otro suspiro. Se daba cuenta de que intentar disuadir a Lao Dao no serviría de nada. Tenía edad más que de sobra para sentirse cansado y harto de todo, pero recordaba lo que era ser joven; en otros tiempos habría tomado la misma decisión que Lao Dao. Tiempos en los que le habría importado un comino ir a prisión. ¿Cuál era el problema? Perdías unos cuantos meses de libertad y te llevabas alguna que otra paliza, pero la recompensa hacía que valiese la pena. Mientras te negaras a divulgar de dónde había salido el dinero, daba igual los castigos a los que te sometieran; sobrevivirías. La citación de la Oficina de Seguridad no era más que una amonestación de rutina.

Peng Li condujo a Lao Dao hasta la ventana de la parte de atrás y apuntó con el dedo a la angosta callejuela que discurría entre las sombras, a sus pies.

—Empieza descolgándote por la tubería del desagüe que hay aquí, en mi unidad. Bajo el revestimiento de fieltro encontrarás los asideros ocultos que instalé en su momento; si te pegas a la pared, las cámaras no podrán verte. Una vez en el suelo, atente a las sombras y sigue todo recto hasta que llegues al borde. Sentirás la presencia del acantilado antes de verlo. Sigue el filo hacia el norte. Hacia el norte, acuérdate bien.

Peng Li pasó a explicarle a Lao Dao cuál era la técnica necesaria para entrar en el Primer Espacio mientras el suelo giraba durante el Cambio. Debía esperar hasta que

el piso comenzara a ascender y partirse. Luego, desde la cornisa elevada, tenía que encaramarse al otro lado y gatear unos cincuenta metros sobre la sección transversal hasta alcanzar la margen opuesta del piso en torsión, escalar y dirigirse hacia el este. Allí encontraría un arbusto al que podría agarrarse mientras el suelo descendía y se sellaba. Después podría ocultarse entre la maleza.

Lao Dao había recorrido ya la mitad de la distancia que lo separaba de la ventana, dispuesto a iniciar el descenso, antes incluso de que a Peng le hubiera dado tiempo a terminar con sus explicaciones.

Peng Li lo sujetó y se cercioró de que hubiera afianzado el pie en el primer asidero.

—Voy a decirte algo —dijo entonces, reteniéndolo— que quizá no te guste escuchar. Creo que no deberías hacerlo. Ese sitio... tampoco es tan maravilloso como lo pintan. Si lo encuentras, acabarás sintiéndote como si tu vida fuese una mierda, insignificante.

Lao Dao estaba extendiendo ya el otro pie, tanteando en busca del siguiente asidero. Tenía el cuerpo en tensión, apoyado en el antepecho de la ventana. Cuando habló, sus palabras sonaron entrecortadas.

—Da igual. No me hace falta ir a ninguna parte para saber que mi vida ya es una mierda.

—En tal caso —dijo Peng Li—, ándate con cuidado.

Lao Dao siguió las instrucciones de Peng Li y, tan deprisa como se atrevía, descendió a tientas; los asideros parecían seguros bajo sus pies. Al levantar la cabeza vio que Peng Li se había encendido un cigarrillo junto a la ventana; tras pegarle unas cuantas caladas, lo apagó, se asomó y dio la impresión de disponerse a decir algo más, pero al final se retiró al interior de su unidad en silencio y cerró la ventana, que refulgía con una luz tenue.

Lao Dao se imaginó a Peng Li metiéndose en la cama nido en el último momento, justo antes del Cambio. Al igual que en los millones de hogares que había repartidos por toda la ciudad, la cama liberaría un gas somnífero que lo dejaría sumido en un sueño profundo. No sentiría nada mientras el mundo cambiante transportaba su cuerpo, ni volvería a abrir los ojos hasta el día siguiente por la noche, cuarenta horas más tarde. Peng Li ya no era joven; nada lo distinguía ya de los otros cincuenta millones que vivían en el Tercer Espacio.

Lao Dao apretó el paso, tocando apenas los asideros en su precipitación por bajar. Cuando consideró que ya estaba lo bastante cerca del suelo, se soltó y aterrizó a cuatro patas. La unidad de Peng Li, por suerte, solo estaba en el cuarto piso y la altura no era excesiva. Se incorporó y atravesó corriendo la sombra que proyectaba el edificio próximo al lago. Distinguió la grieta que había en la hierba, donde se abriría el suelo.

Antes de llegar, sin embargo, oyó una reverberación amortiguada a su espalda, interrumpida por unos cuantos repiqueteos metálicos, estridentes. Lao Dao se giró y

vio cómo el edificio de Peng Li se partía en dos. La mitad superior se dobló hacia abajo, abatiéndose en su dirección, lenta pero inexorablemente.

Fascinado, Lao Dao se quedó mirando el espectáculo durante unos momentos, sin parpadear, antes de reponerse de la sorpresa. Corrió hasta la fisura que había en el suelo y se dejó caer de bruces junto a ella.

Había empezado el Cambio, un proceso que se repetía cada veinticuatro horas. El mundo entero comenzó a girar. El clamor del acero y la piedra plegándose, rechinando y colisionando lo inundó todo, como el estruendo que podría producir una cadena de montaje al detenerse de golpe. Los inmensos edificios de la ciudad se acoplaron y fundieron en sólidos bloques; los rótulos de neón, las marquesinas de los comercios, los balcones y otras protuberancias arquitectónicas se replegaron en el interior de las construcciones o se aplastaron contra las paredes formando una capa tan fina como la piel. Hasta el último palmo de superficie se vio afectado mientras los edificios se compactaban para ocupar el menor espacio posible.

El suelo comenzó a levantarse. Lao Dao permaneció alerta, expectante, hasta que la fisura se hubo ensanchado lo suficiente. Gateó por el borde ribeteado de mármol en dirección al muro de tierra, aferrándose a los trozos de metal que sobresalían del firme. Mientras la hendidura continuaba ampliándose y las paredes se elevaban, se descolgó utilizando las manos además de los pies. Su trayectoria era descendente, al principio, inestable la tracción del piso contra las suelas de sus zapatos. Toda la sección sobre la que se encontraba rotó de improviso, no obstante, impulsándolo por los aires y volviendo el mundo del revés.

Lao Dao estaba pensando en la noche anterior.

Precavido, había asomado la cabeza fuera del montón de basura, atento al menor sonido procedente del otro lado de la puerta. El hedor a basura putrefacta, en proceso de fermentación, que lo envolvía era insoportable: viscoso y pungente, con un tufillo dulzón subyacente. Se apoyó en la reja de hierro. En el exterior, el mundo comenzaba a desperezarse.

En cuanto el primer indicio de fulgor macilento procedente de las farolas se hubo insinuado bajo la puerta, que empezaba ahora a elevarse, Lao Dao se puso en cuclillas para trasponer el umbral gateando. Las calles estaban desiertas; las instalaciones que sobresalían de los costados de los edificios se desplegaron y extendían segmento a segmento; los porches emergían de las paredes; los aleros rotaban hasta encajar gradualmente en su sitio; las escaleras se estiraban y descendían a la calle. A ambos lados de la carretera, un cubo negro tras otro eclosionaba y se abría, de forma que revelaba las baldas y las estanterías de su interior. En lo alto de ellos aparecían carteles que se conectaban entre sí mientras unas grandes marquesinas de plástico se expandían en los márgenes de la avenida hasta confluir en el centro, formando un pasillo de establecimientos comerciales. No había nadie a la vista, sin

embargo, como si Lao Dao estuviera soñando.

Las luces de neón se encendieron con un parpadeo. Los diminutos leds instalados en lo alto de las tiendas se combinaron en forma de caracteres que anunciaban azufaixas de Xinjiang, fideos *lapi* del noreste de China, masa con fibra de Shanghái y carnes en salazón de Hunan.

Durante el resto del día, Lao Dao no podría olvidar esa escena. Llevaba cuarenta y ocho años viviendo en esta ciudad, pero jamás había visto nada parecido. Su jornada comenzaba siempre en la cama nido y en la cama nido terminaba, y el tiempo entremedias lo pasaba trabajando o sorteando las mesas cochambrosas de los puestos de comida callejera y las multitudes que se agolpaban alrededor de los vendedores ambulantes, regateando a voz en grito. Esta era la primera vez que veía el mundo desnudo.

Todas las mañanas, quien se encontrase a cierta distancia de la ciudad (un camionero, pongamos por caso, que estuviera esperando en la autopista de acceso a Pekín) podría observar cómo la ciudad entera se plegaba y volvía a desplegarse.

A las seis de la mañana, los camioneros desmontaban de sus vehículos y se acercaban a la orilla de la carretera, donde se restregaban los ojos, adormilados todavía tras una noche incómoda al volante. Bostezando, intercambiaban saludos y dejaban vagar la mirada por el lejano centro de la ciudad. El área de descanso de la autopista se encontraba en la Carretera del Séptimo Anillo, mientras que la rotación del suelo ocurría en la Carretera del Sexto Anillo. La distancia era idónea para admirar toda la ciudad, como quien contempla con anhelo un islote que descuella en el mar.

A primera hora del alba, la ciudad se plegaba y se encogía. Los rascacielos se inclinaban, sumisos, como humildes criados cuya reverencia los llevara a tocarse los pies con la cabeza; a continuación se escindían, seguían plegándose y recogían sus extremidades, insertándolas en los resquicios diseñados para ello. Los bloques compactos que antes eran altos edificios se mezclaban y combinaban en forma de cubos de Rubik, densos y gigantescos, que se sumían en un sueño profundo.

Era entonces cuando empezaba a girar el suelo. Escaque a escaque, las porciones de tierra describían un giro de ciento ochenta grados alrededor de su eje y revelaban los edificios del otro lado: edificios que se desplegaban y se erguían, despertando como un rebaño de grandes bestias bajo el cielo gris azulado. La isla que era la ciudad se asentaba, bañada por la luz anaranjada del amanecer, y se desperezaba antes de volver a quedarse inmóvil, envuelta en cenicientos jirones nubosos.

Los camioneros, cansados y hambrientos, contemplaban fascinados aquel interminable ciclo de renovación urbanística.

La ciudad plegable se dividía en tres espacios. Un lado de la tierra era el Primer Espacio, con una población de cinco millones. El tiempo que tenía asignado era desde las seis de la mañana hasta las seis de la mañana del día siguiente. Entonces ese espacio se iba a dormir, y la tierra giraba.

El Segundo Espacio y el Tercero compartían el otro lado. En el Segundo Espacio vivían veinticinco millones de personas, y su tiempo asignado duraba desde las seis de la mañana de ese segundo día hasta las diez de la noche. En el Tercer Espacio vivían cincuenta millones de personas, con un tiempo asignado que comprendía desde las diez de la noche hasta las seis de la mañana del día siguiente, momento en el que regresaba el Primer Espacio. El tiempo estaba meticulosamente dividido y acotado para que las distintas poblaciones se mantuvieran separadas: cinco millones de personas disfrutaban de veinticuatro horas, y otros setenta y cinco millones hacían lo propio con las veinticuatro siguientes.

El peso de cada estructura a ambos lados del suelo no estaba repartido de forma equitativa. A fin de subsanar el desequilibrio, la tierra era más gruesa en el Primer Espacio, con lastre extra enterrado en el suelo para compensar la gente y los edificios que faltaban. Para los residentes del Primer Espacio, la existencia de esa cantidad extra de suelo era un emblema natural que simbolizaba su posesión de una herencia más rica y profunda.

Lao Dao había vivido en el Tercer Espacio desde que nació. Comprendía muy bien cuál era la realidad de su situación, sin necesidad de que Peng Li se la señalara. Era un manipulador de residuos; llevaba veintiocho años procesando basura y no preveía dejar de hacerlo ni a corto ni a largo plazo. No había encontrado ni el significado de su existencia ni el refugio último del cinismo; en vez de eso, continuaba aferrándose a la humilde posición que se le había asignado en la vida.

Lao Dao había nacido en Pekín. Su padre, que también era manipulador de residuos, le había contado que acababa de obtener ese puesto cuando nació él, así que la familia al completo lo había celebrado durante tres días enteros. Antes su padre había sido trabajador de la construcción, uno más de los millones de obreros que, procedentes de todos los rincones de China, habían acudido a Pekín en busca de empleo. Su padre y otros como él habían construido esta ciudad plegable. Distrito a distrito, habían transformado la antigua ciudad. Como termitas que invadieran una casa de madera, habían roído los restos del pasado, removido la tierra y regurgitado un nuevo mundo. Armados con martillos y azuelas, habían agachado la cabeza y, ladrillo a ladrillo, se habían dedicado a erigir a su alrededor una muralla hasta perder de vista el cielo. Cegados por el polvo que ellos mismos levantaban, ni siquiera habían podido apreciar la majestuosidad de su obra. Por último, cuando la construcción terminada se alzó ante ellos como un ente vivo, se desperdigaron en

desbandada, aterrados, como si acabasen de engendrar una monstruosidad.

Cuando los ánimos se hubieron calmado, sin embargo, los obreros comprendieron hasta qué punto supondría un honor vivir en semejante ciudad del futuro, por lo que habían seguido trabajando con diligencia y docilidad, aspirando mansamente a que les concedieran la oportunidad de quedarse en la urbe. Contaban que, una vez completada la ciudad plegable, habían solicitado un permiso de residencia más de ochenta millones de empleados de la construcción. Se lo concedieron a uno de cada cuatro de ellos.

Conseguir un puesto en la planta de tratamiento de residuos no había sido tarea sencilla. Aunque la actividad se limitaba a la separación de basura, eran tantos los aspirantes esperanzados que hubo que imponer unos criterios de selección muy estrictos: el candidato idóneo debía ser fuerte, hábil, perspicaz, organizado, diligente y capaz de soportar los malos olores y los entornos laborales adversos. Testarudo, el padre de Lao Dao se había agarrado con todas sus fuerzas al clavo ardiendo de la oportunidad mientras aquella inmensa marea humana crecía y se retiraba a su alrededor, hasta encontrarse con que era el único superviviente varado en una playa inhóspita tras escapar de un naufragio.

Después de aquello, su padre había mantenido la cabeza agachada y, durante veinte años más, había seguido trabajando inmerso en el acre hedor de las inmundicias y el hacinamiento. Había construido esta ciudad; también era uno de sus residentes y basurero de profesión.

La ciudad plegable se había dado por finalizada dos años antes de que naciera Lao Dao. Nunca había vivido en otra parte, ni había abrigado siquiera el deseo de visitar otros lugares. Terminó la enseñanza primaria, la secundaria y el instituto, y se había presentado hasta en tres ocasiones a los exámenes de acceso a la universidad que se celebraban con carácter anual, pero suspendió todas las veces. Al final, también él había empezado a trabajar de basurero. Trabajaba en turnos de cinco horas en la planta de tratamiento de residuos, de once de la noche a cuatro de la madrugada. Junto a decenas de miles de compañeros, su cometido consistía en cribar mecánicamente los desperdicios lo más deprisa posible, seleccionando los restos reciclables de las migajas de vida del Primer y el Segundo Espacio para arrojarlos al horno de tratamiento. Todos los días se enfrentaba a la cinta transportadora cargada de basura, que desfilaba ante sus ojos como un río, y raspaba las sobras de comida de los envases de plástico, recogía los trozos de vidrio de las botellas rotas, arrancaba el dorso impermeable de las compresas manchadas de sangre y lo metía todo en los contenedores de reciclaje, marcados con líneas de color verde. Esta era su misión: ganarse el sueldo ejecutando siempre la misma tarea, ardua y repetitiva, sin entretenerse; deslomarse hora tras hora a cambio de una recompensa tan evanescente como las alas de una cigarra.

En el Tercer Espacio vivían veinte millones de basureros; eran los amos de la noche. Los otros treinta millones se ganaban la vida vendiendo ropa, alimentos,

combustible o seguros, pero casi todo el mundo entendía que los empleados de la planta de tratamiento de residuos constituían la columna vertebral de la prosperidad del Tercer Espacio. Cuando paseaba por las calles bañadas de neón, Lao Dao tenía la impresión de estar caminando bajo arcoíris hechos de restos de comida. No podía hablar con nadie de lo que sentía. Las nuevas generaciones veían con desdén el oficio de basurero. Volcaban todas sus energías en destacar en las pistas de los clubes nocturnos, con la esperanza de que alguien los contratara como bailarines o pinchadiscos. Incluso trabajar en una tienda de ropa les parecía una alternativa mejor: al menos sus dedos tocarían telas delicadas en vez de tener que hurgar entre la inmundicia en busca de pedazos de plástico o metal. A los jóvenes ya no les atemorizaba la incertidumbre de no saber cómo iban a sobrevivir; las apariencias les preocupaban muchísimo más.

Lao Dao no despreciaba su trabajo. Cuando llegó al Segundo Espacio, sin embargo, la posibilidad de que lo despreciaran a él le aterraba.

La mañana anterior, Lao Dao había salido del conducto para la basura a rastras, con una hoja de papel, dispuesto a encontrar al autor de la nota en la dirección que constaba en ella.

El Segundo Espacio no estaba lejos del Tercero. Compartían la misma cara del suelo, aunque estaban divididos en el tiempo. Al producirse el Cambio, los edificios de un espacio se plegaban y retraían en el suelo mientras los del otro se extendían en el aire, segmento a segmento, utilizando las azoteas de los edificios del otro espacio como cimientos. La única diferencia entre ambos espacios era la densidad de los edificios. Lao Dao tuvo que esperar un día entero, con su noche, dentro del conducto para la basura antes de que se le presentase la oportunidad de emerger mientras el Segundo Espacio se desplegaba. Aunque esta era la primera vez que visitaba este espacio, no se sentía nervioso. Lo único que le preocupaba era que el olor a podredumbre lo delatara.

Qin Tian, por suerte, era un alma generosa. Quizá estuviese preparado para la clase de persona que podría responder a su mensaje desde el momento en que decidió introducirlo en aquella botella.

Supo a primera vista cuál era el motivo de que Lao Dao se hubiera personado ante él. Lo condujo al interior de su hogar, le ofreció un baño caliente y le dio uno de sus propios albornoces para que se lo pusiera.

—Tengo que contar contigo —le dijo.

Qin era un estudiante que vivía en un apartamento propiedad de la universidad. Tenía tres compañeros de piso; además de los cuatro dormitorios, en el apartamento había una cocina y dos cuartos de baño. A Lao Dao, que no se había bañado nunca en un cuarto tan espacioso, nada le habría gustado más que quedarse un buen rato a remojo y librarse del persistente mal olor que desprendía su cuerpo, pero temía

ensuciar la bañera y no se atrevía a frotarse la piel demasiado vigorosamente con la esponja. Las ráfagas de burbujas que brotaban de las paredes de la bañera le dieron un susto, y secarse con el sistema de chorros de aire caliente hizo que se sintiera incómodo.

Cuando se hubo aseado, cogió el albornoz de Qin Tian y titubeó durante un momento antes de ponérselo. Después lavó su ropa y unas cuantas camisas que encontró tiradas de cualquier manera en un cesto. Los negocios eran los negocios, y no quería deberle ningún favor a nadie.

Qin Tian quería enviarle un regalo a una chica que le gustaba. Se habían conocido en el trabajo, cuando a Qin Tian le ofrecieron la oportunidad de ir al Primer Espacio para hacer unas prácticas en la Oficina de Economía de las Naciones Unidas, donde ella también estaba empleada. El periodo de prácticas era tan solo de un mes. Qin le contó a Lao Dao que la muchacha había nacido en el Primer Espacio y se había educado en el seno de una familia muy rigurosa. Su padre se negaba en redondo a permitir que saliera con un chico del Segundo Espacio, razón por la cual no podía ponerse en contacto con ella por medios convencionales. Qin miraba al futuro con optimismo, no obstante; solicitaría el ingreso en el Programa para Jóvenes de la ONU cuando se graduara, y si lo elegían, podría irse a trabajar al Primer Espacio. Aún le quedaba otro año de estudios antes de obtener el título, pero bebía los vientos por ella. Le había hecho un medallón con forma de rosa que brillaba en la oscuridad; era el regalo con que pensaba pedirle que se casara con él.

—Estaba en un simposio, ya sabes, sobre el endeudamiento de la ONU. Habrás oído hablar de él... Da igual, el caso es que la vi y fue como ¡Ah! Me acerqué de inmediato para hablar con ella. Estaba haciendo de acomodadora para los vips, indicándoles cuáles eran sus asientos; como no sabía qué decirle, me limité a seguirla por ahí. Al final me inventé que necesitaba un intérprete y le pregunté si podría ayudarme. Fue tan amable conmigo, y tenía una voz tan aterciopelada... Nunca le había pedido salir a una chica, entiéndeme, estaba supernervioso. Luego, cuando empezamos a salir, le recordé cómo nos habíamos conocido... ¿De qué te ríes? Empezamos a salir, sí... No, creo que nuestra relación todavía no ha llegado a esa fase, pero... en fin, nos besamos. —Qin Tian se rio a su vez, azorado—. ¡Es verdad! ¿No me crees? Ya, a veces tampoco yo termino de crérmelo del todo. ¿Crees que le gusto realmente?

—No tengo ni idea —respondió Lao Dao—. No la conozco.

Uno de los compañeros de piso de Qin Tian se acercó a ellos con una sonrisa y dijo:

—Abuelo, ¿por qué te tomas su pregunta al pie de la letra? Es retórica. Solo quiere oírte decir: «¡Pues claro que le gustas! Con lo apuesto que eres».

—Seguro que es muy guapa.

—No me asusta que te rías de mí. —Qin Tian empezó a deambular de un lado para otro por delante de Lao Dao—. Cuando la veas, comprenderás el significado de

«elegancia sin par».

El muchacho se detuvo, absorto en sus pensamientos. Estaba acordándose de los labios de Yi Yan. Su boca quizá fuese lo que más le gustaba de ella: suave y diminuta, pero con un labio inferior, carnoso y sonrosado, que relucía con un tinte saludable y natural y hacía que le dieran ganas de pegarle mordisquitos de amor. También su cuello lo enardecía. A veces daba la impresión de ser tan delgado que se le marcaban los tendones, pero sus contornos eran rectos y atractivos. Su piel, pálida y tersa, desaparecía bajo el cuello de su blusa y le dejaba la mirada prendida del segundo botón. La primera vez que intentó darle un beso, Yi Yan apartó el rostro, cohibida. Qin Tian había persistido hasta que la muchacha cedió, cerrando los ojos y correspondiendo a su gesto. Sus labios eran muy cálidos, y las manos del joven se habían dedicado a acariciar la curva de su cintura y su espalda una y otra vez, sin descanso. A partir de aquel momento, vivía en el país del deseo. Yi Yan se había convertido en la dueña de todos sus sueños, así como en la luz que lo deslumbraba cuando terminaba recurriendo a su propia mano para consolarse.

El compañero de piso de Qin Tian, que respondía al nombre de Zhang Xian, se mostraba encantado de tener esta oportunidad para conversar con Lao Dao.

Tras preguntarle cómo era la vida en el Tercer Espacio, mencionó que a él, de hecho, le apetecía pasar allí una temporada. Le habían aconsejado que adquirir experiencia como directivo en el Tercer Espacio le resultaría muy útil más adelante si quería subir peldaños en la escalera de la administración gubernamental. Varios altos cargos habían comenzado su carrera como administradores en el Tercer Espacio antes de que los ascendieran al Primero. Si se hubieran quedado en el Segundo Espacio, no habrían llegado a ninguna parte y se habrían pasado el resto de su trayectoria profesional encajonados en puestos de categoría inferior. Zhang Xian soñaba con entrar en el gobierno tarde o temprano y estaba seguro de conocer el camino apropiado. En cualquier caso, antes quería pasarse un par de años trabajando en un banco, a fin de ganar algo de dinero rápido. Ante la tibia reacción de Lao Dao al escuchar cuáles eran sus planes, Zhang Xian interpretó que desaprobaba sus ambiciosas aspiraciones.

—El gobierno actual es demasiado ineficiente y está demasiado osificado —se apresuró a añadir el muchacho—, tarda demasiado en responder a los retos, y no confío en que vayamos a asistir a ninguna reforma sistemática a corto plazo. En cuanto tenga ocasión, presionaré para que se aprueben reformas fulminantes: todos los incompetentes serán despedidos. —Puesto que Lao Dao no daba muestras de sentirse impresionado, continuó—: Trabajaré también para ampliar el número de candidatos a empleados del gobierno, fomentaré las oportunidades de promoción e incluiré listas abiertas a los aspirantes procedentes del Tercer Espacio.

Lao Dao se abstuvo de decir nada. No porque rechazara los planteamientos de Zhang Xian, sino porque le costaba creer sus palabras.

Mientras hablaba con Lao Dao, Zhang Xian aprovechó para anudarse la corbata y

atusarse el pelo delante del espejo. Llevaba puesta una camisa de rayas azul claro; también la corbata era de un brillante color azul. Sin dejar de silbar en todo momento, cerró los ojos y arrugó el entrecejo mientras una nube de laca se disolvía alrededor de su cara.

Zhang Xian agarró su maletín y se fue al banco en el que estaba trabajando de prácticas. Qin Tian anunció que tenía que irse a clase, donde se quedaría hasta las cuatro de la tarde. Antes de salir transfirió por red cincuenta mil yuanes a la cuenta de Lao Dao, mientras este lo observaba, y explicó que le enviaría el resto cuando la misión se hubiera completado con éxito.

—¿Has tardado mucho en ahorrar esta suma? —preguntó Lao Dao—. Eres estudiante, así que no te debe de sobrar el dinero. Puedo aceptar menos si es necesario.

—No te preocupes. Estoy haciendo unas prácticas remuneradas en una asesoría financiera. Me pagan alrededor de cien mil todos los meses, así que el total que te he prometido asciende a unos dos meses de sueldo. Me lo puedo permitir.

Lao Dao, que ganaba el salario estándar de diez mil mensuales, no dijo nada.

—Tráeme una respuesta, por favor —le rogó Qin Tian.

—Haré cuanto esté en mi mano.

—Coge lo que quieras de la nevera si tienes hambre. Solo tienes que quedarte aquí y esperar a que se produzca el Cambio.

Lao Dao miró por la ventana. No lograba acostumbrarse a la luz del sol, de un blanco radiante, en vez del tono amarillo al que estaba habituado. Bañada por aquella claridad, la calle parecía el doble de ancha de lo que Lao Dao recordaba del Tercer Espacio; no estaba seguro de que se tratase de una ilusión óptica. Aquí los edificios distaban de ser tan altos como los del Tercer Espacio. Las aceras estaban abarrotadas de gente que caminaba con mucha prisa; de vez en cuando alguien apretaba el paso e intentaba abrirse camino a empujones entre la multitud, lo que obligaba a las personas que tenía delante a acelerar a su vez. Todo el mundo parecía cruzar las intersecciones a la carrera. Los hombres se vestían con trajes occidentales, en su mayoría, mientras que las mujeres lucían blusas, faldas cortas, pañuelos en el cuello y rígidos bolsos compactos que llevaban en la mano, todo lo cual les confería un aire de aptitud y eficiencia. La calle era un hervidero de coches; mientras esperaban en las intersecciones a que cambiara el semáforo, los conductores asomaban la cabeza por la ventanilla, oteando la carretera frente a ellos con impaciencia. Lao Dao no había visto tantos vehículos juntos en su vida; estaba acostumbrado al paso vertiginoso del tren de levitación magnética, siempre lleno hasta la bandera de pasajeros.

En torno al mediodía oyó ruidos en el pasillo, fuera del apartamento. Echó un vistazo por la mirilla que había en la puerta. El suelo del corredor se había transformado en una cinta transportadora; las bolsas de basura depositadas ante la puerta de cada uno de los apartamentos, una vez empujadas encima de ella, viajaban hasta el conducto abierto en uno de sus extremos. Los aspersores inundaron el pasillo

con una fina llovizna que, tras convertirse en pompas de jabón que flotaban en el aire, caían al suelo para lavarlo antes de que unos chorros de vapor enjugaran los restos.

Lao Dao se sobresaltó al oír un nuevo sonido, esta vez a su espalda. Al girarse vio que otro de los compañeros de piso de Qin Tian acababa de salir de su dormitorio. El muchacho, impasible, hizo como si Lao Dao no existiera. Se acercó a la máquina que había junto al balcón, oprimió unos cuantos botones y el artilugio cobró vida con una serie de chasquidos, rechinamientos y chirridos. Coincidiendo con el cese de aquel estruendo, llegó hasta la nariz de Lao Dao un olor delicioso. El joven recogió la bandeja con comida caliente que había salido de la máquina y volvió a su cuarto. A través del resquicio de la puerta entreabierta, Lao Dao lo vio sentarse en el suelo, sobre una pila de mantas y calcetines sucios, con la mirada fija en la pared mientras comía y se reía, subiéndose de vez en cuando las gafas sobre el puente de la nariz. Cuando hubo acabado, dejó la bandeja a sus pies, se incorporó y, siempre de cara a la pared, empezó a pelear con un contrincante invisible. Lo vigoroso de su imaginario forcejeo no tardó en dejarlo con la respiración entrecortada, sin resuello.

El último recuerdo que se llevó Lao Dao del Segundo Espacio fue el aire tan refinado con el que se conducía todo el mundo antes del Cambio. Desde su atalaya junto a la ventana del apartamento, todo parecía tan ordenado que le sobrevino un alfilerazo de envidia. Al dar las nueve y cuarto, los comercios que ribeteaban la calle apagaron sus luces en rápida sucesión, uno tras otro; los grupos de amigos, rubicundas sus mejillas por el alcohol que habían compartido, se despedían frente a las puertas de los restaurantes. Las parejas de jóvenes se besaban junto a los taxis que esperaban para llevarlos a sus hogares. En un abrir y cerrar de ojos, todos se fueron a casa y el mundo se quedó dormido.

Eran las diez en punto de la noche. Dispuesto a poner manos a la obra, Lao Dao regresó a su mundo.

No había ningún conducto para la basura que conectase directamente el Primer Espacio con el Tercero. Los desperdicios que se transportaban de una zona a la otra debían atravesar una serie de puertas metálicas que volvían a cerrarse de inmediato en cuanto algo las transponía. A Lao Dao no le hacía ni pizca de gracia la idea de atravesar otra vez el terreno cambiante, pero tampoco tenía elección.

Azotado por el viento que restallaba a su alrededor, comenzó a regresar al Primer Espacio arrastrándose por la tierra, que todavía estaba rotando. Se agarró a los elementos estructurales metálicos que sobresalían del suelo, esforzándose por no perder ni el equilibrio ni los nervios, hasta que consiguió coronar gateando el borde de este mundo lejano. Se sentía desorientado y mareado a causa de la intensa escalada; obligándose a contener las arcadas, permaneció inmóvil durante unos instantes, tendido en el suelo.

El sol ya había salido cuando se incorporó.

Lao Dao no había visto nada igual en toda su vida. El amanecer era un proceso gradual. El firmamento lucía un azur puro e intenso, con un ribete anaranjado en el horizonte, decorado por finos jirones nubosos que lo surcaban en diagonal. Los aleros de un edificio cercano, que bloqueaban el sol, parecían especialmente oscuros contra aquel deslumbrante telón de fondo. Conforme el sol seguía ascendiendo, el azul del cielo se diluyó un poco, adoptando un tinte todavía más apacible y cristalino. Lao Dao se levantó y empezó a correr hacia el sol; quería capturar un rayo de aquel brillo dorado que ya comenzaba a desvanecerse. Las siluetas de las ramas de los árboles se recortaban contra el firmamento, meciéndose. El corazón martilleaba en su pecho. Jamás se habría imaginado que un amanecer pudiera ser tan conmovedor.

Transcurridos unos instantes, aminoró el paso y se sosegó. Estaba en medio de la calle, flanqueada por árboles muy altos y grandes superficies de césped. Al mirar a su alrededor, no vio ni rastro de ningún edificio. Desconcertado, se preguntó si realmente habría llegado al Primer Espacio. Observó las hileras de recios ginkgos, pensativo.

Retrocedió un par de pasos y se dio la vuelta para mirar en la dirección por la que había venido. Había un letrero indicador junto a la carretera. Sacó el teléfono y consultó un mapa; aunque no tenía autorización para acceder a los callejeros del Primer Espacio, había descargado y guardado unos cuantos antes de comenzar el viaje. Encontró tanto su ubicación actual como el destino que buscaba: estaba en las proximidades de un enorme parque público, y la grieta de la que había surgido se extendía junto a uno de sus lagos.

Lao Dao corrió durante aproximadamente un kilómetro por las calles desiertas hasta llegar al distrito residencial en el que vivía su objetivo. Se apostó detrás de unos arbustos para vigilar la casa sin levantar sospechas.

Yi Yan salió de su vivienda a las ocho y media.

Qin Tian no exageraba al describir su elegancia, aunque quizá no fuese tan guapa como le había contado el muchacho. Lao Dao no se sorprendió, sin embargo. Ninguna mujer podía ser tan hermosa como el retrato verbal que le había pintado Qin Tian. Ahora entendía por qué le había hablado tanto Qin Tian de su boca: sus ojos y su nariz eran francamente anodinos. Sí que lucía una bonita figura, no obstante: era

alta, de huesos delicados. Llevaba puesto un vestido blanco como la leche, con una falda vaporosa. Su cinturón estaba tachonado de perlas, y lucía unos elegantes zapatos de tacón negros.

Lao Dao se acercó a ella. Lo hizo de frente, para no asustarla, y ensayó una honda reverencia ante ella cuando entre ambos mediaba todavía una distancia considerable.

La muchacha se detuvo, observándolo con expresión sorprendida.

Lao Dao se aproximó un poco más y le explicó su misión. Sacó el sobre que contenía el medallón y la carta de Qin Tian.

—Márchate, por favor —susurró Yi Yan, alarmada—. No puedo hablar contigo en estos momentos.

—Bueno... en realidad tampoco hace falta que sigamos hablando —dijo Lao Dao—. Solo tenía que entregarte esta carta.

La muchacha entrelazó las manos con firmeza y se negó a coger el sobre.

—No puedo aceptar eso ahora. Vete, por favor. Te lo ruego, hazme caso. ¿De acuerdo? —Sacó una tarjeta de visita del bolso y se la dio—. Búscame en esta dirección, a mediodía.

Lao Dao miró la tarjeta. En la parte superior aparecía el nombre de un banco.

—A mediodía —insistió ella—. Espérame en el supermercado subterráneo.

Lao Dao se dio cuenta de lo nerviosa que estaba. Asintió con la cabeza, se guardó la tarjeta y volvió a esconderse tras los arbustos. Instantes después, un hombre salió de la casa y se detuvo junto a Yi Yan; debía de tener la misma edad que Lao Dao, quizá un par de años menos. Iba vestido con un traje gris oscuro cortado a medida, era alto y ancho de espaldas. Su constitución era fornida, aunque no estaba gordo. Su rostro no destacaba por ningún rasgo en especial: facciones redondeadas, gafas, cabello pulcramente peinado con raya al lado.

El hombre le pasó un brazo por la cintura a Yi Yan y le dio un beso en los labios. La joven pareció corresponder a su gesto con reticencia.

Lao Dao empezó a darse cuenta de lo que ocurría.

Un carro monoplaza aparcó frente a la casa. De color negro, con dos ruedas y un dosel, se parecía a los carruajes antiguos o a los *rickshaws* que podían verse en la tele, solo que de este no tiraba ningún caballo ni ninguna persona. El vehículo se inclinó hacia delante. Yi Yan montó en él, se sentó y se alisó recatadamente la falda del vestido alrededor de las rodillas. El carro se enderezó y empezó a moverse a un ritmo lento pero constante, como si lo remolcase alguna fuerza invisible. Llegó otro cuando el de Yi Yan se hubo perdido de vista, en esta ocasión para recoger al hombre.

Lao Dao deambulaba de un lado para otro, indeciso. En su garganta latía una sensación que no era capaz de articular. Bañado por el sol, cerró los ojos y aspiró por la nariz. El aire fresco y limpio le llenó los pulmones y logró procurarle por lo menos un ápice de tranquilidad.

Se puso en marcha instantes después. La dirección que le había proporcionado la muchacha quedaba hacia el este, a poco más de tres kilómetros de distancia. Había muy pocos transeúntes en la avenida peatonal, y tan solo un puñado de coches circulaban a gran velocidad, como manchas borrosas, por la vía de ocho carriles. Se cruzó ocasionalmente con mujeres bien vestidas que viajaban en carros de dos ruedas como el que se había llevado a Yi Yan. Las pasajeras adoptaban unas poses tan gráciles que daban la impresión de estar participando en algún desfile de moda. Nadie le prestaba atención a Lao Dao. Los árboles se mecían con la brisa; a su sombra, el aire parecía impregnado con el perfume de aquellas mujeres tan sofisticadas.

El despacho de Yi Yan se encontraba en el distrito comercial de Xidan, donde no había ningún rascacielos a la vista, tan solo unos cuantos edificios bajos desperdigados alrededor de un parque de grandes dimensiones. Aunque las construcciones daban la impresión de estar aisladas unas de otras, en realidad todas formaban parte del mismo complejo, conectadas entre sí mediante túneles subterráneos.

Lao Dao encontró el supermercado. Todavía era pronto. En cuanto hubo puesto el pie dentro, un carrito para la compra empezó a seguirlo adondequiera que iba. Cada vez que se paraba delante de una estantería, la pantalla del carro le mostraba el nombre de los productos que contenían las baldas, sus respectivas descripciones, reseñas de clientes anteriores y comparativas con otros artículos de la misma categoría que pertenecían a otras marcas. Todos los eslóganes publicitarios que había en la tienda estaban redactados en idiomas extranjeros. Los envoltorios de todos los alimentos eran muy refinados, y había pastelitos y fruta troceada en bandejas de aspecto succulento a disposición de los clientes.

Aunque no había vigilantes de seguridad ni dependientes a la vista en todo el supermercado, Lao Dao no se atrevió a tocar nada; guardaba las distancias como si todo fuese un animal exótico y peligroso.

Aparecieron más clientes antes del mediodía. Unos cuantos hombres trajeados entraron en el establecimiento, cogieron unos sándwiches y los agitaron ante el escáner que había junto a la puerta antes de salir a toda prisa de nuevo. Al igual que ocurría antes en la calle, nadie le prestó la menor atención a Lao Dao, que aguardaba en un discreto rincón cerca de la entrada.

Cuando llegó Yi Yan, Lao Dao se apresuró a acudir a su encuentro. La muchacha miró en rededor con gesto furtivo y, sin mediar palabra, condujo a Lao Dao hasta un pequeño restaurante emplazado junto a la puerta. Los recibieron dos pequeños robots ataviados con falditas de cuadros; recogieron el bolso de Yi Yan, los llevaron a un reservado y les dieron los menús. Tras presionar la carta en los lugares indicados para realizar su pedido, Yi Yan se la devolvió al robot, que giró sobre sus ruedas y se retiró sin hacer ruido camino de la trastienda.

Yi Yan y Lao Dao se quedaron sentados, en silencio, observándose mutuamente. Lao Dao sacó el sobre.

La muchacha no lo aceptó de inmediato.

—¿Me permites que te lo explique?

Lao Dao empujó el sobre en su dirección por encima de la mesa.

—Por favor, coge esto primero.

Yi Yan se lo devolvió.

—¿Puedo explicártelo antes?

—No hace falta que me expliques nada —dijo Lao Dao—. Yo no he escrito esta carta. Solo soy el mensajero.

—Pero te habrá pedido que vuelvas y le des una respuesta. —Yi Yan agachó la cabeza. El pequeño robot regresó con dos bandejas, una para cada uno, que contenían sendas lonchas de algún tipo de *sashimi* rojo, distribuidas como si fuesen pétalos de flores. Yi Yan no hizo el menor ademán de coger sus palillos, y tampoco Lao Dao. El sobre esperaba, abandonado entre ambas bandejas, sin que ninguno de ellos mostrase el menor interés por tocarlo—. No le he engañado —empezó la muchacha—. Ya estaba comprometida cuando nos conocimos, el año pasado. No le mentí ni le oculté la verdad a propósito... Bueno, a lo mejor sí que mentí, pero solo porque él asumió y dedujo su propia versión de la historia. Vio a Wu Wen una vez que fue a recogerme y me preguntó si era mi padre. No... no supe qué contestar, ¿lo entiendes? Era demasiado embarazoso. Me...

Yi Yan no fue capaz de seguir hablando.

Lao Dao aguardó un momento antes de replicar:

—Lo que haya pasado entre vosotros no me interesa. Ahora lo único que importa es que cojas la carta.

Yi Yan dejó la cabeza inclinada durante unos instantes y por fin volvió a mirarlo a los ojos.

—Cuando vuelvas, ¿podrías... ayudarme no contándoselo todo?

—¿Por qué?

—Porque no quiero que piense que solo estaba jugando con sus sentimientos. Me gusta de verdad, es solo que me siento muy indecisa.

—Esto no es de mi incumbencia.

—Por favor, te lo suplico... Me gusta de veras.

Lao Dao guardó silencio un momento.

—Pero ¿te casaste al final?

—Wu Wen era muy bueno conmigo. Llevábamos juntos varios años. Conocía a mis padres y hacía mucho que estábamos comprometidos. Además... soy tres años mayor que Qin Tian y temía que eso no le gustara. Qin Tian creía que yo era una becaria, como él, y reconozco que obré mal al no contárselo todo. No sé por qué le dije al principio que yo también estaba de prácticas, pero después me parecía cada vez más difícil corregirlo. Nunca pensé que pudiera ir en serio.

Yi Yan desgranó lentamente su versión de la historia para Lao Dao. En realidad era una de las secretarias del presidente del banco, donde ya llevaba trabajando dos

años cuando conoció a Qin Tian. La habían enviado a las Naciones Unidas para ampliar su formación y estaba colaborando en el simposio. Lo cierto era que su marido ganaba tanto dinero que ella no tenía ninguna necesidad de trabajar, pero no le gustaba la idea de pasarse todo el día encerrada en casa. Tenía un empleo de media jornada y un sueldo en consonancia. El resto del tiempo era suyo para disponer de él a su antojo, y siempre le había gustado ampliar sus conocimientos y conocer gente nueva. Había disfrutado realmente de aquellos meses de formación en la ONU. Le contó a Lao Dao que había muchas esposas en su misma situación, trabajando a tiempo parcial. Cuando ella terminaba su turno a mediodía, por ejemplo, otra mujer adinerada la relevaba y ejercía las funciones de secretaria del presidente por las tardes. Aunque no le hubiese revelado toda la verdad a Qin Tian, le aseguró a Lao Dao que su corazón era honesto.

—Entonces —concluyó mientras servía en el plato de Lao Dao una cucharada de la nueva bandeja caliente que acababa de llegar—, ¿te importaría no decírselo, al menos temporalmente? Por favor... dame una oportunidad de explicárselo en persona.

Lao Dao aún no había tocado los palillos. Estaba famélico, pero no se sentía capaz de digerir esa comida.

—Si lo hiciera —respondió, al cabo—, también yo estaría convirtiéndome en un embustero.

Yi Yan abrió el bolso, sacó su cartera y extrajo de ella cinco billetes de diez mil yuanes. Los empujó por encima de la mesa en dirección a Lao Dao.

—Por favor, acepta esta muestra de mi gratitud.

Lao Dao se quedó sin habla. No había visto nunca unos billetes impresos con una cifra tan alta, ni los había necesitado siquiera. Se levantó casi sin darse cuenta, indignado. El modo en que Yi Yan había sacado el dinero le sugería que la muchacha había previsto un intento de chantajearla por su parte, y eso era algo que a Lao Dao le parecía intolerable. *Así que esto es lo que piensan de quienes vivimos en el Tercer Espacio.*

Pensó que, si aceptaba el dinero, estaría defraudando a Qin Tian. El muchacho y él no eran amigos, cierto, pero eso no significaba que quisiera traicionar su confianza. Lao Dao sintió deseos de agarrar los billetes, tirarlos al suelo y marcharse sin mirar atrás. Pero no podía. Volvió a contemplar los billetes: las cinco láminas de papel impreso se desplegaron sobre la mesa como un abanico roto. La atracción que ejercían sobre él era palpable. De color azul celeste, no se parecían en nada a los billetes marrones de mil yuanes ni a los rojos de cien. Estos se veían más intensos y lejanos al mismo tiempo, envueltos en un halo de tentación seductora.

Yi Yan volvió a hurgar en su bolso, vaciándolo por completo. Tras sacar otros cincuenta mil yuanes de un bolsillo interior, los dejó con sus compañeros.

—Esto es todo lo que tengo. Por favor, acéptalo y ayúdame. —La muchacha hizo una pausa—. Mira, el motivo de que no quiera que se entere es porque aún no estoy

segura de lo que voy a hacer. Quizá algún día consiga reunir el valor necesario para irme con él.

Lao Dao contempló los diez billetes que cubrían la mesa y la miró a los ojos. Presentía que ni siquiera ella misma creía en sus propias palabras. El temblor de su voz delataba las dudas que la atenazaban. Tan solo quería postergarlo todo, relegar cualquier posible decisión a un futuro indeterminado, para no tener que enfrentarse a la vergüenza ahora. Era poco probable que terminara fugándose con Qin Tian, pero tampoco quería que el joven la despreciara. De ahí su empeño por mantener viva la llama de la posibilidad, para acallar su conciencia.

Lao Dao era consciente de que Yi Yan se estaba engañando a sí misma, pero también a él le gustaría ser capaz de mentirse. Se dijo: *No me ata ningún compromiso a Qin Tian. Solo me pidió que le entregara su mensaje, y lo he hecho. El dinero que hay ahora encima de la mesa representa una nueva misión, el compromiso de guardar un secreto.* Transcurrido un instante, reflexionó: *Quizá algún día se reúna de verdad con Qin Tian, y en ese caso habré obrado bien guardando silencio. Además, tengo que pensar en Tangtang. ¿Por qué debería alterarme tanto por unos desconocidos en vez de anteponer el bienestar de Tangtang a cualquier otra consideración?*

Ya más tranquilo, descubrió que sus dedos ya estaban acariciando el dinero.

—Esto es... demasiado. —Necesitaba hacer algo para sentirse mejor—. No puedo aceptar todo esto.

—No le des más vueltas. —Yi Yan le plantó el dinero en la mano—. Es lo que gano en una semana. No te preocupes.

—¿Qué... qué quieres que le diga?

—Dile que en estos momentos no puedo estar a su lado, pero que me gusta realmente. Redactaré una nota para que se la lleves.

Yi Yan sacó una libreta del bolso; tenía el dibujo de un pavo real en la tapa, y el borde de las hojas era dorado. Arrancó una página y empezó a escribir. Su caligrafía parecía una hilera de calabazas inclinadas.

Lao Dao miró hacia atrás de reojo mientras salía del restaurante. Yi Yan todavía estaba sentada en el reservado, abstraída en la contemplación de uno de los cuadros que había en la pared. Qué elegante y refinado era su aspecto, como si perteneciera a aquel sitio y no tuviese la menor intención de irse de allí.

Estrujó los billetes que llevaba en el bolsillo. Se despreciaba a sí mismo, pero no se quería desprender del dinero.

Salió de Xidan y desanduvo el camino que lo había llevado hasta allí. Se sentía exhausto. La avenida peatonal estaba flanqueada por una fila de sauces llorones, a un lado, y una hilera de parasoles chinos, al otro. Avanzada la primavera, los árboles lucían un aspecto exuberante y frondoso. Mientras Lao Dao caminaba, el sol del atardecer le caldeó las facciones crispadas y arrojó algo de luz sobre su atribulado corazón.

Regresó al mismo lugar en el que había aparecido esa mañana. Ahora había mucha gente en el parque, y las dos hileras de ginkgos se veían tupidas y majestuosas. De vez en cuando aparecían unos coches de color negro, y la mayoría de los transeúntes lucían suntuosos atuendos occidentales hechos a medida o elegantes trajes chinos de tonos oscuros; todos tenían en común el mismo aire engréido. También había algunos extranjeros. Varias personas conversaban en pequeños corrillos; otras se saludaban al verse de lejos, riéndose mientras acortaban la distancia para estrechase la mano y seguir paseando juntas.

Lao Dao titubeó, sin saber adónde ir ahora. No había tanta gente en la calle como para no llamar la atención si se quedaba allí plantado. Por otra parte, estaría fuera de lugar en cualquier espacio público. Lo que quería era adentrarse en el parque, acercarse a la fisura y esconderse en cualquier rincón para echar una cabezada. Estaba rendido, pero no se atrevía a dormir al aire libre.

Se fijó en que nadie les daba el alto a los coches que entraban en el parque, de modo que probó a seguir acercándose a pie. Cuando se encontraba ya en las inmediaciones de la puerta, sin embargo, reparó en la presencia de los dos robots que patrullaban la zona. Aunque los coches y otros peatones cruzaban su perímetro de vigilancia sin ningún contratiempo, los robots comenzaron a pitar en cuanto detectaron la presencia de Lao Dao y giraron sobre sus ruedas para dirigirse hacia él. En medio de la placidez vespertina que reinaba en el ambiente, el ruido que hacían resultaba especialmente estridente. Todas las miradas se posaron en él.

El pánico se apoderó de Lao Dao, el cual sospechaba que debía de ser su aspecto desaliñado lo que había alertado a los robots. En voz baja, susurrando, les aseguró que se había dejado el traje dentro del parque, pero los centinelas mecánicos hicieron oídos sordos mientras continuaban emitiendo pitidos, acompañados del centelleo de unas luces rojas sobre sus cabezas. Las personas que merodeaban por los alrededores interrumpieron su paseo para observarlo como si se tratara de un delincuente o un excéntrico al que le faltase un tornillo. Tres hombres salieron de un edificio y se acercaron corriendo a Lao Dao, que ya tenía el corazón en un puño. Tendría que haber intentado escapar, pero ahora era demasiado tarde.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó el primero de los hombres en llegar hasta él.

Lao Dao, al que no se le ocurría qué alegar en su defensa, empezó a restregarse compulsivamente las manos contra las perneras de los pantalones.

El hombre que se había dirigido a él, de unos treinta años de edad, lo escaneó con un disco plateado del tamaño aproximado de un botón, moviendo la mano alrededor de su figura sin dejar de observar con suspicacia a Lao Dao, como si este fuese una cola de langosta y su mirada las tenazas con las que estuviese intentando partirla.

—Este hombre no consta en ninguno de nuestros archivos. —El hombre le hizo una seña a uno de sus compañeros, algo más entrado en años que él, el cual se había quedado a su espalda—. Arrestadlo.

Lao Dao intentó alejarse corriendo del parque.

Los dos robots lo adelantaron sigilosamente y le inmovilizaron las piernas. Las tenazas de sus brazos se convirtieron en unos grilletes que se cerraron con facilidad sobre sus tobillos. Tropezó y estuvo a punto de caerse, pero los autómatas lo sujetaron. Impotente, Lao Dao hubo de limitarse a protestar agitando los brazos en el aire.

—¿Por qué intentas huir? —El más joven de los tres hombres se acercó a él y le lanzó una mirada iracunda. Su voz había adquirido un timbre más riguroso.

—Pues... —Lao Dao se sentía como si tuviese un avispero furioso en la cabeza. Le costaba pensar con claridad.

Los dos robots lo levantaron por las piernas y depositaron sus pies en las plataformas que tenían junto a las ruedas antes de ponerse en marcha, en dirección al edificio más cercano, circulando en paralelo para transportar a Lao Dao. Sus movimientos eran tan fluidos y constantes y estaban tan bien sincronizados que, de lejos, parecía que Lao Dao estuviera deslizándose con un par de patines en línea, como Nezha sobre sus Ruedas de Viento y Fuego.

Sentía una impotencia absoluta. Estaba enfadado consigo mismo por haber sido tan imprudente. ¿En qué cabeza cabía que un sitio tan frecuentado careciera de medidas de seguridad? Se reconvino por haberse dejado vencer por el cansancio hasta el punto de cometer un error tan estúpido. *Ahora sí que se acabó todo*, pensó. *No solo voy a quedarme sin el dinero, sino que encima me van a meter en la cárcel.*

Los robots siguieron un estrecho sendero que desembocaba en la puerta trasera del edificio, donde se detuvieron. Los tres hombres llegaron poco después. El más joven de ellos daba la impresión de estar discutiendo con el más veterano sobre qué hacer con Lao Dao, pero hablaban en voz tan baja que este no lograba distinguir los detalles de la conversación. Al cabo, el mayor de los tres se acercó a Lao Dao, abrió las tenazas con las que los robots le apresaban las piernas y, tras agarrarlo del brazo, se lo llevó escaleras arriba.

Lao Dao exhaló un suspiro de resignación, aceptando su suerte.

El hombre lo condujo a una habitación. Parecía la suite de un hotel, muy espaciosa, más que la sala de estar del apartamento de Qin Tian y aproximadamente el doble de grande que la unidad de residencia monopersonal del propio Lao Dao.

Una inmensa cama de matrimonio presidía el centro del cuarto, decorado en tonos oscuros de marrón y dorado. La pared contra la que se apoyaba el cabecero de la cama exhibía unos dibujos abstractos de colores fluctuantes. Unas cortinas blancas, translúcidas, cubrían la contraventana, frente a la cual había una mesita circular y dos sillas que parecían cómodas. El nerviosismo de Lao Dao se intensificó; no acertaba a imaginarse quién era el hombre que lo había llevado hasta allí ni qué intenciones tenía.

—¡Siéntate, siéntate! —El hombre sonrió y le dio una palmadita en el hombro—. No pasa nada.

Lao Dao lo observó con recelo.

—Eres del Tercer Espacio, ¿verdad? —El hombre lo condujo hasta las sillas y le indicó que ocupase una de ellas.

Lao Dao no podía mentir.

—¿Cómo lo sabe?

—Por tus pantalones. —El hombre apuntó con el dedo a la cinturilla de los pantalones de Lao Dao—. Ni siquiera has cortado la etiqueta. Esa marca solo se vende en el Tercer Espacio. Recuerdo que mi madre le compraba esos mismos a mi padre cuando yo era pequeño.

—Señor, ¿es usted...?

—Tutéame, por favor. No debo de ser mucho mayor que tú. ¿Cuántos años tienes, por cierto? Yo, cincuenta y dos.

—Cuarenta y ocho.

—¿Lo ves?, solo te saco cuatro años. —Tras quedarse callado un momento, el hombre añadió—: Mi nombre es Ge Daping, pero puedes llamarme Lao Ge.

Lao Dao se tranquilizó un poquito. Lao Ge se quitó la chaqueta y estiró los brazos para desperezar los músculos agarrotados. Llenó un vaso con agua caliente de la espita que sobresalía de la pared y se lo dio a Lao Dao. Tenía el rostro alargado, y de las comisuras de sus ojos a los extremos de sus cejas, pasando por sus carrillos, era como si todos sus rasgos estuvieran derritiéndose. Incluso sus gafas daban la impresión de estar a punto de caerse de la punta de la nariz. Tenía el cabello ondulado, amontonado de cualquier manera encima de la coronilla. Al hablar, sus cejas brincaban cómicamente arriba y abajo. Se preparó una taza de té y le preguntó a Lao Dao si quería. Lao Dao negó con la cabeza.

—Yo también me crie en el Tercer Espacio —dijo Lao Ge—. ¡Somos prácticamente vecinos! Así que no hay motivo para desconfiar tanto de mí. Todavía conservo algo de autoridad y no tengo la menor intención de delatarte.

Lao Dao exhaló un hondo suspiro mientras para sus adentros se felicitaba por su buena suerte. Le contó a Lao Ge la experiencia que había vivido yendo al Segundo Espacio y después al Primero, pero omitió los detalles de su conversación con Yi Yan. Se limitó a decirle que había entregado con éxito su mensaje y que solo estaba esperando a que se produjera el Cambio para volver a casa.

También Lao Ge le refirió su historia a Lao Dao. Había crecido en el Tercer Espacio, donde sus padres trabajaban como repartidores a domicilio. Al cumplir los quince años había ingresado en una academia militar, y después se había unido al ejército. Allí ejerció de técnico especializado en radares, y merced a su esfuerzo, a las aptitudes de las que hacía gala y al aprovechamiento de un par de oportunidades propicias que se le presentaron, acabó siendo ascendido a un puesto administrativo en el Departamento de Telecomunicaciones, con el rango de general de brigada. Como no provenía de una familia prominente, aquello era lo máximo a lo que podía aspirar dentro del ejército.

Se había retirado del servicio activo para entrar a trabajar en una agencia del Primer Espacio cuyo cometido consistía en prestar apoyo logístico a los organismos gubernamentales, organizando reuniones, preparando viajes y coordinando diversos acontecimientos sociales. El puesto era de índole manual, pero como su trabajo lo relacionaba con empleados del gobierno cuyos asuntos él debía gestionar y coordinar, se le permitía vivir en el Primer Espacio, donde en realidad había una cantidad nada desdeñable de profesionales como él: cocineros, médicos, secretarías, empleadas de hogar... trabajadores manuales sumamente especializados que se habían vuelto imprescindibles para sostener el estilo de vida del Primer Espacio. Su agencia había dirigido numerosas galas y actos sociales de renombre, y ahora Lao Ge era su director.

Quizá Lao Ge pretendiera restarse importancia al calificarse a sí mismo de «trabajador manual», pero Lao Dao sabía que para ganarse la vida y residir en el Primer Espacio se necesitaban unas habilidades extraordinarias. Quien ejerciese de chef aquí sería sin duda un maestro de las artes culinarias. Lao Ge debía de poseer mucho talento para haber recalado aquí, partiendo desde el Tercer Espacio, tras formarse como técnico en el ejército.

—Te convendría echarte una siesta —dijo Lao Ge—. Esta noche saldremos a cenar juntos.

Lao Dao, que seguía sin creerse su buena suerte, sintió una punzada de desasosiego. No logró resistirse a la llamada de las sábanas blancas y las almohadas mullidas, sin embargo, y se quedó dormido casi de inmediato.

Había oscurecido ya cuando despertó. Lao Ge, que estaba peinándose delante del espejo, le enseñó un traje que yacía estirado en el sofá y le pidió que se cambiara. Después le prendió una insignia diminuta, que emitía un suave resplandor rojo, en la solapa: la nueva identidad de Lao Dao.

Abajo, el enorme vestíbulo estaba abarrotado de gente. Acababa de terminar algún tipo de presentación, y los asistentes conversaban en pequeños corrillos. En un extremo de la sala se veían unas grandes puertas abiertas, tapizadas en cuero de color burdeos, que conducían al comedor de gala. El recibidor estaba repleto de pequeñas mesas de bar, todas ellas cubiertas por un mantel blanco anudado en el pie con un lazo dorado y decoradas con un jarroncito con una azucena. Junto a los jarrones había

cuencos con galletas saladas y frutos secos a modo de aperitivo; en otra mesa, alargada y ubicada a un lado de la sala, se servía vino y café. Los invitados confraternizaban y charlaban entre las mesas mientras unos pequeños robots equipados con bandejas deambulaban entre sus piernas recogiendo los vasos vacíos.

Obligándose a mantener la calma, Lao Dao siguió a Lao Ge y se internó en el bullicioso escenario, camino del comedor. Vio que una gigantesca pancarta rezaba: «La ciudad plegable cumple cincuenta años».

—¿Qué es... esto?

—¡Una fiesta! —Lao Ge siguió caminando sin dejar de examinar las decoraciones—. Xiao Zhao, ven un momento. Quiero que compruebes otra vez las tarjetas de las mesas. No me fío de los robots para este tipo de cosas. Su flexibilidad a veces deja bastante que desear.

Lao Dao vio que el comedor de gala estaba lleno de grandes mesas redondas, decoradas con centros de flores recién cortadas.

La escena se le antojaba irreal. Se refugió en una esquina y se quedó mirando la gigantesca araña que colgaba del techo, como si algún tipo de revelación deslumbrante se cerniera sobre su cabeza y él no fuese más que una mota insignificante en la periferia de su existencia. Había un atril instalado en el estrado, al frente de la sala, y tras él un telón de fondo sobre el que se proyectaba una incesante sucesión de imágenes con Pekín como protagonista. Las fotografías, tomadas a vista de pájaro, capturaban la ciudad en su totalidad: la suave luz del alba y del ocaso; el cielo cárdeno y azul oscuro; las nubes que se perseguían por el firmamento; la luna que salía por una esquina; el sol que se escondía tras un tejado. Las imágenes aéreas ponían de manifiesto el esplendor de la arcaica simetría de Pekín; la moderna expansión de patios de ladrillo y grandes parques verdes que se extendía hasta la Carretera del Sexto Anillo; los teatros de estilo chino; los museos de estilo japonés; las salas de conciertos de estilo minimalista. También había panorámicas que abarcaban la ciudad en su conjunto, imágenes que incluían las dos facetas de Pekín durante el Cambio: la tierra en pleno giro, revelando la otra cara, tachonada de rascacielos de agresivos contornos rectilíneos; hombres y mujeres que se dirigían con brío al trabajo; rótulos de neón que iluminaban la noche y eclipsaban las estrellas; inmensos edificios de apartamentos, cines, clubes nocturnos abarrotados de gente guapa.

En ninguna foto, sin embargo, salía el lugar donde trabajaba Lao Dao.

Contemplaba la pantalla con suma atención, preguntándose si mostrarían alguna imagen de la construcción de la ciudad plegable. Soñaba con vislumbrar siquiera un atisbo de la época de su padre. Este, cuando él era pequeño, acostumbraba a señalar con el dedo los edificios que se veían por la ventana y a contarle historias que empezaban siempre con un: «Por aquel entonces, nosotros...». En una de las paredes de su abarrotada vivienda colgaba una vieja fotografía en la que su padre estaba colocando ladrillos, labor que debía de haber repetido miles, cuando no cientos de

miles, de veces. Lao Dao había visto esa foto hasta la saciedad, pero ahora, en este momento, nada le gustaría más que encontrarse con la imagen de unos obreros apilando ladrillos, aunque solo fuese durante unos segundos.

Se quedó absorto en sus pensamientos. Esta era también la primera vez que podía apreciar el aspecto que ofrecía el Cambio visto de lejos. No recordaba haberse sentado, ni sabía en qué momento exacto quienes lo rodeaban habían empezado a imitarlo. Un orador había subido ahora al estrado, aunque Lao Dao tardó en percatarse y se perdió los primeros minutos de su discurso.

—... ventajoso para el desarrollo del sector servicios. La economía terciaria depende tanto del tamaño de la población como de su densidad. En estos momentos, en nuestra ciudad, esta rama de la industria genera más del ochenta y cinco por ciento del PIB, en consonancia con las características generales de las principales metrópolis del mundo. Otros sectores importantes serían la economía ecológica y la del reciclaje.

Lao Dao ya estaba prestándole toda su atención. La «economía ecológica» y la «economía del reciclaje» se mencionaban a menudo en la planta de tratamiento de residuos, además de protagonizar eslóganes pintados en las paredes en caracteres más altos que él. Se fijó mejor en el orador que ocupaba el estrado: un hombre mayor, de aspecto robusto y enérgico a pesar de sus cabellos plateados.

—... toda la basura se selecciona y procesa en estos momentos, lo que nos ha permitido alcanzar antes de lo previsto nuestros objetivos relacionados con el ahorro de energía y la reducción de la contaminación. Hemos desarrollado una economía del reciclaje sistemática y a gran escala en la que los minerales menos abundantes y los metales preciosos que se extraen de los residuos pueden reutilizarse en los procesos de manufacturación. Incluso la tasa de plásticos reciclados es superior al ochenta por ciento. Las plantas de reciclaje, conectadas directamente con las de reprocesamiento...

Lao Dao tenía un pariente lejano que trabajaba en una de esas plantas de reprocesamiento, ubicada en un parque tecnológico lejos de la ciudad. El complejo consistía en hectáreas y más hectáreas de edificios industriales y, por lo que había llegado hasta sus oídos, todas las plantas eran muy parecidas: las máquinas funcionaban prácticamente solas y había muy pocos operarios. De noche, cuando se reunían los trabajadores, se sentían como los últimos supervivientes de algún tipo de tribu, aislados en una espesura remota y en peligro de extinción.

Volvió a sumirse en sus cavilaciones. Solo la feroz ovación que suscitó el fin del discurso consiguió sacarlo de sus caóticos pensamientos y devolverlo a la realidad. También él aplaudió, aunque no habría sabido decir por qué. Vio cómo el orador bajaba del estrado y retomaba su sitio de honor en la mesa principal. Todas las miradas estaban puestas en él.

Fue entonces cuando Lao Dao vio a Wu Wen, el marido de Yi Yan.

Estaba en la mesa contigua a la principal. Mientras el anciano que acababa de hablar se sentaba, Wu Wen se acercó a él para proponerle un brindis. Lo que dijo

debió de suscitar el interés del anciano, pues este volvió a levantarse y salió del comedor de gala en compañía de Wu Wen.

Casi sin darse cuenta, Lao Dao se dejó vencer por la curiosidad y se incorporó a su vez, dispuesto a seguirlos. Aguzó el oído tras apostarse a una distancia prudencial y, a hurtadillas, consiguió escuchar fragmentos sueltos de su conversación.

—... esta idea tiene muchas ventajas —estaba diciendo Wu Wen—. Sí, he visto sus equipos... tratamiento de residuos automático... utilizan un disolvente químico que lo pulveriza y lo digiere todo antes de extraer los materiales reutilizables en bloque... limpio y muy económico... ¿Le importaría considerar la propuesta?

Wu Wen hablaba en voz baja, pero Lao Dao había oído con total nitidez las palabras «tratamiento de residuos» y se acercó un poco más.

La expresión del anciano de cabellos plateados era inescrutable. Cuando Wu Wen hubo acabado, aguardó unos momentos antes de replicar:

—¿Y ese disolvente es seguro? ¿No entraña ningún riesgo de contaminación tóxica?

Wu Wen titubeó.

—La versión actual todavía genera un poco de contaminación... pero estoy convencido de que conseguirán reducirla al mínimo dentro de nada.

Lao Dao siguió acercándose.

El anciano sacudió la cabeza, con la mirada fija en Wu Wen.

—Las cosas no son así de simples. Si apruebo tu proyecto y se termina implantando, habrá graves consecuencias. Si, según tú, este proceso no necesita mano de obra, ¿qué piensas hacer con las decenas de millones de personas que perderán su trabajo?

El anciano se dio la vuelta y regresó al comedor de gala. Wu Wen se quedó plantado en el sitio, estupefacto. Otro hombre, al que Lao Dao había visto antes junto al anciano (uno de sus secretarios, quizá), se acercó a él.

—Lo mejor será que vuelvas adentro y disfrutes de la comida —le dijo, con actitud comprensiva—. Ya sabes cómo funciona esto. El empleo es nuestra prioridad. ¿De verdad crees que a nadie se le había ocurrido antes utilizar ese tipo de tecnología?

Lao Dao comprendía vagamente que aquello de lo que estaban hablando guardaba algún tipo de relación con él, aunque ignoraba si se trataba de buenas o malas noticias. La expresión de Wu Wen pasó del desconcierto al enojo, primero, y por último a la resignación. Sin poder evitarlo, Lao Dao se compadeció de él: sabía lo que era experimentar un momento de debilidad.

El secretario reparó en su presencia, de súbito.

—¿Eres nuevo aquí?

Lao Dao se sobresaltó.

—¿Eh? Pues...

—¿Cómo te llamas? ¿Por qué no me ha informado nadie de que se ha ampliado la

plantilla?

El corazón de Lao Dao latía desbocado en su pecho. No sabía qué decir. Se señaló el pin que llevaba en la solapa, como si esperase que la insignia pudiera empezar a hablar o ayudarlo de alguna manera. No ocurrió nada, sin embargo. Le sudaban las manos. El secretario seguía mirándolo fijamente, cada vez más suspicaz. Interceptó a otro de los empleados que pululaban por el vestíbulo, y el hombre dijo que no sabía quién era Lao Dao.

La expresión del secretario ya se había vuelto sombría y severa. Agarró a Lao Dao por el brazo y utilizó la mano libre para aporrear las teclas de su comunicador.

El corazón de Lao Dao amenazaba con salirse por la garganta, pero justo entonces vio a Lao Ge.

Este se apresuró a acudir a su encuentro y, con un gesto fluido, apagó el comunicador del secretario, al que saludó con una sonrisa y una honda reverencia. Le explicó que andaba escaso de empleados para la ocasión, por lo que había tenido que pedirle a un colega de otro departamento que le echase una mano esa noche.

El secretario pareció creer a Lao Ge y regresó al comedor de gala. A fin de evitar más riesgos, Lao Ge se llevó a Lao Dao de vuelta a su habitación. Si alguien se tomaba la molestia de investigar en serio sus credenciales, no le costaría averiguar la verdad; ni siquiera Lao Ge sería capaz de protegerlo en tal caso.

—Supongo que estabas predestinado a no disfrutar del banquete —se rio Lao Ge—. Espérame aquí. Te traeré algo de comida más tarde.

Lao Dao se tumbó en la cama y volvió a quedarse dormido mientras repasaba en su cabeza la conversación que habían mantenido Wu Wen y el anciano. *Tratamiento de residuos automático... ¿En qué consistiría algo así? ¿Sería bueno o malo?*

Lo despertó un olor delicioso. Lao Ge había colocado unos cuantos platos encima de la mesita circular y estaba sacando uno más del horno encastrado en la pared. También había traído una botella de *baijiu* medio llena, que utilizó ahora para servir dos vasitos.

—Había una mesa con tan solo dos comensales y se fueron enseguida, así que ni siquiera tocaron la mayoría de los platos. Te he traído unos pocos. No es gran cosa, pero quizá que resulten de tu agrado. Espero que no me lo tengas en cuenta, pero solo puedo ofrecerte estas sobras.

—En absoluto —dijo Lao Dao—. Celebro poder llevarme algo a la boca. ¡Todo tiene una pinta magnífica! Esto debe de ser muy caro, ¿verdad?

—El menú del banquete se prepara directamente en esta cocina y no consta en la carta, así que ignoro por cuánto podría salir en un restaurante. —Lao Ge ya había empezado a comer—. Tampoco es nada del otro mundo... Si tuviera que apostar, diría que su precio oscila entre los diez mil y los veinte mil yuanes. Quizá haya un par de platos especiales que asciendan a treinta o cuarenta mil. No más de eso.

Tras probar un par de bocados, Lao Dao se dio cuenta de lo hambriento que estaba. Se había acostumbrado a saltarse las comidas y, en ocasiones, podía aguantar

hasta un día entero en ayunas. A veces su cuerpo se echaba a temblar de forma incontrolable en tales ocasiones, pero había aprendido a sobrellevarlo. Ahora, sin embargo, lo poseía un apetito voraz. Deseó ser capaz de masticar más deprisa; era como si sus dientes no fuesen capaces de satisfacer las demandas del vacío que habitaba en su estómago. Probó a empujar la comida con un trago de *baijiu*: el licor era extraordinariamente fragante y Lao Dao no notó la menor quemazón en la garganta.

Lao Ge sonrió mientras degustaba su parte y lo veía comer.

—Ah. —Ahora que las protestas de su estómago por fin se habían apaciguado, Lao Dao se acordó de la conversación que había escuchado antes—. ¿Quién era ese hombre que ha pronunciado el discurso? Su cara me sonaba de algo.

—Sale mucho en la tele —respondió Lao Ge—. Es mi jefe, un hombre muy influyente. Dirige todo cuanto tenga que ver con las gestiones de la ciudad.

—Antes estaban hablando de algún tipo de tratamiento de residuos automático. ¿Crees que intentarán ponerlo en práctica?

—No sabría decirte. —Lao Ge bebió un sorbo de *baijiu* y dejó escapar un eructo—. Sospecho que no. Tienes que entender por qué se implantó el proceso de tratamiento manual desde el principio. Por aquel entonces, la situación aquí era similar a la de Europa a finales del siglo xx. La economía estaba creciendo, pero también el desempleo. Imprimir cada vez más dinero no parecía solucionar el problema. La economía se negaba a obedecer la curva de Phillips.

Se rio al ver que Lao Dao daba la impresión de estar completamente perdido.

—Da igual. De todas formas, no ibas a entender estos asuntos.

Brindó con Lao Dao, los dos apuraron sus tragos de *baijiu*, y Lao Ge rellenó los vasos.

—Me atenderé al desempleo. Seguro que ese concepto sí que lo entiendes —continuó Lao Ge—. Conforme aumenta el coste de la mano de obra y se reduce el de la maquinaria, tarde o temprano resulta más barato usar máquinas que personas. El incremento de la productividad conlleva una subida del PIB, pero también del índice de desempleo. ¿Qué hacer? ¿Instaurar medidas políticas para proteger a los trabajadores? ¿Reforzar el estado del bienestar? Cuanto más se intenta proteger a los trabajadores, más aumenta el coste de la mano de obra y ampliar la plantilla se vuelve menos atractivo para las empresas. Si salieses ahora de la ciudad y visitaras los polígonos industriales verías que no hay prácticamente nadie trabajando en esas fábricas. Ocurre lo mismo con los cultivos. Las grandes granjas comerciales abarcan miles de hectáreas y todos los procesos están automatizados, por lo que no necesitan personas. Este nivel de automatización es indispensable si queremos que crezca nuestra economía. Así dimos alcance a Europa y América, ¿recuerdas? ¡Volviéndonos más competitivos! El problema es: ahora que hemos sacado a la gente tanto del campo como de las fábricas, ¿qué vamos a hacer con ella? En Europa optaron por una reducción generalizada de la jornada laboral, lo que incrementó para

todo el mundo las oportunidades de conseguir empleo. Pero esto merma la vitalidad de la economía, ¿lo entiendes?

»La solución óptima pasa por reducir el tiempo que dedica a vivir un determinado segmento de la población y averiguar la manera de mantenerlo ocupado. ¿Qué hacer? Correcto, relegarlo a la noche. Esta estrategia tiene otra ventaja, y es que en la base de la pirámide social casi no se notan los efectos de la inflación. Los que reciban un crédito y consigan hacer frente a los intereses se gastarán todo el dinero que les imprimas. El aumento del PIB no se traduce en una subida proporcional del coste de la producción de artículos de primera necesidad, pero eso a la mayor parte de la población ni le quita el sueño ni le interesa saberlo siquiera.

Lao Dao lo escuchaba con atención, pese a estar enterándose solo a medias de lo que le decía. Detectaba, no obstante, una nota fría y cruel en las palabras de Lao Ge. Aunque este conservaba su talante jovial, Lao Dao se daba cuenta de que aquel tono jocoso no era más que un intento por embotar el filo de sus palabras para no hacerle daño. No demasiado, al menos.

—Pues sí, suena un poco frío —reconoció Lao Ge—, pero es la verdad. No es que intente defender este sitio porque viva aquí, pero después de tantos años, uno se insensibiliza un poquito. En la vida hay muchas cosas que escapan a nuestro control; lo único que podemos hacer es aceptarlo y seguir adelante.

Lao Dao por fin comenzaba a entender a Lao Ge, pero no sabía qué decir.

Los dos se achisparon y empezaron a rememorar el pasado: lo que comían de niños, las peleas en el patio del colegio. A Lao Ge le entusiasmaban los fideos de arroz con salsa picante y el tofu fermentado, platos que no se encontraban por ninguna parte en el Primer Espacio; los echaba mucho de menos. Le habló también de sus padres, que aún vivían en el Tercer Espacio. No podía visitarlos con tanta frecuencia como le gustaría porque cada viaje le exigía solicitar y obtener un permiso especial, para lo cual había que superar unos trámites interminables. Mencionó que existían unas pocas vías legales para alternar entre el Tercer Espacio y el Primero, dispensas que un puñado de privilegiados aprovechaban para viajar a menudo. Esperaba que Lao Dao les pudiera llevar unas cuantas cosas a sus padres, pues le pesaba y lamentaba el no poder estar a su lado y cuidar de ellos como se merecían.

Lao Dao le habló de su infancia solitaria. A la tenue luz de las lámparas, rememoró los paseos que solía dar por el perímetro del vertedero.

Era ya noche cerrada. Lao Ge, que debía bajar para cerciorarse de que la fiesta estuviera siguiendo su curso sin incidentes, invitó a Lao Dao a acompañarlo. Los invitados habían empezado a abandonar el salón de baile, donde la música estaba tocando a su fin, emergiendo con cara de cansancio en parejas o en grupos de tres. En palabras de Lao Ge, los directivos parecían gozar de unas reservas de energía inagotables y siempre prolongaban la celebración hasta el amanecer. El comedor de gala, desierto después de la cena, ofrecía un aspecto entre hastiado y desaliñado, como una secretaria que por fin hubiera podido quitarse el maquillaje tras una jornada

agotadora. Lao Ge se carcajeó mientras observaba a los esforzados robots que bregaban por restaurar el orden en medio de aquel estropicio.

—Este es el único momento en el que el Primer Espacio muestra su auténtico rostro.

Lao Dao consultó su reloj: faltaban tres horas para el Cambio. Notó que ya tenía la cabeza algo más despejada. *Ha llegado el momento de irse.*

5

Al finalizar el banquete, el orador de cabellos plateados regresó a su despacho con la intención de arreglar unos papeles. Lo interrumpió una videollamada procedente de Europa. Era medianoche y se sentía cansado. Se quitó las gafas y se masajeó el puente de la nariz. Hora de irse a casa, por fin. Trabajaba hasta la medianoche casi todos los días.

Sonó el teléfono. Lo descolgó. Era su secretaria.

El informe del grupo de investigación asignado a la conferencia contenía una información preocupante. Alguien había detectado un error relacionado con una de las cifras en las pruebas de imprenta de la declaración, y el grupo de investigación quería saber si deberían reimprimirla entera. El anciano dio su aprobación sin parpadear. Se trataba de un asunto muy importante y no podían permitirse el menor desliz. Al preguntar por el nombre del responsable, la secretaria dijo que había sido el director Wu Wen.

El anciano se sentó en el diván y echó una cabezada. El teléfono volvió a sonar alrededor de las cuatro de la madrugada. El proceso de impresión estaba yendo un poco más lento de lo esperado; estimaban que tardaría otra hora.

Se levantó y miró por la ventana. Todo estaba en silencio. Las estrellas de Orión rutilaban brillantes sobre el oscuro telón de fondo del firmamento, y se reflejaban en la superficie del lago como si este fuera un espejo.

El mismo lago en cuya orilla se había sentado Lao Dao para esperar mientras llegaba el momento del Cambio.

Dejó vagar la mirada por el parque, arropado por las sombras de la noche, a sabiendas de que quizá esta fuese la última vez que veía algo así. No lo embargaba la tristeza, sin embargo, ni siquiera la melancolía. Era un lugar sereno y bellissimo, pero no guardaba la menor relación con él. No sentía ni envidia ni resentimiento. Quería

recordar la experiencia, eso era todo. Había muy pocas luces encendidas aquí por la noche, nada que ver con los radiantes neones que iluminaban las calles del Tercer Espacio como si fuese de día. Los edificios de la ciudad daban la impresión de estar dormidos, respirando apacible y acompasadamente.

A las cinco de la mañana, la secretaria llamó de nuevo para informar de que la declaración ya estaba reimpresa y encuadernada, pero los documentos todavía no habían salido de la imprenta y querían saber si deberían retrasar el Cambio programado.

El anciano, una vez más, tomó su decisión sin parpadear. Por supuesto que tenían que retrasarlo.

Las declaraciones impresas llegaron al escenario de la conferencia cuarenta minutos más tarde, pero aún había que introducirlas en alrededor de tres mil carpetas individuales.

Lao Dao contempló la delicada luz del amanecer. En esta época del año el sol no salía a las seis, pero seguía siendo posible ver cómo se iluminaba el cielo sobre el horizonte.

Estaba preparado. Echó un vistazo al teléfono: solo faltaban un par de minutos para las seis. Curiosamente, sin embargo, nada parecía indicar que estuviera a punto de producirse el Cambio. *A lo mejor es que, en el Primer Espacio, incluso el Cambio sucede de forma más fluida y constante.*

Pasaban diez minutos de las seis cuando la última copia de la declaración quedó guardada en la carpeta que le correspondía.

El anciano, que había estado aguantando la respiración, suspiró y dio la orden de iniciar el Cambio.

Lao Dao se percató de que la tierra comenzaba a moverse por fin. Se incorporó y se sacudió el entumecimiento que le agarrotaba las articulaciones. Con cautela, se acercó al filo de la fisura que ya se estaba ensanchando. Mientras el firme se elevaba a ambos lados de la grieta, se encaramó al borde, tanteó con los pies en busca de apoyo y emprendió el descenso. El suelo empezó a girar.

La secretaria llamó de nuevo a las seis y veinte, con una emergencia. El director Wu Wen, en un descuido, se había dejado en el comedor de gala una memoria portátil que contenía documentación importante. Le preocupaba que se la hubieran llevado los robots de limpieza; debía recuperarla cuanto antes.

Contrariado, el anciano dio la orden de frenar el Cambio y revertir su curso.

Lao Dao estaba descendiendo palmo a palmo por la sección transversal de la tierra cuando todo se detuvo en seco, de súbito, con una sacudida. Transcurridos unos instantes, el suelo comenzó a moverse de nuevo, pero ahora en dirección contraria. La fisura se disponía a cerrarse. Aterrado, Lao Dao empezó a escalar todo lo deprisa que se atrevía, calculando cada uno de sus movimientos mientras arañaba el suelo con manos y pies.

La grieta se cerró antes de lo que esperaba y los dos bordes se unieron justo

cuando él llegó arriba, de forma que atraparon una pierna por debajo de la rodilla. Aunque la tierra cedió lo suficiente como para no aplastarle los huesos, lo retenía con firmeza y no logró liberarse por mucho que lo intentara. El pánico y el dolor que sentía le perlaron la frente de sudor. *¿Me habrán descubierto?*

Lao Dao se quedó tendido en el suelo, atento al menor sonido. Le pareció oír pasos que se acercaban corriendo en su dirección. Supuso que la policía no tardaría en llegar para detenerlo. Quizá le amputasen la pierna y lo metiesen entre rejas sin nada más que un muñón. No acertaba a imaginarse en qué momento habrían desvelado su identidad.

Tumbado como estaba en la hierba, sintió el helor del rocío en la piel. La humedad del aire que se instalaba en el cuello y los puños de su camisa, manteniéndolo alerta y provocándole escalofríos. Contó los segundos para sus adentros, esperando contra toda esperanza que esto se debiera a un simple fallo. Intentó planear lo que iba a decir si lo capturaban. Debería mencionar la honradez y la diligencia que habían caracterizado su trabajo durante veintiocho años; tal vez así se apiadaran de él. Ignoraba si iban a someterlo a juicio. Ante sus ojos desfilaba un aciago destino tras otro.

También el destino oprimía ahora su pecho. De todo cuanto había experimentado en el transcurso de las últimas cuarenta y ocho horas, el episodio que más honda impresión le había causado era su conversación con Lao Ge mientras cenaban juntos. Lao Dao presentía que en ese momento había estado muy cerca de algo parecido a la verdad; quizá eso explicara que ahora pudiese vislumbrar una insinuación de la suerte que lo aguardaba. El atisbo era demasiado distante, sin embargo; demasiado frío e inaccesible. Tampoco tenía muy claro de qué serviría conocer la verdad. ¿Cuál era la utilidad de ver las cosas con nitidez cuando uno se sabía impotente para cambiarlas? Solo que en su caso, para colmo de males, la nitidez brillaba por su ausencia.

El destino era como una nube que, tras adoptar un efímero remedo de forma reconocible, se desvanecía en cuanto él intentaba fijarse mejor. Le constaba que no era más que una cifra. Solo era una persona corriente y moliente, otra más entre 51.280.000 exactamente iguales que él. Y si no hiciera falta ser tan precisos y se hablara tan solo de cincuenta millones, por redondear, se desvanecería en los límites del margen de error, como si jamás hubiera existido. Había motas de polvo menos insignificantes que él. Se aferró a la hierba.

Wu Wen recuperó su memoria portátil a las seis y media; a las siete menos veinte estaba de nuevo en su casa.

A las siete menos cuarto, el anciano de cabellos plateados se acostó por fin en la pequeña cama de su despacho, agotado. Una vez emitida la orden pertinente, los engranajes del mundo habían comenzado a girar lentamente. Unas cubiertas transparentes se extendieron sobre la mesita auxiliar y el escritorio, asegurándolo todo en su sitio. Se levantaron unas barandillas a los costados de la cama, que liberó un gas somnífero y se elevó por los aires. Permanecería estática, como una cuna

flotante, mientras giraba el suelo con todo lo que había encima de él.

El Cambio había empezado de nuevo.

Tras media hora sumido en la desesperación, Lao Dao sintió que sus esperanzas se renovaban. El suelo estaba moviéndose. Sacó la pierna de la fisura en cuanto le fue posible y retomó la fatigosa tarea de descender por la sección transversal en cuanto la brecha se hubo ensanchado lo suficiente, avanzando incluso con más cautela que antes. Le picaba y le dolía la pantorrilla, como si hubiera sufrido las picaduras de un millar de hormigas furiosas, ahora que su pierna entumecida había recuperado la circulación. Estuvo a punto de precipitarse al vacío en más de una ocasión. El dolor era insoportable; tuvo que morderse el puño para contener un grito. Se cayó; se levantó; volvió a caerse; se levantó otra vez. Pugnó con todas sus fuerzas, con toda su habilidad, por no perder su asidero sobre la tierra en rotación.

Ni siquiera sabía cómo había subido las escaleras. Lo único que recordaba era haberse desmayado en cuanto Qin Tian abrió la puerta de su apartamento.

Lao Dao durmió durante diez horas seguidas en el Segundo Espacio. Qin Tian llamó a un compañero, estudiante de medicina, para que le ayudara a vendarle la herida. Había sufrido lesiones musculares y tenía los ligamentos dañados, pero, por suerte, no se había roto ningún hueso. Tardaría algún tiempo en volver a caminar con normalidad, sin embargo.

Cuando se despertó, Lao Dao le dio la carta de Yi Yan a Qin Tian y lo observó mientras la leía. La expresión del muchacho denotaba una mezcla de júbilo y añoranza. No dijo nada. Lao Dao sabía que Qin Tian permanecería mucho tiempo sumido en su estado de remota esperanza.

Ya de regreso en el Tercer Espacio, Lao Dao pensó que se sentía tan exhausto como si se hubiera pasado un mes entero viajando. La ciudad comenzaba a despertarse de forma paulatina. La mayoría de los residentes habían dormido a pierna suelta y se disponían a retomar su vida allí donde la habían dejado al finalizar el ciclo anterior. Nadie se daría cuenta de que Lao Dao se había marchado.

En cuanto los vendedores de la avenida peatonal hubieron abierto sus establecimientos, se sentó a una mesa de plástico y pidió un tazón de *chow mein*. Por primera vez en su vida, Lao Dao encargó una ración extra de cerdo picado con los fideos. *Solo esta vez, pensó. A modo de recompensa.*

Después buscó la dirección que le había dado Lao Ge y les entregó a sus padres dos cajas con medicamentos. Los ancianos estaban incapacitados y ya no se podían mover; una joven de semblante adusto compartía su techo y cuidaba de ellos.

Lao Dao se dirigió a su unidad de residencia monopersonal muy despacio, renqueante. El pasillo era un hervidero bullicioso y caótico, inundado con la

conmoción propia de una mañana cualquiera: la gente se cepillaba los dientes, tiraba de la cadena, discutía con su familia... A su alrededor, todo eran cabellos desaliñados y cuerpos a medio vestir.

El ascensor tardó un rato en llegar. Nada más bajarse en su planta, oyó un griterío. Eran las dos chicas que vivían en la puerta de al lado, Lan Lan y Ah Bei; estaban discutiendo con la señora mayor que se encargaba de recaudar el dinero del alquiler. Todas las unidades del edificio eran viviendas públicas, pero el distrito residencial tenía un agente designado para cobrar el alquiler, y cada edificio, cada planta incluso, contaba con su propio subagente. La anciana, muy flaca y apergaminada, vivía allí desde hacía mucho tiempo, sola. Su hijo se había ido y nadie conocía su paradero. Su puerta siempre estaba cerrada a cal y canto y apenas si se relacionaba con los demás residentes. Lan Lan y Ah Bei, que se habían mudado allí hacía poco, trabajaban en una tienda de ropa. Ah Bei estaba encarándose con la anciana, desgañitándose, mientras Lan Lan intentaba sujetarla. Ah Bei se giró y le pegó un grito a Lan Lan; Lan Lan se echó a llorar.

—Todos debemos acatar el contrato, ¿verdad? —La anciana señaló el texto que se deslizaba por la pantalla que había instalada en la pared—. ¡No os atreváis a llamarme mentirosa! ¿Sabéis lo que es un contrato de arrendamiento? Porque lo pone aquí mismo, negro sobre blanco: en otoño y en invierno se cobrará un recargo del diez por ciento por la calefacción.

—¡Ja! —Ah Bei levantó la barbilla en dirección a la mujer, desafiante, mientras se cepillaba el pelo como si estuviera intentando arrancárselo a tirones—. ¿Te crees que nos engañas con tus trucos baratos? Apagas la calefacción en cuanto nos vamos a trabajar y después nos cobras la electricidad que no hemos estado usando para quedarte con el dinero extra. ¿Te crees que nos chupamos el dedo? Todos los días, cuando volvemos de la tienda, el piso parece una nevera. ¿Te piensas que puedes aprovecharte de nosotras porque somos nuevas?

La voz de Ah Bei, estridente y aguda, cortaba el aire como un cuchillo. Lao Dao se fijó mejor en la muchacha, contempló su joven rostro, indignado y decidido, y pensó que era muy guapa. Ah Bei y Lan Lan le ayudaban a menudo a cuidar de Tangtang cuando él debía ausentarse de casa, y en ocasiones cocinaban incluso para él y le hacían gachas. Le gustaría que Ah Bei dejase de gritar, que se olvidara de estas trivialidades y parase de discutir. Le gustaría decirle que una chica tan joven como ella debería sentarse con elegancia y en silencio, cubrirse las rodillas con la falda y sonreír para lucir los dientes tan bonitos que tenía. Así se conseguía que los demás te quisieran. Pero sabía que no era eso lo que necesitaban Ah Bei y Lan Lan.

Sacó un billete de diez mil yuanes de su bolsillo interior y se lo dio a la anciana. Le temblaba la mano a causa de la debilidad que sentía. La anciana enmudeció de asombro, al igual que Ah Bei y Lan Lan. A Lao Dao no le apetecía dar explicaciones. Se despidió de todas ellas con la mano y entró en su unidad.

Tangtang comenzaba a desperezarse en su cuna, restregándose los ojillos

somnolientos. Lao Dao observó su rostro y sintió que su corazón exhausto se ablandaba. Recordó cómo había encontrado a Tangtang, con la carita cubierta de porquería y lágrimas secas, frente a la planta de tratamiento de residuos. Jamás se había arrepentido de haberla recogido en el acto.

La pequeña se rio y chasqueó los labios. Lao Dao pensó en lo afortunado que era. Estaba magullado, sí, pero no lo habían pillado y había conseguido volver a casa con el dinero. Ignoraba cuánto tiempo tardaría Tangtang en aprender a bailar y a cantar, en convertirse en una jovencita elegante, pero eso era ya lo de menos.

Consultó su reloj. Hora de irse al trabajo.

TANG FEI

Tang Fei es una escritora de ficción especulativa cuya obra ha sido publicada (con distintos pseudónimos) en numerosas revistas chinas, como *Science Fiction World*, *Jiuzhou Fantasy* y *Fantasy Old and New*. Autora de fantasía, ciencia-ficción, cuentos de hadas y *wuxia* (fantasía sobre artes marciales), prefiere escribir de tal modo que sus relatos abarquen distintos géneros literarios a la vez o los trasciendan por completo. También es crítica de libros, y sus reseñas han aparecido en *The Economical Observer*.

Cuando no está escribiendo, Tang Fei ejerce de fotógrafa documental y bailarina. Sus retratos sobre la vida en las comunidades LGBT de China han tenido mucha repercusión. En estos momentos trabaja en un proyecto con el que pretende documentar, a lo largo de varios años, las WorldCon que se celebran en distintas partes del mundo.

Su ficción se ha traducido para las revistas *Clarkesworld* y *Apex*. Rich Horton seleccionó «Chica de compañía» para incluirla en la edición de 2014 de *Year's Best Science Fiction & Fantasy*.

Muchas de las historias de Tang Fei son difíciles de clasificar como pertenecientes a un género definido. Se vale de imágenes surrealistas y de la ambigüedad del lenguaje para conseguir interesantes efectos, y no vacila en ofrecerle pistas falsas al lector cuando el objetivo del relato así lo requiere.

Aunque vive en Pekín, intenta escaparse tan a menudo como le es posible. Como autoproclamada gourmet, siente una predilección especial por el chocolate negro, el queso azul y el buen vino.

Chica de compañía

1

El amanecer se insinúa por la ventana mientras las sombras, como una marea verde que estuviese impregnada de una agreste fragancia, se retiran del cuerpo de Tang Xiaoyi. La bajamar deja al descubierto la esbelta figura de Xiaoyi, desnuda bajo los sutiles rayos de sol.

Abre los ojos, se levanta, se viste, se lava los dientes y se limpia la espuma de la comisura de los labios con una toalla. Se observa con la mirada fija en el espejo, muy seria, hasta que una sonrisa de quinceañera termina iluminándole el rostro. Una sección del empapelado del techo, de color sonrosado, cuelga flácida sobre su cabeza. Ya es la cuarta vez que sucede.

Mi casa está llena de plantas en flor, piensa Xiaoyi.

—Se habrá abierto otra fuga en las cañerías —dice su madre—. Esa mancha de humedad que hay en la pared es cada vez más grande.

Se sientan juntas para disfrutar de un desayuno de lujo: leche de soja, huevos, *baozi* pasados por la sartén y gachas. Xiaoyi come en silencio.

Cuando está lista para salir del apartamento, saca un fajo de billetes de su mochila y lo deja encima de la mesa. Su madre finge no ver nada mientras se vuelve hacia el fregadero. Ha abierto el grifo de tal manera que el chorro de agua hace más ruido que los pasos de Xiaoyi.

Xiaoyi pasa junto a su madre, deja atrás el dinero que hay en la mesa y cierra la puerta. El clamor del agua ya no llega hasta ella. El silencio es tan intenso, de hecho, que no se oye absolutamente nada.

Le tiemblan las rodillas.

Acaricia el colgante plateado que lleva al cuello, un silbato para perros.

Xiaoyi tiene que cambiar de autobús hasta en tres ocasiones para llegar a la escuela, que está en la otra punta de la ciudad.

Li Bingbing le había preguntado una vez si no quería montar con ella en el coche de su padre. *Que te paseen en un BMW con su propio chófer es de lo más agradable.*

Pero Xiaoyi le había dicho que no porque, en el fondo, viajar en autobús tampoco era para tanto. La escuela era muy aburrida, de todas formas; otro autobús más en el que montar. Puesto que estaba abocada a viajar en autobús hiciera lo que hiciese, ¿qué más daba que se subiera en una parada o en otra? Xiaoyi, por supuesto, no le dijo eso a Bingbing. No le gustaba hablar con nadie, por lo general, salvo con «ellos».

«Ellos» no aparecían nunca por la escuela, lo que hace que esta sea todavía más aburrida. Xiaoyi se sienta en la última fila, junto a la ventana. Se pasa allí el día entero, con cara de pocos amigos. Nadie le dirige la palabra, ni durante las clases ni en el recreo.

No tiene amigos. Nadie habla con ella. Nadie la ve. A las chicas les gusta formar grupitos: las que tienen las tetas más grandes, en uno; las que las tengan pequeñas, en otro. De vez en cuando puede darse la circunstancia de que una chica pechugona entable amistad con otra que parezca una tabla de planchar, pero su relación está abocada al fracaso.

Xiaoyi es distinta de todas las demás. Para empezar, no usa sujetador. Nunca. A muchas les parece extraño. Después las chicas se enteraron de lo de «ellos», así que ahora, adondequiera que va Xiaoyi, se hace el silencio de súbito. En cuanto se aleja, sin embargo (aunque tampoco tanto como para no poder escucharlas), se reanudan los cuchicheos:

—¡Mirad, esa es Tang Xiaoyi!

Sí, esa es Tang Xiaoyi. Nadie sabe qué hacer con ella. De no ser por Bingbing, que a veces se vuelve un poquito obsesiva, la vida de Xiaoyi sería un remanso de paz.

—Oye —le dice Bingbing—, ¿sabías que Li Jian y Ding Meng ahora están juntos?

Acaba de terminar la clase de geografía, la última de la mañana. Bingbing se sienta junto a Xiaoyi y empieza a rajar. Solo interrumpe su monólogo para darle una calada a su cigarrillo de vez en cuando. Terminado este, sin embargo, ya no se puede aguantar por más tiempo.

—Xiaoyi, ¿sabías que hay mucha gente hablando de ti a tus espaldas? ¿Es cierto? ¿Son todos realmente viejos y ricos? ¿Más ricos que mi padre? ¿Cuánto te pagan por tus servicios?

Xiaoyi apoya la barbilla en la palma de la mano y deja vagar la mirada por la ventana. Es la hora de almorzar y la cola de la cafetería, cada vez más larga, se extiende ya hasta el frondoso wutong que se alza junto a la entrada del centro.

Justo en ese momento, un vehículo pequeño, sin distintivos, se detiene contra el bordillo. Una de las puertas del coche se abre, pero no baja nadie de él. Está esperando; esperando a Xiaoyi.

La muchacha se pone de pie, sin prisa, y abandona la clase caminando con largas zancadas; sus pasos resuenan con delicadeza en el suelo mientras el cabello ondea sobre sus hombros, como si estuviera caminando contra la brisa.

No se oye nada a su alrededor. Un rayo de sol cae oblicuo sobre su espalda, cruzándosela como un navajazo.

3

—Hice lo que me pediste y he cambiado de coche. ¿Puedes explicarme por qué? Esto es muy poco... ortodoxo.

El hombre de mediana edad se gira para mirar a Xiaoyi. Es la primera vez que se ven cara a cara. Los dos se sientan apretujados en la parte de atrás del pequeño Daihatsu Charade: la colegiala de minifalda azul oscuro y el hombre con su elegante *hanfu*. Ocasionalmente, en contados momentos de descuido, entrechocan las rodillas antes de separarlas otra vez de inmediato.

Ocupa el asiento del conductor un chófer de uniforme impecablemente planchado, con charreteras plateadas en los hombros y las manos enfundadas en unos guantes blancos que dan la impresión de ser recién estrenados.

—Has traído un chófer. —Xiaoyi frunce el ceño.

—Hace mucho que no conduzco.

Xiaoyi desvía la mirada hacia el tráfico que fluye al otro lado de la ventanilla... o, mejor dicho, que no fluye en absoluto. Es viernes y las retenciones comenzaron a mediodía. En realidad, da igual. No tienen ninguna prisa. El hombre se seca el sudor de la frente con un pañuelo de tela. El aire acondicionado del Charade no funciona; algo desagradable para quien esté acostumbrado a los Cadillac.

—¿Adónde? —pregunta el hombre.

—A ninguna parte.

—De acuerdo. Lo que a ti te haga feliz.

Qué comprensivos se muestran siempre; la tratan como si fuese una mascota, con una mezcla de adoración y desprecio. Antes de empezar en serio, son todos iguales.

Xiaoyi se gira para fijarse con detenimiento en el hombre. Tiene los ojos oscuros,

enigmáticos pero cordiales. La atrapan y se niegan a soltarla.

—¿Qué quieres que haga?

—¿Qué haces con los otros?

—Así que no has pensado en lo que a ti te gustaría.

El hombre se ríe.

—Es que no sé si podrás satisfacerme, eso es todo.

—Eres codicioso. —Xiaoyi le guiña un ojo. Sus pestañas, negras y largas, aletean seductoramente.

La nuez del hombre pega un brinco en su garganta. El modo en que la camisa de Xiaoyi se ciñe a su cuerpo le informa de que no lleva sostén.

—Empecemos ahora —dice la muchacha.

—¿En el coche?

Xiaoyi estira el brazo y le cierra los párpados. Tiene las manos heladas.

4

El hombre abre los ojos y mira a su alrededor. No ha cambiado nada. El Charade sigue siendo el Charade. La carretera sigue estando tan congestionada como el colon de una persona estreñida.

Pero el chófer ha desaparecido.

Es un hombre con experiencia. Sabe cuándo debe conservar la calma.

—Lo que contaban sobre ti era verdad. Supongo que por fin he encontrado lo que buscaba.

—Puedes estirar las piernas. Hay sitio de sobra.

El hombre sigue sus indicaciones y ve cómo sus piernas traspasan lentamente el asiento de delante, con la misma facilidad que si estuvieran atravesando una sombra. Se reclina, ya más relajado. Mucho más cómodo. Ha pagado y debería disfrutarlo; esto forma parte de la transacción.

Hace ya mucho tiempo que los clubes privados, los servicios a medida y otros tipos de entretenimiento de alto standing no le satisfacen. Buscaba una experiencia especial, como la que ofrece esta chica. *Vendo historias*, anunciaba la página web. *Especiales. Caras. Sin sustitutos. Debes venir en un coche destartado. Tienes que traer suficiente dinero. Pase lo que pase, no volveremos a vernos.*

Le tiembla el índice de la mano derecha. Todo está preparado. Aguarda en su

asiento, expectante. Empieza a creer que la muchacha es capaz de ofrecerle lo que asegura.

—Listo.

Xiaoyi asiente con la cabeza. Sin que él sepa cómo, ahora está sentada frente a él, en un sillón de orejas ubicado donde debería estar el asiento del conductor.

—Te lo preguntaré de nuevo. ¿Qué quieres?

—Lo tengo todo.

Xiaoyi lo observa fijamente, en silencio. Se quita los zapatos de improvisado y recoge los pies bajo su cuerpo. Se encoge, formando una pelota, y se hunde en el suave cuero blanco.

—Avísame cuando te lo hayas pensado bien. Cobro por horas, por cierto.

Qué cliente más complicado, piensa. *Va a dejarme agotada*. Decide cerrar los ojos para ahorrar energías.

—¿Por qué no me cuentas algo especial, algo que yo no posea ni haya experimentado nunca?

—Una historia.

—Correcto.

Xiaoyi abre los ojos, pero sin cambiar de postura.

—Tengo entendido que eres muy buena, extraordinaria. Pero también eres muy cara. Todos los que han recurrido a tus servicios cuentan que te...

El hombre parece no darse cuenta del nerviosismo que denota su voz.

Interrumpe su discurso el concierto de cláxones que los rodean. Es como si el sonido llegara de muy lejos. Empieza a sospechar que algo anda mal. Le cuesta respirar; la claridad es deslumbrante; escucha una especie de susurro incesante. Le cuesta calibrar la densidad de las cosas. Está en otro mundo.

El hombre se incorpora y deambula por los confines en sombra del pequeño Charade, paseo que tarda diez minutos en completar. Nunca se había atrevido a imaginar siquiera que el paso del tiempo se pudiera alterar.

—Te contaré una historia agradable —le dice Xiaoyi cuando vuelve a sentarse.

—Esas ya las he oído antes. Son líquidas. Viscosas, húmedas, apestan a mocos y lágrimas. No me gustan.

—Las historias no son líquidas. —Xiaoyi lo fulmina con la mirada.

Antes de que el hombre pueda llevarle la contraria, algo cae rodando por los aires y aterriza en su regazo. Es cálido, peludo y no para de revolverse: ¡un cachorrillo blanco como la nieve! Ojos redondos, oscuros. Naricita húmeda. Oh, ha sacado la lengua sonrosada para lamer el dedo del hombre.

—Las historias son como los perros —le explica Xiaoyi—. Si los llamas, aparecen.

—¿Cómo has hecho esto? —pregunta el hombre, acunando al cachorro con delicadeza mientras ve cómo le mordisquea el dedo.

—Con esto. —La muchacha le enseña el colgante.

—¿Un silbato para perros?

—Solo yo puedo usarlo. Cuando las historias oyen mi llamada, acuden, y después la gente se las puede llevar. —Xiaoyi endereza la espalda en su asiento—. ¿Quieres quedarte con esta?

El hombre observa al cachorro.

—Me gustaría ver alguna más.

5

—¿Y esta? —pregunta Xiaoyi—. ¿Te gusta?

El hombre niega con la cabeza.

La muchacha pasea la mirada por el interior del vehículo, repleto de perros convocados por ella. aguardan en silencio, expectantes. Más de veinte pares de ojos la vigilan sin parpadear, inocentes.

El rottweiler que acaba de conjurar presiona con la naricilla mojada contra su mano. Xiaoyi le acaricia las orejas distraídamente. Está cansada y aterida. La sensación se adhiere a su piel como una camisa empapada.

—¿Necesitas tomarte un descanso? —pregunta el hombre, pero sus ojos parecen decir: *¡Continúa! ¡Rápido! ¡Más deprisa! ¡Quiero mi historia!*

Xiaoyi se levanta y cierra los dedos en torno a la mano del hombre.

Los abofetea una ráfaga de viento. Un olor misterioso.

El cielo da vueltas. A su alrededor resuena una plegaria antigua y sombría.

Los pastores han encendido una fogata con hojas de ciprés. Los azores descienden, procedentes de todos los rincones del cielo, y aterrizan envueltos en nubes de polvo.

El anciano sacerdote chamán canta con voz trémula. Afila su cuchillo y su gancho hasta dejarlos relucientes. Los vivos doblan la espalda mientras los muertos yacen con los torsos desnudos expuestos. Los azores baten las alas, despegan y trazan círculos en el aire, entre estridentes chillidos.

A lo lejos, en el límite de la visión, unas banderas brillantes ondean al viento.

Se encuentran bajo la ilimitada bóveda celeste de una pradera sin fin, bañados por un sol cegador e implacable.

El hombre palidece.

—Pero ¿qué...?

—Por simplificar, ya que esta historia es demasiado grande. —Xiaoyi se hace a un lado—. Movernos a nosotros es más fácil que moverlo a él.

Es ahora cuando el hombre se fija en el perro. Aunque, estrictamente hablando, de «perro» tenga muy poco.

Es gigantesco, de fauces inmensas y hocico achatado. Sus dientes parecen cuchillos. Está agazapado, inmóvil; solo su denso pelaje se deja mecer por el viento. La sangre que corre por sus venas tiene miles de años de antigüedad. Es una bestia sagrada, la encarnación de la más cruel y estricta ley de la naturaleza.

—¿Te gusta? Es muy caro.

—¿Insinúas que me lo puedo llevar?

—Sí, siempre y cuando estés dispuesto a pagar lo que cuesta.

—Un precio elevado... y me imagino que no estamos hablando solo de dinero.

Xiaoyi nota un nudo en la garganta mientras asiente, en silencio.

El hombre contempla a aquel perro inmenso, arrogantemente inmóvil, que parece estar juzgando todo cuanto sucede ante sus ojos. Al final, el hombre niega con la cabeza.

—¿No hay más?

—¿Seguro que quieres seguir buscando?

El hombre no dice nada. No es necesario.

Saaaaa-saaaa. El sonido del viento proviene del pecho de Xiaoyi: sutil, seco y lánguido, como el hilo de arena que discurre por el embudo de un reloj de arena.

6

Allí adonde miran, todo es lo mismo. El mundo es una sola sustancia. Brillantes motas de luz rutilan en medio de la oscuridad azulada.

Están en el fondo del mar. El agua los empuja y tira de ellos sin hacer ruido.

El cabello y la falda de Xiaoyi ondean al compás de las algas.

El hombre abre la boca, de la que no escapa ninguna burbuja. En las profundidades oceánicas no hace falta respirar.

—Esta es mi última historia.

Los ojos del hombre se acostumbran enseguida a la oscuridad. Mira a su alrededor, pero no ve ningún perro.

—¿Dónde está?

—El perro solo es una forma para poder llamarlas y aceptarlas más fácilmente, pero aquí se encuentran en su forma natural. No, eso no es del todo exacto, tampoco. La naturaleza fundamental se compone de ceros y unos, forma parte de la base de datos definitiva. Este mar es una ilusión, una proyección de esa naturaleza fundamental. El mar de datos es demasiado grande como para comprimirse en la forma de un perro. Aunque todavía puedes llamarlo «perro», por supuesto. Desde un punto de vista estrictamente narrativo no hay nada imposible.

Xiaoyi hace una pausa y bebe un trago de agua. Está salada y hace que tenga aún más sed.

—Este lugar existe desde hace mucho tiempo y es demasiado fuerte. Mi potencia de procesamiento es insuficiente para alterarlo, para convocarlo. Solo puedo... dejarme llamar por él.

—¿Has traído aquí antes a alguien más?

—La mayoría de mis clientes son más fáciles de satisfacer.

—¿Qué ocurrió con los otros?

Xiaoyi sonríe por toda respuesta.

El hombre puede notar cómo lo atraviesan las corrientes transparentes: 1100110111... Fluirán hasta las innumerables fosas y grutas que pueblan el fondo del mar y dejarán atrás este sitio. Algún día, también esta fuente tan antigua terminará secándose. Pero no ahora. Por lo que al hombre respecta, esto es la eternidad.

Da un paso adelante. El mar se estremece; el cielo se estremece; todo lo que contienen el cielo y el mar se estremece. Si algún día algún ave se lanza en picado sobre la superficie del mar, experimentará esa misma emoción, la misma dicha del viento en las alas, al zambullirse entre las olas.

—¿Te gusta?

—Sí.

—Es aún más caro de lo que te imaginas.

—Lo sé.

—Me refiero a que no está en mi mano permitir que te lo lleves contigo.

El hombre guarda silencio. Hacia el norte, a lo lejos, una parte del mar ruga con corrientes turbulentas y oscuras.

—En tal caso —replica sin pensarlo dos veces—, me quedaré aquí.

Xiaoyi se muerde los labios. Tras un prolongado silencio, abre la boca y silabea una palabra inarticulada.

Un banco de peces de coral anaranjados se interpone fugazmente entre ellos, ocultando sus rostros a la mirada del otro.

Cuando se vuelven a ver, ambos están sonriendo.

Seis de la tarde. Hora punta. Una oleada de humanidad emerge de las estaciones del metro e inunda los comercios, las calles, los pasos elevados.

Xiaoyi se apea del Charade. Este es el mundo del presente. El sol del ocaso llamea con una delicadeza radiante. La masa de transeúntes se abre a su paso.

Ella sigue su sombra, extendiéndose mientras le pisa los talones, estilizada. Caminan juntas despacio, con esfuerzo.

Xiaoyi levanta una mano, buscando el silbato para perros que cuelga de su cuello, y lo acaricia.

«Ellos» existen. Han existido siempre.

No está sola, ni mucho menos.

Por eso no llora.

CHENG JINGBO

Los relatos de Cheng Jingbo han obtenido numerosos reconocimientos, entre ellos los premios Galaxy (*Yinhe*) y Nebula (*Xingyun*), además de haber sido seleccionados para aparecer en varias antologías chinas de «lo Mejor del Año». Ha publicado en *People's Literature*, algo poco habitual entre los escritores de género, pues se trata de una de las revistas de narrativa contemporánea más prestigiosas de China. Vive en Chengdu y trabaja como correctora de libros infantiles.

Las historias de Cheng son difíciles de clasificar. Presentan imágenes oníricas que se prestan a múltiples interpretaciones, conectadas entre sí por la lógica de la metáfora, y se caracterizan por lo elaborado de su sintaxis, repleta de alusiones evocadoras. Su forma de expresarse salta de un pensamiento a otro e invita al lector a deslizarse como un insecto zancudo sobre las ondas de un estanque agitado. Aunque sus relatos constituyan un auténtico desafío, tanto para el lector como para el traductor, el esfuerzo sin duda merece la pena.

La tumba de las luciérnagas

16 de febrero: a través de la Puerta al Estío

La aparición en el firmamento de las aves de Se Acabó la Nieve contribuyó a aumentar el caos que reinaba en el mundo.

Sus alas, cuyo batir debería presagiar un tiempo apacible, desgarraban la anaranjada bóveda celeste como retornados jirones nubosos colmados de escarcha. El aire se inundó de plumas agrisadas, pavesas que descendían lánguidas hasta posarse en los negros orbes de mis ojos, transformándolos en níveas esferas.

Nací en la carretera que conducía a la luz el dieciséis de febrero, un refugiado. Mis ojos de ébano eran vívidos y luminosos, pero nadie vino a besarme en la frente. Todo a mi alrededor eran hondos suspiros. Al levantar la cabeza vi que la bandada de favilas ponía rumbo al sur, tan tupido el son de sus gritos como el eclipse que tejían sus alas.

En el sur estaba la Puerta al Estío, un camino que conducía al paraíso, empedrado de asteroides flotantes.

El paulatino declive de la estrella gigante que iluminaba la senda de los refugiados cubrió de sombras todos los rostros. Tras mi efímera experiencia con la luz, fui testigo del primer crepúsculo de mi existencia: como los pétalos de una flor secreta, la imagen de mi madre eclosionó ante mis ojos.

Una marea humana discurría por los cauces del río del tiempo, fluyendo en línea hacia la Puerta al Estío. Nuestro mundo, en aquellos instantes, caía como una solitaria gota de rocío en medio del universo ilimitado, precipitándose hacia aquel plano construido con los fragmentos de otro planeta.

Las aves de Se Acabó la Nieve prorrumpieron en nuevos chillidos. Conforme planeaban entre las nubes desgarradas por la gravedad, aquellas gráciles y delicadas criaturas comenzaron a verse aprehendidas de súbito por algún tipo de fuerza desconocida. Alarmada, la bandada se contoneó en el cielo como una gigantesca anguila eléctrica, cada ave individual una de sus escamas. Suspendidas muy juntas entre sí en las alturas, el ocasional roce de las puntas de sus alas producía suaves chasquidos. Estos no dejaban de aumentar en volumen e intensidad, pues las aves se apretaban cada vez más entre sí para enfrentarse a aquella fuerza desconocida que

amenazaba con desviarlas de su rumbo, y las chispas eléctricas generadas por la fricción de las alas saltaba de una punta a otra. Una gigantesca mano invisible cerró los dedos en torno a la garganta de la bandada y la anguila cenicienta comenzó a temblar, envuelto por una llamarada azul todo su cuerpo.

En un abrir y cerrar de ojos, la fuerza invisible que tiraba de ellas cada vez más hacia arriba se desvaneció. La anguila se debatió entre las nubes, entre estertores; las plumas que mudaban espasmódicamente las aves caían como copos de ceniza volcánica. Aquel manto de barbillas escarchadas no tardó en abatirse sobre nosotros. Se filtraba entre los resquicios de las tiendas de piel de buey y se posaba, como una polilla, en el vidrio grasiento de los quinqués; flotaba en cúmulos sobre el agua sucia de los bacines de cobre, se adhería a mis cejas y se condensaba en las comisuras de mis ojos.

El carro tirado por bueyes continuaba avanzando, muy despacio. Mi madre empezó a cantar en medio de aquella ventisca de ceniza y pesar. Sucumbí al sueño de forma gradual, escuchando aquella voz adorable, pero en sus ojos anidaban las imágenes del exterior de la carreta: envueltas en el aire asfixiante, abrasador, decenas de miles de carros tirados por bueyes avanzaban en la misma dirección. Los restos de la humanidad se desparramaban por las colinas y las llanuras. Cuanto más lejos dejaba vagar la mirada, más carros veía, todos ellos idénticos al que nos transportaba a nosotras.

Un anciano se situó corriendo frente a nuestro carro y se arrodilló.

—La estrella está a punto de apagarse.

Antes de que él lo anunciara, mi madre ya lo sabía. Antes incluso de que él despegara los labios, los ojos de mi madre se habían hundido ya en la penumbra. Los animales no daban muestras de pánico, puesto que llevaban los ojos vendados con tela negra, pero así y todo la llegada de la oscuridad les produjo un misterioso escalofrío.

Del mismo modo que las nubes de polvo que no dejaban de levantarse del suelo estrangulaban las palabras del hombre, aquella noche interminable había ahogado los ojos de mi madre, tan hermosos como insondables.

El anciano no vio a tiempo las ruedas del vehículo y la tierra se empapó de sangre, una nueva mancha oscura que se fundió con la noche. Aun dormida como estaba noté el momentáneo vaivén que sufrió la carreta, como si acabase de superar un badén. Prosiguió su camino como si nada hubiera pasado.

Mi madre continuó cantando. En su canción el sumo sacerdote de barba blanca fallecía cuando se dirigía a ver a la reina, pues las nuevas que le llevaba estaban enfermas.

Después de aquel día no volví a ver ningún ave de Se Acabó la Nieve.

Cuenta la leyenda que el día que nací, mi pequeño planeta cruzó la Puerta al Estío. Todas las aves de Se Acabó la Nieve sucumbieron antes de trasponer ese umbral. Pese a ser aves de primavera, su muerte desencadenó una nevada: cada copo

era una pluma agrisada; cada copo estaba ribeteado de pálido fuego azul.

El día en que las aves de Se Acabó la Nieve desaparecieron en el firmamento meridional, traspasamos un muro compuesto por 1.301 asteroides y escapamos del Jardín de la Muerte a través de la Puerta al Estío.

19 de febrero: llamada a escena para el Universo Carmesí

La gente me llamaba Rosamund porque decían que era la rosa del mundo.

Para mí el mundo era una rosa marchita. El frío universo estaba repleto de estrellas antiguas como nuestro sol: se colapsaban, perdían su calor, envejecían, se contraían en versiones infinitesimales de sí mismas y dejaban de proporcionarnos su luz. Ahora, apergaminadas y miopes, lo único que podían ofrecernos era una plegaria inútil mientras contemplaban nuestra huida al filo de la noche.

Hacía mil años, nueve sacerdotes se sentaron a debatir en secreto alrededor de una mesa circular y sondearon la voluntad de los dioses en busca de la respuesta a una pregunta: ¿por qué habían decidido de repente las estrellas envejecer y morir?

Al final, ante la incapacidad de los sacerdotes para resolver satisfactoriamente esa incógnita, el rey los castigó cortándoles la cabeza.

Pero uno de ellos, el más poderoso de todos, sobrevivió. Lo logró porque tenía dos rostros, oculto uno de ellos por sus largos y poblados cabellos; nadie sospechaba siquiera su existencia. Quien reuniera el valor necesario para correr el velo de su serpentina melena vería unos labios rigurosamente fruncidos y unos ojos que le devolverían la mirada sin parpadear. Cuando el rey ordenó decapitar a los sacerdotes, este se cortó la cabeza en dos él mismo, empleando para ello una espada de doble filo, y renunció a la mitad superior. A partir de aquel momento se convirtió en un nómada exiliado lejos de su hogar y vivió únicamente con la mitad secreta de su cabeza.

Según los rumores, fueron los descendientes de este hombre quienes fundaron la Ciudad Liviana, el primer planeta al que llegamos tras atravesar la Puerta al Estío. La estrella se colapsó a nuestra espalda mientras el ejército de refugiados se abalanzaba en picado sobre la última lámpara encendida del universo.

Nadie sabía por qué estaban muriéndose las estrellas. Mil años antes, siguiendo una antigua profecía, nuestros antepasados habían alterado la estructura de nuestro planeta y ajustado su gravedad para convertirlo en un Arca a bordo de la que huir en

pos de aquellas estrellas que aún parecían lo bastante jóvenes.

Cuando llegásemos a la Ciudad Liviana, todos abandonarían nuestro planeta y se trasladarían allí. Tras mil años de travesía, sin embargo, el Arca ya no podía continuar. Tras abandonar nuestro hogar, este planeta que antaño había engendrado y sustentado a toda la humanidad se precipitaría al corazón incinerador de una estrella extraña para disolverse en un millón de lágrimas de rocío.

Aquel año cumplí los seis. El diecinueve de febrero era un día especial. Mi madre, la reina, me sentó a lomos de un toro blanco y vi miles, decenas de miles de bueyes, todos ellos negros como la pez, remolcando a mis súbditos sobre la faz de la tierra como una inundación.

Una torre dorada se alzaba en solitario a lo lejos, sobre el horizonte. Los refugiados llegaron al pie de ella misma con el ocaso. También la torre daba la impresión de haber superado un largo viaje. Tras ella se extendía una honda fisura, como una incisión quirúrgica; la fértil marga untuosa que manaba de sus profundidades olía a quemado.

Este era el Puerto. Lo habían dejado caer los habitantes de la Ciudad Liviana, el planeta de color verde oscuro que giraba sobre nuestras cabezas. En esta fecha señalada, la gravedad que mediaba entre ambos planetas alcanzaba un equilibrio perfecto que nos permitiría ascender por la torre hasta nuestro nuevo hogar.

Quien hubiera sido testigo en la distancia del apareamiento entre estos dos diminutos planetas habría visto lo siguiente: un virote dorado que emergía de uno de ellos como un fósforo sostenido en posición vertical. Mientras ambos mundos giraban, la aparente cerilla de uno se deslizaría por la superficie del otro, trazando un surco a su paso antes de detenerse.

A cualquiera que lo observase todo desde el suelo, sin embargo, el espectáculo se le antojaría una manifestación de la divinidad. En ocasiones, a través de una abertura en las nubes, se entreveía nuestro futuro hogar: la Ciudad Liviana, olivácea y serena. La colosal torre dorada que se alzaba ante nosotros se había extendido como un sueño desde aquel paraíso para acoplarse inexorablemente a la tierra. Todos prorrumpieron en gritos de júbilo y se apresuraron a calzar a los bueyes con recias herraduras magnéticas, engalanar los radios de las ruedas con polvo plateado y remendar las tiendas de pieles.

Una vez terminados los preparativos, las carretas comenzaron a escalar la torre por orden de prioridad. Yo corría lejos de ella, descalza. Había unas pocas flores ocultas entre la hierba, dispersas y rutilantes. El viento daba la impresión de provenir de algún lugar enterrado a gran profundidad en el suelo, y me pareció oír una voz que resonaba entre el cielo y la tierra: *Rosamund, Rosamund*. Acerqué la oreja a las puntas de las briznas de hierba; quería saber si el planeta estaba llamándome por mi nombre.

Cuando me di la vuelta para mirar atrás vi que el cielo giraba despacio, ladeado ya el horizonte. La torre estaba inclinándose, alejándose del cenit, para permitir que

todo el mundo pudiera caminar sobre ella descalzo, como yo.

Al caer la noche, la especie humana al completo recorría esta carretera al paraíso. En un descuido, a una mujer se le cayó un balde metálico y este rodó torre abajo, repiqueteando estruendoso, hasta precipitarse al interior de un nubarrón negro y húmedo, dejando tan solo ondas sobre la superficie. Pero después la mujer tiró de la cuerda amarrada al cubo (prácticamente todo lo que había en las carretas estaba sujeto con cuerdas para evitar que se moviese durante el trayecto) y lo recuperó, lleno de un agua cristalina en esta ocasión.

Proseguimos la marcha en medio del silencio nocturno. Frente a nosotros, una nueva ciudad resplandecía como un trozo de jade. La noche tachonada de estrellas era lo único que se discernía alrededor del puente, gigantesco e interminable, que formaba la torre dorada.

El universo era como un enorme telón que estuviera cayendo gradualmente sobre el escenario del universo. Cada vez quedaban menos estrellas. Apretamos el paso.

22 de febrero: el Mago de la Ciudad Liviana

Mi madre fue la única que no lloró cuando llegamos a la Ciudad Liviana.

Tras descender de la torre, el firmamento rotó hasta regresar a su ubicación original. El horizonte ya no estaba inclinado. Todos podíamos ver el paraíso con claridad: tan solo era otro montón de escombros.

Esto fue lo que le dijo mi madre al primer desconocido con el que nos cruzamos:

—Condúceme hasta tu rey, arconte, líder o... comoquiera que lo llaméis.

—No hay nadie así por aquí —replicó el hombre—. Solo tenemos un mago.

Y fue así que nos llevaron ante un hombre-máquina hecho de acero. Estaba sentado en medio de una explanada, como un amasijo de metal retorcido. En caminar desde su pie izquierdo hasta el derecho se tardaban cinco minutos, pero nos llevó toda la tarde escalar desde su pie derecho hasta la cintura.

—Escucha —me dijo mi madre. Se puso en cuclillas para mirarme a los ojos—. Rosamund, corazón, tengo que entrar para hablar con el mago. Espérame aquí. Preciosa mía, mi bebé, no te marches antes de que yo haya salido.

Asentí con la cabeza. Sonrió y me besó con ternura en la frente. Nadie fue testigo de esta despedida, y por ello, en las historias que habrían de contarse después, la reina murió tras ingerir por error una seta venenosa en la Ciudad Liviana. Pero yo vi con

mis propios ojos cómo mi madre se encaramaba al hombro de aquel robot gigantesco, se colaba por una de sus orejas y desaparecía.

Durante los seis años subsiguientes a mi orfandad, después de que mi planeta y mi madre me hubieran abandonado y olvidado, me dio tiempo a convertirme en una adolescente obstinada. Rosa Silvestre era como me llamaban todos ahora.

En el nuevo mundo de la Ciudad Liviana descubrí una planta que existía también en mi antiguo planeta. Sus zarcillos, que se extendían a lo largo de cientos de kilómetros, estaban erizados de frágiles tallos que culminaban en unas puntas muy finas y delicadas. Me gustaba correr entre ellos, descalza. Cuando mis pies aplastaban los tallos, de estos rezumaba un líquido brillante, amarillo, y el viento transportaba voces apenas audibles: *Rosamund, Rosamund*. Pegaba entonces la oreja al suelo negro: quería saber si era el planeta el que me llamaba ahora a través de esta nueva tierra. La soledad que sentía creció sin cesar durante aquellos seis años, hasta arraigar en lo más hondo de mi ser, en mi sangre y mis huesos.

Una vez, al oír las llamadas y acercar la oreja a la tierra fangosa, cerré los ojos y vi el rostro de mi madre.

—Rosamund, corazón...

Sonrió y me besó en la frente como si yo fuese realmente la rosa del mundo. Después volví a abrir los ojos. Nada.

En otra ocasión, cuando abrí los ojos, lo que vi me sorprendió y atemorizó: un hombre joven (apenas más que un muchacho) con los carrillos hinchados. Estaba enterrado hasta el cuello, pero su cara prácticamente me tocaba la frente. Sus párpados aletearon sobre unos ojos tan azules como el agua, y una suave brisa me acarició el rostro. Me incorporé.

—¿Quién eres?

—Una persona libre de la Ciudad Liviana —dijo, con regocijo en la voz. Salió ágilmente de su agujero mientras respondía, como si la tierra no ofreciera la menor resistencia—. Pero ¿quién eres tú?

Lo observé, asombrada. Se sacudió el barro de la ropa. Brotaban flores ahora en el lugar donde había estado enterrado.

—Déjame adivinar —prosiguió—. Seguro que acierto tu nombre.

Buscó un sitio cómodo en el que sentarse y se enfrascó en la solemne tarea de adivinar cómo me llamaba.

Era una vista inolvidable: la silueta de un joven sentado a solas a la luz del amanecer. Aunque no podía distinguir sus facciones, me imaginé su expresión. Esbeltos tallos de hierba brotaban salvajes a su alrededor, y se extendían cada vez más y más lejos.

—Vale —anunció, al cabo—. Me rindo. ¿Por qué no intentas tú adivinar mi nombre?

Pero entonces lanzó una mirada de soslayo al firmamento y se dio una palmada en la frente.

—Ah, se me olvidaba para qué había venido. Rosamund, mi dulce niña, ¿dónde estás?

Aún no había terminado de pronunciar estas palabras cuando echó a correr, veloz como el viento. No me quedó más remedio, por tanto, que abocinar las manos alrededor de los labios y exclamar a su espalda:

—¿¡Conoces a Rosamund!?

—No. —Ya se había alejado un buen trecho—. Primero debo encontrarla. Entonces sabré quién es.

—¿Por qué buscas a Rosamund?

Ya casi se había perdido de vista tras el horizonte.

—Porque es mi invitada.

Suspiré. Él ya se había vuelto invisible.

—Yo soy Rosamund.

Un remolino barrió el horizonte. El joven volvía a encontrarse ante mí. Se atusó el pelo con las manos, se alisó las arrugas de la camisa y me saludó con una reverencia galante.

—Es un placer conocerte... invitada.

—Pero ¿quién eres?

—Ninguno de los dos fue capaz de adivinar el nombre del otro. Si realmente eres Rosamund, permite que me presente ante ti con mi auténtico nombre: el Mago de la Ciudad Liviana.

25 de febrero: el Caballero de la Rosa

Seis años después de haberme conocido, el Mago de la Ciudad Liviana ya no parecía un muchacho. El secreto de su eterna juventud residía en su castillo.

Pero a mí seguía gustándome correr descalza por el brezal silvestre. Él, para verme, a menudo debía abandonar su castillo. Y así, crecíamos juntos.

Ahora que yo tenía dieciocho años, él era como un caballero, con una voluntad de acero y hombros duros como el hierro. Pero cuando tenía doce años había entrado por primera vez en su castillo.

El castillo era el robot mudo sentado en el suelo. Puesto que el robot no

necesitaba vejiga, esa era la ubicación de la puerta del castillo. Cuando entramos, el mago (todavía un muchacho por aquel entonces) sostuvo mi mano en la diestra y, con un *puff*, en su mano izquierda se materializó una antorcha. El interior del castillo estaba completamente a oscuras.

Dejamos atrás numerosos murales, pisamos innumerables alfombras, y en la séptima curva de la escalera chocamos con tres botellas de plata y una bola de cristal. Los ojos y el cabello del mago relucían brillantes a la luz de la antorcha. Los dos hablamos exclusivamente del viaje que habíamos emprendido y de lo que nos habíamos encontrado por el camino, como si no hubiéramos estado prestándonos la menor atención el uno al otro.

Por fin vi a mi madre, sentada en una silla cubierta por una piel de tigre. Su porte denotaba serenidad; su semblante no había cambiado en absoluto desde que nos separamos.

—Deja que te eche un vistazo, jovencita —dijo. Se sobresaltó al reconocermee—. ¿Qué diablos te ha pasado?

El mago dio una palmada y la antorcha se desvaneció de su mano izquierda. Innumerables puntos de luz aparecieron de súbito en el techo sombrío del gran salón, como estrellas, como luciérnagas.

El hombre que creaba la luz le dijo a mi madre:

—Majestad, mientras que vos solo lleváis aquí unos instantes, ella hace seis años que vive sola en el mundo exterior.

—¿Qué brujería es esta?! —Mi madre me abrazó antes de volver a apartarme, sujetándome los brazos con firmeza para poder examinarme en detalle. Me sentía demasiado azorada como para devolverle la mirada.

—Hace mil años —continuó el mago—, uno de mis antepasados cruzó la Puerta al Estío. Construyó este castillo de la eterna juventud valiéndose de la magia y la brujería. Tanto si algo está vivo como si está muerto, una vez aquí dentro escapa a la erosión del río del tiempo. Los breves periodos que he vivido fuera del castillo me han llevado a adoptar esta forma viril que podéis ver ahora.

Mi madre habló en las tinieblas. La luz estrellada que le bañaba la frente no alcanzaba a iluminarle los ojos. La reina ratificó la autoridad del descendiente de este fugitivo sobre sus dominios y lo nombró primer caballero de la Ciudad Liviana.

La respuesta a la concesión de este honor sin igual se produjo seis años más tarde. Mi caballero encontró la armadura plateada cubierta de polvo en las profundidades del castillo, se la puso e hizo una sutil reverencia ante la reina, sentada en su trono de piel de tigre.

—Permitidme, por favor, que sea el paladín de Rosamund. Ya ha cumplido la mayoría de edad y está lista para tener su caballero particular.

Oculto entre las sombras de un rincón, lo observaba con los ojos abiertos de par

en par, como una cervata.

—¿Por qué? —preguntó mi madre.

—Porque necesita un caballero. Y no uno cualquiera, sino a mí. Y yo necesito convertirme en el caballero de una dama pura; no de una cualquiera, sino de ella.

—En tal caso —dijo mi madre—, ¿qué puede hacer un caballero por una princesa? Quizá ni siquiera sepa qué es lo que necesita realmente, y ella tampoco.

El Mago de la Ciudad Liviana, otrora joven y orgulloso y ahora un caballero fornido, rebotante de valor, se estremeció al oír estas palabras. Su sombra, rígida y fría, se extendía alargada y enjuta, y cuando tembló, pareció estar a punto de despegarse del suelo.

Al final las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba, y respondió a la mujer sentada en el trono:

—La soledad de su corazón es tan negra como sus ojos, pero yo habré de darle la luz eterna.

Dicho lo cual, mi caballero partió de su umbrío castillo sin mirar atrás.

Tras él la reina, enloquecida de pavor por la eternidad, gritó a voz en cuello:

—¡Las estrellas se apagan! ¡Ninguna luz con la que regreses perdurará!

Las estrellas se apagan. Ninguna luz con la que regreses perdurará. Mas la princesa descalza se quedó oculta entre las tinieblas, expectante.

28 de febrero: uno o dos esqueletos

Estaba enferma.

Había perdido la cuenta de los años transcurridos. ¿Seis? ¿Sesenta? ¿Tal vez seiscientos, incluso? El veintiocho de febrero marcó el último día de aquel periodo en suspensión, señalando su final como un precipicio que quebrara el espacio en dos mitades.

La reina de la humanidad se había vuelto loca en su castillo. Si la erosión del río del tiempo se le antojaba insoportable, menos aún soportaba el devenir de los días que la sobrevolaban ahora, como aves migratorias de paso sobre un árbol olvidado. Se dedicaba a deambular constantemente por los pasadizos del castillo, demasiado asustada como para abandonar su paraíso de vida eterna y, al mismo tiempo, incapaz de encontrar el menor ápice de felicidad en aquella quietud absoluta que la envolvía.

Yo ya había dejado de detectar en su rostro la eclosión de aquella flor secreta. La

permanente noche estrellada del techo del gran salón proyectaba bajo sus ojos dos sombras ominosas contra la pálida máscara que era su rostro. Los ojos de mi madre, antes tan luminosos, se habían apagado por fin después de tantos, tantísimos años de existencia inalterada, fundiéndose con la oscuridad.

Pensé en el hombre que había construido este castillo en su día, aquel sumo sacerdote con tan solo media cabeza. ¿Adónde habría ido?

Cuando las fuertes lluvias empapaban el mundo exterior, hacía antorchas con manojos de paja y jugaba al escondite por los recovecos del castillo. Pasaba frente a una estancia repleta de polvo tras otra, ojeando libros cuyas páginas se desmenuzaban al contacto con mis dedos; ¿quizá el tiempo hubiera conseguido rozarlos de vez en cuando, después de todo? Entre ellos se contaba un diario escrito por otra princesa que también había vivido aquí, hacía mucho. Había vertido su corazón en el cálamo de la pluma.

En ocasiones portaba una lámpara de aceite cuya luz oscilante proyectaba sombras sobre las paredes, las cuales confluían en rostros desconocidos; otras veces encendía una vela dentro de una linterna de papel de color rosa y la luz titilaba, apagándose casi.

Recorría aquel castillo cimerio, me extraviaba, exploraba y, de hito en hito, al final de un largo pasillo, me parecía ver una figura, oír un murmullo, y acto seguido todo volvía a desvanecerse, sumiéndose en la oscuridad y el silencio; era mi madre, deambulando, perdiéndose, explorando a su vez, como yo.

Nuestras respectivas sendas nos condujeron a la misma habitación, una en la que yo no había estado antes. En su interior todo se veía tan nuevo como aquel lejano primer día en que se había erigido el castillo. Encontré a mi madre sentada en la cama, bajo un dosel del color de los lirios de agua, sollozando como un alma en pena. En aquel cuarto suntuoso las cortinas, que acariciaban el suelo, eran de un rojo brillante, delicuescente, como gotas de sangre que estuvieran a punto de rezumar de una herida.

Me acerqué para apartar el dosel, pero solo un par de cuencas vacías me dieron la bienvenida. Perteneían a un cadáver que debía de haber perecido hacía tiempo.

El juego había terminado. El acertijo me desvelaba su solución. Este cascarón marchito había sido célebre una vez, pues pertenecía al sacerdote fugitivo, el fundador de la Ciudad Liviana, aquel brujo tan poderoso que poseía dos caras. Vi un anillo ensartado en el cordel que le ceñía el cuello, y al reconocerlo se me cortó la respiración.

Desde el mismo día de mi nacimiento, también yo lucía un colgante parecido en el cuello.

Había un secreto inscrito en el interior del anillo: el nombre del amante que mi madre había perdido hacía mil años. En tiempos había sido el sacerdote más respetado de todo el reino, pero se había enamorado de la princesa y habían hecho el amor en sus aposentos. El monarca, furioso, ordenó a sus guardias que aprehendieran

a los nueve sumos sacerdotes y les cortaran la cabeza. En cuanto a la princesa que había perdido la virginidad, la encerró dentro de un espejo de bronce: se le había prometido su mano al príncipe de otro reino y estaba predestinada a convertirse en una reina querida tanto por sus súbditos como por su marido.

Esta era una historia que yo había leído ya en un libro antiguo, pero ignoraba que aquella legendaria princesa recluida fuese mi madre. El sacerdote de los dos rostros ni siquiera tuvo ocasión de decirle adiós a su amada. Se cortó media cabeza, se la entregó a los guardias del rey y huyó a través de la Puerta al Estío. Mil años más tarde, la princesa despertó del espejo de bronce, se convirtió en la esposa de un rey, primero, y después en la reina regente de su pueblo. Para cuando nació yo, mi padre (que no había conquistado nunca el corazón de mi madre) ya había desaparecido. Mi madre, que gobernaba cuando se desencadenó el devastador colapso de la estrella, guio a su pueblo por la misma ruta que siguiera su amante hacía un milenio.

Llegó demasiado tarde, sin embargo, aun a pesar de que el sacerdote había construido este castillo atemporal para esperarla.

Leyó en su diario el sufrimiento que había soportado durante mil años. La pluma de él se había transformado en los labios de ella, y así mi madre le hablaba todos los días. El diario que había encontrado yo lo había redactado el sacerdote, en realidad, conforme se sumía en sus alucinados diálogos con mi madre.

Por fin un buen día, poseído por el éxtasis y la rabia de la espera, se había apuñalado él mismo en el corazón. De él brotó un torrente de soledad, limpia y radiante, y así había sucumbido en este castillo sombrío.

Él consagró mil años a apagar todas y cada una de las estrellas; ella, a escapar a la última que todavía brillaba. Él sabía que acudiría; ella, que él la esperaría, a pesar de no haber tenido ocasión de desvelarle sus planes antes de cortarse la cabeza con su propia espada.

Hacía mucho que mi madre conocía la verdad. En las órbitas vacías del cadáver había visto la más cruel de todas las suertes posibles. A partir de ese instante se convirtió en un espectro incorpóreo que vagaba por las entrañas de este inmenso castillo, tan antiguo como desierto. Los fugaces atisbos y murmullos que yo había percibido no eran más que espejismos.

Por fin entendía por qué mi madre había preferido dejar que su pasión putrefacta degenerase en fantasmas que bailaban al filo de la luz antes que poner un pie fuera de este infierno eterno. Al ver cómo se apagaban las estrellas, una tras otra, era la mujer más dichosa del mundo. Cuando las tinieblas invadieron sus ojos como una inundación imparable, ella y el hombre al que amaba habían escapado juntos a las orillas de la vida y el tiempo.

Ahora que comprendía este amor, el más imposible de cuantos hubieran existido jamás, me descubrí huérfana. En verdad esta vez me habían abandonado tanto mi madre como mi planeta.

Yacía en el suelo helado del castillo, a escasos milímetros y segundos de la

muerte.

Parecía haber regresado a mi pequeño planeta, que giraba en el espacio azul como el agua. Esbeltos tallos de hierba brotaban salvajes a mi alrededor, extendiéndose más y más lejos. Acerqué la oreja a las puntas de las briznas de hierba, entre las que había unas pocas flores ocultas, dispersas y rutilantes. Supe que me iba a morir. Todos los que agonizaban tenían visiones protagonizadas por las escenas más hermosas de su vida.

Vi todas las plantas en flor, la lluvia al caer, una lámpara roja que brillaba en el bosque. Vi leyendas que llameaban y languidecían, un rostro joven, hierba frágil pero obstinada. Vi al Mago de la Ciudad Liviana: su armadura plateada había sido bruñida por el hielo y la nieve en la cima de la montaña más alta del mundo, las aguas del océano más profundo la habían lavado, lo había protegido en su travesía por desiertos y ciénagas, por las ruinas de las ciudades del hombre y el Edén de bestias feroces, había sido transportada a lo alto de una torre que se extendía hasta el cielo y, en pos del planeta que me había abandonado, tras llegar a la única estrella no moribunda, la armadura se veía por fin abollada, rota, agrietada. Vi que la esbelta y alargada sombra del mago barría el frío suelo ante mis ojos, y, así, asistí al retorno del Caballero de la Rosa.

Tan solo reconocía sus ojos, oculto como estaba el resto de su ser bajo aquella esforzada armadura. Ignoraba si habrían encanecido ya sus cabellos castaños. Los efluvios que emanaban de las heridas que laceraban aquel cascarón plateado olían a viento y a tierra.

Erguido ante mí, mi caballero abrió la mano izquierda para ofrecerme una perla negra.

Encontró un fino hilo en el que ensartarla. La perla negra giraba en su mano: ah, era una diminuta madeja en miniatura. Tiraba y tiraba. En aquel castillo de noche eterna, tampoco este hilo parecía tener fin.

Me levantó del suelo, a la postre. Hasta ese momento su silencio, en mi debilitada condición, me había llevado a sospechar que también yo había terminado reduciéndome a una sombra incorpórea como mi madre, un segundo fantasma en vida condenado a vagar por el interior del castillo.

Presionó con la mano izquierda contra mi palma y apretó hasta cerrar mi puño. Después, con la diestra, tiró del resto del hilo entre mis dedos. En aquel momento entendí que todavía estaba viva.

Miles, millones de rayos de luz abrasadora salieron disparados de mi puño. Me había dado el resplandor más deslumbrante del universo, un puñado de luciérnagas.

El Mago de la Ciudad Liviana había recuperado el fragmento de una estrella para mí. Mis ojos no habían contemplado jamás semejante fulgor. Vi así mi nacimiento y mi muerte, plumas que caían como cenizas volcánicas, y oí los nítidos y lejanos gritos de las aves de Se Acabó la Nieve; aquella tormenta se había quedado al otro lado de la Puerta al Estío y ahora los copos, tan oscuros como la noche, caían sobre

mis ojos.

El caballero se agachó para besarme en la frente. Aquel calor luminoso disolvió su armadura. Miles, millones de rayos nos traspasaron a ambos.

La luz nos fundió el cabello y los ojos, la piel y los órganos, hasta que a él ya no le quedaron más labios ni a mí más frente. Nuestros cuerpos estaban petrificados en el sitio: dos esqueletos con los brazos entrelazados uno alrededor del otro.

Muchos años después habrían de llegar hasta aquí otros exploradores. Derribarían la puerta ubicada donde debería estar la vejiga del robot. Recorrerían el castillo y descubrirían un misterioso esqueleto en este resplandor sempiterno.

—Quizá este sea el sacerdote que huyó hace decenas de miles de años —diría alguno, tal vez.

Y los demás, tras largos debates, llegarían a un consenso y harían pública la razón de que se estuvieran apagando las estrellas:

—Debido a la irresistible gravedad de su masa, las gigantes rojas se colapsaron hasta morir tras consumir el combustible que contenían sus núcleos.

No podrían registrar todo el castillo, sin embargo, pues aquel fragmento de estrella imperecedera cegaría a muchos de los exploradores; ni podrían, por tanto, examinar aquel misterioso esqueleto de cerca, pues nadie osaría observarlo directamente ni tan siquiera durante una milésima de segundo.

El sacerdote había apagado todas las lámparas del universo tan solo para ser capaz de reconocer a su amada a primera vista en medio de una oleada de refugiados. Mi caballero había recuperado aquel fragmento de estrella para que su llama inextinguible iluminara la soledad que anidaba en mis ojos oscuros. La noche completaba a mi madre; el día, a mí.

Aquí, en nuestra cripta esplendente, el fuego no dejará de arder nunca.

LIU CIXIN

Liu Cixin está ampliamente reconocido como el buque insignia de la ciencia-ficción en China, donde ha ganado el premio Galaxy (*Yinhe*) hasta en ocho ocasiones consecutivas, entre los años 1999 y 2006, y de nuevo en 2010. También ha obtenido el premio Nebula (*Xingyun*) en 2010 y 2011.

Ingeniero de profesión (hasta 2014 trabajó para la China Power Investment Corporation en una central eléctrica ubicada en Niangziguan, en la provincia de Shanxi), Liu comenzó a escribir relatos de ciencia-ficción como pasatiempo. Su popularidad, sin embargo, se elevó por las nubes tras la publicación de una serie de novelas ambientadas en el universo de *Los tres cuerpos* (el primer libro, *El problema de los tres cuerpos*, se recopiló en un solo volumen en 2008 tras haberse serializado por entregas a lo largo de 2006). La serie, una historia épica cuyo argumento gira en torno a una invasión alienígena y el viaje a las estrellas de la humanidad, comienza con una operación militar secreta, ambientada en la era de Mao, cuyo objetivo es comunicarse con una inteligencia extraterrestre, y termina, literalmente, con el fin del universo. Tor Books empezó a publicar la traducción al inglés de la serie de *Los tres cuerpos* en noviembre de 2014, y el primer volumen, *El problema de los tres cuerpos*, traducido por mí, fue merecedor del premio Hugo en 2015, convirtiéndose así en la primera novela traducida en obtener ese galardón. Asimismo, Tor Books ha publicado las traducciones al inglés de las dos continuaciones del libro: *El bosque oscuro* (2015, traducido en esta ocasión por Joel Martinsen) y *El fin de la muerte* (2016, de nuevo con mi traducción).

La obra de Liu, que encaja por lo general en la categoría de «ciencia-ficción dura», perpetúa la tradición de escritores como Arthur C. Clarke. Hay quienes lo han calificado de «clásico» por ese motivo, puesto que en sus historias priman tanto el romanticismo y la grandeza de las ciencias como los intentos de la humanidad por desentrañar los secretos de la naturaleza.

Esta antología recoge dos de sus relatos. «El círculo», adaptación de uno de los capítulos que conforman *El problema de los tres cuerpos*, nos permite entrever la portentosa imaginación de este escritor. «Cuidando de Dios», por su parte, nos muestra otra faceta de Liu y pone de manifiesto la honda preocupación que siente el autor por los valores humanos de la cultura china en un universo regido por leyes que escapan a nuestra comprensión.

El círculo

Xianyang, capital del estado de Qin, 227 a. C^[10].

Jing Ke desplegó con parsimonia el rollo de seda que contenía el mapa.

Al otro lado de la mesa, baja y alargada, el rey Zheng de Qin exhaló un suspiro de satisfacción mientras las montañas y los ríos de su adversario se desvelaban de forma gradual ante sus ojos. Jing Ke había venido para presentarle la rendición del rey de Yan. Qué fácil era sentirse al mando contemplando los campos, las carreteras, las ciudades y los campamentos militares dibujados en un mapa. El territorio de verdad, tan inmenso, a veces le producía una sensación de impotencia.

Algo metálico destelló al llegar Jing Ke al final del pergamino, momento en el que apareció una daga afilada. El aire dio la impresión de solidificarse de un instante para otro en el gran salón del palacio.

Todos los ministros del rey se encontraban al menos a diez metros de distancia y, en cualquier caso, no portaban armas. Los guardias armados se hallaban todavía más lejos, al pie de los escalones que conducían al gran salón. Estas medidas deberían aumentar la seguridad del monarca, en teoría, pero ahora solo conseguían allanarle el terreno al asesino.

El rey Zheng, sin embargo, no perdió la calma. Tras echarle un vistazo de soslayo a la daga, su mirada, penetrante y sombría, se clavó en Jing Ke. Al rey, una persona perspicaz, no se le había pasado por alto el hecho de que la daga estuviese posicionada de tal manera que la empuñadura lo señalaba a él mientras que la hoja apuntaba al supuesto asesino.

Todos los presentes en el gran salón contuvieron la respiración cuando Jing Ke recogió la daga, pero el rey Zheng se limitó a suspirar, aliviado. El emisario sostenía el arma por la punta de la hoja, con la empuñadura roma apuntando al monarca.

—Majestad, por favor. —Jing Ke levantó el arma por encima de su cabeza e hizo una reverencia—. Usad esta daga para acabar conmigo. El príncipe heredero Dan de Yan me ha ordenado atentar contra vuestra vida y no puedo desobedecer una orden de mi señor, pero la admiración que siento por vos me impide cumplir con mi deber.

El rey Zheng no se inmutó.

—Mi señor, bastará con un mero rasguño. La daga está impregnada de veneno. El

más leve pinchazo será suficiente para acabar con mi vida.

El rey Zheng permaneció sentado, impasible, y levantó las manos para tranquilizar a los guardias que irrumpían corriendo en el gran salón.

—No necesito matarte para sentirme a salvo —dijo, sin que su expresión se alterara—. Tus palabras me han convencido de que no posees el corazón de un asesino.

De un solo movimiento fluido, Jing Ke envolvió los dedos de la mano derecha alrededor de la empuñadura de la daga, cuya hoja apuntaba ahora hacia su pecho, como si se dispusiera a cometer un suicidio.

—Eres una persona ilustrada —prosiguió con voz fría el rey Zheng—. Sería un desperdicio que murieses ahora. Me gustaría que tus habilidades y tus conocimientos asistieran a mi ejército. Si tanto empeño tienes en morir, hazlo después de haber obtenido algún logro para mí.

Agitó la mano en dirección a Jing Ke, indicándole que se marchara.

El asesino de Yan dejó la daga encima de la mesa, con cuidado, y salió del gran salón caminando de espaldas, todavía inclinado.

El rey Zheng se incorporó y abandonó el gran salón a su vez. En el cielo azul, despejado, la luna pálida semejava un delicado sueño que a la noche se le hubiera olvidado.

—Jing Ke —llamó al asesino mientras este descendía los escalones—. ¿Aparece a menudo la luna durante el día?

El sol se reflejaba como una llama radiante en la túnica blanca del asesino.

—No es inusitado que el sol y la luna aparezcan simultáneamente en el cielo. En el calendario lunar, entre los días cuatro y doce de cada mes, es posible ver la luna en distintos momentos del día, siempre y cuando el tiempo sea apacible.

El rey Zheng asintió con la cabeza.

—Ah —musitó para sí—, así que no tiene nada de extraño.

Dos años más tarde, el rey Zheng ordenó llamar a su presencia a Jing Ke.

Cuando este llegó a las afueras del palacio de Xianyang vio salir del gran salón a tres oficiales, escoltados por guardias armados. Los habían despojado de las insignias de su rango y llevaban la cabeza descubierta. Dos de ellos caminaban entre los guardias con las mejillas exangües, mientras que el tercero estaba tan sobrecogido de pavor que, incapaz de sostenerse en pie por sí solo, debían transportarlo otros dos soldados. Este último hombre no paraba de balbucear, implorándole al rey Zheng que le perdonase la vida. Jing Ke le oyó murmurar varias veces la palabra «medicina». Dedujo que los tres hombres habían sido condenados a muerte.

El rey Zheng estaba de buen humor cuando recibió a Jing Ke, como si no hubiera ocurrido nada.

—La flota de Xu Fu no ha regresado del mar Oriental —dijo a modo de

explicación mientras señalaba con el dedo a los tres oficiales que se alejaban—. Alguien debe asumir la responsabilidad.

Jing Ke sabía que Xu Fu era un ocultista que afirmaba ser capaz de encontrar el elixir de la inmortalidad visitando tres montañas mágicas ubicadas en otras tantas islas del mar Oriental. El rey Zheng le había concedido una nutrida flota de embarcaciones en las que viajaban tres mil jóvenes y doncellas, con las bodegas repletas de tesoros, obsequios para los inmortales que guardaban el secreto de la vida eterna. Los barcos, sin embargo, habían zarpado hacía tres años y desde entonces no habían vuelto a dar señales de vida.

El rey Zheng le restó importancia al asunto con un ademán.

—Tengo entendido que has inventado un montón de prodigios en el último par de años. El nuevo arco que diseñaste dispara el doble de rápido que los modelos convencionales, tus carros de guerra están equipados con un ingenioso sistema de muelles para amortiguar los baches y no tener que aminorar por muy accidentado que sea el terreno, los puentes cuya construcción te encargaste de supervisar son todavía más resistentes que los antiguos pese a requerir la mitad de materiales... Estoy muy complacido. ¿Cómo se te ocurren todas estas ideas?

—Cuando sigo las instrucciones de los cielos, todo es posible.

—Lo mismo dijo Xu Fu.

—Mi señor, permitidme hablar sin rodeos: Xu Fu no es más que un charlatán. Leer la buenaventura y meditar sin sentido no son las formas más apropiadas para comprender el orden del universo. Las personas como él no entienden el idioma de los cielos.

—¿Y cuál es ese idioma?

—Las matemáticas. Los números y las formas representan la manera que tienen los cielos de comunicarse con el mundo.

El rey Zheng asintió, pensativo.

—Interesante. Bueno, ¿en qué estás trabajando ahora?

—Siempre me esfuerzo por comprender un poco mejor los mensajes de los cielos para su majestad.

—¿Algún progreso?

—Alguno, sí. En ocasiones me siento como si estuviera justo delante de la puerta de una cámara del tesoro que contuviera todos los secretos del universo.

—¿Cómo comparten los cielos estos misterios contigo? Acabas de explicarme que el idioma de los cielos se compone de formas y números.

—El círculo.

Al ver la confusión que denotaban las facciones del monarca, Jing Ke solicitó y obtuvo permiso para coger un pincel, con el que trazó un círculo en el mantel de seda que cubría la mesita. Pese a no haberse ayudado de ningún compás ni otra herramienta, el círculo parecía perfecto.

—Mi señor, aparte de los objetos creados por la mano del hombre, ¿habéis visto

alguna vez un círculo exacto en la naturaleza?

El rey Zheng tardó un momento en contestar a la pregunta.

—En contadas ocasiones. Recuerdo que un halcón y yo nos sostuvimos la mirada una vez, y me fijé en que sus ojos eran extraordinariamente redondos.

—Sí, eso es cierto. También podría sugerir los huevos que ponen ciertas criaturas acuáticas, el plano de intersección entre una gota de rocío y su hoja, etcétera. Pero he medido minuciosamente todos estos ejemplos, y ninguno de ellos constituye un círculo perfecto. Ocurre lo mismo con el que he dibujado aquí: aunque parezca redondo, contiene errores e imperfecciones indetectables a simple vista. Se trata de un óvalo, en realidad, no de un círculo exacto. He dedicado mucho tiempo a buscar el círculo perfecto, y por fin he comprendido que no existe en el mundo que se extiende bajo nuestros pies, sino tan solo en los cielos sobre nuestras cabezas.

—¿Oh?

—Mi señor, por favor, acompañadme afuera.

Jing Ke y el rey Zheng salieron del palacio. Hacía otro día espléndido, con el sol y la luna visibles en el cielo despejado.

—Tanto el sol como la luna forman sendos círculos perfectos —dijo Jing Ke, señalando al cielo—. Los cielos colocaron el círculo exacto, imposible de encontrar en la tierra, sobre nosotros. No solo uno, sino dos ejemplos, los rasgos más característicos del firmamento. Su significado no podría ser más evidente: el secreto de los cielos reside en el círculo.

—Pero el círculo es la más sencilla de todas las formas. Aparte de la línea recta, es la figura menos compleja. —El rey Zheng giró sobre los talones y regresó al interior del palacio.

—Esa aparente simplicidad oculta un profundo misterio —replicó Jing Ke mientras seguía los pasos del monarca. Cuando hubieron llegado de nuevo ante la mesa, utilizó el pincel para dibujar un rectángulo en la seda—. Fijaos en este rectángulo, si tenéis la bondad. Su cara más larga mide cuatro pulgadas; la más corta, dos. También a través de esta figura hablan los cielos.

—¿Y qué dicen?

—Los cielos me dicen que la cara más larga mide el doble que la más corta.

—¿Te burlas de mí?

—Nunca osaría. Esto no es más que el ejemplo de un mensaje sencillo. Por favor, observad ahora esta figura. —Jing Ke dibujó otro rectángulo—. En esta ocasión, el lado más largo mide nueve pulgadas y el más corto, siete. Las ideas que expresan los cielos con esta figura tienen muchos más matices.

—Por lo que yo puedo ver, sigue siendo sumamente sencillo.

—No tanto, mi señor. La proporción entre la cara más larga y la más corta de este rectángulo es de 1,285714285714285714... La secuencia 285.714 se repite hasta el infinito. Por consiguiente, podemos calcular su proporción con toda la precisión que queramos, que jamás será exacta. Aunque el mensaje siga siendo simple, se pueden

extraer muchos más significados de él.

—Interesante —murmuró el rey Zheng.

—A continuación, permitidme mostraros la forma más misteriosa que nos hayan regalado los cielos: el círculo. —Jing Ke trazó una línea recta que atravesaba el centro del círculo que había dibujado antes—. Observad que la proporción entre la circunferencia y el diámetro de un círculo es una interminable cadena de cifras que empieza con 3,1415926. Pero continúa después de eso, sin repetirse.

—¿Nunca?

—Nunca. Imaginaos un paño de seda tan grande como todo lo que hay bajo los cielos. Podríamos escribir esa cadena de cifras que simboliza la proporción del círculo, sin que cada numeral fuese mayor que la cabeza de una mosca, desde aquí hasta el horizonte y de nuevo hasta aquí para empezar otra línea. Aunque repitiéramos el proceso hasta llenar la tela, los números seguirían sin tener fin y la secuencia no se repetiría. Majestad, esta interminable cadena de cifras contiene los misterios del universo.

La expresión del rey Zheng no se alteró, pero Jing Ke vio que se le habían iluminado los ojos.

—Aunque obtuvieras este número, ¿cómo interpretarías en él el mensaje que quieren expresar los cielos?

—Existen muchas maneras. Tratando los números como coordenadas, por ejemplo, sería posible convertirlos en nuevas formas e imágenes.

—¿Qué nos enseñarían esas imágenes?

—Lo ignoro. Podría tratarse de una ilustración del enigma del universo, quizá. O tal vez sea un ensayo, o un libro completo. La clave, en cualquier caso, es que antes debemos obtener los dígitos necesarios de la proporción circular. Estimo que deberemos computar decenas de miles, quizá incluso cientos de miles de dígitos antes de poder discernir su significado. Hasta ahora solo he computado alrededor de cien dígitos, insuficientes para detectar ningún significado oculto.

—¿Cien? ¿Eso es todo?

—Mi señor, obtener esa cantidad tan modesta me ha llevado más de diez años de trabajo. Computar la proporción circular requiere inscribir y circunscribir un círculo con polígonos. Cuantos más lados tengan estos, más precisos serán los cálculos y más dígitos podrán obtenerse. Pero la complejidad de los cálculos se incrementa rápidamente, y los avances son lentos.

El rey Zheng continuó mirando fijamente el círculo atravesado por la línea recta.

—¿Crees que encontrarás ahí el secreto de la vida eterna?

—Sí, por supuesto —respondió Jing Ke, cada vez más animado—. La vida y la muerte son las reglas básicas que los cielos le han legado a la tierra. Por consiguiente, el misterio de la vida y la muerte también debe de estar incluido en este mensaje, junto con el secreto de la vida eterna.

—En tal caso, debes computar la proporción circular. Te concedo dos años para

calcular diez mil dígitos. Cinco años después, necesitaré que hayas llegado a los cien mil dígitos.

—¡Eso... eso es imposible!

El rey Zheng barrió la mesa con las largas mangas de su manto, tirando al suelo el paño de seda, el pincel y la tinta.

—Solo tienes que nombrar los recursos que necesites. —El monarca miró fríamente a Jing Ke—. Pero deberás completar los cálculos a tiempo.

El rey Zheng mandó llamar de nuevo a Jing Ke cinco días más tarde. En esta ocasión, Jing Ke no acudió al palacio de Xianyang, sino que se reunió con la comitiva real en la carretera mientras el monarca recorría sus dominios. De inmediato, el rey Zheng le preguntó a Jing Ke si había avanzado en sus cálculos.

—Mi señor —dijo Jing Ke, tras hacer una reverencia—, he reunido a todos los matemáticos del reino capaces de realizar estos cálculos: su número asciende a ocho, nada más. A juzgar por la cantidad de cálculos necesarios, aunque los nueve de nosotros consagrásemos el resto de nuestras vidas a esta tarea, seríamos capaces de obtener aproximadamente tres mil dígitos de la proporción circular. En dos años, nuestro objetivo más optimista serían trescientos dígitos.

El rey Zheng asintió con la cabeza y le indicó por señas a Jing Ke que caminara con él. Llegaron a un monumento de granito, sin inscripciones, de unos veinte pies de altura. Había un agujero practicado en lo alto, a través del cual pasaba una recia cuerda de piel de buey trenzada que suspendía el monumento desde una plataforma de madera, como si del contrapeso de un péndulo gigante se tratara. La base del monumento, lisa, oscilaba sobre el suelo a la altura aproximada de una persona.

—Mira —dijo el rey Zheng, apuntando al bloque de granito colgante—, si terminas los cálculos a tiempo, esto se convertirá en recuerdo de tu triunfo. Lo erigiremos en el suelo y lo cubriremos de inscripciones que glosarán tus numerosos logros. Pero si no lo consigues, el monumento simbolizará tu deshonor. También se erigirá en el suelo, en tal caso, pero antes de cortar la cuerda que lo sujeta, tendrás que sentarte debajo para que se convierta en tu lápida.

Jing Ke elevó la mirada para contemplar la gigantesca piedra suspendida que ocupaba todo su campo de visión. Recortada contra las nubes que surcaban el cielo, la presencia de aquel bloque oscuro resultaba opresiva.

Jing Ke se volvió hacia el monarca.

—Majestad, ya me habéis perdonado la vida una vez. Aunque lograrse terminar a tiempo esos cálculos, seguiría siendo insuficiente para borrar el delito de mi atentado contra vuestra vida. No me asusta morir. Dadme cinco días más para pensar en esto, por favor. Si para entonces sigue sin ocurrírseme ningún plan, me sentaré bajo el monumento por voluntad propia.

Habían transcurrido cuatro jornadas cuando Jing Ke solicitó audiencia con el monarca. Se le concedió de inmediato. Calcular la proporción circular era la más importante de todas las tareas que ocupaban los pensamientos del rey Zheng.

—A juzgar por tu expresión —sonrió el rey—, deduzco que has ideado algún plan.

Jing Ke no respondió de inmediato.

—Majestad, dijisteis que me concederíais todos los recursos que necesitase. ¿Lo sostenéis todavía?

—Por supuesto.

—En tal caso, necesito tres millones de vuestros soldados.

La cifra no sorprendió al rey, que se limitó a enarcar fugazmente las cejas.

—¿Qué clase de soldados?

—Me bastaría con los soldados rasos que sirvan a vuestras órdenes en este momento.

—Te conviene saber, sospecho, que la mayoría de los hombres que componen mi ejército son analfabetos. Es imposible que les enseñen matemáticas complejas en dos años, por no hablar de terminar los cálculos.

—Mi señor, incluso al menos inteligente de los soldados se le podrían enseñar las destrezas necesarias en cuestión de una hora. Por favor, dadme tres soldados para haceros una demostración.

—¿Tres? ¿Solo tres? Podría proporcionarte tres mil fácilmente.

—No necesito más de tres.

El rey Zheng llamó a tres soldados con un ademán. Eran todos muy jóvenes. Al igual que los demás soldados de Qin, se movían como máquinas diseñadas para acatar cualquier orden.

—No sé cómo os llamáis —dijo Jing Ke, dando sendas palmaditas en el hombro a dos de los soldados—. Vosotros dos seréis los responsables de introducir los números, así que os llamaré «Entrada Uno» y «Entrada Dos». —Señaló al último soldado—. Tú te encargarás de recoger los números, así que te llamaré «Salida».

Empujó a los soldados hasta donde quería que se colocaran.

—Así. Formad un triángulo. Salida es el ápice. Entrada Uno y Entrada Dos forman la base.

—Podrías haberles pedido que se colocaran en formación de ataque en cuña y habrías terminado antes —observó el rey Zheng, mirando de reojo a Jing Ke con una sonrisa.

Jing Ke cogió seis banderines (tres blancos y tres negros) y los repartió entre los soldados de modo que cada uno de ellos tuviese uno de cada color.

—El blanco representa el cero; el negro representa el uno. Bien. Prestad atención. Salida, gírate y mira a Entrada Uno y Entrada Dos. Si ambos levantan el banderín negro, haz lo mismo. En cualquier otra circunstancia, levanta el banderín blanco.

Jing Ke repitió las instrucciones una vez más para cerciorarse de que los tres

soldados las habían entendido y empezó a impartir órdenes.

—¡Empecemos! Entrada Uno y Entrada Dos, podéis levantar el banderín que queráis. Vale. ¡Ahora! Bien. ¡Otra vez! ¡Otra!

Entrada Uno y Entrada Dos levantaron sendos banderines tres veces. Negro-negro la primera, blanco-negro la segunda y negro-blanco la tercera. Salida reaccionó correctamente en todas las ocasiones, levantando el banderín negro una vez y el blanco dos veces.

—Estupendo. Mi señor, vuestros soldados son muy inteligentes.

—Cualquier patán podría hacer eso. Dime, ¿cuál es el verdadero objetivo de este ejercicio? —preguntó el rey Zheng, intrigado.

—Los tres soldados forman un componente de un sistema de cálculo que yo denomino compuerta AND. Si los dos números que entran por la puerta son unos, el resultado de salida será también uno; de lo contrario, si uno de los números de entrada es cero, como en cero-uno, uno-cero o cero-cero, el resultado de salida será siempre cero.

Jing Ke hizo una pausa para permitir que el rey Zheng digiriera la información.

—De acuerdo —dijo el monarca, impasible—. Continúa.

Jing Ke se volvió de nuevo hacia los tres soldados.

—Vamos a formar otro componente. Tú, Salida, si ves que Entrada Uno o Entrada Dos levantan una bandera negra, haz lo mismo. Hay tres situaciones en las que se puede dar esa circunstancia: negro-negro, blanco-negro y negro-blanco. Cuando la combinación sea blanco-blanco, levanta el banderín blanco. ¿Entendido? Buen chico, eres realmente listo. Tu papel es crucial para el correcto funcionamiento de la puerta. Ponle empeño y tus esfuerzos se verán recompensados. Comencemos la operación. ¡Arriba! ¡Bien! ¡Otra vez! ¡Otra! Perfecto. Majestad, este componente es lo que yo denomino compuerta OR. Cada vez que uno de los dos valores de entrada es uno, el de salida también es uno.

A continuación, Jing Ke utilizó a los soldados para formar lo que él denominaba compuertas NAND, NOR, XOR y XNOR, además de una compuerta triestado. Por último, usando tan solo a dos de los soldados, representó una compuerta NOT, la más sencilla de todas: Salida debía levantar siempre el banderín que fuese del color opuesto al del que hubiera levantado Entrada.

Jing Ke hizo una reverencia ante el emperador.

—Todos los componentes de cálculo han sido demostrados. Este es el alcance de las destrezas que deberán aprender tres millones de soldados.

—¿Cómo pueden realizarse cálculos complejos empleando unos trucos tan simples, casi infantiles? —La expresión del rey Zheng resumaba desconfianza.

—Majestad, la complejidad de todas las cosas del universo se construye a partir de los componentes más elementales. Del mismo modo, un gran número de componentes sencillos, combinados de la forma correcta, pueden generar habilidades extraordinariamente complejas. Tres millones de soldados pueden formar un millón

de estas compuertas que os acabo de enseñar, y ellas podrán combinarse en una sola formación capaz de realizar cualquier cálculo complejo. Este invento lo llamo «formación calculadora».

—Sigo sin comprender cómo van a llevarse a cabo los cálculos.

—El proceso exacto es complicado. Si a su majestad le interesa, podría entrar en detalles más adelante. Por ahora, baste saber que la operación de la formación calculadora se basa en un novedoso método para pensar en los números y anotarlos. Según este método, solo se necesitan dos numerales, el cero y el uno, que se corresponderían con los banderines blancos y negros. Pero este nuevo método puede usar el cero y el uno para representar cualquier cifra, lo que le permite a la formación calculadora emplear una gran cantidad de componentes sencillos con los que realizar colectivamente operaciones a gran velocidad.

—Tres millones de soldados son los que conforman casi todo mi ejército, pero te los concederé. —El rey Zheng exhaló un suspiro, contemplativo—. Date prisa. Me siento cada día más viejo.

Transcurrió un año.

Hacia otra mañana apacible, con el sol y la luna en el cielo. El rey Zheng y Jing Ke se habían reunido en el alto estrado de piedra, con los numerosos ministros del monarca alineados tras ellos. A sus pies, en el suelo, se desplegaba una espectacular falange compuesta por tres millones de soldados de Qin; la formación al completo componía un cuadrado de tres millas^[11] de lado. Iluminada por el sol que acababa de salir, la falange se mostraba tan inmóvil como una alfombra gigantesca, tejida con tres millones de guerreros de terracota. Cuando una bandada de aves la sobrevoló por casualidad, sin embargo, las criaturas presintieron de inmediato el mortífero potencial de aquel ejército reunido y se dispersaron, nerviosas.

—Majestad —dijo Jing Ke—, vuestro ejército es en verdad inigualable. Hemos completado un adiestramiento muy complejo en muy poco tiempo.

El rey Zheng cerró los dedos en torno a la empuñadura de su larga espada.

—Aunque el conjunto sea complejo, lo que debe hacer cada soldado es muy simple. Comparado con la formación militar que ya habían tenido que superar, esto no es nada.

—En tal caso, majestad, tened la bondad de dar la gran orden. —A Jing Ke le temblaba la voz de emoción.

El rey Zheng asintió con la cabeza. Uno de los guardias se acercó corriendo, agarró la empuñadura de la espada del emperador y caminó de espaldas hasta desenvainar el arma. La espada de bronce era tan larga que al rey le habría resultado imposible extraerla de su vaina sin ayuda. El guardia se arrodilló y le ofreció la espada al monarca, que la enarboló, apuntando al firmamento, y gritó:

—¡Formación calculadora!

Comenzaron a resonar unos tambores de guerra, al mismo tiempo que cuatro gigantescos calderos de bronce situados en las esquinas del estrado de piedra cobraban vida como uno solo con el rugir de unas llamaradas. Un grupo de soldados que estaba al borde del estrado, de cara a la falange, entonó al unísono:

—¡Formación calculadora!

Abajo, en el suelo, los colores de la falange empezaron a fluctuar y a moverse. Aparecieron unos complicados y detallados dibujos que, como circuitos, ocuparon de forma gradual toda la formación. Diez minutos después, el ejército se había reorganizado en una formación calculadora de nueve millas cuadradas.

Jing Ke apuntó a la formación y empezó a explicarle al emperador:

—Majestad, esta formación recibe el nombre de Qin Uno. Fijaos, en el centro se encuentra la subformación de procesamiento, el componente calculador principal, que aglutina las mejores divisiones de vuestro ejército. Tomando este diagrama como referencia localizaréis las subformaciones de suma, las subformaciones de almacenamiento rápido y la subformación de memoria en la pila. La parte de alrededor, de aspecto homogéneo, es la subformación de memoria. Al diseñarla nos dimos cuenta de que no teníamos suficientes soldados. Por suerte, el trabajo que realizan los elementos de este componente es el más simple, por lo que adiestramos a los soldados para que sostuvieran más banderines de colores. Ahora, cada uno de ellos puede completar la labor que inicialmente requería veinte hombres. Esto nos ha permitido aumentar la capacidad de memoria y satisfacer así los requisitos mínimos para ejecutar el proceso de cálculo de la proporción circular. Observad también ese pasillo abierto que atraviesa toda la formación, en el que la caballería ligera aguarda instrucciones: esa es la línea de comunicación principal del sistema, responsable de transmitir la información entre los componentes de todo el conjunto.

Dos soldados trajeron un pergamino enorme, tan alto como una persona, y lo desplegaron ante el rey Zheng. Al llegar al final del rollo, todos los presentes contuvieron la respiración, pues recordaban la escena que había tenido lugar en el palacio hacía unos años. En esta ocasión no apareció ninguna daga, sin embargo. Lo único que había ante sus ojos era una gran hoja de fino papel de seda repleta de símbolos, cada uno de ellos del tamaño de la cabeza de una mosca. Tan apretados y comprimidos como estaban, observarlos fijamente resultaba tan mareante como contemplar la formación calculadora que cubría el suelo a sus pies.

—Majestad, estas son las órdenes del proceso que he desarrollado para calcular la proporción circular. Fijaos aquí, por favor —Jing Ke apuntó a los hombres de abajo—, donde los soldados en pie conforman lo que he dado en denominar hardware. El contenido de esta tela es lo que yo llamo software, el alma de la formación calculadora. La relación entre el hardware y el software sería comparable a la de una cítara *guqin* y su partitura.

El rey Zheng asintió con la cabeza.

—Bueno. Empecemos.

Jing Ke levantó las manos por encima de la cabeza y, con voz solemne, entonó:

—¡Por orden del rey, iniciad la formación calculadora! ¡Autocomprobación del sistema!

La hilera de soldados que se encontraba a medio camino del suelo, en la rampa del estrado de piedra, repitió la orden empleando banderines de señalización para ello. En un momento, la falange de tres millones de hombres dio la impresión de transformarse en un lago cubierto de reflejos y luces rutilantes con el ondear de millones de diminutas banderas.

—¡Autocomprobación terminada! ¡Iniciad la secuencia de inicio! ¡Proceso de cálculo de carga!

Abajo, la caballería ligera de la vía de comunicación principal que recorría la formación calculadora al completo partió en todas direcciones a galope tendido. El pasillo principal no tardó en convertirse en un río turbulento que, a su paso, alimentaba numerosos afluentes más finos, y se infiltraba en todas las subformaciones modulares. Pronto la ondulación de los banderines negros y blancos confluyó en unas oleadas inmensas que ocupaban toda la falange. La zona correspondiente a la subformación de procesamiento central era la más tumultuosa, como un montón de hojarasca al que se le hubiera acercado una llama.

De improviso, como si el combustible se hubiera agotado, la actividad de la subformación de procesamiento central se redujo hasta detenerse totalmente. Desde allí, la tranquilidad se propagó en todas direcciones, como el hielo sobre un lago congelado. La formación calculadora al completo se detuvo, al cabo, con tan solo un puñado de componentes dispersos centellando monótonamente en un bucle infinito.

—¡Se ha colgado el sistema! —anunció uno de los oficiales. No tardó en determinarse cuál era la causa del fallo: se había producido un error en la activación de una de las compuertas de la unidad de almacenamiento de estado de la subformación de procesamiento central.

—¡Reiniciad el sistema! —ordenó Jing Ke, confiado.

—Todavía no —dijo el rey Zheng, empuñando su espada—. Reemplazad la compuerta averiada y decapitad a todos los soldados que la componían. En el futuro, todos los fallos recibirán el mismo correctivo.

Varios jinetes desenvainaron sus armas y se abalanzaron sobre la falange. Tras ejecutar a los tres desdichados, los sustituyeron por otros tantos hombres de refresco. Desde la atalaya del estrado, en medio de la subformación de procesamiento central aparecieron tres llamativos charcos de sangre.

Jing Ke repitió la orden de reiniciar el sistema. En esta ocasión, todo fue como la seda. Transcurridos diez minutos, los soldados abordaron el proceso de cálculo de la proporción circular. La falange ondeaba sin cesar con las señales de los banderines mientras la formación calculadora se enfrascaba en aquella prolija tarea de computación.

—Esto es de lo más interesante —dijo el rey Zheng, señalando la espectacular

vista—. La conducta de cada individuo es muy simple, pero, al combinarse, son capaces de producir una inteligencia sumamente compleja.

—Mi señor, esto que veis no es más que la operación mecánica de un mero instrumento, no inteligencia. Todos estos plebeyos son ceros. El conjunto solo se reviste de significado al añadirse alguien como vos a la ecuación para que adopte el valor del uno.

La sonrisa de Jing Ke destilaba zalamería.

—¿Cuánto se tardará en calcular diez mil dígitos de la proporción circular? —quiso saber el rey Zheng.

—Aproximadamente diez meses. Menos, si todo va bien.

El general Wang Jian^[12] dio un paso al frente.

—Majestad, debo recomendaros cautela. Incluso en una operación militar convencional resultaría extremadamente peligroso concentrar tantas de nuestras fuerzas en un espacio abierto como este. Para colmo de males, los tres millones de soldados que componen esta falange están desarmados, tan solo portan banderines de señalización. La formación calculadora no está preparada para entablar batalla y será sumamente vulnerable a cualquier ataque. Incluso en condiciones normales, efectuar una retirada ordenada de tantos hombres apilados en una formación tan apretada requeriría casi toda una jornada. Si los atacaran ahora, retirarse sería imposible. Señor, a los ojos de nuestros enemigos esta formación calculadora será como un trozo de carne servido en bandeja, listo para ser trinchado.

El rey Zheng no respondió, pero volvió la mirada hacia Jing Ke, que hizo una reverencia y dijo:

—El general Wang tiene toda la razón. Debéis ser cauto al decidir si queréis proseguir con los cálculos.

A continuación, Jing Ke cometió una osadía sin precedentes: levantó la cabeza y miró a los ojos al emperador. El rey Zheng comprendió de inmediato lo que intentaba decirle con la mirada: *Todos vuestros logros hasta la fecha son ceros; solo con la adición de la vida eterna para vos, un uno, adquirirá significado lo demás.*

—General Wang, os preocupáis en exceso. —El rey Zheng agitó las mangas con desdén—. Los estados de Han, Wei, Zhao y Chu han sido ya conquistados. Los reyes de los dos únicos que quedan, Yan y Qi, son unos necios que han llevado a sus súbditos al límite de la extenuación. Están al borde del colapso absoluto y no constituyen ninguna amenaza. A juzgar por el modo en que marchan las cosas, para cuando el cálculo de la proporción circular se haya completado, esos dos estados bien podrían haberse hecho pedazos por sí solos y rendido al Gran Estado de Qin. Aprecio, por supuesto, la cautela del general. Sugiero formar una línea de oteadores a cierta distancia de la formación calculadora e incrementar nuestra vigilancia de los movimientos de los ejércitos de Yan y Qi. Así estaremos seguros. —Elevó la larga espada hacia el firmamento y declaró solemnemente—: Los cálculos deben finalizarse. Así lo he decretado.

La formación calculadora funcionó como la seda durante un mes, y los resultados eran mejores incluso de lo esperado. Ya se habían computado más de dos mil dígitos de la proporción circular; a medida que los soldados de la formación se acostumbraban a la tarea y Jing Ke continuaba refinando el procedimiento de cálculo, en el futuro la velocidad sería aún mayor. Se estimaba que solo harían falta tres años más para alcanzar el objetivo de los cien mil dígitos.

El cuadragésimo quinto día desde que comenzaran los cálculos amaneció embozado por la niebla. Resultaba imposible distinguir la formación calculadora desde el estrado de piedra, envuelto en jirones brumosos. Los soldados de la formación no podían ver más allá de los cinco hombres que tenían más cerca.

El funcionamiento de la formación calculadora, sin embargo, estaba diseñado para que las condiciones de mala visibilidad no lo afectaran, y continuó. Las órdenes impartidas a gritos y el repiqueteo de los cascos de la caballería ligera de la línea de comunicación principal resonaban incorpóreos en medio de la neblina.

Los soldados emplazados al norte de la formación calculadora, sin embargo, oían otra cosa. El ruido, al principio, era intermitente y daba la impresión de ser casi ilusorio, pero pronto aumentó en intensidad y formó un retumbo continuo, como si en las profundidades de la bruma estuviera tronando.

El estruendo lo producían los cascos de miles de caballos. Una poderosa división de caballería se acercó a la formación calculadora desde el norte, con el estandarte del estado de Yan ondeando a la vanguardia. Los jinetes avanzaban despacio, obligando a sus monturas a guardar filas. Sabían que disponían de tiempo de sobra.

Solo iniciaron la carga cuando ya se encontraban a un tercio de milla del borde de la formación calculadora. Para cuando la vanguardia de la caballería hubo embestido contra la formación calculadora, los soldados de Qin ni siquiera habían podido ver aún con claridad a sus adversarios. En esta primera carga perdieron la vida decenas de miles de soldados de Qin, arrollados por las patas de los jinetes agresores.

Lo que sucedió a continuación no puede calificarse de batalla en absoluto, sino de masacre. Antes del combate, los comandantes de Yan sabían ya que no encontrarían oposición. A fin de aumentar la eficiencia de la carnicería, los jinetes renunciaron a las armas de la caballería tradicionales, lanzas y alabardas de largas astas, y optaron por equiparse con espadas y mazas rematadas en pinchos. Los varios cientos de miles de hombres que componían la caballería pesada de Yan se transformaron en una nube mortífera; por dondequiera que pasaban, los cadáveres de los soldados de Qin cubrían la tierra.

A fin de evitar que el núcleo de la formación calculadora se percatara de nada, los jinetes de Yan cabalgaban y mataban en silencio, como si fuesen máquinas, más que

hombres. Pero los alaridos de los soldados de Qin moribundos, mutilados o pisoteados, se propagaban muy lejos en todas direcciones a través de la densa niebla.

Sin embargo, todos los soldados de Qin que componían la formación calculadora habían sido adiestrados, so pena de muerte, para hacer caso omiso de cualquier interferencia externa y dedicarse en cuerpo y alma a la sola tarea de actuar como elementos de cálculo. Esto, combinado con el camuflaje que proporcionaba la densa niebla, dio como resultado que la mayor parte de la formación calculadora no se percatara de que el extremo septentrional de la formación estaba siendo atacado. Mientras aquella nube mortífera se abría paso a través de la formación, metódica y ordenadamente, reduciéndola a montones de cadáveres diseminados por el terreno fangoso, empapado de sangre, el resto de la formación continuó calculando como hasta entonces, aunque cada vez eran más los errores que infestaban el sistema.

Tras la primera oleada de caballería, más de cien mil arqueros de Yan dispararon andanadas de flechas con sus largos arcos, apuntando al corazón de la formación calculadora. En cuestión de meros instantes, millones de proyectiles cayeron como una tormenta; casi todos ellos encontraron un objetivo.

Solo entonces empezó a desmoronarse la formación calculadora. Al mismo tiempo, la noticia del ataque enemigo comenzó a propagarse, incrementando la confusión. La caballería ligera de la línea de comunicación principal se apresuró a transportar los informes del inesperado asalto, pero, conforme la situación se deterioraba, el pasillo principal quedó bloqueado y los aterrorizados jinetes empezaron a arrollar a los integrantes de la falange, densamente alineados. Así, innumerables soldados de Qin sucumbieron bajo los cascos de sus aliados.

En los extremos este, sur y oeste de la formación calculadora, que no estaban siendo atacados, los soldados de Qin emprendieron la retirada sin la menor semblanza de orden. Entre la absoluta falta de información y la ruptura de la cadena de mando, la lentitud y la descoordinación caracterizaban sus maniobras. La formación calculadora, ya despojada de su función, se transformó en una burbuja de tinta, espesa y concentrada, que se negaba a disolverse en el agua, con tan solo unos hilillos endebles ondeando en sus bordes.

Los soldados de Qin que corrían hacia el este pronto fueron interceptados por las disciplinadas filas del ejército de Qi. En vez de cargar, los comandantes de Qi ordenaron a la infantería y la caballería que formasen unas impenetrables líneas defensivas para aguardar a que los soldados de Qin en fuga se metieran por sí solos en la trampa antes de que esta se cerrara a su alrededor y comenzase una nueva carnicería.

La única dirección que les quedaba a las desesperadas fuerzas de Qin, ya sin la menor voluntad de plantar batalla, era hacia el sureste. Cientos de miles de hombres desarmados se derramaron sobre las llanuras como una turbia marea, pero no tardaron en tropezar con una tercera alineación enemiga: a diferencia de los disciplinados ejércitos de Yan y Qi, esta tercera fuerza consistía en feroces jinetes hunos, que se

abalanzaron sobre el ejército de Qin como una manada de lobos sobre un rebaño de ovejas y no tardaron en dar cuenta de él.

La matanza se prolongó hasta el mediodía, cuando la fuerte brisa que soplaba del oeste dispersó la niebla y la vasta expansión del campo de batalla quedó expuesta a la radiante mirada del sol.

Los ejércitos de Yan y Qi, con la ayuda de los hunos, se habían combinado en múltiples puntos estratégicos para rodear a los supervivientes del ejército de Qin en pequeños reductos. La caballería de los tres ejércitos continuó cargando contra los soldados de Qin, dejando que la infantería se encargase de barrer a los heridos y a los escasos fugitivos. Grandes rebaños de bueyes, espoleados por el fuego, y numerosas catapultas entraron en acción a su vez, a fin de exterminar todavía con más eficacia a los supervivientes de Qin.

Por la tarde, las notas lastimeras de los cuernos de batalla resonaban sobre un campo sembrado de cadáveres y surcado por regueros de sangre. Los últimos supervivientes del ejército de Qin estaban rodeados ahora en tres reductos que no dejaban de menguar.

El anochecer trajo consigo una luna llena, pura y fría que flotaba impasible sobre la carnicería, bañando con su luz, serena y delicuescente, las montañas de cadáveres y los mares de sangre. Las muertes continuaron durante toda la noche y no cesaron hasta la mañana siguiente.

El ejército del Imperio Qin había sido exterminado por completo.

Un mes más tarde, las fuerzas aliadas de Qi y Yan entraron en Xianyang y capturaron al rey Zheng. El Imperio Qin se había acabado.

La fecha elegida para la ejecución del rey Zheng fue otro día en el que el sol y la luna aparecieron juntos. La luna flotaba en el cielo azur como un copo de nieve.

El monumento diseñado para Jing Ke colgaba aún en el aire. El rey Zheng estaba sentado debajo, esperando a que el ejecutor de Yan cortara la cuerda de pieles de buey.

Jing Ke salió de entre la multitud congregada para asistir a la ejecución, vestido aún por completo de blanco. Se acercó al rey Zheng y lo saludó con una reverencia.

—Majestad.

—En tu corazón —dijo el monarca, sin mirar a Jing Ke— siempre has sido un asesino de Yan.

—Sí. Pero no quería mataros únicamente a vos. Necesitaba eliminar también a vuestro ejército. Si os hubiera asesinado hace unos años, Qin habría seguido siendo tan poderoso como antes. Asesorado por brillantes estrategas y dirigido por comandantes veteranos, el ejército de Qin, con sus millones de soldados, aún habría constituido una amenaza imparable para Yan.

El rey Zheng pronunció entonces la última pregunta que habría de plantear en su

vida.

—¿Cómo lograste enviar tantos hombres tan cerca de mi ejército sin que yo me enterara?

—Durante el año que la formación calculadora pasó adiestrándose y operando, Yan y Qi se concentraron en excavar túneles. Cada uno de estos medía varias millas de largo y era lo bastante ancho para permitir el paso de la caballería. Fue idea mía utilizar estos túneles para permitir que los aliados burlaran a vuestros centinelas y aparecieran de repente junto a la indefensa formación calculadora.

El rey Zheng asintió en silencio y no volvió a despegar los labios. Cerró los ojos, dispuesto a morir. A una orden del oficial supervisor, el verdugo comenzó a subir a la plataforma, sujetando un cuchillo entre los dientes.

El rey Zheng detectó que algo se movía a su lado. Al abrir los ojos vio que Jing Ke se había sentado junto a él.

—Majestad, moriremos juntos. Cuando caiga esta piedra tan pesada, se convertirá en un monumento para los dos. Nuestra sangre y la pulpa de nuestros cuerpos se mezclarán. Quizá eso os proporcione al menos un pequeño consuelo.

—¿Qué sentido tiene tal cosa? —preguntó fríamente el rey Zheng.

—No es que yo quiera morir. El rey de Yan ha ordenado mi ejecución.

La sonrisa que despuntó en los labios del rey Zheng se desvaneció tan deprisa como había aparecido, como un soplo de brisa fugaz.

—Has obtenido tantos logros para Yan que tu nombre se venera más que el del rey. Teme tu ambición. Era de esperar este resultado.

—Ese es uno de los motivos, sin duda, pero no el principal. También al rey de Yan le aconsejé construir su propia formación calculadora. Eso le proporciona la excusa que necesitaba para matarme.

El rey Zheng se giró para observar a Jing Ke. La sorpresa que denotaba su expresión no era fingida.

—No me importa que no me creáis. Mi consejo tenía por objetivo beneficiar a Yan. Es cierto que la formación calculadora era una estratagema que urdí para destruir Qin aprovechándome de vuestra obsesión con la vida eterna, pero también es un invento francamente asombroso. Su potencia de cálculo nos permite comprender el lenguaje de las matemáticas y desentrañar los misterios del universo. Podría haber originado una nueva era.

El ejecutor, que ya había llegado a lo alto de la plataforma, se situó frente a la cuerda que sostenía el monumento de piedra, esperando la orden definitiva mientras empuñaba el cuchillo en su mano.

A lo lejos, bajo un baldaquín brillante, el rey de Yan agitó la mano en señal de conformidad. El oficial supervisor entonó la orden de ejecutar la sentencia.

De súbito, Jing Ke abrió los ojos de par en par como si acabase de despertar de un sueño.

—¡Ya lo tengo! —exclamó—. La formación calculadora no tiene por qué

depender de ningún ejército, de ninguna persona. Todas esas compuertas... AND, NOT, NAND, NOR, etcétera... pueden construirse a partir de elementos mecánicos. ¡Estos podrían ser diminutos, y al combinarse compondrían una formación calculadora mecánica! ¡No, no tendría por qué llamarse «formación calculadora» en absoluto, sino «máquina calculadora»! ¡Escuchadme, mi señor! ¡Esperad! —llamó Jing Ke al rey de Yan, a lo lejos—. ¡La calculadora! ¡La calculadora!

El verdugo cortó la cuerda.

—¡La calculadora! —Aquellas fueron las dos palabras que le dio tiempo a pronunciar a Jing Ke con su último aliento.

Mientras la piedra gigantesca caía y su sombra eclipsaba el resto del mundo, el rey Zheng sintió llegar el fin de sus días. A los ojos de Jing Ke, sin embargo, lo que se apagaba era un tenue rayo de luz que podría haber presagiado el comienzo de una nueva era.

Cuidando de Dios

1

Dios había vuelto a fastidiar a la familia de Qiusheng.

Esta había comenzado siendo una mañana prometedora. Una fina capa de bruma blanca flotaba a la altura de una persona sobre los campos que rodeaban la aldea de Xicen, como una hoja de papel de arroz que acabara de quedarse en blanco, donde la tranquila campiña sería el dibujo que se había caído de la lámina. Los incipientes rayos de sol caían sobre la escena y las primeras gotas de rocío del año entraban en el periodo más glorioso de su efímera existencia... pero Dios lo había estropeado todo.

Tras madrugar más que otros días, había entrado en la cocina para calentarse un cazo de leche. El mercado de la misma había prosperado desde que comenzase la Era de la Manutención. La familia de Qiusheng había comprado una vaca por poco más de diez mil yuanes, y después, imitando a sus vecinos, se había dedicado a mezclar la leche con agua para venderla. La leche, en este caso sin adulterar, se había convertido en una de las principales fuentes de sustento para la familia.

Una vez calentada la leche, Dios se sirvió un tazón y se lo llevó a la sala de estar para ver la tele sin apagar la cocina de gas licuado del petróleo.

Cuando la esposa de Qiusheng, Yulian, hubo terminado de limpiar el establo y la pocilga, se percató enseguida de que olía a gas por toda la casa. Se apresuró a entrar en la cocina para apagar el fogón, tapándose la nariz con una toalla, abrió la ventana y encendió el ventilador.

—¡Carcamal! ¡Conseguirás matarnos a todos! —exclamó Yulian, proyectando la voz en dirección a la sala de estar. Se habían pasado al gas licuado del petróleo para cocinar cuando empezaron a mantener a Dios. El padre de Qiusheng siempre se había opuesto a la idea, sin embargo, pues sostenía que el gas era peor que las briquetas de carbón. Ahora tendría todavía más munición con la que defender su postura.

Como tenía por costumbre, Dios se incorporó e inclinó la cabeza, dejando que su lengua barba blanca le cayera por debajo de las rodillas; su sonrisa contrita era la de un niño que sabe que ha hecho lo que no debía.

—R-retiré el cazo después de calentar la leche. ¿Por qué no se ha apagado sola la cocina?

—¿Te crees que todavía estás en tu nave espacial? —dijo Qiusheng, que bajaba las escaleras en esos momentos—. Aquí los objetos no tienen cerebro. No somos como tú, a nosotros no nos atiende servicialmente ninguna máquina inteligente. Tenemos que deslomarnos con herramientas sin cerebro. ¡Así nos ganamos el arroz que llega a la mesa!

—También nosotros nos deslomamos en su momento. De lo contrario, ¿cómo habríais surgido vosotros? —replicó Dios.

—¡Ya está bien de «cómo habríais surgido vosotros»! ¡Basta! Estoy harta de escuchar siempre lo mismo. ¡Si eres tan poderoso, por qué no te vas a crear otros hijos más obedientes para que te mantengan!

Yulian tiró la toalla al suelo.

—Mira, vamos a olvidarlo —intercedió conciliador Qiusheng, que siempre era el que apaciguaba los ánimos—. Olvidemos lo que ha pasado y sentémonos a comer.

Ahora se había despertado Bingbing, que bostezó mientras bajaba las escaleras.

—Mamá, papá, Dios se ha pasado toda la noche tosiendo. No me ha dejado dormir.

—No sabes la suerte que tienes —dijo Yulian—. Tu padre y yo estábamos en la habitación contigua. ¿A que no nos has oído quejarnos?

Como si le hubieran dado la señal que esperaba, Dios sufrió un ataque de tos. Tosía como si estuviera jugando a su deporte preferido, con suma concentración.

Yulian se quedó mirándolo fijamente durante varios segundos.

—Debe de hacer ocho generaciones que nadie tiene peor suerte que yo —suspiró, al cabo, y se fue a la cocina a preparar el desayuno.

Dios se sentó a la mesa, en silencio, mientras el resto de la familia comía. Dio cuenta de un tazón de gachas con verduras encurtidas y medio panecillo *mantou*, sin dejar de soportar en todo momento las miraditas desdeñosas que le lanzaba Yulian; quizá siguiera estando enfadada todavía por lo del gas, o a lo mejor intentaba recriminarle que estuviese zampando en exceso.

Después de desayunar, como de costumbre, Dios se levantó enseguida para recoger la mesa y lavar los platos en el fregadero.

—¡No uses jabón a menos que haya grasa en el cuenco! —lo aleccionó a voz en cuello Yulian, apostada en el umbral de la cocina—. Las cosas cuestan dinero. ¿La miseria que nos pasan para tu manutención? ¡No me hagas reír!

Dios mostró su aquiescencia con una sarta de gruñidos inarticulados.

Qiusheng y Yulian se fueron a trabajar en el campo. Bingbing se marchó a la escuela. Solo entonces se levantó el padre de Qiusheng. Medio adormilado todavía, bajó las escaleras, se comió dos cuencos de gachas para desayunar y llenó de tabaco la cazoleta de su pipa antes de acordarse de la existencia de Dios.

—¡Eh, carcamal! ¡Deja ya esos platos! —exclamó en dirección a la cocina—. ¡Ven aquí y échame una partida!

Dios se secó las manos en el delantal mientras salía de la cocina, asintiendo

mansamente con la cabeza. Jugar al ajedrez chino con el anciano padre de Qiusheng era un pasatiempo ingrato en el que tanto la victoria como la derrota acarreaban consecuencias funestas. Si Dios ganaba, el padre de Qiusheng se enfadaba: *¡Puto mochales, imbécil! ¿Qué intentas? ¿Alardear a mi costa? ¡Joder, que eres Dios! Menudo logro, vencerme. ¿Cuándo vas a aprender modales por fin? ¡Como si no llevases ya una eternidad bajo nuestro techo!* Pero, como a Dios se le ocurriera perder, el padre de Qiusheng se cabrearía más todavía: *¡Puto mochales, imbécil! Soy el mejor jugador de ajedrez en cincuenta kilómetros a la redonda. Me cuesta menos derrotarte que aplastar a una chinche. ¿Te crees que necesito que te dejes ganar? ¡Por decirlo suavemente, me ofendes!*

Fuera como fuese, el resultado siempre era el mismo: el anciano tiraba el tablero y las piezas salían volando en todas direcciones. El padre de Qiusheng era célebre por su mal genio, y en Dios había encontrado el saco de boxeo perfecto sobre el que descargar sus iras.

No era rencoroso, sin embargo. Todas las veces, después de que Dios hubiese terminado de recoger el tablero y volver a colocar las piezas, sin rechistar, se sentaba y le echaba otra partida, repitiendo el proceso entero desde el principio. Tras unos cuantos ciclos seguidos, los dos estaban cansados y ya era casi mediodía.

Dios se levantó y se dispuso a limpiar las hortalizas. Yulian no le dejaba preparar la comida porque, según ella, era un cocinero pésimo, pero seguía teniendo que lavar las verduras. De lo contrario, cuando Qiusheng y ella regresaran del campo, se abalanzaría sobre él otra vez para echarle otra regañina de las suyas, llena de amargura y sarcasmo.

Mientras Dios limpiaba las hortalizas, el padre de Qiusheng se fue a visitar a los vecinos. Esta era la parte más tranquila de la jornada. El sol de mediodía bañaba hasta el último palmo del patio de ladrillo e iluminaba los recónditos intersticios de su memoria. En periodos así Dios a menudo se olvidaba de sus quehaceres y se quedaba inmóvil, absorto en sus pensamientos. Solo salió de su ensimismamiento cuando resonó en el aire el bullicio de los aldeanos que volvían de los campos, momento en el que se apresuró a terminar de lavar las verduras.

Suspiró. *¿Cómo es posible que mi vida haya dado este giro?*

Este no era tan solo el suspiro de Dios, sino también de Yulian, Qiusheng y su padre. Era el suspiro de los más de cinco mil millones de personas y dos mil millones de dioses que había en la Tierra.

Todo empezó una noche de otoño, hacía tres años.

—¡Daos prisa! ¡Hay juguetes en el cielo! —exclamó Bingbing, que estaba en el patio. Qiusheng y Yulian salieron de la casa corriendo, elevaron la mirada al firmamento y vieron que, en efecto, estaba repleto de juguetes; o al menos de objetos con forma de estos.

Los objetos se desperdigaban de forma regular por toda la bóveda celeste. En la penumbra del ocaso cada uno de ellos reflejaba la luz del sol poniente, ya por debajo del horizonte, tan resplandecientes como lunas llenas en miniatura. Su resplandor volvió la superficie de la Tierra tan brillante como si fuese mediodía. La luz, sin embargo, provenía de todas direcciones a la vez y no proyectaba ninguna sombra, como si el mundo entero estuviera iluminado por la lámpara de un quirófano gigantesco.

Eran tan nítidos que, al principio, todos pensamos que estaban dentro de nuestra atmósfera. A la larga, sin embargo, descubrimos que eran sencillamente inmensos. Flotaban a unos treinta mil kilómetros de nosotros, en órbitas geoestacionarias.

Había un total de 21.530 naves espaciales. Repartidas de forma ordenada por todo el firmamento, formaban un fino cascarón alrededor de la Tierra. Lo que veíamos no era sino el resultado de una compleja serie de maniobras que había llevado a todas las naves de forma simultánea a su destino final. De este modo, las naves alienígenas evitaban provocar en los océanos alteraciones potencialmente mortíferas para la humanidad debido a lo desigual de su masa. Su gesto resultaba tranquilizador, en parte, pues sugería que los visitantes del espacio no le deseaban ningún mal a nuestro planeta.

En el transcurso de los días siguientes fracasaron todos los intentos por comunicarse con los alienígenas, que respondían con un silencio obstinado a nuestras repetidas preguntas. Al mismo tiempo, la Tierra se convirtió en un planeta sin noches. Las decenas de miles de naves espaciales reflejaban hasta tal punto la luz del sol sobre la cara nocturna de la Tierra que allí parecía de día, mientras que en la cara diurna proyectaban unas sombras gigantescas sobre la superficie. El efecto era tan sobrecogedor que la resistencia psicológica de la especie humana se vio empujada hasta el límite; la situación era tan extrema que muchos de nosotros pasamos por alto otra extraña ocurrencia que estaba teniendo lugar en la faz del planeta, sin establecer la menor conexión entre ella y la flota de naves espaciales que había en el cielo.

En todas las grandes ciudades del mundo había empezado a aparecer un gran número de personas mayores que deambulaban sin rumbo fijo. Todas compartían las mismas características: edad muy avanzada, largas melenas y barbas plateadas y vaporosas túnicas blancas. Al principio, antes de que sus túnicas blancas, sus barbas blancas y sus blancos cabellos quedaran cubiertos de mugre, parecían muñecos de

nieve. Los vagabundos no daban la impresión de pertenecer a ninguna raza en particular, como si todas las etnias confluyeran en ellos. Carecían de documentos con los que demostrar su ciudadanía o identidad y se mostraban incapaces de explicar cuál era su historia.

Lo único que hacían era repetir tranquilamente, en el idioma del lugar donde se encontraran aunque con un fuerte acento, las mismas palabras a todos los transeúntes que se cruzaban con ellos:

—Somos Dios. Por favor, teniendo en cuenta que este mundo lo creamos nosotros, ¿nos daríais algo para comer?

Si esto lo hubieran dicho uno o dos vagabundos, habrían terminado internados en algún hospicio o residencia de ancianos, como los sin techo con demencia que aparentaban ser. Pero cuando millones de venerables personas entradas en años repiten lo mismo una y otra vez... eso ya es otro cantar.

En cuestión de un par de semanas, la cantidad de ancianos errantes ascendió a más de treinta millones. Deambulaban por las calles de Nueva York, Pekín, Londres, Moscú... podían verse por todas partes, merodeando en grupos tan nutridos que detenían el tráfico. A veces parecía incluso que su número superase al de los habitantes originales de algunas ciudades.

Lo más horripilante de su inopinada presencia era que todos repetían lo mismo:

—Somos Dios. Por favor, teniendo en cuenta que este mundo lo creamos nosotros, ¿nos daríais algo para comer?

Solo entonces apartó la humanidad su atención de las naves espaciales para fijarse en estos huéspedes sin invitación. Recientemente se habían estado produciendo unas impresionantes lluvias de meteoritos a gran escala en todos los continentes, tras las cuales el número de ancianos errantes se multiplicaba en la región afectada. Las detenidas observaciones de este fenómeno arrojaron como resultado el asombroso descubrimiento de que los vagabundos provenían del cielo, de aquellas naves alienígenas.

Saltaban a la atmósfera de uno en uno, como quien se lanza a una piscina, ataviados todos ellos con un traje hecho de una película especial. Cuando la fricción de la atmósfera incineraba la superficie de los trajes, la película evitaba que el calor afectase a su portador y ralentizaba el descenso. Su esmerado diseño garantizaba que la deceleración no excediera nunca los 4 g, sin traspasar por tanto el umbral de tolerancia del físico de los ancianos errantes. Por último, en el momento de llegar a la superficie, su velocidad era próxima a cero, como si no hubieran saltado más que desde lo alto de un banco. Incluso así, muchos se las apañaban para torcerse el tobillo. Entretanto, la película que los rodeaba se había consumido ya por completo, sin dejar ni rastro.

Las lluvias de meteoritos se sucedían sin fin. Cada vez eran más los vagabundos que caían a la Tierra. Su número rozaba ya casi el millón.

Los gobiernos de todos los países intentaron encontrar uno o más portavoces

entre los vagabundos, pero estos afirmaban que todos los «dioses» eran absolutamente iguales y que cualquiera de ellos podría representarlos. Por consiguiente, un anciano errante que merodeaba por Times Square y hablaba un inglés aceptable, fue invitado a entrar en la sede de las Naciones Unidas para participar en una asamblea general.

Saltaba a la vista que había sido uno de los primeros en llegar: tenía la túnica sucia y llena de agujeros, y su barba plateada, cubierta de mugre, parecía una fregona. A modo de halo, un enjambre de moscas leales revoloteaba sin cesar sobre su cabeza. Ayudándose de una endeble caña de bambú, se acercó arrastrando los pies hasta la mesa redonda de la asamblea y se sentó bajo la atenta mirada de todos los líderes. Cuando miró al secretario general, en sus labios aleteaba la sonrisa añorada que era una de las señas de identidad de todos los ancianos errantes.

—N-no he... todavía no... no he desayunado nada.

De modo que le trajeron el desayuno. A lo largo y ancho del mundo, los fascinados telespectadores lo vieron comer como si estuviera al borde de la inanición, atragantándose no pocas veces. No tardó en dar cuenta de las tostadas, las salchichas y la ensalada, tras lo cual se bebió con avidez un gran vaso de leche. Cuando hubo acabado, se dirigió de nuevo al secretario general con una sonrisita inocente.

—¿N-no h-hay... esto... no hay vino? Con una copita me conformaría.

De modo que le trajeron una copa de vino. Probó un sorbo y asintió con expresión satisfecha.

—Anoche, un puñado de recién llegados me arrebataron mi rejilla de ventilación del metro preferida, una por la que salía aire caliente. Tuve que buscarme otro sitio para dormir en la plaza. Pero ahora, con este poco de vino, noto que mis articulaciones están volviendo a la vida... ¿L-le importaría darme un masaje en la espalda? Solo un poquito.

El secretario general empezó a masajearle la espalda. El vagabundo sacudió la cabeza, exhaló un suspiro y murmuró:

—Siento que tenga que tomarse tantas molestias.

—¿De dónde vienen? —preguntó a bocajarro el presidente de los Estados Unidos. El anciano errante volvió a sacudir la cabeza.

—Las civilizaciones solo tienen una ubicación fija en su infancia. Los planetas y las estrellas son inestables y cambiantes. La civilización, por tanto, debe moverse. Para cuando se haya convertido en una muchacha, habrá pasado por muchas mudanzas. Entonces harán el siguiente descubrimiento: ningún entorno planetario es tan estable como una nave espacial sellada. Así que convertirán las naves espaciales en su hogar, y los planetas serán tan solo lugares de vacaciones. Cualquier civilización que haya alcanzado la edad adulta estará acostumbrada a viajar entre las estrellas, en una travesía permanente por el cosmos. La nave espacial será ya su hogar. ¿De dónde venimos? —Apuntó hacia arriba con un dedo encostrado de porquería—. De las naves.

—¿Cuántos son?

—Dos mil millones.

—¿Quiénes son en realidad? —El secretario general tenía motivos para plantear esa pregunta. Los ancianos errantes parecían humanos.

—Os lo hemos dicho ya muchas veces. —El vagabundo agitó una mano en el aire en señal de impaciencia—. Dioses.

—¿Le importaría explicarse?

—Nuestra civilización... llamémosla la Civilización Divina... existía desde mucho antes de que naciese este planeta. Al llegar a la senectud sembramos la simiente de la vida en la Tierra recién formada. Después la Civilización Divina saltó en el tiempo viajando casi a la velocidad de la luz. Cuando la vida en la Tierra hubo evolucionado hasta el estadio apropiado, regresamos, introdujimos una nueva especie basada en nuestros genes ancestrales, eliminamos a sus enemigos naturales y guiamos meticulosamente su evolución hasta convertir este planeta en el hogar de una nueva especie civilizada, creada a nuestra imagen y semejanza.

—¿Cómo espera que nos creamos tal cosa?

—Muy fácil.

Comenzó entonces el largo periodo de verificación de estas afirmaciones, que duró medio año. La humanidad vio, estupefacta, cómo las naves espaciales enviaban los planos originales para diseñar vida en nuestro planeta e imágenes de la Tierra primitiva. Siguiendo las instrucciones del anciano errante se desenterraron unas máquinas asombrosas de las profundidades de la corteza terrestre, instrumentos que durante innumerables eones habían controlado y manipulado la biosfera de nuestro planeta.

Al final, a la humanidad no le quedó más remedio que creer. Por lo que a la vida en la Tierra respectaba, al menos, aquellos seres eran auténticos dioses.

En la tercera sesión de emergencia de la asamblea general de las Naciones Unidas, el secretario general, en nombre de toda la especie humana, por fin le hizo a Dios la pregunta del millón: ¿cuándo habían llegado a la Tierra?

—Antes de responder a esa pregunta, tenéis que haber entendido correctamente el concepto de civilización —dijo Dios, atusándose la barba. Era el mismo que había

comparecido ante aquella sesión de emergencia medio año antes—. ¿Cómo creéis que evolucionan las civilizaciones con el paso del tiempo?

—En la Tierra —respondió el secretario general—, la civilización atraviesa en estos momentos una fase de rápida evolución. A menos que se abata sobre nosotros alguna catástrofe natural irreparable, creo que continuaremos desarrollándonos ilimitadamente.

—Pues te equivocas. Piénsalo. Todas las personas experimentan una niñez, una juventud, una madurez y una ancianidad antes de llegar al inevitable destino de la muerte. Con las estrellas sucede lo mismo. El proceso, de hecho, es idéntico para todo cuanto existe en el universo. Incluso este deberá acabarse algún día. ¿Por qué tendría que suponer la humanidad una excepción? No, vuestra civilización también terminará envejeciendo y extinguiéndose.

—¿Y cómo ocurre eso, exactamente?

—Las distintas civilizaciones envejecen y mueren de distintas maneras, exactamente igual que las distintas personas sucumben a distintas enfermedades o a la avanzada edad, sin más. Para la Civilización Divina, el primer indicio de senectud llegó con la exagerada prolongación de la esperanza de vida de cada individuo. Se alcanzó un punto en el que cada uno de sus integrantes podía aspirar a vivir hasta cuatro mil años terrestres. Al cumplir los dos mil, sin embargo, sus pensamientos se habían calcificado por completo, eliminando así toda su creatividad. Puesto que eran estos individuos los que manejaban las riendas del poder, cualquier forma de vida nueva sufría grandes dificultades para emerger y crecer. Así empezó a envejecer nuestra civilización.

—¿Y después?

—El segundo indicio de senectud llegó con la Era de la Cuna Mecánica.

—¿Cómo?

—Nuestras máquinas ya habían dejado de depender de sus creadores y funcionaban de forma autónoma, manteniéndose a sí mismas y desarrollándose por su cuenta. Las máquinas inteligentes nos proporcionaban todo cuanto necesitábamos y cubrían no solo nuestras necesidades materiales, sino también las fisiológicas. Sobrevivir no nos costaba ningún esfuerzo. Mantenidos por las máquinas, vivíamos como si estuviésemos recostados en cómodas cunas.

»Imagínate: si las selvas de la Tierra primitiva hubieran estado repletas de una reserva inagotable de frutos y dóciles animales deseosos de transformarse en comida, ¿cómo habrían evolucionado los simios hasta convertirse en humanos? La Cuna Mecánica representaba esta jungla paradisiaca para nosotros. Poco a poco nos olvidamos de la ciencia y la tecnología. Nuestra civilización se volvió vana y ociosa, despojada de toda creatividad y ambición, lo cual no hizo sino acelerar el proceso de envejecimiento. Lo que veis ahora de la Civilización Divina no son más que sus últimos estertores.

—Entonces... ¿podría explicarnos ahora cuál es el objetivo que persiguen

visitando la Tierra?

—Nos hemos quedado sin hogar.

—Pero... —El secretario general de la ONU apuntó con el dedo hacia arriba.

—Esas naves espaciales son muy antiguas. Si bien es cierto que el entorno artificial de las mismas resulta más estable que cualquier entorno natural, incluido el de la Tierra, las naves son tan, tan antiguas que desafían la imaginación. Sus componentes se han deteriorado y estropeado. La acumulación de los efectos cuánticos a lo largo de los eones se ha traducido en una concatenación imparable de fallos de software. Las funciones automáticas de reparación y mantenimiento del sistema encuentran cada vez más obstáculos insoslayables. El entorno habitable a bordo de las naves se deteriora. La cantidad de bienes necesarios para la subsistencia que puede recibir cada individuo disminuye con cada día que pasa. Sobrevivimos a duras penas. En las veinte mil ciudades que contienen las distintas naves, el aire está cargado de contaminación y desesperación.

—¿Y no existe ninguna solución? ¿Fabricar componentes nuevos, tal vez? ¿Actualizar el software?

Dios sacudió la cabeza.

—La Civilización Divina está tocando a su fin. Somos dos mil millones de individuos, cada uno de nosotros con más de tres mil años de edad. Pero cientos de generaciones anteriores habían vivido ya en la Cuna Mecánica. Hace mucho que lo olvidamos todo acerca de nuestra tecnología. Ahora nos resultaría imposible reparar estas naves que llevan decenas de millones de años funcionando por sí solas. Por lo que al estudio y la comprensión de la tecnología respecta, de hecho, nuestra situación es más precaria incluso que la vuestra. No sabríamos conectar el circuito necesario para encender una bombilla, ni resolver una raíz cuadrada...

»Un buen día, las naves nos informaron de que se encontraban al borde del colapso definitivo. Los sistemas de propulsión ya no podían ni soñar con aproximarse a la velocidad de la luz. La Civilización Divina estaba condenada a vagar a la deriva, a menos de una décima parte de la velocidad de la luz, y los sistemas de soporte ecológico amenazaban con detenerse. Las máquinas ya no podían seguir manteniendo con vida a dos mil millones de individuos. Teníamos que buscar otra salida.

—¿No habían previsto que pudiera ocurrir algo así?

—Por supuesto que sí. Las naves nos avisaron hace dos mil años. Fue entonces cuando iniciamos el proceso de sembrar vida en la Tierra, para que alguien nos mantuviera en nuestra ancianidad.

—¿Hace dos mil años?

—Sí. Según el concepto del tiempo a bordo de las naves, claro está. Según vuestro marco de referencia estaríamos hablando de hace tres mil quinientos millones de años, cuando la Tierra se enfrió por primera vez.

—Tenemos otra pregunta: dicen que han perdido su tecnología. Pero ¿no es necesaria esta para sembrar la vida?

—Bueno, la operación de iniciar el proceso evolutivo en un planeta es muy básica. Basta con esparcir unas cuantas semillas y la vida se multiplicará y evolucionará por su cuenta. Ya contábamos con esta clase de software antes incluso de la Era de la Cuna Mecánica. Solo hay que iniciar el programa y las máquinas se encargarán del resto. Para crear un planeta rebosante de vida, capaz de desarrollar una civilización, el requisito fundamental es el tiempo: unos cuantos miles de millones de años.

»Al viajar casi a la velocidad de la luz poseíamos una cantidad de tiempo prácticamente ilimitada, pero ahora las naves de la Civilización Divina ya no pueden ni aproximarse a ella. De lo contrario todavía tendríamos alguna oportunidad de crear nuevas civilizaciones y más vida, y dispondríamos de más opciones. Atrapados como estamos por nuestra propia lentitud, sin embargo, ahora esos sueños son inalcanzables.

—Así que queréis pasar vuestros años dorados en la Tierra.

—Sí, en efecto. Confiamos en que sintáis una responsabilidad filial para con vuestros creadores y nos acogáis.

Dios se apoyó en su bastón, tembloroso. A punto estuvo de caerse de bruces al intentar hacer una reverencia ante los líderes de todas las naciones de la Tierra.

—Pero ¿cómo pensáis vivir aquí?

—Si nos congregáramos todos en un mismo sitio, por nuestra cuenta, lo mismo podríamos quedarnos en el espacio y morir allí. Preferiríamos integrarnos en vuestra sociedad, en vuestras familias. También nosotros teníamos familias, cuando la Civilización Divina todavía era una niña. Como sabéis, la infancia es la época más preciada de todas. Puesto que vuestra civilización aún es tan joven, si pudiéramos regresar a esta era y pasar el resto de nuestras vidas arropados por el calor de vuestras familias, nuestra felicidad sería inmensa.

—Sois dos mil millones. Eso significa que todas las familias de la Tierra deberían acoger a uno o dos de los vuestros.

Reinó el silencio en la sala de reuniones tras las palabras del secretario general.

—Sí, en efecto, lamentamos causaros tantos inconvenientes. —Dios ensayó una nueva reverencia mientras observaba de reojo al secretario general y a los líderes de todas las naciones—. Estaríamos dispuestos a recompensaros, por supuesto.

Enarboló su bastón y entraron en la sala de reuniones otros dos dioses de largas barbas plateadas, encorvados por el peso del baúl metálico que acarreaban.

—Mirad, estos son instrumentos de almacenamiento de información de alta densidad. En ellos se han guardado sistemáticamente los conocimientos adquiridos por la Civilización Divina en todos los ámbitos de la ciencia y la tecnología. Con esto, vuestra civilización progresaría a pasos agigantados. Creo que os gustaría tenerlo.

El secretario general, al igual que los líderes de todas las naciones, contempló aquel baúl metálico mientras se esforzaba por disimular su entusiasmo.

—La humanidad tiene el deber de cuidar de los dioses. Antes habrá que consultarlo entre los distintos países, por supuesto, pero creo que, en principio...

—Lamentamos muchísimo las molestias —sollozó Dios con los ojos empañados en lágrimas, todavía en actitud reverente—. Lo sentimos de veras...

Al abandonar la sala de reuniones, el secretario general y los líderes de todas las naciones vieron que decenas de miles de dioses se habían congregado frente al edificio de las Naciones Unidas. Un mar blanco de cabezas bamboleantes llenaba el aire de palabras murmuradas. El secretario general aguzó el oído y se dio cuenta de que todos estaban repitiendo la misma frase una y otra vez, en todos los idiomas de la Tierra:

—Lamentamos muchísimo las molestias. Lamentamos muchísimo las molestias...

4

Llegaron a la Tierra dos mil millones de dioses, surcando la atmósfera con sus trajes revestidos por aquella película especial. Durante aquel tiempo, las brillantes franjas de colores que surcaban el firmamento podían verse incluso de día. Tras aterrizar, los dioses se distribuyeron entre mil quinientos millones de familias.

Haber recibido los conocimientos científicos y tecnológicos de los dioses alimentaba las esperanzas para el futuro y los sueños de todos, como si la humanidad se dispusiera a entrar en el paraíso de la noche a la mañana. Bajo la influencia de semejante ilusión, todas las familias acogieron a su dios con los brazos abiertos.

Aquella mañana, Qiusheng, su familia y todos los demás habitantes de Xicen se dieron cita a la entrada de la aldea para recibir a los dioses que les habían sido asignados.

—Qué día tan bonito —dijo Yulian.

El comentario no estaba motivado solamente por sus sentimientos. Las naves espaciales habían desaparecido de la noche a la mañana, restaurando así la amplitud y la apariencia ilimitada del cielo. Ningún humano había podido pisar su interior. Aunque los dioses no se oponían a esa petición en particular, las mismas naves se negaban a concederles permiso. Desaprobaban las numerosas y primitivas sondas

enviadas por la Tierra y habían sellado sus compuertas herméticamente.

Cuando el último grupo de dioses hubo saltado a la atmósfera, todas las naves espaciales, más de veinte mil, abandonaron sus respectivas órbitas de forma simultánea. No se fueron muy lejos, sin embargo, tan solo hasta el cinturón de asteroides, donde se quedaron flotando en suspensión.

Las naves eran muy antiguas, pero sus rutinas principales seguían funcionando. Su único cometido era servir a los dioses. Por eso no se habían alejado en exceso. Regresarían cuando volvieran a necesitarlas.

El gobierno del condado había fletado dos autobuses, que llegaron ahora a Xicen cargados con los ciento seis dioses asignados a la aldea. Qiusheng y Yulian acudieron al encuentro del suyo. La pareja flanqueó a Dios, lo sujetaron con delicadeza por los brazos y lo condujeron a su hogar bajo el radiante sol vespertino. Bingbing y el padre de Qiusheng los seguían de cerca, sonriendo.

—Abuelo, esto... abuelo Dios. —Con una sonrisa tan radiante como el sol, Yulian apoyó la mejilla en el hombro de Dios—. ¡He oído que la tecnología que nos habéis proporcionado pronto nos permitirá experimentar el auténtico comunismo! Cuando eso ocurra, todos tendremos las cosas que mejor se ajusten a nuestras necesidades. Nada volverá a costar dinero. Bastará con ir a la tienda y coger lo que a uno le haga falta en ese momento.

Dios sonrió a su vez y asintió con la cabeza, ondeando su larga melena blanca.

—Sí —replicó en chino, aunque con un fuerte acento—. Aunque lo cierto es que disponer de lo imprescindible solo cubre las necesidades más básicas de una civilización. La tecnología que os hemos dado os abrirá las puertas a una existencia inimaginable, repleta de prosperidad y comodidades.

Yulian se rio de tan buena gana que su expresión pareció iluminarse como una flor.

—¡No, no! ¡Con «disponer de lo imprescindible» me conformo!

—Ajá —convino el padre de Qiusheng, carraspeando con énfasis.

—¿Podemos vivir eternamente sin envejecer —preguntó Qiusheng—, como vosotros?

—Nadie puede vivir eternamente sin envejecer. Nosotros vivimos más que vosotros, eso es todo. ¡Mirad lo viejo que soy! Desde mi punto de vista, entre vivir más de tres mil años y estar muerto no hay tanta diferencia. Para una civilización, la longevidad exagerada de sus integrantes puede resultar fatídica.

—Bueno, no tienen por qué ser tres mil años. Yo con trescientos tendría más que de sobra. —El padre de Qiusheng había empezado a carcajearse tanto como Yulian—. De ese modo, ahora todavía se me consideraría joven. A lo mejor lo consigo... jajajaja.

La aldea celebró aquel día como si del Año Nuevo chino se tratara. Todas las familias

organizaron un gran banquete para dar la bienvenida a su dios, y la familia de Qiusheng no fue ninguna excepción.

El padre de Qiusheng, que no había tardado en achisparse con unas cuantas copitas de *huangjiu* añejo, levantó el pulgar para Dios.

—¡Qué personaje! Poder crear tantos seres vivos... eres verdaderamente sobrenatural.

Dios también estaba bebiendo sin medida, pero aún tenía la cabeza despejada. Agitó la mano en el aire.

—No, lo sobrenatural no tiene nada que ver. Ciencia, eso es todo. Cuando la biología se ha desarrollado hasta ciertos niveles, crear vida es como construir máquinas.

—Eso dices tú, pero a mis ojos sois como inmortales que os hubierais dignado vivir entre nosotros.

Dios sacudió la cabeza.

—Los seres sobrenaturales no se equivocarían jamás. Nosotros, en cambio, cometimos un error tras otro durante vuestra creación.

—¿Cometisteis errores cuando nos hicisteis? —Yulian tenía los ojos abiertos de par en par. En su imaginación, comparaba la creación de todas esas vidas con el momento en que había dado a luz a Bingbing, hacía ocho años. Equivocarse era imposible.

—Muchos. Os daré un ejemplo relativamente reciente. El software de generación de mundos falló en su análisis medioambiental de la Tierra, lo que se saldó con la aparición de criaturas como los dinosaurios: cuerpos gigantescos con un bajo índice de adaptabilidad. A la larga, a fin de facilitar vuestra evolución, tuvimos que eliminarlos.

»Hablando de hechos aún más recientes, tras la desaparición de las antiguas culturas egeas, el software de generación de mundos dio por sentado que la civilización de la Tierra ya estaba consolidada y dejó de ejecutar las tareas de seguimiento y los microajustes pertinentes. Fue como dejar un reloj de cuerda sin vigilancia. Esto desencadenó más errores. El sistema debería haber permitido, por ejemplo, que la civilización de la antigua Grecia se desarrollara por sí sola y detuviese la conquista macedonia, primero, y después la romana. Aunque ambas terminaron convirtiéndose en herederas de la civilización griega, la dirección del desarrollo heleno ya se había visto alterada.

Ninguno de los miembros de la familia Qiusheng era capaz de entender esta lección de historia, pero todos escuchaban respetuosamente a Dios, con suma atención.

—Después aparecieron dos grandes potencias sobre la faz de la Tierra: la China de Han y el Imperio Romano. A diferencia de lo que había sucedido antes con la antigua Grecia, estas dos civilizaciones no deberían haberse mantenido aisladas, desarrollándose por su cuenta, sino que tendría que haberse posibilitado su contacto

y...

—Esta «China de Han» de la que hablas... ¿no será, por casualidad, la Dinastía Han de Liu Bang y Xiang Yu? —El padre de Qiusheng por fin había escuchado algo que le sonaba—. Pero ¿a qué «Imperio Romano» te refieres?

—Creo que por aquel entonces era un país extranjero —intentó explicarle Qiusheng—. Muy grande.

Su padre se mostraba perplejo.

—¿Por qué? Mira cómo nos maltrataron los extranjeros cuando aparecieron durante la Dinastía Qing. ¿Te gustaría que hubiesen llegado antes? ¿Durante la Dinastía Han?

Aquello hizo reír a Dios.

—No, no. En aquella época, la China de Han era igual de poderosa que el Imperio Romano.

—Tanto peor. Si esas dos grandes potencias hubieran entrado en contacto, habría estallado una guerra espantosa. Habrían corrido ríos de sangre.

Dios asintió con la cabeza mientras usaba los palillos para coger un trozo de ternera bañado en salsa de soja.

—Cabe esa posibilidad. Pero, si esas dos grandes civilizaciones de Oriente y Occidente se hubieran conocido, habrían saltado unas chispas gloriosas y el progreso de la humanidad habría experimentado un salto espectacular... En fin, de haberse podido evitar todos esos errores, ahora la Tierra estaría colonizando Marte, probablemente, y vuestras sondas interestelares ya habrían dejado atrás Sirius.

El padre de Qiusheng alzó su vasito de *huangjiu*. Su voz denotaba admiración cuando dijo:

—Todo el mundo dice que a los dioses se os ha olvidado la ciencia por culpa de vuestra cuna, pero tú sigues siendo muy culto.

—Si se quiere estar cómodo en la cuna es importante saber un poco de filosofía, arte, historia, etcétera. Datos de dominio público, tampoco nada especial. En estos momentos, muchos intelectuales de la Tierra tienen pensamientos mucho más profundos que los nuestros.

Para los Dioses, los primeros meses de inmersión en la sociedad humana constituyeron una época dorada en la que convivían en armonía con sus anfitriones humanos. Era como si hubiesen regresado a la niñez de la Civilización Divina, integrados por completo en la calidez ya olvidada de la vida familiar. Esta parecía ser la mejor manera de pasar los últimos años de su extremadamente longeva existencia.

El dios de la familia de Qiusheng gozaba de una vida pacífica en su idílica aldea del sur de China. Todos los días iba a pescar al estanque rodeado de campos de bambú, conversaba con los demás ancianos de Xicen, jugaba al ajedrez y, por lo general, disfrutaba. Pero su mayor afición era asistir a las óperas populares. Cada vez

que una compañía de teatro visitaba la aldea o la ciudad, se aseguraba de no perderse ni una sola actuación.

Su obra favorita era *Los amantes mariposa*. No le bastaba con un solo pase. Seguía a la compañía que la representaba a lo largo de más de cincuenta kilómetros y asistía a numerosas funciones seguidas. Al final, Qiusheng fue a la ciudad y le compró una copia en VCD de la ópera. Dios la reproducía una y otra vez, hasta aprender a tararear unas cuantas líneas de la ópera *Huangmei*; y no lo hacía mal.

Un día Yulian descubrió un secreto. Les susurró a Qiusheng y a su suegro:

—¿Sabíais que, cada vez que el abuelo Dios termina su ópera, siempre se saca una tarjetita del bolsillo? Y tararea unas cuantas líneas mientras la observa. Acabo de pillarlo haciéndolo otra vez. La tarjeta es una foto. Contiene el retrato de una jovencita muy guapa.

Aquella noche, Dios se puso *Los amantes mariposa* otra vez. Sacó la fotografía de la muchacha y empezó a canturrear.

—Abuelo Dios —dijo el padre de Qiusheng, acercándose a él por la espalda—, ¿es esa una... novia que tuviste hace tiempo?

Dios se sobresaltó. Escondió la fotografía enseguida y sonrió como un niño al padre de Qiusheng.

—Jajá. Eso, sí. Estuve enamorado de ella hace dos mil años.

Yulian, que los escuchaba a hurtadillas, hizo una mueca. *¡Dos mil años!* Teniendo en cuenta lo avanzado de su edad, esto le parecía un poquito repugnante.

Al padre de Qiusheng le gustaría haber visto el retrato, pero Dios se mostraba tan reservado que habría sido indecoroso pedirle que se lo enseñara. De modo que se conformó con sentarse junto a Dios para escuchar sus reminiscencias del pasado.

—Por aquel entonces todos éramos muy jóvenes. Ella era una de las pocas que no estaba completamente absorbida por la vida en la Cuna Mecánica. Inició los preparativos para zarpar en un viaje que habría de llevarla a explorar los confines del universo. Ah, no hace falta que le des muchas vueltas. Te costaría mucho entenderlo. Fuera como fuese, esperaba que ese viaje le brindara la oportunidad de despertar a la Civilización Divina, tan profundamente dormida en la Cuna Mecánica. Todo aquello, por supuesto, no era más que una bonita ilusión. Me pidió que la acompañara, pero no supe reunir el valor necesario. El desierto interminable del universo me atemorizaba. La travesía habría cubierto más de veinte mil millones de años luz. Así que zarpó sola. No he dejado de pensar en ella ni un solo día en los dos mil años que siguieron a su partida.

—¿Veinte mil millones de años luz? Entonces, como ya me has explicado antes, ¿esa es la distancia que la luz tardaría veinte mil millones de años en recorrer? ¡Cielo santo! Eso es lejísimos. Adiós de por vida, básicamente. Abuelo Dios, tienes que olvidarte de ella. No volverás a verla.

Dios exhaló un suspiro mientras asentía con la cabeza.

—Bueno, ¿y ahora no debe de tener ella tu edad, más o menos?

Dios salió de su ensimismamiento, sobresaltado.

—Oh, no —dijo, negando la cabeza—. A fin de realizar un viaje tan largo, su nave exploradora tendría que volar muy cerca de la velocidad de la luz. Eso significa que aún sería muy joven. El único que ha envejecido soy yo. No te imaginas lo grande que es el universo. Lo que a ti te parece una «eternidad» no es más que un grano de arena en el espacio-tiempo.

»En fin, el hecho de que no podáis comprender ni sentir esto a veces es una bendición.

La luna de miel entre los dioses y la humanidad no tardó en tocar a su fin.

Al principio la gente había reaccionado con entusiasmo ante el material científico legado por los dioses, creyendo que sus sueños podrían hacerse realidad de la noche a la mañana. Gracias a las interfaces proporcionadas por los dioses se había conseguido recuperar una tremenda cantidad de información de los instrumentos de almacenamiento. Dicha información se había traducido al inglés y, a fin de evitar disputas, se había entregado una copia a todas las naciones del mundo.

Pero pronto se hizo evidente que comprender esta tecnología de los dioses era tarea imposible, al menos en el siglo actual. Imaginémosnos qué habría pasado en el antiguo Egipto si un viajero del tiempo les hubiese proporcionado información sobre nuestra tecnología contemporánea y empezaremos a entender el dilema al que se enfrentaban estos humanos.

Con la escasez de las reservas de petróleo cerniéndose sobre la especie humana, la tecnología energética ocupaba el pensamiento de todos. Pero los científicos y los ingenieros descubrieron que la tecnología energética de la Civilización Divina era inservible para los humanos en esta época. La fuente de energía de los dioses se basaba en los principios de aniquilación entre la materia y la antimateria. Aunque la gente pudiera entender todos los materiales y crear por último un motor y un generador de aniquilación (tarea prácticamente imposible en el transcurso de una sola generación), seguiría habiendo sido en vano debido a que el combustible necesario para estas máquinas, la antimateria, debía extraerse del espacio profundo. Según los materiales proporcionados por los dioses, el yacimiento de antimateria más cercano se encontraba entre la Vía Láctea y la galaxia de Andrómeda, a unos quinientos

cincuenta mil años luz de distancia.

La tecnología necesaria para emprender viajes interestelares casi a la velocidad de la luz también abarcaba todos los campos del conocimiento científico, y la mayor parte de las técnicas y teorías reveladas por los dioses escapaban a la comprensión humana. Los mayores expertos de la humanidad necesitarían quizá medio siglo tan solo para adquirir una noción básica de estos rudimentos. Los científicos, llenos de esperanza al principio, habían probado a cribar el material de los dioses en busca de información técnica relacionada con la fisión nuclear controlada, sin éxito. La explicación era sencilla: tampoco nuestros libros de texto sobre energía contenían ya la menor información sobre cómo hacer fuego frotando dos palos.

En otros ámbitos científicos, como las telecomunicaciones y las ciencias naturales (incluido el secreto de la longevidad humana), ocurría lo mismo. Ni siquiera los pensadores más avanzados de su época entendían los conocimientos de los dioses. Entre la ciencia de estos y la de la humanidad mediaba todavía un abismo de incompreensión tan inmenso como insoslayable.

Los dioses que habían llegado a la Tierra no podían prestarle ninguna ayuda a la comunidad científica. Al igual que el dios de las Naciones Unidas, entre ellos ahora había pocos que supieran resolver siquiera raíces cuadradas. Las naves espaciales que aguardaban entre los asteroides, por su parte, hacían oídos sordos a todos los llamamientos de los habitantes de la Tierra. La especie humana era como un grupo de alumnos de primaria a los que de repente se les exigiera el nivel de un doctorado, sin ningún instructor que los guiara.

Al mismo tiempo, la población de la Tierra había aumentado en dos mil millones de seres, todos ellos individuos de muy avanzada edad que ya no podían aportar nada. Muchos padecían enfermedades de diversa índole y ejercían una presión sin precedentes sobre los medios de la sociedad que los había acogido. De resultas de ello, todos los gobiernos debían pagarles un cuantioso estipendio a las familias que albergaban un dios bajo su techo, en concepto de manutención. La sanidad y otras infraestructuras públicas habían rebasado el punto de ruptura con creces. La economía mundial estaba al borde del colapso.

La armoniosa relación entre Dios y la familia de Qiusheng ya se había evaporado. Lo veían, cada vez más, como un lastre que les hubiese caído del cielo. Empezaban a despreciarlo, aunque cada uno de ellos por motivos distintos.

El de Yulian era el más pragmático y próximo al problema subyacente: su familia se había empobrecido por culpa de Dios. También ella era para Dios, de entre todos los miembros de la familia, la que más quebraderos de cabeza le daba; su lengua, tan afilada como un cuchillo, le infundía más miedo que cualquier agujero negro o supernova del universo. Muerto ya su sueño de vivir en un auténtico comunismo, Yulian se dedicaba a reprender a Dios sin descanso: *Antes de que tú llegaras, nuestra familia vivía con comodidad y prósperamente. Antes todo iba bien. Ahora todo va mal. Todo por tu culpa. Que nos endilgaran a un vejstorio estúpido como tú ha sido*

el mayor de los infortunios. Todos los días, a la menor ocasión, despotricaba de este modo contra Dios delante de él.

Para colmo de males, Dios padecía bronquitis crónica. No era una dolencia cara de tratar, pero requería cuidados continuos y una inyección de dinero constante. Al final, un buen día, Yulian le prohibió a Qiusheng que siguiera llevando a Dios al hospital para que lo viesen los médicos y le ordenó que dejara de comprarle medicamentos. El secretario del Partido Comunista asignado a la división de la aldea se personó en el hogar de Qiusheng en cuanto se hubo enterado de esto.

—Tenéis que pagar los cuidados del dios de vuestra familia —informó el secretario a Yulian—. El médico del hospital de la ciudad me ha contado que, sin tratamiento, su bronquitis crónica podría degenerar en un enfisema pulmonar.

—Si queréis que reciba tratamiento —se encaró Yulian con el secretario—, que lo pague la aldea o el gobierno. ¡A nosotros no nos sobra el dinero!

—Yulian, la Ley de Manutención Divina estipula que es la familia la que debe correr con este tipo de gastos médicos de escasa entidad. La asignación del gobierno comprende ya esa eventualidad.

—¡La asignación del gobierno es una birria!

—No puedes hablar así. ¡Cuando empezasteis a recibir el dinero de la manutención adquiristeis una vaca lechera, os pasasteis al gas licuado del petróleo e incluso os comprasteis un enorme televisor a color! ¿Y ahora insinúas que no tenéis dinero para que Dios pueda ir al médico? Todo el mundo sabe que, en tu familia, tu palabra es la ley. Voy a dejarte una cosa muy clara: ahora mismo estoy ayudándote a quedar bien, pero no fuerces tu suerte. La próxima vez no seré yo el que se plante aquí para intentar persuadirte, sino el Comité de Manutención Divina del Condado. Y entonces sí que estarás en serios aprietos.

A Yulian no le quedó más remedio que seguir sufragando la atención médica de Dios, pero después de aquello se volvió todavía más despiadada con él.

—No te preocupes tanto —le dijo Dios un buen día—. Los humanos sois muy listos y aprendéis rápido. Otro siglo más, aproximadamente, y podréis aplicar a vuestra sociedad los rudimentos básicos de nuestros conocimientos. Entonces vuestra vida será más fácil.

—Maldición. Un siglo entero y tú dices «solo». Pero ¿tú te estás escuchando? —Yulian, que estaba fregando los platos, habló sin dignarse siquiera mirar a Dios.

—Es un suspiro.

—¡Para ti! ¿Te crees que todos vivimos tanto como tú? ¡Dentro de cien años no quedarán de mí ni los huesos! Aunque te quería preguntar una cosa: ¿hasta cuándo crees que vivirás tú?

—Bueno, ya he empezado a apagarme como una vela al viento. Con que me queden entre tres y cuatrocientos años más, puedo darme por satisfecho.

A Yulian se le cayó toda una montaña de cuencos al suelo.

—¡Así no funciona la «manutención»! ¿Esperas que me pase la vida entera a tu

servicio? ¿Y no solo yo, sino también mis hijos, mis nietos y las próximas diez generaciones enteras!? ¿Por qué no te mueres ya de una vez?

El padre de Qiusheng, por su parte, sostenía que Dios era un farsante; opinión bastante extendida, de hecho. Puesto que los científicos no entendían los documentos científicos de los dioses, resultaba imposible verificar su autenticidad. Cabía la posibilidad de que los dioses estuvieran gastándoles una broma pesada a la humanidad. Por lo que al padre de Qiusheng respectaba, había pruebas de sobra con las que respaldar esta teoría.

—Charlatán arrugado, eres demasiado obvio —le dijo a Dios un buen día—. Me da pereza incluso desenmascararte. No merece la pena perder el tiempo con tus triquiñuelas. Diablos, hasta mi nieto tendría cosas mejores que hacer.

Dios le preguntó qué había descubierto.

—Empezaré por lo más básico: nuestros científicos saben que el hombre desciende del mono, ¿verdad?

Dios asintió con la cabeza.

—De los antiguos primates, para ser exactos.

—Entonces, ¿cómo podéis decir que nos habéis creado vosotros? Si tanto interés teníais por crear seres humanos, ¿por qué no nos disteis nuestra forma actual desde el principio? ¿Por qué os molestasteis en crear esos antiguos primates, primero, y después hacernos pasar por todo el incordio de la evolución? Es absurdo.

—Todo ser humano comienza siendo un bebé y crece hasta convertirse en adulto. También las civilizaciones deben evolucionar a partir de un estado primitivo. La tortuosa senda de la experiencia es inevitable. Los humanos, en realidad, comenzaron con la introducción de una especie mucho más primitiva. Incluso los simios habían evolucionado ya.

—No me trago esas invenciones. Vale, he aquí algo todavía más obvio. Fue mi nieto el primero que se fijó. Nuestros científicos aseguran que ya había vida en la Tierra hace incluso tres mil millones de años. ¿Lo confirmas?

—Es una estimación aproximadamente correcta, en efecto —asintió Dios.

—Entonces, ¿qué tienes, tres mil millones de años?

—Según vuestro marco de referencia, sí. Según el marco de referencia de nuestras naves, sin embargo, solo tengo treinta y cinco mil años. Las naves volaban a una velocidad próxima a la de la luz y el tiempo transcurría mucho más despacio para nosotros que para vosotros. De vez en cuando, por supuesto, unas cuantas naves se desviaban de su trayectoria y deceleraban para visitar la Tierra y efectuar los ajustes necesarios para que la evolución de la vida en vuestro planeta fuera posible. Pero esto no consumía demasiado tiempo. Después esas naves volvían a acelerar hasta alcanzar casi la velocidad de la luz y continuaban saltándose el paso del tiempo tal y como estabais experimentándolo aquí.

—Menuda chorrada —replicó el padre de Qiusheng, desdeñoso.

—Papá —intervino su hijo—, esa es la Teoría de la Relatividad. Nuestros científicos ya la han demostrado.

—¡Relatividad, mis narices! No me vengas tú también con sandeces. ¡Eso es imposible! ¿O es que ahora el tiempo es como el aceite de sésamo, que no se escurre nunca a la misma velocidad? No estoy tan mayor como para haber perdido ya la chaveta. Tú, en cambio... ¡leer tantos libros te ha dejado atontado!

—Puedo demostraros que el tiempo, en efecto, discurre a velocidades distintas —murmuró Dios, con una expresión enigmática. Sacó la fotografía de su amada, de hacía dos mil años, y se la dio a Qiusheng—. Fíjate en ella con atención y memoriza todos los detalles.

En cuanto su vista se hubo posado en aquel retrato, Qiusheng supo que no le costaría nada recordar hasta el último de los matices del mismo. Le resultaría imposible olvidar a aquella mujer, que, al igual que los demás dioses, exhibía en la foto una mezcla de rasgos de todas las etnias del mundo. Su piel era de marfil cálido, y sus ojos estaban tan llenos de vitalidad que parecían cantar. Le cautivó el alma de inmediato. Era una mujer entre los dioses, la diosa de todas las mujeres. Su belleza divina era como un segundo sol. La humanidad no había contemplado jamás nada igual, ni estaba preparada para soportarlo siquiera.

—¡Mírate! ¡Pero si estás babeando! —Yulian le quitó la fotografía de entre las manos a un petrificado Qiusheng. Antes de que pudiera echarle un vistazo, sin embargo, su suegro se la arrebató a ella.

—Veamos —dijo el padre de Qiusheng mientras se acercaba todo lo posible el retrato a la cara. Permaneció inmóvil durante largo rato, como si la fotografía fuese un ancla para sus ancianos ojos.

—¿Qué miras con tanto detenimiento? —inquirió Yulian, desdeñosa.

—Cierro el pico. No llevo puestas las gafas —refunfuñó el padre de Qiusheng, con la nariz prácticamente pegada a la foto.

Yulian dedicó unos cuantos segundos más a observar con desprecio a su suegro, frunció los labios y se fue a la cocina.

Dios recuperó el retrato de manos del padre de Qiusheng, cuyos dedos se demoraron durante otro instante en la fotografía, resistiéndose a soltarla.

—Recordad bien todos los detalles —dijo Dios—. Mañana, a la misma hora, os dejaré mirarla otra vez.

Al día siguiente, padre e hijo apenas si cruzaron ni media palabra. Los dos estaban pensando en la joven, por lo que no tenían nada que decirse. Yulian estaba de peor humor que de costumbre.

Por fin llegó la hora convenida. Dios se había olvidado de la cita, al parecer. Cuando el padre de Qiusheng le recordó lo que habían pactado, sacó la foto en la que los dos hombres llevaban todo el día pensando y se la entregó primero a Qiusheng.

—Fíjate bien. ¿Notas que se haya operado algún cambio en ella?

—Pues no, la verdad —respondió Qiusheng mientras estudiaba la imagen con suma atención. Transcurrido un buen rato, sin embargo, por fin creyó haber detectado algo—. ¡Ajá! La separación entre sus labios parece ligeramente más estrecha. No mucho, solo un poquito. Esta comisura de aquí...

—¿¡No te da vergüenza andar fijándote tanto en otras mujeres!? —Yulian apareció de la nada para arrebatarse la foto, y de nuevo su suegro hizo lo propio con ella.

—Veamos... —El padre de Qiusheng se puso las gafas y examinó la imagen con detenimiento—. Sí, esa separación ahora es más estrecha, sin duda. Aunque hay otro cambio, mucho más evidente, que se te ha pasado por alto. Mira este mechón de cabello. Está más a la derecha que ayer.

Dios le quitó el retrato al padre de Qiusheng.

—Es que esto no es ninguna fotografía, sino un receptor de televisión.

—¿Un... una tele?

—Ni más ni menos. En estos momentos está recibiendo la señal en directo de esa nave espacial que se dirige a explorar los confines del universo.

—¿En directo? ¿Como los partidos de fútbol?

—Sí.

—Entonces, la mujer de la foto... ¡está viva! —Qiusheng se había quedado boquiabierto de la impresión. Incluso Yulian tenía ahora los ojos como platos.

—En efecto, está viva. A diferencia de lo que ocurre con las transmisiones en la Tierra, sin embargo, esta está sujeta a un retardo. La nave exploradora se encuentra ahora a unos ochenta millones de años luz de distancia, por lo que el retardo es de ochenta millones de años. Lo que vemos ahora es cómo era ella hace ochenta millones de años.

—¿Este chisme tan diminuto puede recibir señales desde tan lejos?

—Este tipo de comunicación a larga distancia a través del espacio requiere el uso de neutrinos u ondas gravitacionales. Nuestras naves espaciales pueden recibir la señal, ampliarla y redirigirla a este televisor.

—¡Un tesoro! ¡Un verdadero tesoro! —exclamó el padre de Qiusheng, sinceramente impresionado. No quedaba del todo claro, sin embargo, si se refería al televisor en miniatura o a la muchacha que salía en él. Fuera como fuese, tras escuchar que todavía estaba «viva», tanto Qiusheng como su padre sintieron que el afecto que sentían por ella se intensificaba. Qiusheng quiso coger el televisor otra vez, pero Dios se negó.

—¿Por qué se mueve tan despacio en la imagen?

—Ese es el resultado de que el tiempo transcurra a distintas velocidades. Según nuestro marco de referencia, el tiempo pasa extremadamente despacio en una nave espacial que vuela casi a la velocidad de la luz.

—Entonces... ¿todavía puede hablar contigo? —preguntó Yulian.

Dios asintió con la cabeza y oprimió un interruptor que había en el dorso del

televisor, del que empezó a brotar sonido de inmediato. Era una voz femenina, aunque sin inflexión, como la de una artista que estuviese sosteniendo la última nota de su canción. Dios contempló la pantalla fijamente, arrobado, con los ojos rebosantes de amor.

—Está hablando ahora mismo. Ha terminado de decir dos palabras: «Te amaré siempre». Pronunciar cada una de esas palabras le llevó más de un año. Han pasado ya tres y medio, y está terminando de decir «siempre». Pasarán otros tres meses antes de que haya completado la frase. —Dios apartó la mirada del televisor y la elevó al firmamento que se arqueaba sobre el patio—. Todavía tiene que decirme muchas más cosas. Me pasaré el resto de mi vida escuchándola.

Bingbing consiguió mantener una relación bastante buena con Dios durante algún tiempo. Todos los dioses tenían una vena infantil y disfrutaban hablando y jugando con los niños. Un día, sin embargo, Bingbing se empeñó en que Dios le diera su enorme reloj de pulsera, y Dios se negó en redondo. Le explicó que el reloj era una herramienta para comunicarse con la Civilización Divina. Sin él, sería incapaz de conservar el contacto con sus congéneres.

—Hmm, vaya, vaya. Sigues poniendo a tu propia civilización, a tu propia especie, por delante de cualquier otra cosa. ¡Nunca nos has considerado tu verdadera familia! —le recriminó Yulian, enfadada.

Después de aquello, Bingbing dejó de ser agradable con Dios. En vez de eso, el pequeño comenzó a hacerle trastadas.

El único miembro de la familia que todavía respetaba y albergaba algún sentimiento de caridad filial hacia Dios era Qiusheng. Graduado en el instituto y aficionado a la lectura, era el vecino más culto de la aldea, a excepción hecha de unos pocos privilegiados que, tras superar el examen de admisión, se habían matriculado en la universidad. En su hogar, sin embargo, Qiusheng carecía de autoridad. En prácticamente todos los asuntos se guiaba por las indicaciones de su esposa y acataba las órdenes de su padre. Si, por el motivo que fuese, las instrucciones de Yulian y su padre resultaban ser contradictorias, a él no le quedaba más remedio que sentarse en un rincón y echarse a llorar. Con lo blando que era, no tenía la menor posibilidad de proteger a Dios bajo su propio techo.

La relación entre los dioses y los humanos había terminado deteriorándose sin remisión.

La ruptura definitiva entre Dios y la familia de Qiusheng se produjo tras el incidente de los fideos instantáneos. Un buen día, antes de la hora del almuerzo, Yulian salió de la cocina con una caja de cartón y preguntó cómo era posible que medio paquete de fideos que había comprado el día anterior ya se hubiese esfumado.

—Los cogí yo —confesó Dios, compungido—. Se los di a esos que viven a orillas del río. Ya casi no les queda nada para comer.

Se refería al lugar donde se reunían aquellos dioses que habían abandonado a sus familias. De un tiempo a esa parte, en la aldea estaban produciéndose cada vez más casos de abusos contra los dioses. Una pareja especialmente cruel había estado golpeando y maldiciendo a su dios, negándose incluso a alimentarlo. Al final, el dios había intentado suicidarse en el río que discurría frente a la aldea, aunque, por suerte, alguien lo había visto y logró rescatarlo.

Este incidente había recibido mucha publicidad. Tras traspasar incluso los límites del condado, la policía de la ciudad se había visto obligada a tomar cartas en el asunto; tras personarse en el lugar de los hechos con un puñado de periodistas de la Televisión Central de China y la cadena de televisión provincial, se habían llevado esposada a la pareja. Según la Ley de Manutención Divina, se les declaró culpables de haber maltratado a su dios y fueron condenados a pasar al menos diez años entre rejas. Esta era la única ley universal que compartían todas las naciones del mundo, con penas de cárcel uniformes y consensuadas.

Después de aquello, las familias de la aldea se volvieron más cautas y dejaron de portarse demasiado mal con sus dioses en presencia de los demás. Pero, al mismo tiempo, el incidente empeoró la relación entre los dioses y los vecinos de Xicen. A la larga, algunos de los dioses abandonaron a sus familias de acogida, y pronto otros imitaron su ejemplo. Ahora, casi una tercera parte de los dioses de Xicen se habían despedido ya de las familias que les habían sido asignadas. Estos dioses errantes habían establecido un asentamiento al otro lado del río y llevaban una vida primitiva y plagada de dificultades.

La situación era la misma en otras partes del país y a lo largo y ancho del mundo. Una vez más, las calles de las grandes ciudades se llenaron de miríadas de dioses, errantes y sin hogar. Su número aumentaba a marchas forzadas, como si la pesadilla de hacía tres años estuviera repitiéndose. La Tierra, desbordada de dioses y humanos, se enfrentaba a una crisis de proporciones gigantescas.

—¡Ja! ¡Qué generoso eres, viejo estúpido! —empezó a increparle Yulian, a voz en cuello—. ¿Cómo te atreves a compartir nuestra mesa mientras vas por ahí regalando nuestra comida?

El padre de Qiusheng pegó un manotazo en la mesa y se levantó.

—¡Idiota! ¡Largo de aquí! ¿Echas de menos a esos dioses del río? ¿Por qué no coges y te marchas con ellos?

Dios se quedó sentado en silencio un momento, pensativo. Después se puso de pie, fue a su diminuta habitación y empaquetó sus escasas pertenencias. Apoyándose en su bastón de bambú, traspuso la puerta arrastrando los pies y encaminó sus pasos en dirección a la orilla del río.

En vez de almorzar con el resto de la familia, Qiusheng se retiró a una esquina sin decir nada, se puso en cuclillas y agachó la cabeza.

—¡Eh, majadero! Ven aquí y siéntate a comer, que tenemos que ir a la ciudad esta tarde para comprar forraje —lo llamó Yulian. Al ver que no le hacía caso, se acercó a él y le tiró de la oreja.

—Suéltame. —Qiusheng no había levantado la voz, pero su esposa se apartó de él como si acabase de recibir una descarga. No había visto nunca a su marido con una expresión tan sombría en la cara.

—Déjalo —refunfuñó el padre de Qiusheng, desdeñoso—. Si no le apetece comer es que es tonto.

—Ja. ¿Echas de menos a tu dios? ¿Por qué no vas a reunirte con él y sus amiguitos en esa esplanada junto al río? —Yulian le dio unos golpecitos con el dedo en la cabeza a Qiusheng, que se incorporó y se retiró a su cuarto, en el piso de arriba.

Al igual que Dios, también él preparó unos pocos enseres y los guardó en el petate que solía usar cuando trabajaba en la ciudad. Se dirigió a la calle con la mochila colgada a la espalda.

—Pero ¿¡adónde te crees que vas!?! —chilló Yulian, pero Qiusheng hizo oídos sordos. Su esposa lo increpó de nuevo, aunque ahora había una nota de temor en su voz—. ¿Cuánto tiempo pasarás fuera?

—No pienso volver —dijo Qiusheng, sin mirar atrás.

—¿Cómo? ¡Regresa aquí ahora mismo! ¿Se te ha llenado la cabeza de estiércol o a ti qué te pasa? —El padre de Qiusheng salió de casa detrás de él—. ¿Se puede saber a qué viene esto? Vale que no quieras ni a tu mujer ni a tu hijo, pero ¿cómo te atreves a abandonar a tu padre?

Qiusheng se detuvo, pero no miró atrás.

—¿Por qué debería preocuparme por ti?

—¿Cómo puedes hablarme de esa manera? ¡Soy tu padre! ¡Yo te he criado! Tu madre murió demasiado pronto. ¿Te crees que fue fácil educaros a ti y a tu hermana? ¿Te has vuelto loco?

Qiusheng se giró al fin y le sostuvo la mirada a su padre.

—Si tú eres capaz de expulsar de tu lado a alguien que creó a los ancestros de los ancestros de nuestros ancestros, no veo dónde está el pecado en renunciar a cuidarte ahora que eres anciano.

Dicho lo cual reanudó su camino, dejando a su padre y a Yulian plantados en el

sitio, sin saber qué decir.

Qiusheng cruzó el viejo puente de piedra arqueado y se dirigió a las tiendas de los dioses. Vio que un puñado de ellos habían preparado una olla para cocinar en el calvero tapizado de hojas doradas. Sus barbas plateadas y el blanco vapor que emanaba de la olla reflejaban la luz del sol de mediodía como en una escena sacada de algún mito antiguo.

Buscó a su dios y, cuando lo hubo encontrado, dijo con decisión:

—Abuelo Dios, vamos.

—No pienso volver a esa casa.

—Ni yo. Nos iremos juntos a la ciudad y pasaremos una temporada con mi hermana. Después buscaré trabajo y alquilaremos algún sitio juntos. Cuidaré de ti hasta el fin de mis días.

—Eres un buen chico —dijo Dios, dándole unas suaves palmaditas en el hombro—, pero ha llegado el momento de irnos de aquí.

Señaló el reloj que llevaba en la muñeca. Qiusheng se fijó en que todos los relojes de todos los dioses brillaban ahora con una luz roja.

—¿Iros? ¿Adónde?

—De vuelta a las naves —respondió Dios, apuntando hacia el cielo.

Qiusheng levantó la cabeza y vio que ya había dos naves espaciales flotando en el firmamento, claramente recortadas contra el fondo azul. El inmenso contorno de una de ellas, la más próxima, se cernía sobre sus cabezas. La otra estaba detrás, mucho más lejos, y parecía más pequeña. Pero lo más sorprendente era que de la primera se extendía un hilo, tan fino como el de la tela de una araña, desde el espacio hasta la Tierra. Al mecerse con suavidad, lánguidamente, los cegadores rayos de sol destellaban en sus distintas secciones como relámpagos en el cielo radiante.

—Un ascensor espacial —le explicó Dios—. Ya se han instalado más de un centenar en todos los continentes. Ellos nos conducirán de regreso a las naves.

Más adelante Qiusheng averiguaría que, cuando se extendía uno de aquellos ascensores desde una órbita geoestacionaria, se necesitaba una gran masa al otro lado, en el espacio profundo, para que ejerciera de contrapeso. Esa era la función que cumplía la otra nave que había visto.

Cuando los ojos de Qiusheng se hubieron acostumbrado al resplandor del firmamento vio que había muchas más estrellas plateadas a lo lejos, desplegadas de forma regular entre sí, formando una matriz gigantesca. Qiusheng comprendió que las veinte mil naves espaciales de la Civilización Divina estaban regresando a la Tierra, procedentes del cinturón de asteroides.

Veinte mil naves espaciales ocupaban una vez más el firmamento sobre la Tierra. En el transcurso de los dos meses siguientes descendieron y ascendieron innumerables cápsulas por los distintos elevadores, encargadas de evacuar a los dos mil millones de dioses que tan brevemente habían vivido en nuestro planeta. Las cápsulas espaciales tenían forma de esferas plateadas. Vista desde lejos parecían gotas de rocío suspendidas en hilos de araña.

El día que los dioses de Xicen se marcharon, los vecinos salieron a despedirse de ellos, afectuosos. En el recuerdo de todos estaba aquel primer día, hacía ya un año, en el que aquellos visitantes del espacio habían llegado a la aldea. Era como si todos los malos tratos y los desaires que habían sufrido los dioses no tuvieran nada que ver con ellos.

Había dos grandes autobuses aparcados en la entrada de la aldea, los mismos que habían transportado a los dioses allí un año antes. Más de un centenar de dioses serían conducidos ahora hasta el ascensor espacial más cercano y partirían a bordo de sus cápsulas. El hilo plateado que podía verse a lo lejos se encontraba en realidad a cientos de kilómetros de distancia.

La familia de Qiusheng al completo salió a despedir a su dios. Nadie dijo ni una palabra en todo el camino. Cuando llegaban ya al límite de la aldea, Dios se detuvo, se apoyó en el bastón e hizo una reverencia ante la familia.

—Deteneos aquí, por favor. Gracias por haber cuidado de mí este año. Os lo agradezco de veras. Da igual en qué parte del universo me encuentre, siempre me acordaré de vuestra familia. —Se quitó el enorme reloj que le ceñía la muñeca y se lo ofreció a Bingbing—. Un regalo.

—Pero ¿cómo te comunicarás con los demás dioses en el futuro? —preguntó Bingbing.

—Todos estaremos a bordo de las naves espaciales —respondió Dios, riéndose—. Esto ya no va a hacerme falta.

—Abuelo Dios —dijo el padre de Qiusheng, con expresión apesadumbrada—, todas vuestras naves son muy antiguas. No aguantarán mucho más. ¿Adónde iréis entonces?

Dios se acarició la barba y replicó, imperturbable:

—Da igual. El espacio es ilimitado. Morir en un sitio o en otro no tiene importancia.

Yulian se echó a llorar de repente.

—Abuelo Dios, yo... no soy una buena persona. No debería haberte convertido en el blanco de todas mis quejas, acumuladas a lo largo de toda una vida. Es tal y como dijera Qiusheng, me he comportado como si no tuviera conciencia. —Dejó una cesta de bambú en las manos de Dios—. He cocido unos huevos esta mañana.

Llévatelos para el viaje, por favor.

Dios aceptó la cesta.

—Gracias. —Sacó un huevo, lo peló y se lo empezó a comer, paladeándolo. Todavía con la boca llena, añadió—: Lo cierto es que no vinimos a la Tierra únicamente porque quisiéramos sobrevivir. Después de dos, tres mil años de existencia, ¿qué temor podría infundirnos la muerte? Tan solo queríamos estar con vosotros. Apreciamos y valoramos vuestra pasión por la vida, vuestra creatividad, vuestra imaginación. Cosas que la Civilización Divina perdió hace tiempo. Veíamos en vosotros la infancia de nuestra cultura, pero no supimos ver los problemas que íbamos a ocasionaros. Lo sentimos de veras.

—Abuelo, por favor, quédate —le imploró Bingbing, sollozando—. Me portaré mejor de ahora en adelante.

Pero Dios negó con la cabeza, despacio.

—No nos marchamos por el trato que nos habéis dispensado. El hecho de que nos acogierais y nos permitierais quedarnos fue suficiente. Hay algo, sin embargo, que nos impide prolongar nuestra estancia: a vuestros ojos, los dioses somos patéticos. Os compadecéis de nosotros. Os damos pena.

Dios tiró al suelo los restos del cascarón e irguió la cabeza, dejando que sus largos cabellos plateados ondeasen como una bandera. Tenía la mirada clavada en el cielo, como si a través de su velo azul pudiera ver el reluciente mar de estrellas que lo aguardaba.

—¿Cómo podría soportar la Civilización Divina que el hombre se compadezca de ella? No os imagináis lo esplendorosa que ha sido nuestra cultura. No sospecháis siquiera las gestas tan majestuosas que hemos llevado a cabo, los logros inconmensurables que hemos cosechado.

»Corría el año 1857 de la Era de la Vía Láctea cuando los astrónomos descubrieron un gran número de estrellas que estaban acelerando en dirección a su centro. En cuanto el agujero negro emplazado allí devorara ese aluvión estelar, la radiación resultante exterminaría toda la vida de la galaxia.

»En respuesta, nuestros antepasados diseñaron una nebulosa a modo de escudo alrededor del corazón de la galaxia, con un diámetro de diez mil años luz, para que la vida y la civilización perduraran. ¡Qué obra de ingeniería tan maravillosa! Tardamos más de mil cuatrocientos años en culminarlo...

»Inmediatamente después, la galaxia de Andrómeda y la Gran Nube de Magallanes se unieron para invadir nuestra galaxia. La flota interestelar de la Civilización Divina surcó cientos de miles de años luz para interceptar a los invasores en el punto de equilibrio gravitacional entre Andrómeda y la Vía Láctea. Cuando la batalla alcanzó su apogeo, un gran número de naves de ambos bandos se fusionaron y formaron una nebulosa en espiral del tamaño de todo el Sistema Solar.

»Durante los últimos compases del enfrentamiento, la Civilización Divina tomó la intrépida decisión de enviar a todas las naves de guerra que le quedaban e incluso a

su flota civil hacia aquella nebulosa en espiral. El súbito incremento de masa provocó que la gravedad excediera la fuerza centrífuga, y esta nebulosa, compuesta de naves y tripulantes, se colapsó y dio lugar a una estrella. Puesto que la proporción de elementos pesados en la misma era tan elevada, inmediatamente después de nacer la estrella se convirtió en supernova e iluminó los rincones más oscuros que mediaban entre Andrómeda y la Vía Láctea. Así, nuestros ancestros destruyeron a los invasores con su valor y su sacrificio, y allanaron el terreno para que la Vía Láctea fuese un lugar en el que la vida pudiera desarrollarse de forma pacífica.

»Nuestra civilización es muy antigua, sí. Pero nosotros no tenemos la culpa. Da igual cuánto se esfuerce uno, todas las culturas deben envejecer algún día. Todos nos hacemos mayores, incluso vosotros.

»No necesitamos vuestra compasión, os lo aseguro.

—Comparada con vosotros —musitó Qiusheng, impresionado—, la especie humana realmente no es nada.

—No digas eso —le regañó Dios—. La civilización de la Tierra todavía está en pañales, pero esperamos que crezcáis muy deprisa. Esperamos que heredéis y prolonguéis la gloria de vuestros creadores. —Dios dejó caer su bastón y apoyó las manos en los hombros de Bingbing y Qiusheng—. Tengo unas últimas palabras para vosotros.

—Quizá no entendamos todo lo que nos cuentas —dijo Qiusheng—, pero habla, por favor. Te escuchamos.

—Para empezar, tenéis que salir de esta roca. —Dios extendió los brazos hacia el espacio. Su túnica blanca ondeaba como una vela, henchida por el viento otoñal.

—¿Adónde podríamos ir? —preguntó el padre de Qiusheng, desconcertado.

—Empezad volando a otros planetas del sistema solar y después a otras estrellas. No me preguntéis por qué, pero volcad todas vuestras energías en el objetivo de alejaros de aquí, cuanto más, mejor. En el proceso os gastaréis mucho dinero y se perderán muchas vidas, pero debéis iros de aquí. Para cualquier civilización, quedarse en el mundo que la vio nacer equivale a cometer un suicidio. Tenéis que surcar el universo y descubrir nuevos mundos, nuevos hogares, y esparcir a vuestros descendientes a lo largo y ancho de la galaxia, como caen las gotas de lluvia en primavera.

—Lo recordaremos —le aseguró Qiusheng, asintiendo con la cabeza, aunque en realidad ni él, ni su esposa, ni su padre, ni su hijo comprendían las palabras de Dios.

—Bien —suspiró este, satisfecho—. Y ahora os voy a contar un secreto, un gran secreto. —Sus intensos ojos azules se clavaron en todos los miembros de la familia, tan helados como la brisa en invierno, provocándoles un escalofrío en el pecho—. Tenéis hermanos.

Los integrantes de la familia de Qiusheng se quedaron observando a Dios en silencio, perplejos. Al cabo, sin embargo, Qiusheng comprendió lo que Dios les había querido decir.

—¿Insinúas que habéis creado más Tierras?

Dios asintió lentamente con la cabeza.

—Sí, más Tierras, más civilizaciones humanas. Hay otras tres, aparte de la vuestra. Todas muy cerca de vosotros, a menos de doscientos años luz. Esta Tierra es la Número Cuatro, la más joven.

—¿Has estado en esas otras Tierras? —preguntó Bingbing.

Dios volvió a asentir.

—Antes de acudir a vosotros, visitamos primero las otras tres Tierras y les pedimos que nos acogieran. La Tierra Número Uno nos pareció la más prometedora de todas. Tras conseguir nuestros avances científicos, sin embargo, nos expulsaron.

»La Tierra Número Dos, por su parte, tomó a un millón de los nuestros como rehenes y nos obligó a pagar su rescate con naves espaciales. Les dimos mil unidades y se dieron cuenta de que no sabían pilotarlas. Intentaron obligar a los rehenes a que les enseñaran, pero tampoco ellos tenían ni idea, puesto que nuestras naves son autónomas. Así que los asesinaron a todos.

»La Tierra Número Tres tomó a tres millones de los nuestros como rehenes y nos exigió estrellar varias naves espaciales contra la Tierra Número Uno y la Tierra Número Dos, con las que estaban en guerra desde tiempos inmemoriales. Nos negamos, puesto que un solo impacto de cualquiera de nuestras naves propulsadas con antimateria bastaría para aniquilar toda la vida de cualquier planeta, así que también ellos mataron a todos los rehenes.

—¡Hijos insolentes! —exclamó el padre de Qiusheng, indignado—. ¡Deberíais castigarlos!

Dios sacudió la cabeza.

—No lanzaremos nunca ningún ataque sobre una civilización que nosotros mismos hayamos creado. Sois los mejores de los cuatro hermanos, por eso os cuento todo esto. Vuestros tres hermanos tienen una vena invasora. Ignoran lo que es el amor o la ética. Su crueldad y su sed de sangre son inimaginables.

»Tanto es así que... fijaos, al principio creamos seis Tierras. Las otras dos compartían el mismo sistema solar que la Tierra Número Uno y la Tierra Número Tres, respectivamente. Ambas sucumbieron, devastadas por sus hermanos. Si las otras tres Tierras todavía no se han exterminado mutuamente es tan solo debido a las inmensas distancias que separan sus sistemas solares. A estas alturas, las tres están al corriente de la existencia de la Tierra Número Cuatro y poseen vuestras coordenadas exactas. Por consiguiente, tendréis que destruirlas antes de que ellas os destruyan a vosotros.

—¡Esto es sobrecogedor! —balbuceó Yulian.

—Todavía no, pero lo será. Vuestros tres hermanos están más avanzados que vosotros, es cierto, pero aún no pueden viajar a más de una décima parte de la velocidad de la luz, ni alejarse más de treinta años luz de su hogar. Esta es una carrera a vida o muerte por ver cuál de vosotros consigue surcar antes el espacio casi a la

velocidad de la luz. Es la única forma de escapar de la prisión del espacio-tiempo. El primero en desarrollar esa tecnología sobrevivirá. A los demás les aguarda una muerte segura. Lucháis por sobrevivir en el universo. Hijos míos, no disponéis de mucho más tiempo. ¡Esforzaos!

—¿Saben esto las personas más inteligentes y poderosas de nuestro planeta? —preguntó el padre de Qiusheng, tembloroso.

—Sí. Pero no lo dejéis todo en sus manos. La supervivencia de una civilización depende del esfuerzo individual de cada uno de sus integrantes. Incluso la gente corriente, como vosotros, tiene una función que cumplir.

—¿Has oído eso, Bingbing? —le dijo Qiusheng a su hijo—. Deberás aplicarte más en la escuela.

—Cuando surquéis el universo casi a la velocidad de la luz para enfrentaros a la amenaza que representan vuestros hermanos, acordaos de llevar a cabo otra tarea de vital importancia: buscad unos cuantos planetas adecuados para la vida y sembrad en ellos algún tipo de forma de vida simple y primitiva de aquí, como algas y bacterias. A continuación, dejad que evolucionen por su cuenta.

Qiusheng tenía más preguntas, pero Dios recogió su bastón y emprendió la marcha. La familia lo acompañó hasta el autobús. Los demás dioses habían montado ya.

—Ah, Qiusheng. —Dios se detuvo. Acababa de acordarse de algo—. Me llevo unos cuantos de tus libros conmigo. Espero que no te importe. —Abrió su hatillo para enseñárselos—. Son los libros de texto que utilizabas en el instituto: matemáticas, física, química...

—En absoluto. Quédatelos. Pero ¿para qué los quieres?

Dios anudó de nuevo la bolsa de tela.

—Para estudiar. Empezaré por las raíces cuadradas. Con algo tendré que entretenerme durante los largos años que se avecinan. Además, ¿quién sabe?, quizá algún día intente reparar los motores de antimateria de nuestras naves y consiga que nuestra velocidad de crucero vuelva a ser casi como la de la luz.

—Eso —replicó Qiusheng, animado—. Así podréis surcar el tiempo otra vez. Podréis encontrar otro planeta, crear otra civilización que cuide de vosotros en vuestra ancianidad.

Dios sacudió la cabeza.

—No, no, no. Ya no tenemos ningún interés en que nadie nos mantenga. Si ha llegado la hora de morir, moriremos. Me apetece estudiar porque tengo un último deseo. —Sacó el pequeño televisor de uno de sus bolsillos. En la pantalla, su amada de hacía dos mil años continuaba pronunciando la última parte de aquella frase de tres palabras—. Quiero verla de nuevo.

—Como deseo está bien, pero solo es una fantasía —replicó el padre de Qiusheng—. Piénsalo. Se marchó hace dos mil años, a la velocidad de la luz. ¿Quién sabe dónde estará ahora? Aunque repares tu nave, ¿cómo vas a alcanzarla? Tú mismo has

dicho que nada puede viajar más deprisa que la luz.

Dios apuntó al cielo con el bastón.

—En este universo, mientras uno sepa reunir la paciencia necesaria, cualquier deseo se puede hacer realidad. Que la posibilidad sea minúscula no significa que sea inexistente. Una vez os conté que el universo había nacido de una gran explosión. La gravedad ha ralentizado su expansión de forma gradual. A la larga, dicha expansión cesará y devendrá en contracción. Si nuestra nave espacial realmente consigue volver a volar casi a la velocidad de la luz, aceleraremos de forma constante y nos acercaremos todavía más a ese límite. Así, surcaremos el tiempo sin fin hasta aproximarnos a los últimos instantes del universo.

»Para entonces este ya se habrá encogido, se habrá vuelto aún más pequeño que la pelota de juguete de Bingbing, hasta no ser más que un punto. A continuación, todo cuanto contenga el universo entero convergerá, y ella y yo nos reuniremos de nuevo.

Del ojo de Dios brotó una lágrima que rodó hasta engancharse en su barba, rutilante al sol de la mañana.

—Al final, el universo se convertirá en la tumba de *Los amantes mariposa*. Ella y yo seremos las dos mariposas que emergen de la tumba...

8

La última nave espacial partió de la Tierra una semana después. Dios se había ido.

La aldea de Xicen reanudó su vida apacible.

Esa noche la familia de Qiusheng estaba sentada en el patio, contemplando el firmamento cuajado de estrellas. Era mediados de otoño, y los insectos habían dejado de alborotar en los campos. Una delicada brisa agitaba las hojas secas que se extendían a sus pies. El aire transportaba un helor moderado.

—Vuelan tan alto —murmuró para sí Yulian—. El viento tiene que ser tan intenso, tan frío...

—Allí arriba no sopla el viento —dijo Qiusheng—. Están en el espacio, donde ni siquiera hay aire. Pero sí que hace frío. Tanto que, en los libros, lo denominan «cero absoluto». Y todo está oscuro, hasta donde alcanza la vista. Es un lugar que no podrías imaginarte ni en la peor de tus pesadillas.

Yulian empezó a llorar otra vez, pero intentó disimularlo preguntando:

—¿Os acordáis de las dos últimas cosas que nos contó Dios? La parte acerca de

nuestros tres hermanos la entiendo, pero también dijo algo de propagar bacterias por otros planetas y qué sé yo. Eso sigue sin entrarme en la cabeza.

—Tampoco tiene tanto misterio —replicó el padre de Qiusheng.

Bajo el brillante cielo estrellado, su mente, el repositorio de toda una vida de decisiones poco acertadas, por fin se había desembotado. Contempló las estrellas. Aunque siempre habían estado sobre su cabeza, hasta esa noche no se había fijado nunca realmente en su aspecto. Sin embargo, ahora corría por sus venas una sensación como no había experimentado jamás hasta ese momento, la impresión de haber sido tocado por una presencia superior. Aunque no llegara a fundirse con él, aquella emoción lo estremeció hasta la médula.

—La humanidad —suspiró, sin apartar la mirada de aquel mar de estrellas— debería ir empezando a pensar en quién va a cuidar de nosotros cuando seamos mayores.

ENSAYOS

El peor de todos los universos posibles y la mejor de todas las tierras posibles: *el problema de los tres cuerpos* y la ciencia-ficción china

LIU CIXIN

Hace unos cuantos años se publicó en China una novela con el extraño título de *Los tres cuerpos*.

Constaba de tres volúmenes, y el título de la obra completa es *En busca del pasado de la Tierra*. Después del primer libro (nota: el título oficial, tanto en inglés como en español, es *El problema de los tres cuerpos*), los dos siguientes son *El bosque oscuro* y *El fin de la muerte*. Sin embargo, los lectores chinos suelen referirse a la trilogía completa como *Los tres cuerpos*.

La ciencia-ficción no es un género que se respete demasiado en China. Desde hace tiempo se disuade a los críticos de prestar atención a esta categoría, considerada una rama de la literatura juvenil. El argumento de *Los tres cuerpos* (la invasión de la Tierra por alienígenas) no tiene nada de inaudito, aunque sea un tema que rara vez se trata.

Todos se sorprendieron, por tanto, cuando el libro despertó un interés generalizado en el país y dio pie a multitud de debates. Los ríos de tinta y píxeles que han corrido sobre *Los tres cuerpos* son algo sin precedentes para una novela de ciencia-ficción.

Dejad que os ponga unos cuantos ejemplos. Los principales consumidores de novelas de este género en China son estudiantes de instituto y universidad. Sin embargo, *Los tres cuerpos* ha conseguido llamar la atención de los empresarios informáticos; en los foros de internet y demás, debaten y analizan los distintos detalles del libro (como la teoría del bosque oscuro del cosmos, que es una respuesta a la paradoja de Fermi, y el ataque de reducción dimensional que lanzan los alienígenas contra el sistema solar) como metáforas de la feroz competitividad entre las compañías de internet chinas. Después fue el mundo literario *mainstream* el que sintió curiosidad por *Los tres cuerpos*, mundo que siempre había estado dominado por la ficción realista. Esta novela era como un monstruo que hubiera irrumpido de repente en la escena editorial para desconcierto de los críticos, quienes, por otro lado, sabían que no podían hacerle caso omiso.

La obra tuvo su efecto incluso en científicos e ingenieros. El cosmólogo y experto

en teoría de cuerdas Li Miao escribió un libro titulado *La física de «Los tres cuerpos»*. Muchos ingenieros aeroespaciales se convirtieron en admiradores, y la agencia aeroespacial china llegó a pedirme consejo (a pesar de que en mi novela la institución aeroespacial del país se describe como tan conservadora y rígida que un oficial extremista se ve obligado a recurrir al asesinato en masa para introducir nuevas ideas). Este tipo de reacciones quizá les resulten familiares a los lectores de otros países (por ejemplo, *La física de «Star Trek»* o las habituales colaboraciones entre científicos de la NASA y escritores de ciencia-ficción), pero en China son algo insólito y en marcado contraste con la política oficial de represión del género durante los años ochenta del siglo pasado.

En internet se pueden encontrar muchas canciones compuestas por aficionados para *Los tres cuerpos* y lectores que anhelan una adaptación al cine; incluso hay quienes se han molestado en crear tráileres falsos a partir de secuencias de otras películas. Sina Weibo (un servicio de microblogueo chino análogo a Twitter) tiene numerosas cuentas de usuario basadas en personajes del libro, y estos usuarios actúan como dichos personajes en todo momento y hacen comentarios sobre los acontecimientos actuales, ampliando así la historia contada en la novela. A partir de estas identidades virtuales, algunos especulan que la OTT, la organización ficticia de desertores humanos que forman la quinta columna de los invasores alienígenas, ya está funcionando. Cuando la CCTV, la cadena de televisión pública más grande del país, intentó grabar un programa de entrevistas sobre ciencia-ficción, los más de cien asistentes del público se pusieron a corear una cita del libro: «¡Abajo con la tiranía humana! ¡El mundo pertenece a Trisolaris!». Los dos presentadores se quedaron pasmados y no supieron cómo reaccionar.

Por supuesto, me refiero tan solo a los últimos acontecimientos en la historia del género en China, que abarca un siglo entero.

La ciencia-ficción china nació a principios del siglo xx, cuando la dinastía Qing se tambaleaba al borde del abismo. En aquella época, los intelectuales estaban fascinados con la ciencia y la tecnología occidentales, por las que sentían gran curiosidad, y creían que estos conocimientos eran la única esperanza para salvar a la nación de la pobreza, la debilidad y el atraso generalizado. Se publicaron muchas obras de divulgación y especulación científicas, incluidas novelas de ciencia-ficción. Uno de los líderes de la fallida Reforma de los Cien Días (del 11 de junio al 21 de septiembre de 1898), el prestigioso erudito Liang Qichao, escribió una historia de ciencia-ficción titulada *A Chronicle of the Future of New China* («Crónica del futuro de Nueva China»). En ella se imaginaba una Exposición Universal de Shanghái, una visión que no se haría realidad hasta el año 2010.

Como ocurría con casi todas las formas de expresión literaria, la ciencia-ficción china estaba sujeta a impulsos instrumentales y debía servir a un objetivo práctico.

Desde su origen se convirtió en una herramienta de propaganda para los chinos que soñaban con un país fuerte y libre de depredadores coloniales. Por tanto, a partir del final de la dinastía Qing y durante los primeros años republicanos, la ciencia-ficción casi siempre dibujaba un futuro en el que China era fuerte, próspera y avanzada, una nación que el mundo respetaba, en vez de subyugarla.

Tras la fundación de la República Popular, en 1949, el género se convirtió en una herramienta con la que divulgar el conocimiento científico, y su público objetivo eran los niños. La tecnología era lo esencial de estas historias, que tenían poco contenido humanístico, personajes simplistas y técnicas literarias básicas e incluso torpes. Pocas de estas novelas se aventuraban más allá de la órbita de Marte, y casi todas se limitaban al futuro cercano. En ellas, la ciencia y la tecnología siempre se presentaban como fuerzas positivas, y el futuro de la tecnología siempre era deslumbrante.

Si se analiza la ciencia-ficción publicada durante este periodo se llega a una observación interesante. En los primeros años de la Revolución Comunista, la política y el fervor revolucionario influían en todos los aspectos de la vida diaria, y el mismo aire que se respiraba parecía rebosar propaganda de los ideales comunistas. En este contexto, cabría esperar que la ciencia-ficción también estuviera llena de descripciones de utopías comunistas del futuro. Sin embargo, lo cierto es que no existe ni un solo trabajo de este tipo. Apenas aparecieron historias de ciencia-ficción de temática comunista, ni siquiera simples borradores para promocionar el concepto.

Al llegar los años ochenta, cuando entraron en vigor las reformas de Deng Xiaoping, la influencia de la ciencia-ficción occidental en la china se hizo más evidente. Los escritores y críticos empezaron a debatir si el género era más «ciencia» o más «ficción», y al final ganó el bando literario. El debate tuvo un impacto tremendo en la dirección que tomaría el género en el país, y en cierto sentido se puede entender como una respuesta tardía al movimiento de la Nueva Ola de Occidente. La ciencia-ficción por fin logró escapar de su destino como mera herramienta al servicio de la divulgación científica para tomar otros rumbos.

Desde mediados de los noventa hasta la actualidad, la ciencia-ficción china ha experimentado un renacimiento. Los nuevos escritores y sus innovadoras ideas tenían poco que ver con el siglo pasado, y el género, al ganar en diversidad, a la vez perdió las peculiaridades que lo hacían genuinamente «chino». La ciencia-ficción china contemporánea cada vez se parece más a la ciencia-ficción mundial, y los estilos y temas que exploran los escritores estadounidenses, por ejemplo, son fáciles de encontrar en la ciencia-ficción de mi país.

Cabe señalar que el optimismo científico que subyacía en las obras de género del siglo pasado ha desaparecido casi por completo. La ciencia-ficción contemporánea refleja suspicacia y ansiedad por el avance tecnológico, y los futuros representados en estas obras son oscuros e inciertos. Aunque de vez en cuando aparece un futuro alentador, para llegar hasta él se recorre un tortuoso sendero en el que no se

escatiman lágrimas.

Cuando se publicó *Los tres cuerpos*, el mercado de la ciencia-ficción en China estaba estresado y deprimido. El largo periodo de marginación del género había conducido a un público lector reducido y aislado: los aficionados se veían como una tribu en una isla, incomprendidos por los del continente. Los escritores se esforzaban por atraer a los lectores de fuera de la tribu, y para ello creían tener que renunciar al «fundamentalismo» de la ciencia-ficción campbelliana y elevar las cualidades literarias y el realismo del género.

En los dos primeros volúmenes de *Los tres cuerpos* se pueden encontrar detalles que apuntan en esa dirección. Buena parte del primero sucede durante la Revolución Cultural, y en el segundo volumen la China del futuro sigue teniendo unas instituciones sociopolíticas similares a las del presente. Se trata de un intento por aumentar el grado de realismo para los lectores, por dar a los elementos especulativos una base en el presente. Lo cierto es que, teniendo todo esto en cuenta, tanto mi editorial como yo teníamos poca fe en el tercer volumen antes de su publicación. Al seguir desarrollándose la historia, era imposible que el tercer libro remitiera a las realidades del presente, así que había que describir futuros lejanos y lugares recónditos del cosmos... y todo el mundo coincidía en que los lectores chinos no estaban interesados en esas cosas.

Mi editorial y yo llegamos a la conclusión de que, como era imposible que el tercer volumen triunfara en el mercado, quizá fuera mejor rendirse y dejar de intentar atraer a lectores que no fueran ya aficionados al género. Así que escribí una novela de ciencia-ficción «pura», lo que me resultó reconfortante puesto que me considero un fan acérrimo. El tercer volumen lo escribí para mí y lo llené de universos multi y bidimensionales, agujeros negros artificiales y miniuniversos, y amplié la escala cronológica hasta la muerte térmica del universo.

Y entonces llegó la sorpresa: fue este tercer libro, el que escribí tan solo para los aficionados al género, el que condujo a la fama a toda la serie.

Tras la experiencia con *Los tres cuerpos*, los autores y críticos de ciencia-ficción reevaluaron tanto la ciencia-ficción china como China en sí. Se percataron de que no habían prestado atención a los cambios en los patrones de pensamiento de los lectores. A medida que se aceleraba la modernización, la nueva generación de lectores ya no restringía su imaginación al estrecho presente, como habían hecho sus padres, sino que se interesaba más por el futuro y el espacio abierto del cosmos. La China del presente se parece un poco a los Estados Unidos durante la época dorada de la ciencia-ficción, cuando la ciencia y la tecnología ofrecían un futuro rebosante de maravillas, de grandes crisis y grandes oportunidades. Se trata de un terreno fértil para que el género crezca y prospere.

La ciencia-ficción es la literatura de las posibilidades. El universo en que vivimos también nos ofrece incontables posibilidades. Para la humanidad, algunos universos son mejores que otros, y *Los tres cuerpos* nos muestra el peor de los universos posibles, uno en el que la existencia es lo más oscura y difícil que se pueda imaginar.

No hace mucho, el escritor canadiense Robert Sawyer visitó China y, al hablar de *Los tres cuerpos*, atribuyó mi elección del peor universo posible a la experiencia histórica de mi país y mis compatriotas. Como canadiense, sostenía que él tenía una visión optimista sobre la futura relación entre los humanos y los extraterrestres.

No estoy de acuerdo con este análisis. En la ciencia-ficción china del siglo pasado, el universo era un lugar amable y casi todos los extraterrestres se representaban como amigos o mentores que, dotados de una paciencia y una contención divinas, nos señalaban el camino correcto como si fuéramos un rebaño de ovejas perdidas. En *Moonlight Island*, de Jin Tao, por ejemplo, los extraterrestres calman el trauma espiritual de los chinos que vivieron la Revolución Cultural. En *Distant Love*, de Tong Enzheng, se describe un romance entre humano y alienígena como algo conmovedor y magnífico. En *Reflections of Earth*, de Zheng Wenguang, la humanidad tiene una moral tan corrupta que los alienígenas, que son seres amables y refinados, huyen de puro terror, a pesar de contar con una tecnología muy superior.

Sin embargo, si tratáramos de evaluar el lugar de la civilización terrestre en este universo, la humanidad parece asemejarse más a los indígenas de los territorios canadienses antes de la llegada de los colonos europeos que a la Canadá del presente. Hace más de quinientos años, cientos de personas de distintos orígenes que hablaban idiomas pertenecientes a más de diez familias lingüísticas poblaron las tierras desde Terranova hasta la isla de Vancouver. La experiencia de su contacto con una civilización desconocida se parece más a lo que retrato en *Los tres cuerpos*. La descripción de esta historia en el ensayo *Canadian History: An Aboriginal Perspective* («Historia canadiense: Una perspectiva indígena») es inolvidable.

En *Los tres cuerpos* escribí sobre el peor de los universos posibles con la esperanza de esforzarnos por lograr la mejor de las Tierras posibles.

La generación dividida: la ciencia-ficción china en una cultura de transición

CHEN QIUFAN

En el mes de marzo asistí a la entrega de los premios literarios de *Huadi*, en Cantón, donde mi primera novela, *The Waste Tide*, recibió el premio a la mejor obra de género (ciencia-ficción). *Huadi* es la revista que se ofrece como suplemento del *Yangcheng Evening News*, que se publica en la capital de la provincia más desarrollada de China y es uno de los periódicos más importantes del mundo por su circulación (tiene una tirada de más de un millón de ejemplares). También se trata del segundo premio literario que obtiene mi novela (después del Nebula chino). Como antiguo usuario de Google, es como si hubiera pulsado el botón que rara vez se usa: «Voy a tener suerte».

Los premios de la revista *Huadi* han sido un esfuerzo conjunto del Gobierno y los medios locales, y como cabría esperar contaba con todo el boato oficial. Incluso la ceremonia en sí se celebró en un auditorio gubernamental. A los ganadores nos llevaron a una visita nocturna al río de las Perlas, y nuestros anfitriones nos señalaban, muy emocionados, la arquitectura posmoderna que recorría ambas orillas. No obstante, uno de los galardonados, Chen Danqing, un destacado líder de opinión liberal y artista, recordaba su visita de pequeño a Cantón en plena Revolución Cultural.

«Desde aquí hasta allí —nos dijo mientras abarcaba la noche con su brazo— colgaban cadáveres de todos los árboles». Miramos al lugar que señalaba y lo único que se veía eran rascacielos comerciales iluminados que en nada se diferenciaban de los que podrían encontrarse en Manhattan. «Los jóvenes siempre están a la vanguardia».

Como el galardonado más joven del grupo (era el único nacido después de 1980), interpreté el papel de alumno entusiasta que aprovecha la oportunidad de aprender de sus respetados mayores. «¿Tiene algún consejo para nosotros, los de la nueva generación?».

Chen Danqing le dio unas cuantas caladas reflexivas a su cigarrillo antes de responder: «Te daré diez palabras: “Mantente al margen y confía en que todo salga bien”».

Me quedé mirando el reflejo del derroche de luces de neón y medité sobre esas diez palabras. El corto viaje no tardó en concluir, y la superficie del río desapareció en la oscuridad. Creía que se trataba de un consejo muy sabio, aunque los valores que defendía, algo cínicos, se contradecían con el espíritu del «sueño chino» promovido

por el Gobierno.

Desde el punto de vista de Han Song, un escritor de ciencia-ficción chino nacido en los sesenta del siglo pasado, los chinos nacidos después de 1978 pertenecen a una «generación dividida». La perspectiva de Han Song resulta interesante. Aunque es miembro de una de las agencias estatales de noticias más poderosa del país, Xinhua, también es autor de novelas extraordinarias como *Subway* y *Bullet Train*. En estas novelas surrealistas se subvierte el orden natural en unos trenes en marcha a través de acontecimientos tales como la evolución acelerada, el incesto, el canibalismo y demás. Los críticos han sugerido que «el mundo del metro de sus novelas refleja la transformación explosiva de una sociedad y es una metáfora de la realidad del desarrollo hiperacelerado chino».

En un ensayo reciente que ha tenido mucha difusión, Han Song escribía: «La nueva generación está más dividida que la nuestra. La China de nuestra juventud estaba dominada por los promedios, pero en esta era en la que surge una nueva estirpe humana, China se desgarró a un ritmo acelerado. Tanto la élite como los humildes deben enfrentarse a ello. Todo, desde los sueños espirituales hasta la realidad de la vida, está dividido».

Como periodista de Xinhua, Han Song cuenta con una perspectiva más amplia que la mayoría. Señala que los jóvenes que se han agrupado en una generación por el accidente de sus fechas de nacimiento tienen unos valores y estilos de vida muy diversos, como fragmentos vistos a través de un caleidoscopio.

En mi generación se incluyen los trabajadores de Foxconn que, día tras día, repiten los mismos movimientos en la cadena de montaje, sin nada que los distinga de los robots; pero también los hijos e hijas de los ricos y los de los importantes funcionarios comunistas, principitos que consideran el lujo como un derecho de nacimiento y que han disfrutado de una vida con todas las ventajas posibles. Además se incluyen los empresarios dispuestos a dejar atrás los millones de un salario garantizado para perseguir un sueño, y los cientos de recientes graduados universitarios que compiten sin piedad por un solo puesto administrativo. Están los «lacayos de los extranjeros» que adoran el estilo de vida estadounidense hasta tal punto que su único objetivo en la vida es emigrar a Estados Unidos, y los del «partido de los cincuenta centavos», que son xenófobos, menosprecian la democracia y concentran todas sus esperanzas en una China emergente y poderosa.

Es absurdo meter a todas estas personas en el mismo saco.

Por ejemplo, miradme a mí. Nací en una ciudad diminuta del sur de China (población: millón y pico). El año de mi nacimiento eligieron mi ciudad como una de las cuatro «zonas económicas especiales», bajo el mando de Deng Xiaoping, y empezamos a beneficiarnos de todas las políticas especiales del Gobierno para la promoción del desarrollo. Por tanto, durante mi infancia disfruté de un confort material relativo y de un entorno con un enfoque educativo más moderno y una creciente apertura con respecto a la información. Pude ver *La guerra de las galaxias*

y *Star Trek*, y leí muchos clásicos de la ciencia-ficción. Me convertí en admirador de Arthur C. Clarke, H. G. Wells y Julio Verne. Inspirado por ellos, publiqué mi primera historia cuando tenía dieciséis años.

Sin embargo, a menos de setenta kilómetros de mi casa había otra ciudad pequeña (en términos administrativos se encontraba bajo la jurisdicción del mismo Gobierno local) en la que llevaban una vida completamente distinta. En esta ciudad de menos de doscientos mil habitantes, más de tres mil doscientos negocios, muchos de ellos poco más que talleres familiares, formaban un centro de reciclaje de residuos electrónicos. La basura tóxica de todo el mundo, en su mayor parte de países desarrollados, se enviaba allí (a menudo de forma ilegal), y trabajadores sin formación ni protección la procesaban manualmente para extraer metales reciclables. Desde finales de los ochenta, esta industria ha dado lugar a muchos millonarios, pero también ha convertido la ciudad en una de las zonas más contaminadas de toda la provincia de Cantón.

Esta experiencia sobre los contrastes y los desgarros sociales fue lo que me impulsó a escribir *The Waste Tide*. En la novela me imagino un futuro cercano en la tercera década de este siglo. En la Isla de Silicio, una isla del sur de China cuya economía se basa en el reciclaje de basura electrónica, la contaminación ha dejado el lugar casi inhabitable. A continuación se produce una feroz lucha en la que los poderosos clanes nativos, los trabajadores emigrados de otras zonas del país y las élites que representan al capitalismo internacional compiten por dominar la isla. Mimi, una joven obrera inmigrante y «chica de la basura», se convierte en poshumana tras muchas desgracias y lidera la rebelión de los trabajadores oprimidos.

Han Song describió mi novela de este modo: «*The Waste Tide* nos muestra las fisuras internas que desgarran China, las escisiones que la separan del resto del mundo y las grietas que dividen las distintas regiones, las distintas generaciones y las distintas afiliaciones tribales. Se trata de un futuro que hará que los jóvenes sientan en sus carnes la muerte del idealismo».

Lo cierto es que no siento tal desesperación y pesimismo por el futuro del país. Escribí sobre el sufrimiento de una China que se transforma porque anhelo verla cambiar poco a poco para mejor. La ciencia-ficción es un vehículo estético para expresarme y dar a conocer mis valores.

En mi opinión, la ciencia-ficción se basa en una pregunta: ¿y si...? Empezando por la realidad en sí misma, el escritor aplica condiciones plausibles y coherentes para llevar a cabo un experimento intelectual en el que empuja a los personajes y la trama hacia una hiperrealidad imaginada que evoca un sentido de la maravilla y distanciamiento. Enfrentado a la realidad absurda de la China contemporánea, el autor no puede explorar ni expresar por completo las posibilidades de la extrema belleza y la extrema fealdad sin recurrir a la ciencia-ficción.

Desde los noventa, la clase dirigente del país se ha dedicado a producir una fantasía ideológica a través de la maquinaria propagandística: el desarrollo (el

aumento del PIB) basta para resolver todos los problemas. Sin embargo, el esfuerzo ha fracasado y ha creado aún más problemas. Durante el proceso de hipnosis ideológica del conjunto de la población, esa definición de «éxito» en la que la riqueza material está por encima de todo ha estrangulado la capacidad de la nueva generación para imaginar las posibilidades de la vida y del futuro. Esto es consecuencia directa de las decisiones políticas de los nacidos en los cincuenta y los sesenta, una consecuencia que no comprenden y de la que no aceptan responsabilizarse.

En la actualidad trabajo como gerente intermedio en una de las compañías de internet más importantes de China. Estoy a cargo de un grupo de gente joven nacida después de 1985, algunos incluso después de 1990. En nuestras interacciones diarias, lo que percibo en ellos, por encima de todo, es cansancio vital y ansiedad por lograr el éxito. Les preocupan los precios de la vivienda (que se han disparado), la contaminación, la educación de sus hijos, la asistencia médica de sus ancianos padres, las oportunidades laborales... Les preocupa que, como la generación nacida entre los cincuenta y los sesenta ha consumido prácticamente todos los beneficios de la productividad lograda gracias a la gran población china, ellos heredan un país lastrado por una tasa de natalidad en caída libre y unos habitantes envejecidos, de modo que año tras año cargan con más peso sobre sus hombros mientras sus sueños y esperanzas se desvanecen.

Mientras tanto, los medios dominados por el Estado están saturados de frases como «el sueño chino», «el renacer del pueblo chino», «el ascenso de una gran nación», «el desarrollo científico»... Entre la sensación de fracaso individual y la llamativa exhibición de prosperidad nacional existe un abismo insalvable. El resultado es una división de la población en dos extremos: un lado se rebela como acto reflejo contra el Gobierno (a veces sin saber cuál es su «causa») y no confía en nada de lo que dice; el otro lado se refugia en el nacionalismo para sentir que es dueño de su destino. Los dos lados no dejan de estallar en guerras de *flames* en internet, como si este país solo pudiera contener una Única Fe Verdadera para el futuro: todo es blanco o negro; o estás con nosotros o contra nosotros.

Si nos alejamos lo suficiente como para contemplar la historia de la humanidad desde una perspectiva más elevada, vemos que la sociedad construye, inventa, crea utopías (esbozos de futuros perfectos imaginados) y después, inevitablemente, las utopías se desmoronan, traicionan sus ideales y se convierten en distopías. El proceso se repite ciclo tras ciclo, como el eterno retorno de Nietzsche.

La «ciencia» en sí es una de las mayores ilusiones utópicas que ha creado la humanidad. De ningún modo pretendo insinuar que debemos tomar el camino de la anticiencia; la utopía ofrecida por la ciencia se complica por el hecho de que se disfraza como una labor objetiva y neutral en sus valores. Sin embargo, ahora sabemos que detrás de la práctica de la ciencia se esconden luchas ideológicas, por el poder y por la autoridad, y motivos económicos. La historia de la ciencia se escribe y reescribe según cómo fluya y se administre el capital, de modo que se favorezcan

ciertos proyectos y no otros, y según las necesidades bélicas.

Mientras las microfantasías se estrellan y vuelven a nacer como si fueran olas en el mar, la macrofantasía continúa, imbatible. La ciencia-ficción es el subproducto del proceso de desencanto gradual con la ciencia. Las palabras crean una visión concreta de la ciencia para el lector, y la visión puede ser positiva o rebosar suspicacia y crítica, depende de la época en la que vivamos. La China contemporánea es una sociedad en transición en la que las antiguas ilusiones se han derrumbado, pero las nuevas todavía no han ocupado su lugar: esta es la causa fundamental de los desgarros y divisiones, de la confusión y el caos.

En 1903, otra época revolucionaria en la historia del país en la que lo nuevo reemplazaba a lo viejo, Lu Xun, el padre de la literatura china moderna, dijo: «El progreso del pueblo chino comienza con la ciencia-ficción». La veía como una herramienta para inspirar a la nación con el espíritu de la ciencia y para deshacerse del remanente del oscurantismo feudal. Más de cien años después, los problemas a los que nos enfrentamos son mucho más complicados y es probable que no se resuelvan con soluciones científicas, aunque sigo creyendo que la ciencia-ficción es capaz de abrir cualquier resquicio de posibilidad, de reparar a la generación dividida, de permitir la coexistencia pacífica de distintas visiones y distintas Chinas futuras imaginadas, de escucharnos unos a otros, de alcanzar un consenso y avanzar juntos.

Aunque sea un único paso sin importancia, lento y titubeante.

¿Qué hace que la ciencia-ficción china sea china?

XIA JIA

En el verano de 2012 me encontraba en una mesa redonda sobre ciencia-ficción china en la Chicon 7. Uno de los asistentes nos preguntó a los demás autores chinos y a mí: «¿Qué hace que la ciencia-ficción china sea china?».

No es una pregunta nada fácil de responder, y cada uno tendrá una respuesta distinta. Sin embargo, es cierto que, más o menos durante el último siglo, «la ciencia-ficción china» ha ocupado un lugar bastante único en la cultura y la literatura de la China moderna.

Las inspiraciones creativas de este género (máquinas enormes, nuevos medios de transporte, viaje global, exploración del espacio) son fruto de la industrialización, la urbanización y la globalización, procesos que tienen su origen en el capitalismo moderno. Pero cuando el género se introdujo por primera vez en nuestro país a través de las traducciones, a principios del siglo xx, casi todos lo consideraron fantasías y sueños de modernidad, un material que podía integrarse en la construcción de un «sueño chino».

El «sueño chino» del que hablo se refiere al renacer de la nación en la era moderna, un requisito previo para hacer realidad la reconstrucción del sueño del pueblo chino. En otras palabras, los chinos tenían que despertar de su sueño de cinco mil años de antigüedad de ser una civilización milenaria para empezar a soñar en convertirse en un estado nación democrático, independiente, próspero y moderno. Como resultado, las primeras obras de ciencia-ficción chinas se veían, en palabras del famoso escritor Lu Xun, como herramientas literarias para «mejorar el pensamiento y fomentar la cultura». Por un lado, estas primeras obras, como mitos de ciencia, iluminación y desarrollo basados en imitar a «Occidente», «el mundo» o «la modernidad», pretendían salvar la distancia entre la realidad y el sueño. Por el otro, las limitaciones de su contexto histórico las dotaban de unas características profundamente chinas que no hacían más que enfatizar lo separados que estaban estos dos conceptos.

Uno de estos primeros trabajos fue *New China*, de Lu Shi'e (publicado en 1910). El protagonista se despierta en el Shanghái de 1950 tras un largo letargo. Ve a su alrededor una China próspera y avanzada, y le cuentan que todo es por los esfuerzos de un tal doctor Su Hanmin, que ha estudiado en el extranjero y ha inventado dos tecnologías: «la medicina espiritual» y «la tecnología del despertar». Con estas dos tecnologías, la población atrapada en la confusión espiritual y la bruma del opio

despertó en un instante y dio inicio a un explosivo periodo de reformas políticas y desarrollo económico. La nación china no solo había revivido, sino que era incluso capaz de superar los abusos que Occidente no podía superar por sí mismo. En palabras del autor: «Los empresarios europeos eran egoístas y no les preocupaba en absoluto el sufrimiento de los demás. Por eso habían promovido el crecimiento de los partidos comunistas». No obstante, con la invención de la medicina espiritual del doctor Su, todos los chinos eran altruistas y «todos consideran que el bienestar de los demás es responsabilidad suya; es prácticamente socialismo, y, por supuesto, no sufrimos la plaga de los comunistas».

Tras la fundación de la República Popular, la ciencia-ficción china, como rama de la literatura socialista, era la responsable de divulgar el conocimiento científico, además de describir un bello plan de futuro y motivar a la sociedad para alcanzarlo. Por ejemplo, el escritor Zheng Wenguang dijo una vez: «El realismo de la ciencia-ficción se diferencia del que muestran otros géneros en que está impregnado de idealismo revolucionario porque su lector objetivo es la juventud». Este «idealismo revolucionario» es, en realidad, una prolongación de la fe y el entusiasmo con que responden los lectores chinos a la grandiosa narrativa de la modernización. Representa el optimismo por continuar con el desarrollo y el progreso, y una pasión sin reservas por construir un estado nación.

Un ejemplo clásico de idealismo revolucionario es *Capriccio for Communism*, de Zheng Wenguang (publicado en 1958). Este relato describe la celebración en la plaza de Tiananmén del trigésimo aniversario de la fundación de la República Popular en 1979. El desfile de los «constructores del comunismo» por la plaza, presentando sus logros científicos a la madre patria: la nave espacial *Mars I*, el gigantesco dique que conecta la isla de Hainan con el continente, las fábricas que sintetizan todo tipo de productos industriales a partir del agua del mar e incluso soles artificiales que derriten los glaciares de las montañas de Tianshan para transformar los desiertos en tierras fértiles... Ante tales maravillas, el protagonista exclama: «¡Qué escenas tan fantásticas han hecho posibles la ciencia y la tecnología!».

Tras la pausa impuesta por la Revolución Cultural, la pasión por construir un estado nación moderno se desató de nuevo en 1978. *Little Smart Roaming the Future*, de Ye Yonglie (publicado en agosto de ese año), un pequeño volumen repleto de seductoras visiones de una ciudad del futuro a través de los ojos de un niño, dio inicio a una nueva ola de ciencia-ficción en China con su tirada inicial de un millón y medio de ejemplares. Paradójicamente, a medida que avanzaba la modernización del país con las reformas de Deng Xiaoping, estos entusiastas sueños del futuro fueron desapareciendo del género. Los lectores y los escritores parecían perder interés por las utopías románticas e idealistas y regresar a la realidad.

En 1987, Ye Yonglie publicó un relato titulado *Cold Dream at Dawn*. En una fría noche de invierno de Shanghái, al protagonista le costaba conciliar el sueño en su hogar sin calefacción. Una serie de imponentes proyectos de ciencia-ficción le

llenaban la cabeza: calefacción geotérmica, soles artificiales, «invertir el Polo Norte y el Polo Sur» e incluso «cubrir Shanghái con una cúpula de cristal, cual invernadero». No obstante, la realidad se inmiscuye en forma de preocupaciones sobre la aprobación de tales ideas, cómo conseguir los materiales y la energía necesarios, los potenciales conflictos internacionales, etcétera; cada una de sus visiones termina rechazada por no ser factible. «¡Mil kilómetros separan a los amantes llamados Realidad y Fantasía!». Cabe suponer que esa distancia fuera un ejemplo de la ansiedad y el malestar de los chinos que despertaban de la fantasía del comunismo.

A finales de los años setenta del siglo pasado, un buen número de obras de ciencia-ficción europea y estadounidense se tradujeron y publicaron en China, y la ciencia-ficción china, que durante mucho tiempo estuvo bajo la influencia de la literatura científica soviética para niños, de repente se percató de su propio retraso y de su estado marginal. Motivados por oposiciones binarias como China contra Occidente, subdesarrollado contra desarrollado y tradición contra modernidad, además de por el deseo de volver a integrarse en el orden internacional, los escritores de ciencia-ficción chinos intentaron librarse del propósito divulgativo que había primado durante muchos años. Esperaban conseguir que el género creciera (o incluso evolucionara) rápidamente desde su estado subdesarrollado, reprimido e infantil a un modo moderno y maduro de expresión literaria. A la vez, surgió la controversia entre autores y críticos sobre cómo enfocar los estándares internacionales en cuanto a contenido y estilo sin dejar de explorar las «características nacionales» únicas del género de su país, de modo que «China» se reubicara en el capitalismo global. Los autores tenían que imitar y hacer referencia a las formas y temas de la ciencia-ficción occidental mientras construían un lugar para la cultura china en un mundo globalizado, un lugar desde el que después contribuir a imaginar un futuro compartido para la humanidad.

El final de la Guerra Fría y la integración acelerada del país en el capitalismo global durante la década de los noventa condujo a un proceso de cambio social cuya exigencia última era la aplicación de los principios de mercado a todos los aspectos de la vida social, lo que se manifiesta sobre todo en la conmoción y la destrucción que sufrieron las tradiciones a manos de la racionalidad económica. Aquí, por «tradiciones» entendemos tanto las viejas costumbres de la vida rural china como la antigua ideología socialista orientada hacia la igualdad. Por tanto, mientras China experimentaba su gran transformación, el género se apartaba de los sueños de futuro sobre la modernización y se acercaba a realidades sociales mucho más complejas.

La ciencia-ficción en Europa y América obtiene su energía creativa y sus fuentes de la experiencia histórica de Occidente con la modernización política y económica y, a través de formas muy alegóricas, refina los miedos y esperanzas de la humanidad sobre su destino para convertirlos en sueños y pesadillas. Tras asimilar distintos escenarios, imágenes, códigos culturales y tropos narrativos a través de la ciencia-ficción occidental, los autores chinos han construido poco a poco un campo cultural y

un espacio simbólico que posee cierto grado de conclusión y autodisciplina frente a la literatura *mainstream* y otros géneros literarios populares. En este espacio, las convenciones han madurado gradualmente y han absorbido distintas experiencias sociales que el orden simbólico todavía no puede plasmar por completo, y tras una serie de transformaciones, integraciones y reorganizaciones, han dado lugar a nuevos vocabularios y gramáticas. En este sentido, la ciencia-ficción china de la era que da comienzo en los noventa y llega hasta el presente se entiende como una alegoría nacional en la época de la globalización.

En general, los escritores chinos de género se enfrentan a una condición histórica excepcional. Por un lado, el fracaso del comunismo como alternativa para superar las crisis del capitalismo significa que las crisis de la cultura capitalista, acompañadas por el proceso de la globalización, se manifiestan en las vidas diarias del pueblo chino. Por otro lado, China, tras una serie de traumas provocados por las reformas económicas y por el alto precio que paga por el desarrollo, ha logrado despegar económicamente y resurgir en el mundo. La presencia simultánea de crisis y prosperidad garantiza que entre los autores se pueda encontrar una amplia gama de actitudes hacia el futuro de la humanidad: algunos son pesimistas y se ven impotentes ante fuerzas irresistibles; otros esperan que el ingenio humano triunfe al final; y otros recurren a la observación irónica de lo absurdo de la vida. Los chinos antes creían que la ciencia, la tecnología y el atreverse a soñar los impulsaría para alcanzar a las naciones desarrolladas de Occidente. Sin embargo, ahora que la ciencia-ficción y los productos culturales de Occidente están repletos de imaginativas visiones del oscuro destino de la humanidad, los escritores y lectores de ciencia-ficción china ya no consideran que se haya respondido a la pregunta: «¿Adónde vamos?».

Los autores chinos contemporáneos de género forman una comunidad llena de diferencias internas. Estas diferencias se manifiestan en la edad, la región de procedencia, la experiencia profesional, la clase social, la ideología, la identidad cultural, la estética y otras áreas. No obstante, si se lee con atención y se disecciona su trabajo, encuentro aspectos comunes en el grupo (en el que me incluyo). Nuestras historias se escriben, principalmente, para un público chino. Los problemas que nos importan y sobre los que meditamos son los problemas a los que nos enfrentamos todos los que compartimos este pedazo de tierra. A su vez, estos problemas están conectados de mil complicadas maneras con el destino colectivo de la humanidad.

Al leer ciencia-ficción occidental, los lectores chinos descubren los miedos y las esperanzas del Hombre, del moderno Prometeo, sobre su destino, que es también creación suya. Quizá los lectores occidentales puedan leer ciencia-ficción china y experimentar una modernidad china alternativa que les inspire para imaginar un futuro alternativo.

La ciencia-ficción china se compone de historias que no tratan tan solo de nuestro país. Por ejemplo, «La ciudad del silencio», de Ma Boyong, es un homenaje a *1984*, de George Orwell, además de un retrato de los muros invisibles que no cayeron

después de la Guerra Fría; «Cuidando de Dios», de Liu Cixin, explora los tropos habituales de la expansión de las civilizaciones y el agotamiento de los recursos en forma de un drama moral que se desarrolla en una aldea rural china; «La flor de Shazui», de Chen Qiufan, extiende la atmósfera oscura del cyberpunk a las aldeas de pescadores de la costa cercana a Shenzhen, donde el pueblo ficticio de Shazui es un microcosmos del mundo globalizado, además de un síntoma de este. Mi propio relato, «Cientos de fantasmas desfilan esta noche», incluye breves imágenes de otras obras de maestros del género: *El libro del cementerio*, de Neil Gaiman, y *Una historia china de fantasmas*, de Tsui Hark, además de las películas de Hayao Miyazaki. Desde mi punto de vista, estas historias tan dispares parecen hablar de algo común, y la tensión entre las historias chinas de fantasmas y la ciencia-ficción ofrece otra forma de expresar la misma idea.

La ciencia-ficción (y tomo prestadas las palabras de Gilles Deleuze) es una literatura siempre en proceso de «llegar a ser», una literatura nacida en la frontera (la frontera entre lo conocido y lo desconocido, la magia y la ciencia, el sueño y la realidad, el yo y el otro, el presente y el futuro, Oriente y Occidente) que se renueva a medida que la frontera se mueve y migra. Lo que impulsa el desarrollo de la civilización es la curiosidad que nos lleva a cruzar esa frontera, a subvertir los prejuicios y los estereotipos y, de camino, a conocernos mejor y crecer.

En este momento crítico de la historia, tengo cada vez más claro que la reforma de la realidad exige no solo ciencia y tecnología, sino también que todos creamos que la vida debe ser mejor (y puede serlo) si contamos con imaginación, valor, iniciativa, unidad, amor y esperanza, además de un poco de comprensión y empatía por los desconocidos. Cada uno de nosotros nace con estas cualidades tan preciadas, y quizá sea también el mejor regalo que nos pueda hacer la ciencia-ficción.

Todos los textos se reproducen con permiso de los autores:

- «**The Year of the Rat**», de **Chen Qiufan**. Publicado por primera vez en chino: *Science Fiction World*, mayo de 2009; publicado por primera vez en inglés: *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*, julio/agosto de 2013, traducido por Ken Liu. Texto inglés © 2013 by Chen Qiufan y Ken Liu.
- «**The Fish of Lijiang**», de **Chen Qiufan**. Publicado por primera vez en chino: *Science Fiction World*, mayo de 2006; publicado por primera vez en inglés: *Clarkesworld*, agosto de 2011, traducido por Ken Liu. Texto inglés © 2011 by Chen Qiufan y Ken Liu.
- «**The Flower of Shazui**», de **Chen Qiufan**. Publicado por primera vez en chino: *ZUI Ink- Minority Report*, 2012; publicado por primera vez en inglés: *Interzone*, octubre de 2012, traducido por Ken Liu. Texto inglés © 2012 by Chen Qiufan y Ken Liu.
- «**A Hundred Ghosts Parade To night**», de **Xia Jia**. Publicado por primera vez en chino: *Science Fiction World*, agosto de 2010; publicado por primera vez en inglés: *Clarkesworld*, febrero de 2012, traducido por Ken Liu. Texto inglés © 2012 by Xia Jia y Ken Liu.
- «**Tongtong's Summer**», de **Xia Jia**. Publicado por primera vez en chino: *ZUI Novel*, marzo de 2014; publicado por primera vez en inglés: *Upgraded*, ed. Neil Clarke, 2014 (Wyrm Publishing), traducido por Ken Liu. Texto inglés © 2014 by Xia Jia y Ken Liu.
- «**Night Journey of the Dragon- Horse**», de **Xia Jia**. Publicado por primera vez en inglés en este volumen, traducido por Ken Liu. Texto inglés © 2015 by Xia Jia y Ken Liu.
- «**The City of Silence**», de **Ma Boyong**. Publicado por primera vez en chino: *Science Fiction World*, mayo de 2005; publicado por primera vez en inglés: *World SF Blog*, noviembre de 2011, traducido por Ken Liu. Texto inglés © 2011 by Ma Boyong y Ken Liu.
- «**Invisible Planets**», de **Hao Jingfang**. Publicado por primera vez en chino: *New Science Fiction*, febrero-abril de 2010; publicado por primera vez en inglés: *Lightspeed*, diciembre de 2013, traducido por Ken Liu. Texto inglés © 2013 by Hao Jingfang y Ken Liu.
- «**Folding Beijing**», de **Hao Jingfang**. Publicado por primera vez en chino: *ZUI Found*, febrero de 2014; publicado por primera vez en inglés: *Uncanny*, enero-febrero de 2015, traducido por Ken Liu. Texto inglés © 2015 by Hao Jingfang y Ken Liu.
- «**Call Girl**», de **Tang Fei**. Publicado por primera vez en chino: *Nebula*, agosto de 2014; publicado por primera vez en inglés: *Apex*, junio de 2013, traducido por

Ken Liu. Texto inglés © 2013 by Tang Fei y Ken Liu.

«**Grave of the Fireflies**», de **Cheng Jingbo**. Publicado por primera vez en chino: *Science Fiction: Literary*, julio de 2005; publicado por primera vez en inglés: *Clarkesworld*, enero de 2014, traducido por Ken Liu. Texto inglés © 2014 by Cheng Jingbo y Ken Liu.

«**The Circle**», de **Liu Cixin**. Publicado por primera vez en inglés: *Carbide Tipped Pens*, eds. Ben Bova y Eric Choi, 2014 (Tor Books), traducido por Ken Liu. Texto inglés © 2014 by Liu Cixin y Ken Liu.

«**Taking Care of God**», de **Liu Cixin**. Publicado por primera vez en chino: *Science Fiction World*, enero de 2005; publicado por primera vez en inglés, *Pathlight*, abril de 2012. Texto inglés © 2012 by Liu Cixin y Ken Liu.

«**The Worst of All Possible Universes and the Best of All Possible Earths: Three-Body and Chinese Science Fiction**», de **Liu Cixin**. *Tor.com*, 7 de mayo de 2014. Texto inglés © 2014 by Liu Cixin y Ken Liu.

«**The Torn Generation: Chinese Science Fiction in a Culture in Transition**», de **Chen Qiufan**. *Tor.com*, 15 de mayo de 2014. Texto inglés © 2014 by Chen Qiufan y Ken Liu.

«**What Makes Chinese Science Fiction Chinese?**», de **Xia Jia**. *Tor.com*, 22 de julio de 2014. Texto inglés © 2014 by Xia Jia y Ken Liu.

看不见 的星球

PLANETAS
INVISIBLES

Notas

[1] Todos los nombres chinos de esta antología están escritos con el apellido delante, como dictan las costumbres del país. <<

[2] De hecho, el mundo académico que estudia la ciencia-ficción china se encuentra en un momento muy interesante y cuenta con investigadores que realizan trabajos muy esclarecedores y atractivos, como Mingwei Song y Nathaniel Isaacson, entre otros. No obstante, tengo la impresión de que muchos (o la mayoría) de lectores, autores y críticos de género del mundillo de la ciencia-ficción no están familiarizados con este corpus teórico. Estos ensayos académicos evitan caer en las trampas que he mencionado, y realizan análisis precisos y minuciosos. Les recomiendo encarecidamente la lectura de dichos trabajos académicos a aquellos lectores que quieran una opinión informada. <<

[3] Los naxi son un grupo étnico que vive en algunas zonas del suroeste de China. Lijiang, en la provincia de Yunnan, es el foco de la cultura naxi. <<

[4] La región de Lijiang destaca por la belleza prístina de la Montaña Nevada del Dragón de Jade y la ciudad vieja de Lijiang, una antigua urbe repleta de canales y puentes bien organizados, declarada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco. <<

[5] Nombre de un famoso académico de la música naxi. <<

[6] <http://www.locusmag.com/Reviews/2012/02/lois-tilton-reviews-short-fiction-early-february-2/> <<

[7] Este y otros versos que recita el murciélago pertenecen al poema «Sueños como monturas», de Hai Zi. <<

[8] Hiroshi Watanabe también es el nombre de un técnico en cine de animación japonés de la actualidad. <<

[9] Wang Er es el nombre del protagonista de las historias del autor chino Wang Xiaobo. <<

[10] Esta historia está ambientada en el periodo de los Reinos Combatientes, cuando China se dividía en varios estados independientes: Qin, Qi, Chu, Wei, Zhao, Yan y Han. El rey Zheng de Qin acabaría conquistando los otros seis estados y unificaría al país bajo el mando de la dinastía Qin. Es conocido por el sobrenombre más familiar de Qin Shihuang, el Primer Emperador de China. <<

[11] Para beneficio de los lectores de esta edición, las unidades de medida chinas (como el *li*, el *zhang*, el *chi* y el *cun*) utilizadas a lo largo de todo el relato se han traducido y convertido a sus equivalentes occidentales aproximados. <<

[12] Uno de los cuatro grandes generales al frente de las campañas lanzadas por el emperador Zheng contra los otros seis estados. El histórico Wang Jian fue responsable de la destrucción de los reinos de Yan (de donde era oriundo Jing Ke), Zhao y Chu. <<